SHAUN HUTSON

«EL HOMBRE QUE ESCRIBE LO QUE OTROS TEMEN INCLUSO IMAGINAR.»
SUNDAY TIMES

ÁNGELES ROBADOS

¿Qué ha podido empujar a tres hombres normales y corrientes —un topógrafo, un contable y un arquitecto— al desesperado acto del suicidio? Esa es la cuestión a la que se enfrentan el inspector jefe James Talbot y la periodista Catherine Reed, quienes tendrán que relacionar estas muertes con una serie de profanaciones en el cementerio local. Cada tumba exhumada pertenece a un niño. Mientras Catherine investiga estas atrocidades, su hermano descubre que varios de los alumnos del colegio en el que da clases muestran claros signos de abuso físico. Al parecer, lo que todos temían se está convirtiendo en realidad… una red de pedofilia a gran escala. Pero la sombra del abuso infantil no es más que la punta de un iceberg aterrador. A medida que se hace más urgente averiguar la verdad, Catherine y Talbot descubren que algo mucho más oscuro podría estar detrás de todo aquello, algo que no solo pone en peligro sus vidas, sino también su cordura.

Shaun Hutson

Ángeles Robados

Título original: *Stolen Angels*

Diseño portada: Marc Gras Cots
Fotografía portada: Almu CJ

Los niños empiezan amando a sus padres.
Luego los juzgan, y, algunas veces, hasta los perdonan.

Oscar Wilde

Agradecimientos

Lo que viene a continuación es, como de costumbre, una lista de personas, lugares y cosas que han sido utilizados, maltratados o acogidos antes, durante o después de la redacción de esta novela. Personas que me han ayudado de una manera u otra; lugares que han resultado ser muy valiosos (por varios motivos); y cosas que me han allanado el camino, o que en ocasiones me han hecho enarcar una ceja.

Sí, ya sé que estoy divagando. Aquí tenéis la lista:

Quiero dar las gracias a mi mánager, Gary Farrow, especialmente por sus reconfortantes mensajes burlándose de mis noches de insomnio y por sus bromas en general. ¿Para qué están los amigos? Por cierto, te toca invitar a un almuerzo…

Muchas gracias a mis editores y a todas las personas de su alrededor, en particular a Barbara Boote y a mi siempre dispuesto, siempre entusiasta equipo de marketing. Si hubiera siete como ellos, serían «los magníficos». Pero no son tantos, así que me conformaré con llamarlos «los estupendos».

Gracias a Cathy Cremer (quien murió con mucha elegancia, a pesar de no estar en Harrods en ese momento…), a Jo Bolsom, Dee Bhundie, Zena, Karen Crane, Malcolm Dome, Jerry Ewing, Phil Alexander, Graham Rogers, James Whale, Gordon Hopps, Neil Leaver, la revista ‘Maxim’, Merck Mercuriadis, Sanctuary Music y Iron Maiden. Gracias especiales, también, a Sarah Cousar, Simon Wady, John Martin y Graham Joyce.

Gracias, como siempre, al señor Wally Grove, la maravillosa y vivaz encarnación de todo lo políticamente incorrecto. Cuídate, amigo.

Otro agradecimiento para Ian Austin, cubo de basura humano y «camionero». A Martin ‘Gunner’ Phillips, a Jez, Terri, Rebecca y Rachel.

A quienes manejan mi dinero, también gracias. A Jack Taylor y Tom Sharpe del banco Clydesdale. A Damian y Christina Pulle; a Amin Saleh y Lewis Bloch.

Gracias a los cines UCI, y al centro comercial Point 10 de Milton Keynes, donde al parecer he pasado la mayor parte de mis condenados días… Gracias también a Duncan Stripp, el Barry Norman de las líneas de teléfono (bueno, de mi línea al fin y al cabo…).

Un agradecimiento indirecto a Metallica, Megadeath, Trent Reznor, Lard, Clannad, Queensrÿche, Sam Peckinpah y Martin Scorsese.

También debo dar las gracias al hotel Adelphi de Liverpool, al Holiday Inn de Mayfair, al Athaeneum de Londres, al Rihga Royal de Nueva York, al hotel Imperial de Viena y al hotel Elbow Beach de las Bermudas.

Gracias especiales a Hailey Owen de Platinum Services, coordinadora suprema y excepcional conversadora.

Gracias a las baterías Yamaha, los platillos Zildjian, las baquetas Pro-mark y las percusiones Remo. A las tiendas Chas. Foote's de Londres y Chappells de Milton Keynes.

También a la tienda Fraser's de la calle Strand.

Un agradecimiento extra a todos los médicos, enfermeras, matronas y demás empleados del Milton Keynes Hospital y de la consulta Westfield Road de Bletchley, quienes ayudaron de alguna manera, en cuerpo y alma, antes, durante y después del nacimiento de nuestra hermosa hija. Estamos en deuda con todos vosotros.

Muchas gracias al Liverpool Fútbol Club, una fuente constante de orgullo, placer y ocasionales dolores de garganta. A todos los del palco Bob Paisley, en especial a Sheila, Jenny y Joan. Gracias también a Steve Lucas, otro glorioso ejemplo de que la paternidad no ablanda a los hombres (al menos no lo hace entre las tres y las cinco menos cuarto de un sábado…). Gracias a Paul Garner, una mina de información, un dechado de deportividad rodeado de fanatismo (o lo que es lo mismo: tres fanáticos durante la hora del almuerzo…).

Muchas gracias a mamá y papá; los mejores padres del mundo se convierten ahora en los mejores abuelos del mundo.

Un agradecimiento extra y especial para mi esposa, Belinda, por seguir amándome y apoyándome, y por presentarse aquel día de noviembre del 95 con un regalo tan precioso. Gracias.

Como siempre, este libro es para vosotros, lectores. Os agradezco vuestro continuo apoyo, a quienes estaban conmigo desde el principio y a quienes se han ido uniendo a lo largo del

camino.

Vamos allá.

Shaun Hutson



Para mu hija

PARTE UNO

El infierno es para los niños.
Y tú no tendrías que pagar el amor
con huesos y carne.

Pat Benatar

¿Escucháis el lamento de los niños, oh, hermanos míos,
antes de que el dolor llegue con los años?

Elizabeth Barret Browning

Uno

Si se daba prisa, llegaría a tiempo, pensó Peter Hyde mientras avanzaba a la carrera por el vestíbulo lleno de gente de Euston Station. Miró de reojo su reloj, disculpándose al toparse con una mujer que arrastraba una voluminosa maleta con ruedas. Parecía que había sacado a pasear el equipaje, caviló Hyde, reanudando la marcha a través del laberinto de cuerpos que atestaban el lugar.

Se debatía entre las opciones de usar el maletín como arma para abrirse paso entre la multitud, o mantenerlo pegado a su pecho para evitar dar un golpe a alguien sin querer. Un poco más adelante, vio cómo un joven con una inmensa mochila cargada a la espalda se giraba y tropezaba con un señor mayor vestido con un traje gris, a quien la calva le sudaba copiosamente. El hombre apartó de un manotazo la mochila y se dirigió hacia los andenes.

Hyde miró por encima de él y divisó lo que buscaba.

Con un poco de suerte, aún disponía de unos minutos.

¿Será tiempo suficiente?

Empujó a dos auxiliares que estaban de pie, señalando hacia el enorme panel de llegadas y salidas que presidía el vestíbulo de la estación, y les oyó hablar en voz alta con un extranjero que tenía verdaderas dificultades para entenderles. Hyde dedujo que hasta para un ciudadano inglés habría sido bastante complicado descifrar las palabras de aquellos dos hombres, quienes farfullaban una curiosa combinación de acento cockney con un deje sudasiático.

Ya estoy cerca.

Unos pocos metros más y lo lograría.

La meta apareció frente a sus ojos.

Por encima de su cabeza, un reloj marcaba casi las seis en punto.

Ahora o nunca.

Las puertas ya estaban cerrándose.

Hyde se deslizó por la estrecha abertura y esbozó una amplia sonrisa a la dependienta de la tienda Knickerbox.

—Sé que estáis cerrando —dijo, sonriendo un poco más—. Pero no me llevará más de dos minutos.

La dependienta, una adolescente que calzaba unas desmesuradas

botas Doc Martens, asintió y volvió a su puesto detrás de la caja registradora.

Hyde se dirigió a la sección de ropa interior de seda y algodón.

Empezó a echar un vistazo entre las perchas.

Sabía que a Maggie le encantaba la seda. Incluso a él le agradaba la sensación al tacto. En especial cuando ceñía la esbelta figura de su esposa. Sonrió para sí mismo mientras frotaba suavemente la tela con los dedos, desviando la mirada hacia la gama de lencería.

Corpiños, bodies, camisetas y bragas.

El paraíso, pensó, y a punto estuvo de reír en alto.

Eligió una camiseta de color bermellón.

Muy bien.

Ahora bien, ¿qué talla?

Oh, mierda. ¿La treinta y seis o la treinta y ocho? ¿No sería una cuarenta?

No, si fuese una cuarenta ya se habría vuelto loca. Ella no era tan corpulenta, de eso estaba seguro. Con una treinta y ocho serviría.

Cogió un par de bragas a juego con la parte superior, se acercó al mostrador y dejó las prendas junto a la caja registradora; luego echó mano de su cartera.

La dependienta metió los artículos en una bolsa y cogió el dinero, observándole mientras guardaba la ropa interior en su maletín.

Ella sonrió y él se marchó, formando parte de nuevo de la multitud que se dirigía a las escaleras mecánicas como una masa informe de amebas.

Cuando Hyde puso el pie en el primer escalón, consultó su reloj de pulsera. Había llegado a Londres antes de lo esperado. Por una vez, el tren de Birmingham fue puntual, y la reunión programada acabó dos horas antes de lo previsto. A Maggie le sorprendería verle tan temprano. Miró el maletín, pensando en su contenido secreto de seda, y se preguntó cuál sería la reacción de ella cuando viese el regalito.

Mientras aguardaba en la atiborrada escalera mecánica, sonrió para sí mismo, imaginándosela con aquel ligero atuendo. A su lado, rostros severos se cruzaban con su mirada, y Hyde reparó en que él era el único que parecía feliz. Dos o tres hombres intentaban leer el periódico mientras las escaleras los llevaban a las cada vez más

profundas entrañas de la tierra. Miró a la derecha, hacia las personas que se abrían paso a empujones para llegar a la parte superior. Llegaban tarde, dedujo Hyde, o puede que solo corriesen por costumbre.

La zona de las taquillas estaba incluso más atestada.

Se movió tan rápido como pudo en medio de la marabunta, y se dirigió al siguiente tramo de escaleras, mirando a un hombre que empujaba una maleta atrapada en las puertas automáticas sin querer aceptar la ayuda que le brindaba un auxiliar.

Hyde no cogió las escaleras automáticas, sino que siguió la línea de almas más fuertes que había decidido bajar por los escalones de piedra.

Al llegar abajo giró a la izquierda, y fue golpeado por el aire caliente de la caverna subterránea. Aquel olor rancio y familiar, teñido por lo que reconoció como el tufo a goma quemada, le arañó las fosas nasales.

Se adentró en el andén, lamentándose por lo lleno que estaba. Iban a ser sardinas enlatadas durante todo el trayecto hasta East Finchley, pensó. Había dejado su coche fuera de la estación, de modo que le quedaría un corto paseo en coche una vez llegara allí. Hyde se preguntó si la Northern Line estaría afectada por sus retrasos habituales. Avanzó un poco más por el andén, empujando a un hombre alto que oía música en su walkman y tamborileaba con los dedos sobre su bolsa colgada del hombro, al compás de un ritmo inaudible. Muy cerca, otro hombre leía un periódico de gran tamaño estratégicamente doblado. En algún lugar más adelante, Hyde podía oír el llanto de un bebé, sus berridos resonaban en las paredes cavernosas de aquel mundo subterráneo. Decidió intentarlo por el otro lado: no le apetecía nada hacer el viaje apretujado junto a un niño llorón.

Una pareja de adolescentes se besaba con pasión, ajenos a las decenas de ojos que les observaban fijamente, aunque en realidad apartaban la vista cuando los jóvenes hacían una pausa para recuperar el aliento. Hyde pasó junto a ellos, dedicándoles una mirada pasajera.

La chica era bonita. Alta, cabello oscuro.

Un poco como su Maggie, pero no tan apuesta.

Cuando la conoció pensó que era la mujer más hermosa que había visto nunca, e incluso ahora, tras ocho años de matrimonio, seguía pensando lo mismo. Era perfecta. Y sería más perfecta

cuando se pusiera aquellas prendas de seda, se dijo a sí mismo, mirando de reojo su maletín, como si la ropa interior que escondía dentro fuera algún tipo de secreto ilícito que solo él conocía.

Oyó un retumbo, sintió una ráfaga de aire caliente desde la boca del túnel, olió el familiar hedor del polvo y el metal.

Venía el tren.

¡Ya era hora!

La multitud del andén se preparó para el inminente apretujón contra los vagones; los pasajeros estaban listos para llenar cada hueco disponible.

Hyde vio luces en el túnel y oyó un estruendo cada vez más fuerte.

Pronto estaré en casa.

El tren salió del túnel como un gusano a reacción de gran tamaño; el sonido llenaba la estación.

Hyde pensó en Maggie y sonrió.

Y todavía sonreía cuando se lanzó a las vías.

Dos

Manchester

En menos de dos horas anochecería.

A ella le asustaba la llegada de la oscuridad pero también sabía que para entonces estaría lejos de aquel lugar.

Lejos de ellos.

Shanine Connor metió unas mallas en la bolsa de deporte; junto a unas zapatillas, bragas y camisetas. No colocaba las prendas en orden, sino que las apretaba una detrás de otra según las iba teniendo a mano.

Entró en el cuarto de baño y cogió el cepillo y la pasta de dientes, puso ambos artículos en una bolsita de plástico y metió esta junto a la ropa.

Al pasar junto a la ventana, se detuvo para asegurarse de que no había ojos indiscretos observándola a través de la sábana de nailon que hacía las veces de visillo. No vio ningún movimiento en la acera, tres pisos por debajo de su propio apartamento. Dos niños jugaban a fútbol en la zona de recreo, al otro lado de la calle. Otro niño, de unos siete años, los rodeaba felizmente montado en su triciclo, atento a que no le dieran, sin querer, un golpe con la pelota.

Se fijó en un coche aparcado un poco más abajo de la calle y achinó los ojos en un intento de ver el interior.

Parecía vacío.

Tragó saliva.

¿Estaré a salvo?

Durante unos segundos interminables escrutó el vehículo detenido; entonces recordó la urgencia de la situación y reanudó la marcha.

Se dirigió a la cocina, abrió un cajón y echó un vistazo a su contenido.

Sacó un cuchillo de hoja larga, lo sostuvo en el aire y se sintió satisfecha con su peso.

Cuando se volvió para regresar al salón, se topó con su reflejo en el espejo de la pared, colgado sobre una mesita de formica.

No aparentaba veintitrés años. Demasiadas noches de insomnio, más de las que podía recordar, le habían conferido un aspecto pálido. Unas ojeras oscuras anidaban bajo sus ojos hinchados y su piel tenía un tono de pastel crudo. Su cabello castaño y largo hasta los hombros necesitaba un buen cepillado, pero la joven no le dedicó más que una pasada con la mano antes de volver a su tarea.

Shanine ocultó el cuchillo en el bolsillo lateral de la bolsa.

Así le sería más fácil cogerlo en caso de que lo necesitara.

Comprobó su reloj.

Vamos, date prisa. Ya te has retrasado demasiado.

Entonces oyó un grito en el exterior y se acercó a la ventana.

Los dos niños golpeaban la pelota junto a la valla baja que rodeaba la zona de juegos, tan fuerte como podían, animándose el uno al otro.

El coche aún estaba aparcado.

¿Esperando?

Finalmente, Shanine cerró la cremallera de la bolsa de deporte y se la echó al hombro.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta del apartamento, oyó pasos en las escaleras del edificio, resonando en la superficie de hormigón.

Nerviosa, tomó una bocanada de aire y deslizó una mano hacia el bolsillo donde estaba el cuchillo.

Las pisadas se aproximaban.

Ya casi estaban en el rellano. La joven miró la puerta con expectación, la mano apoyada en el mango del arma.

Silencio.

Los pasos cesaron.

Shanine se acercó un poco más a la puerta; el corazón le golpeaba con fuerza en las costillas.

Cerró los ojos durante un segundo, tratando de calmar sus latidos desenfrenados, temiendo que quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta fuera capaz de oírlos.

Pasó aquel instante y las pisadas siguieron pasillo arriba, alejándose de su puerta hacia uno de los otros apartamentos.

Esperó un poco más, luego abrió la puerta y asomó la cabeza.

Varios metros más allá había una anciana con dos bolsas de la compra en los brazos; su rostro enrojecido por el esfuerzo. Miró con desinterés a Shanine, luego metió la llave en la cerradura y entró en su apartamento.

Shanine salió al rellano, cerró la puerta y echó a correr por las escaleras, esquivando un montón de excrementos de perro mientras bajaba los escalones. Las paredes estaban repletas de grafitis con brillantes letras azules.

Al llegar al descansillo inferior, leyó una pintada que decía: LOS DEL UNITED SON UNAS ZORRAS.

Cuando alcanzó la planta baja, aminoró el ritmo.

Que no parezca que estás huyendo.

El coche continuaba aparcado calle abajo.

¿Seguiría esperando?

Salió de su ensimismamiento por el fuerte grito de uno de los niños del otro lado de la calle. Lo miró de manera vaga, y se dio cuenta de que el niño le devolvía la mirada sin un ápice de vacilación.

Al final, Shanine empezó a caminar, consciente de la atenta mirada del niño, dándole la espalda al coche aparcado.

Si eran ellos, entonces la habían descubierto. Habrían visto la bolsa y lo sabrían.

Apretó el paso.

Había una parada de autobús al final de la calle. Desde allí podía tomar la línea del centro. El siguiente autobús debía de pasar en un minuto.

Rogó para que no llevara retraso.

Lo último que quería era estar allí parada, a la vista de todos.

Para que ellos la vieran.

Miró por encima de su hombro y vio el coche, inmóvil. Desde el otro lado, oyó el ruido de un motor y al volver la vista descubrió al autobús acercándose.

Corrió hacia la parada, esperó a que los demás pasajeros subieran, y se deslizó al interior, buscando algo de cambio en sus bolsillos. Sacó un puñado de monedas; menos de diez libras era todo lo que tenía.

Pagó el billete y se dirigió a la parte trasera del autobús, mirando con atención por la ventana mientras el vehículo reanudaba la marcha, dejando atrás a los niños que jugaban con la pelota, dejando atrás el coche aparcado.

El trayecto hasta el centro duraba unos quince minutos.

Miró su reloj con nerviosismo.

Se sentó en uno de los asientos y abrazó la bolsa de deporte a modo de consuelo, dejando la mano cerca del cuchillo.

Mientras el autobús giraba en la siguiente esquina, Shanine echó una última mirada por la luna trasera.

El coche había desaparecido.

Sintió que el corazón volvía a latirle con fuerza.

¿Eran ellos?

Miro de nuevo el reloj, como si al hacerlo repetidamente pudiera hacer más corto el viaje.

Se removió incómoda en el asiento.

El tiempo, al parecer, corría más rápido de lo que a ella le gustaría.

Las nubes se volvían más densas en el cielo.

Ya estaba anocheciendo.

La joven se preguntó qué más vendría con la oscuridad.

Tres

Un olor empalagoso llenaba el aire, James Talbot lo identificó como carne quemada.

Era un olor que no se olvidaba con facilidad.

Seis años antes, cuando aún era un simple oficial de policía, había presenciado un incendio en una casa de Bermondsey.

Al parecer, un anciano se había quedado dormido con la freidora encendida. Las llamas devoraron toda la casa en menos de veinte minutos, y el viejo fue incinerado junto con los muebles.

Talbot recordaba aquel olor.

Acre, dulzón. Se incrustaba en las fosas nasales y se negaba a desaparecer.

La freidora había resultado ser una argucia muy elaborada para ocultar un robo. Dos muchachos, de no más de diecisiete años, robaron los pequeños objetos de valor de la casa, dejaron inconsciente al anciano y conectaron la freidora al máximo para que pareciera un accidente.

¿Sencillo?

Posiblemente, si no hubieran olvidado limpiar las huellas dactilares del martillo que usaron para golpearle en la cabeza.

Estúpidos críos.

Ambos cumplían ahora una condena de nueve años en Wormwood.

Aquel caso sirvió para que Talbot ascendiera al cargo que actualmente ostentaba.

El inspector de policía caminaba despacio por el andén de Euston, el cual estaba despejado salvo por un puñado de hombres uniformados: los empleados del transporte de Londres, policías y sanitarios.

Uno de los trabajadores del metro estaba en la vía con dos sanitarios y dos alguaciles, con la mirada fija en una forma oscura que se parecía más a unos restos quemados que a una persona.

Habían retirado el tren. La línea estaba cerrada. La energía desconectada.

Talbot podía imaginarse el enfado de los demás viajeros por el

retraso producido por el incidente.

Cabrón desconsiderado. Lanzarse a las vías. ¿No sabía que la gente tenía que volver a casa?

Talbot vio sangre en el borde del andén, cerca de la boca del túnel. Grandes manchas de color carmesí, coaguladas bajo las frías luces de la estación. Había más en las vías. Una larga salpicadura roja había alcanzado un cartel publicitario del lado opuesto.

«Descubre la belleza», rezaba el eslogan.

Un poco más adelante, también sobre las vías, había un maletín, cuyo contenido estaba esparcido unos metros alrededor. Papeles, documentos escritos a máquina, bolígrafos. Una bolsa de Knickerbox.

Talbot se detuvo en la máquina expendedora del andén e introdujo unas monedas. Pulsó el botón correspondiente a los WholeNut pero no sucedió nada. Volvió a apretar el botón.

Nada.

—Mierda —murmuró el inspector.

—Su nombre era Peter Hyde —dijo una voz a su lado.

Talbot asintió, aunque parecía estar más interesado en conseguir el chocolate de la máquina.

Presionó el botón un poco más fuerte.

—El incendio de King's Cross se produjo por una cerilla —dijo Talbot—. Una cagada. —Miraba la máquina con irritación—. Fue alguien que trataba de sacar una barra de chocolate de una de estas malditas cosas.

El hombre golpeó con la palma de la mano el lateral de la máquina.

El WholeNut cayó y Talbot sonrió; lo cogió y lo levantó como un trofeo.

—Ya ves, esto es lo único que entienden. Violencia.

Miró al oficial de policía William Rafferty y asintió triunfante, rasgó el envoltorio y se metió la chocolatina en la boca.

—¿Qué más hay? —quiso saber el inspector, y ambos empezaron a caminar lentamente por el andén.

—Trabajaba para una empresa de auditoría de la City —le dijo Rafferty—. Buen salario. Casado. Sin hijos. A punto de cumplir los treinta y uno.

Talbot le ofreció un poco de chocolate pero el oficial declinó la oferta.

—Preferiría un cigarrillo —dijo con voz ronca.

—Fumar es malo.

—Cierto, pero también lo es comer diez barritas de chocolate al día. Desde que dejaste de fumar tienes peor aspecto.

—Estoy más gordo, pero más saludable —respondió Talbot con suficiencia, acariciándose el vientre incipiente que le apretaba la camisa con insistencia—. De todos modos, con un poco de ejercicio podré deshacerme de esto.

—Parecerás una maldita casa de dos plantas antes de llegar a los cuarenta —le dijo Rafferty con una sonrisa.

—Aún tengo cuatro años por delante, Bill —murmuró Talbot, metiéndose otro bocado de chocolate en la boca—. Pero gracias por recordármelo, cabronazo.

Continuaron su tranquilo paseo por el andén.

—¿Por qué nos han llamado de la Policía de Transporte? —preguntó Talbot—. Por lo general no lo hacen cuando se trata de un suicidio.

—No están seguros de que sea un suicidio.

—¿Por qué lo dices? ¿Alguien lo empujó?

Rafferty negó con la cabeza.

—Creen que…

Talbot lo interrumpió.

—Es un suicidio, Bill, hazme caso —dijo el inspector, deteniéndose y señalando a su espalda—. La sangre que hay en el andén y en las vías está muy cerca de la boca del túnel. Quería asegurarse de que si los raíles de corriente eléctrica no lo freían, el impacto con el tren lo matara. La mayoría de los idiotas que vienen aquí a quitarse la vida saltan desde la mitad del andén. Eso le da al conductor el tiempo suficiente para verlos y pisar el freno, de modo que nueve de cada diez veces el tren ni siquiera llega a golpearlos. A veces sí que los atropellan, pero en ese caso pueden perder una pierna o un brazo y sufrir alguna quemadura con los raíles, pero eso es todo. Saltan desde el centro del andén porque no lo tienen claro. —Se encogió de hombros—. Igual que los que se rajan las muñecas, eso ya lo sabes. Si se cortan las venas a lo ancho de la muñeca, sangran más despacio. Quieren que alguien los encuentre con vida. Los que lo hacen desde el codo hasta la muñeca, no se andan con chiquitas. Están seguros de lo que hacen. Hyde era uno de ellos, por eso saltó cerca de la boca del túnel.

—No hemos podido averiguar nada por el conductor, el pobre diablo todavía está conmocionado—dijo el oficial.

—No me sorprende. ¿Qué dicen los demás testigos?

—Les estamos tomando declaración en este momento.

Talbot asintió.

—Me juego el sueldo a que se ha suicidado —dijo el inspector, mirando al grupo de hombres uniformados que rodeaban el cuerpo. En ese instante se echaron a un lado.

—Menuda mierda —espetó Rafferty, examinando el cadáver.

El hedor a carne quemada era ahora abrumador.

—¿Dónde está su pierna derecha? —preguntó Talbot.

—El tren se la seccionó a la altura de la cadera. La hemos encontrado en las vías, unos diez metros más adelante —respondió Rafferty.

—Quiero un informe completo de la autopsia lo antes posible —dijo el inspector—. Y una cosa más, Bill —Talbot se metió otro pedazo de chocolate de la boca—, alguien debería comunicárselo a su esposa.

Cuatro

Catherine Reed sintió que el sudor se le acumulaba en el labio superior. Al pasarse la lengua por encima, notó el sabor salado del fluido. Su respiración era entrecortada.

Tenía pegado el largo cabello negro a la cara y al cuello, y una fina capa de sudor le cubría la piel.

Intentó tragar saliva, pero su garganta estaba tan reseca que solo pudo proferir un gemido de satisfacción a medida que las sensaciones se volvían más intensas. Encogió los pies, envolviendo con sus delgadas piernas la figura que tenía encima.

Phillip Cross cerró los ojos, tanto su cara como su cuerpo estaban cubiertos de sudor. Mantenía un ritmo constante, apoyando su peso sobre los puños mientras entraba rápida y profundamente en Cath.

—Oh, Dios —murmuró ella, clavándole las uñas en la espalda, le apretó un poco más con las piernas, incitándole a que empujara más fuerte.

—Sigue. Sigue.

Él abrió los ojos y vio la mueca de placer de ella, una expresión de felicidad que se le contagió mientras continuaba con los envites.

Sonó el teléfono.

—Mierda —jadeó Cross, disminuyendo el ritmo.

—No pares —gimió Cath.

El teléfono seguía sonando.

Cross se retiró un poco de ella.

—Olvídalo —gruñó Cath.

El contestador automático se activó.

Cath apenas podía oír la voz del otro lado del teléfono, pues sus propias exhortaciones ahogaban el sonido.

Tiró de Cross hacia ella.

—Sé que estás ahí, así que coge el maldito teléfono —dijo la voz con aspereza.

Cross miró el teléfono de la mesita de noche.

Aminoró aun más el ritmo, aunque su respiración seguía siendo entrecortada.

—Olvídalo —imploró Cath.

—Phil —continuó la voz—. Coge el puto teléfono, es importante.

Ambos reconocieron a quien hablaba.

Cross se encogió de hombros y, resignado, trató de liberarse de ella.

Cath dejó que sus piernas se deslizaran por su espalda húmeda; respiraba profundamente, y el sudor le corría en riachuelos entre los pechos.

Cross cogió el teléfono.

—Cross —dijo, aclarándose la garganta.

Cath no esperó a oír la conversación. Salió de la cama y se dirigió al cuarto de baño, aún con la sangre latiéndole en las venas. Abrió el grifo del agua fría y se lavó la cara, luego estudió su reflejo en el espejo. Tenía el pelo alborotado, pegado al cuello por el sudor. Empezó a aliviarse con un dedo. Desnuda, se quedó de pie frente al espejo. Su piel suave estaba teñida de rosa, sobre todo en las mejillas, el cuello y los pechos. Dejó escapar un profundo suspiro, captando la extraña conversación que procedía de la habitación.

¿Por qué demonios no había dejado sonar el maldito aparato?

Oyó a Cross decir algo más, luego el sonido del teléfono al colgar.

Cath se quedó donde estaba, y pocos segundos después vio el reflejo de Cross en el espejo, detrás de ella. Se fijo en que él también seguía desnudo, y que mantenía la erección.

—Era Nicholls.

—Eso me ha parecido —dijo ella—. ¿Siempre saltas cuando oyes su voz?

Había una arista en su tono que Cross decidió ignorar.

—Tengo que ir a Euston. Ahora mismo —dijo—. Un tipo se acaba de suicidar y Nicholls necesita las fotos. ¿Quieres venir?

Ella lo miró y levantó una ceja.

—Si no hubieras cogido ese maldito teléfono, lo habría hecho yo —dijo ella, con una fina sonrisa en los labios.

—Qué graciosa. Bueno, ¿qué me dices? Voy a estar fuera alrededor de una hora. Nicholls me ha dicho que ha llamado porque sabía que estaba cerca.

—Muy conveniente para él —dijo Cath, y volvió a la habitación para encenderse un cigarrillo—. Qué bien que vivas en Camden y no en Chelsea, ¿verdad?

Cross ya se estaba poniendo los pantalones.

—¿Vienes o no? —preguntó irritado, mirando a su alrededor en busca de la cámara que descansaba encima de un aparador.

—¿Por qué no? —respondió ella, recogiendo las mallas, los calcetines y las zapatillas que no mucho antes habían dejado caer junto a la cama.

Ambos se vistieron rápido y en silencio; luego Cath habló de nuevo.

—¿Qué tiene de interesante un suicidio?

—Nicholls me ha pedido que haga unas cuantas fotos. Yo soy un humilde fotógrafo y hago lo que me pide. —Esbozó una sonrisa—. Y nunca se sabe, quizá haya algo para ti en todo esto. Creía que los periodistas siempre ibais detrás de una buena historia.

—Ya, qué divertido. Un suicidio en Euston. Carne de titulares —protestó ella.

—Eso es —dijo Cross—. Puede que no haya sido un suicidio.

La expresión de Cath cambió.

—¿Quién era el tipo? —preguntó.

Cross cogió la bolsa de la cámara y señaló el nombre que había garabateado en una libreta al lado del teléfono.

Cath miró el nombre y asintió con la cabeza, pasándose una mano por el cabello.

Y se dirigió hacia la puerta.

Cinco

James Talbot observaba impasible mientras los cuatro hombres uniformados levantaban el cuerpo de Peter Hyde y lo colocaban en la camilla, sobre el andén.

Los paramédicos introdujeron el cadáver con pericia en una bolsa de plástico, pero antes de que cerrasen la cremallera, Talbot se fijó en lo que quedaba del rostro de Hyde.

La piel que le cubría la mejilla derecha y la mandíbula estaba quemada y negra, el resto era de un color rojo intenso. Tenía un párpado chamuscado, dejando el globo ocular a la vista. Parecía devolverle la mirada a Talbot.

Observó cómo retiraban de las vías la pierna cercenada y la guardaban con cuidado junto al cuerpo.

En el otro extremo del andén, dos encargados de la limpieza esperaban con escobas, preparados para limpiar toda la sangre.

El inspector tomó el último bocado de la barrita de chocolate y asintió para que los sanitarios sellaran la bolsa de una vez por todas. La cremallera se cerró.

Al volverse, Talbot se topó con una luz blanca que lo cegó durante un instante.

—Maldita prensa —espetó Rafferty.

—¿Cómo han logrado llegar hasta aquí? —preguntó Talbot sin energía.

—Solo hemos cerrado este andén —informó Rafferty, dirigiéndose hacia la figura que estaba en el extremo más alejado.

Phillips Cross tomó varias fotografías más. A los rastros de sangre. A las vías. A los oficiales de policía. A la bolsa de cadáveres negra.

Catherine Reed lo seguía, mirando a todas partes como si tratara de memorizar todo lo que estaba viendo, preocupándose de no perderse ni un solo detalle.

Vio un diente ensangrentado cerca del borde del andén.

Habría salido despedido cuando el tren arrolló el cuerpo, dedujo.

—¿Quién está al cargo? —quiso saber.

—Salgan del andén, por favor —dijo Rafferty—. No tienen permiso oficial para estar aquí.

—¿Se trata de un suicidio o de un asesinato? —insistió ella.

—Se emitirá un comunicado completo a su debido tiempo.

—Ustedes piensan que es un asesinato —dijo Cath, asintiendo a Talbot, que en ese momento se aproximaba a ellos—. ¿Por qué si no estaría aquí el inspector de policía?

Al acercarse, Talbot aminoró el paso, fijándose en la mujer de cabello oscuro que llevaba una camiseta ancha y unas mallas. La reconoció enseguida. Recordaba muy bien aquellos rasgos.

La conocía…

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —siseó él, con la mirada puesta en Cath.

—Lo mismo que usted, inspector Talbot. Mi trabajo.

Rafferty y Cross observaban el enfrentamiento entre la periodista y al inspector .

—No tiene permiso para estar aquí, así que lárguese —exclamó Talbot.

—¿Considera esta muerte un caso de asesinato? —preguntó Cath.

—Sin comentarios —gruñó él.

Cath estudió a Talbot durante un momento y le preguntó sin rodeos:

—¿Cuándo consiguió el ascenso?

—¿Qué demonios le importa?

—Solo es curiosidad.

—Claro, la curiosidad es parte de su trabajo, ¿no es así? —espetó Talbot.

—Inspector de policía —dijo ella—. Le ha ido muy bien.

—Jódase, Reed. Se lo vuelvo a repetir, se supone que no debe estar aquí. Lárguese antes de que la arreste por obstrucción.

—Tan encantador como siempre. Es agradable saber que hay cosas que nunca cambian.

—Se lo voy a decir por última vez. Lárguese.

—¿Cuándo saldrá el comunicado oficial? —quiso saber Cath.

—Acabo de dárselo —respondió Talbot, mientras le daba la espalda y se alejaba andén abajo.

Cath lo observó un segundo, y luego ella y Cross cruzaron el arco que comunicaba con las escaleras mecánicas.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Cross mientras ponía un

pie en el escalón.

Cath respiró hondo.

—¿Has conseguido las fotos? —respondió con aspereza.

—Te he preguntado…

—Olvídalo, Phil —dijo, echando una última mirada al andén.

Talbot estaba de pie en medio de la zona elevada, con los brazos cruzados sobre el pecho y con expresión de enfado.

—¿La conoces? —preguntó Rafferty.

Talbot asintió ligeramente, mirando cómo se llevaban el cuerpo.

—Se podría decir que sí —murmuró.

Seis

El ambiente del bar estaba cargado de humo y James Talbot inhaló profundamente mientras se dirigía a la mesa del rincón.

¡Lo que daría por un cigarrillo!

Intentó apartar el pensamiento de su mente mientras se abría paso entre los otros parroquianos, con cuidado de no derramarles las bebidas que sostenían.

El bar estaba en Eversholt Street, justo al otro lado de Euston, y estaba hasta arriba. Una docena de conversaciones se mezclaban con el ruido de una máquina de discos; todo el mundo tenía que alzar la voz para ser escuchado.

Dos mujeres jóvenes le dedicaron sendas miradas superficiales al pasar, pero a Talbot le preocupaba más llegar a la mesa con los dos vasos llenos que captar su atención. Una de ellas, una joven alta, con el cabello rubio muy corto y unos pómulos que parecían haber sido moldeados con una lijadora, le sonrió, y el inspector de policía se esforzó para devolverle una sonrisa apenas perceptible, aunque antes de llegar al rincón se detuvo para evaluar con una rápida mirada sus piernas torneadas.

Dejó los vasos en la mesa y sorbió de su Jameson, sintiendo cómo el fluido ambarino le quemaba la garganta con un gusto dulzón.

Rafferty hizo un gesto de agradecimiento y le dio un trago a su cerveza con gaseosa.

—No puedo quedarme demasiado, Jim —dijo, casi disculpándose.

—Un trago no va a hacerte daño, ¿no crees? —masculló Talbot—. ¿Qué prisa tienes?

—Quiero ver a Kelly antes de que mi mujer la mande a la cama.

—¿Cómo está?

—Muy guapa —dijo el oficial con orgullo.

—Debe de haber salido a la madre, entonces —dedujo Talbot, lanzándole una mirada a su compañero.

—Hoy ha sido su primer día de colegio —dijo Rafferty—. Quería…

—¿Quién estaba de guardia esta tarde? —le interrumpió Talbot, al parecer cansado de la conversación de Rafferty.

—¿A qué te refieres? —preguntó el oficial.

—Lo que quiero saber es cómo esos malditos gilipollas de la prensa se las arreglaron para bajar al andén.

Rafferty contempló a su superior durante un instante, después se aclaró la garganta:

—Mira, Jim, puedes decirme que no es asunto mío, pero ¿quién demonios era esa periodista? Por lo general no reaccionas así con la prensa.

Talbot dio un largo sorbo a su whisky.

—Que se jodan, de todas maneras son todos unos buitres —gruñó.

—Dijiste que la conocías.

El inspector respiró hondo y se recostó en su asiento.

—Escribió un reportaje sobre mí hace dos años —dijo, mirando fijamente su vaso—. Era para un periódico, no recuerdo cuál. Aunque en realidad me importa una mierda. —Miró a su compañero—. Ya sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Rafferty asintió despacio.

—Paul Keane.

—Exacto, el jodido Paul Keane. —Talbot apuró el vaso.

—¿Es cierto? ¿Le pegaste durante el interrogatorio?

—Por culpa de sus malditas acusaciones me suspendieron durante dos semanas, ¿recuerdas? Por culpa de ella y de sus «fuentes». Puede que fuera algo brusco con él, pero te diré algo, yo no fui el único poli que lo trató mal.

—Fueron varios niños, ¿no?

—Tres. Era un puto pederasta. Violó a dos niñas de cinco años y sodomizó a uno de tres. Si recibió algún golpe, fue porque el hijo de puta se lo merecía. —Talbot empujó su vaso vacío—. Tresniños. ¿Puedes imaginártelo? Dios. —Contuvo un suspiro de irritación—. Pero esa zorra dijo que era «brutalidad policial», lo publicó en la primera plana de su periodicucho y hubo una investigación.

—Sin embargo, no presentaron cargos contra ti —añadió Rafferty.

—Eso no es lo importante —dijo Talbot entre dientes—. Ella me crucificó. Podría haber arruinado mi carrera. Y ¿sabes quién resultó ser su fuente? El abogado de Keane, que está incluso más podrido que su cliente. Keane estuvo a punto de librarse por lo que ella

escribió. Ahora podría estar paseándose por las calles por su culpa. ¡Periódicos! Lo único para lo que valen es para envolver el pescado o para limpiarse el culo. Todos.

El hombre miró el vaso vacío de Rafferty.

—¿Otra? —preguntó.

—Tengo que irme, Jim —dijo el oficial, poniéndose en pie—. ¿Para cuándo esperas los resultados de la autopsia de Hyde?

—Para mañana.

—¿Sigues pensando que fue un suicidio?

Talbot asintió.

—No entiendo cómo alguien puede hacer algo así —dijo Rafferty—. Suicidarse. Es decir, ellos mismos admiten que es una forma cobarde de arreglar los problemas, pero yo creo que hay que tener mucho coraje para matarse. ¿Cómo es posible que las cosas te vayan tan mal como para querer acabar con tu vida?

Talbot se encogió de hombros.

—Podría pasarle a cualquiera de nosotros —dijo con calma.

—A mí no —dijo Rafferty, y miró hacia la puerta—. Tengo muchas razones por las que vivir. —Chasqueó la lengua—. Te veo mañana.

Y se marchó.

Talbot esperó un momento, luego regresó a la barra y pidió otro Jameson.

La mujer de mejillas cinceladas seguía allí, solo que ahora hablaba animadamente con un hombre algo más joven que Talbot. Ella ni siquiera se fijó en él cuando pasó a su lado. Cuando volvió a sentarse, pudo oír su risa incluso por encima de la máquina de discos.

Talbot miró su reloj.

Era demasiado temprano para volver a casa.

Además, allí no tenía nada que hacer.

Dio un sorbo de su bebida.

—Muchas razones por las que vivir —murmuró, recordando las palabras de Rafferty. El inspector enarcó una ceja—. Tienes suerte.

Tragó un poco más de whisky, el sabor mezclado con el rancio olor a humo de cigarrillo.

Se tomaría otro después de este.

Quizá dos.

Le haría falta antes de poder enfrentarse al viaje a casa.

Siete

Catherine Reed se recostó sobre su espalda, con el pecho subiendo y bajando, respiraba con profundos y rápidos jadeos.

—Jesús —murmuró, tratando de recuperar el aliento.

A su lado, Phillip Cross también intentaba calmarse. Se inclinó sobre la mesita de noche y cogió una lata de Carlsberg, tomó un trago y arrugó la expresión al probar la cerveza caliente.

—¿Puedo tomar un poco? —preguntó Cath, quitándole la lata.

—Está caliente —dijo él—. Iré a por un par más.

Ella bebió un poco del líquido tibio, observando cómo Cross salía de la cama y caminaba desnudo por el dormitorio.

Bonito trasero.

Sonrió, estiró las piernas y luego las flexionó, juntando las manos alrededor de las rodillas, como si se estuviera preparando para algún tipo de ejercicio rutinario.

Cross, bajo el umbral de la puerta, la miró y sonrió.

—Pensaba que ibas a ir a por esas cervezas —dijo ella.

Él asintió y desapareció por el salón. Le oyó abrir la nevera y, un momento después, el joven regresó y se sentó en la cama junto a ella, ofreciéndole una lata fría. Cuando fue a cogerla, él le apretó la lata en el pecho izquierdo, rozándole el pezón, que se le endureció de inmediato.

Ella protestó y le dio una palmada en el hombro, riéndose entre dientes.

Cross era dos años menor que ella, aunque su rostro estaba muy desmejorado para tener tan solo treinta años. Ella también empezaba a tener arrugas, pero a las de los ojos prefería llamarlas líneas de expresión. Era el mejor eufemismo que se le había ocurrido.

—¿Crees que alguien de la oficina sabe lo nuestro? —preguntó Cross, sorbiendo de la lata.

Ella se echó hacia atrás, estiró las piernas otra vez y admiró sus líneas.

Cross le pasó una mano por la pantorrilla y el muslo derecho, acariciándole la piel con suavidad.

—Lo dudo, hemos sido muy discretos. Además, a nadie le importa una mierda. Están demasiado preocupados con sus propias vidas o con el periódico. A nadie le interesa lo que estamos haciendo.

—¿Y a ti? —dijo él, mirándola directamente a los ojos verdes—. ¿Te importa a ti?

—Phil, no empieces otra vez —dijo ella sonriendo.

—No tiene gracia.

—¿Acaso me estoy riendo?

—Has sonreído.

—¿Qué quieres que haga, que llore? —Volvió a beber de su cerveza—. Mira, lo que hay entre nosotros es divertido, ¿vale? Me lo paso bien contigo, pero no eres mi gran amor.

—¿No lo soy porque no quieres que lo sea?

—¿Podemos dejar el interrogatorio para otro momento, por favor?

—Acabamos de hacer el amor. Creo que es un buen momento para preguntar por los sentimientos, ¿no crees?

—Phil, acabamos de follar —dijo con una sonrisa, y le tocó la mejilla—. Hay diferencia.

Cross la miró con ojos inquisidores.

—A veces puedes llegar a ser una verdadera zorra —dijo con acidez.

—Lo siento —respondió ella, encogiéndose de hombros y dándole otro sorbo a la lata—. Lo único que quiero es que no te dejes engañar por lo que está pasando entre nosotros.

—Según tú, no hay mucho por lo que dejarse engañar.

Cath se terminó la cerveza, luego saltó de la cama y recogió las mallas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cross.

—Me estoy vistiendo. Me voy a casa.

—Pensaba que te quedarías esta noche.

—Pero yo no te he dicho que lo haría, ¿verdad? —replicó ella, mientras se abrochaba la camisa vaquera.

—Yo pensaba…

Ella le besó en la frente.

—Piensas demasiado —dijo ella, deslizando los pies en las zapatillas deportivas.

Él se puso los pantalones y la siguió hasta el salón, observándola mientras recogía el bolso y la chaqueta, y hurgaba en el bolsillo en

busca de las llaves del coche.

—Te llamaré mañana —dijo ella, besándole con suavidad en los labios.

Cross la atrajo hacia él, le metió la lengua en la boca y se alegró al comprobar que ella respondía.

—Eres un grano en el culo —dijo, dedicándole una sonrisa—. No me extraña que aquel poli se pusiera tan tenso al verte en la estación.

Ella asintió.

—Supongo que tendría sus razones —dijo con desdén, luego se volvió y se dirigió hacia el pasillo—. No hace falta que me acompañes a la puerta, Phil. Además… —hizo un gesto con la cabeza hacia su entrepierna— no querrás asustar a los vecinos, ¿verdad? —Y se echó a reír.

Cross bajó la vista y vio que llevaba la bragueta desabrochada.

Mientras se cerraba la cremallera, Cath se marchó.

El fotógrafo se quedó de pie un momento, después se sentó en el sofá y se pasólas manos por el cabello.

Aún podía oler el perfume de ella en sus dedos.

También podía olerlo en el dormitorio.

Siempre podía.

Mientras Phillip se levantaba, el teléfono empezó a sonar.

Ocho

—¿Cómo se llama?

Shanine Connor dio un respingo en su asiento cuando el silencio del interior del coche se rompió de repente. Miró al conductor, quien había apartado los ojos de la carretera durante un instante para sonreírle.

Ella no hizo ningún gesto. En cambio, estudió con cautela los rasgos del hombre. Tenía poco más de cuarenta años, un poco de papada, el pelo grueso y lustroso, aunque en el sombrío interior del Astra le resultaba difícil adivinar el color.

Solo la luz de las farolas de la M60 les iluminaba. No había demasiado tráfico y cuando algún vehículo pasaba en sentido contrario, Shanine apenas se fijaba en él, concentrada como estaba en el espejo retrovisor de su lado. Mirándolo cada pocos segundos.

Vigilando.

Estaba segura de haber visto un Nissan azul oscuro detrás del Astra unos diez kilómetros atrás.

Pero no podía asegurar que aún estuviera allí.

¿Siguiéndome?

El Nissan había tenido muchas oportunidades de adelantarles, pero ella creía que se había quedado en el carril interior, manteniéndose a una distancia prudencial, a veces alejándose de la vista, otras acercándose.

¿No era así?

Mantenía la bolsa de deporte a su lado, con una mano apoyada en el lateral donde había escondido el cuchillo de cocina.

El conductor le había ofrecido colocar la bolsa en el asiento de atrás, pero ella había negado con la cabeza con vehemencia, optando por tenerla cerca.

Él le había dicho su nombre, pero parecía haberlo olvidado. También intentó entablar una conversación durante los últimos veinte kilómetros, desde que salieron de Manchester. Lo único que podía recordar de lo que él había dicho era que vivía en Liverpool, pero a partir de ahí su atención se dirigió a otra parte.

Como al Nissan que la seguía.

¿La seguía?

Echó una mirada por el espejo retrovisor pero no vio rastro alguno del vehículo.

Su corazón empezó a latir un poco más fuerte.

—Le he preguntado cómo se llama —repitió el conductor, mirándola de nuevo.

—Shanine —dijo ella sin devolverle la mirada.

—Es un bonito nombre —replicó él, y entonces dio un golpecito en el volante, murmurando para sí mismo.

El coche empezó a aminorar la marcha.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shanine, con una nota de ansiedad en la voz.

—Las malditas obras —gruñó el conductor—. La carretera se reduce a un solo carril. Iremos a paso de tortuga los próximos kilómetros.

Shanine miró por el espejo retrovisor.

Ni rastro del Nissan.

—Siempre están haciendo algo en esta carretera —añadió el conductor—. Malditos cabrones. —La miró y sonrió.

Shanine se esforzó en devolverle una sonrisa nerviosa.

—¿Por qué se marcha de Manchester? —preguntó el conductor —. Es decir, puedo entender el motivo, pero tengo curiosidad. La verdad es que yo solo voy allí a trabajar.

Ella no respondió, estaba más preocupada por lo que veía por el retrovisor.

El Astra había reducido la velocidad hasta los treinta kilómetros por hora, y el hombre conducía ahora entre dos hileras de conos de plástico.

—Parece que tiene prisa por salir de aquí —dijo él con una sonrisa—. ¿Alguien la está persiguiendo?

Ella notó cómo el rubor le subía a las mejillas.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó.

Él la miró de reojo, percatándose de la preocupación de su rostro.

—Solo bromeaba —dijo, casi disculpándose.

Shanine vio el Nissan.

La carretera se bifurcó de nuevo en dos carriles, y el Nissan fue acercándose al Astra.

Se aproximaban a una vía de salida que conectaba con un área de servicio.

—¿Puede dejarme aquí? —preguntó Shanine.

—Puedo llevarla hasta Liverpool, si quiere.

—No —dijo ella, viendo al Nissan pasar de largo hasta que sus faros traseros desaparecieron en la noche.

Shanine sintió que su corazón calmaba su frenesí y se relajó en el asiento.

—¿Adónde se dirige? —preguntó el conductor.

—Déjeme en la misma salida, no es necesario que llegue hasta la estación de servicio —dijo ella, haciendo caso omiso de la pregunta.

—No sea tonta —masculló, a la vez que encendía el intermitente y guiaba el Astra por la pendiente.

Ella tiró de la manilla de la puerta tan pronto como el hombre detuvo el vehículo.

—Gracias —dijo, y salió.

—Puedo llevarla más lejos… —empezó el hombre, pero ella ya estaba fuera del coche, caminando deprisa hacia el Little Chef situado detrás de la gasolinera del área de servicio.

El conductor del Astra la observó durante un momento, luego metió la primera y se alejó. Al pasar de largo vio de soslayo cómo ella se paraba frente a la puerta del restaurante y miraba a ambos lados con nerviosismo antes de colarse en el interior.

El conductor se preguntó qué sería de Shanine.

¿De qué estaba huyendo?

¿De su novio? ¿De sus padres?

Mientras conducía el coche por la vía de servicio que lo devolvía a la autovía, pensó en ello.

De haber sabido la verdad, probablemente se hubiese sentido aliviado de que no siguiera en su coche.

Nueve

Catherine Reed oyó el sonido mientras giraba la llave en la cerradura.

Un pitido agudo cada tres segundos. Se trataba del contestador automático. Tenía varios mensajes.

Empujó la puerta del apartamento, cerró y echó la cadena; luego dejó las llaves del coche y de la puerta en el pequeño aparador de madera del recibidor.

El trayecto desde Camden Town hasta su apartamento en Hammersmith había sido más largo de lo habitual. Había habido algún tipo de alarma en Central London y el tráfico fue desviado. Cath se sentía como si llevara horas pegada al volante de su Fiat.

Presionó el botón del contestador y la voz metálica le anunció que tenía cinco mensajes.

Subió el volumen del aparato y entró en el salón, se quitó las zapatillas deportivas, se sentó en el sofá y se masajeó los pies.

El primer mensaje era de un amigo que le preguntaba si quería quedar para tomar unas copas un par de días más tarde.

Cath encendió el televisor, luego apretó el botón de mute del mando a distancia para dejar solo la imagen.

El segundo mensaje era de un tipo llamado John Linley. Lo había conocido una semana antes en la inauguración de una exposición de arte y, por alguna razón que no alcanzaba a recordar, le había dado su número de teléfono. El mensaje la invitaba a devolverle la llamada.

Cath negó con la cabeza.

Miraba el televisor en silencio mientras los mensajes continuaban.

Número equivocado.

El que llamaba había esperado a la señal para disculparse.

En la pantalla, dos políticos se señalaban mutuamente. Los gestos parecían más interesantes que sus frecuentes palabras huecas.

Cambió de canal.

Boxeo.

Cath apretó otro botón.

Una serie de los años setenta; al menos eso es lo que dedujo, a tenor de cómo iban vestidos los personajes.

Presionó otra vez.

Una película del oeste. Reconoció a William Holden y Ernest Borgnine y sonrió para sí misma.

—Grupo salvaje —dijo, y chasqueó la lengua cuando comprobó el título en el apartado de información.

El cuarto mensaje era de su hermano.

Cath se levantó y se acercó al aparato, pulsó el botón de rebobinar y escuchó las palabras con más atención.

—Cath, soy Frank. Llámame mañana por la noche, ¿de acuerdo? Necesito hablar contigo. A cualquier hora a partir de las nueve. Espero que estés bien. Nos vemos.

Garabateó una nota en la pequeña libreta que había junto al teléfono y oyó el último mensaje.

Era de la editorial.

Les encantaba el libro, sí, pero había un par de puntos que les gustaría discutir con ella si tenía un hueco al día siguiente. ¿Sería tan amable de telefonear a su editor?

Gracias. Fin de los mensajes.

Quizá fueran a comunicarle la fecha de publicación, o a informarle de cuándo le pagarían el resto del anticipo. Ya se había gastado el primer pago. El apartamento necesitaba decoración nueva y el dinero le vino de perlas. Además, los editores parecían tener mucha fe en el libro: los crímenes reales, le habían dicho, eran un gran reclamo para las ventas. Con su trayectoria como periodista, tendría los contactos adecuados. El libro había sido relativamente fácil de escribir y el primer borrador estuvo listo en menos de tres meses.

En Mente de un asesino, Cath analizaba algunos de los más notorios asesinos del siglo XX y, más concretamente, la fascinación que generaban en el público. ¿Qué pasaba con personas como Brady y Hindley, Peter Sutcliffe, Charles Manson, Dennis Nilson, Fred West y otra docena de hombres como ellos a quienes el público encontraba tan intrigantes?

Ya había recibido el encargo de escribir un segundo libro en la misma línea acerca de la violencia en las películas, pero este era a largo plazo. Ella esperaba que estos dos libros de no ficción le sirvieran de trampolín para lo que anhelaba de verdad: publicar una

novela.

Volvió a apretar el botón de rebobinado y escuchó de nuevo el mensaje de su hermano.

Se le oía bien. Alegre, de hecho.

Le sorprendía, dadas las circunstancias en las que se encontraba.

Miró el reloj y se preguntó si debía devolverle la llamada ahora, pero decidió que no.

Fue a la cocina y encendió el radiocasete que descansaba encima del microondas, el sonido de Clannad inundó la estancia. Cath llenó de agua la tetera y la dejó en el fogón; puso una bolsita de té y un poco de leche en una taza, que enjuagó antes bajo el grifo.

Mientras esperaba a que hirviera el agua, volvió al salón y observó la pantalla enmudecida del televisor, donde unos salvajes habían dinamitado un puente, enviando a Robert Ryan y a su banda de forajidos río abajo.

Cath impresionada, percibió la incongruencia entre la brutal imagen y la música que provenía de la cocina.

Encima del televisor había dos fotografías.

Una era de sus padres.

Habían emigrado a Canadá seis años antes, cuando se jubilaron.

Cath no los veía desde entonces. Hablaba con ellos cada dos o tres meses. Parecía que se estaban divirtiéndose mucho allí. Y se sentían muy orgullosos de los logros de su hija. Orgullosos de sus dos hijos, por supuesto.

Se preguntó qué pensarían si conocieran la situación actual de Frank.

Era él quien la saludaba desde la otra fotografía.

Cinco años mayor que Cath, tenía una fuerte constitución y un espeso bigote salpicado de gris, como su cabello.

En la imagen, estaba sentado en el banco de un parque junto a ella, sonriendo alegremente, con el brazo sobre su hombro.

La foto había sido tomada ocho años antes, un día después de que ella empezara a trabajar para el Express; un poco más tarde él había conseguido el puesto de subdirector en el colegio donde daba clases.

Días felices.

¿Y ahora?

Se acercó a la fotografía , la cogió y estudió los rasgos con más atención.

Frank sonreía.

Tenía algo por lo que sonreír.

Cath oyó el silbido de la tetera y dejó la foto encima del televisor.

Había hablado con él hacía tres días. Por su mensaje parecía que tenía algo nuevo que contarle.

Mientras se dirigía a la cocina, se preguntó de qué podría tratarse.

Había llegado a un punto en el que temía sus llamadas.

Diez

El silencio envolvió a James Talbot como un velo.

Cerró la puerta murmurando algo mientras pisaba las cartas tiradas en la alfombra. Las recogió y las llevó al salón, dejando caer el correo en la mesita del café sin siquiera echarle un vistazo.

¡Dios, cómo necesitaba un cigarrillo!

Se acercó al mueble bar y se sirvió un whisky doble; se bebió la mayor parte de un solo trago.

El menaje de la casa era viejo. Algunos muebles necesitaban reparación, otros hacía falta reemplazarlos. Adentrarse en su interior era como retroceder a los años cincuenta. Había una enorme cómoda de caoba contra la pared que hacía juego con la mesa de centro y con la mesita del televisor. Aquel artilugio electrónico parecía fuera de lugar entre tantas reliquias.

Las paredes necesitaban una mano de pintura.

Talbot recordaba aquel enfermizo tono magnolia de cuando era pequeño.

Su padre había pintado toda la maldita casa de ese color.

Su padre.

¿De verdad habían pasado veintiséis años desde su muerte?

Parecía una eternidad. A veces era como si nunca hubiese existido. Igual que una fotografía deteriorada, la imagen de su padre se había ido disipando en la mente de Talbot, hasta que apenas era capaz de recordar los rasgos del hombre.

Oyó algarabía en el exterior y se asomó a la ventana, un grupo de muchachas pasaban de largo, charlando en voz alta y animada.

La calle estaba llena de papeles arrugados y desperdicios empujados, como plantas rodadoras, por la brisa fría que corría por las aceras.

Las calles siempre quedaban así después de un partido.

Desde la ventana frontal de la casa, allí en Gillespie Road, Talbot podía ver el contorno del estadio del Arsenal.

Su padre lo había acompañado a algunos partidos cuando era un niño demasiado pequeño para darse cuenta de lo que ocurría, y tan solo reparaba en las aglomeraciones y las turbas que se formaban en

las gradas. Cuando creció, recorría solo el corto trayecto hasta el estadio cada vez que el equipo jugaba en casa. Finalmente, empezó a acudir a los partidos de fuera.

Para escapar.

Para estar solo.

Siempre le había resultado extraño buscar la soledad con treinta mil personas a su lado, pero al fin y al cabo parecía surtir el efecto deseado.

Y luego regresaba.

Al olor de la bebida. A los gritos y a los chillidos.

A la sangre.

Talbot se bebió lo que le quedaba en el vaso y se sirvió otro trago. Fue hasta el sofá, donde se dejó caer sobre los grandes cojines de flores, se cambió de mano el vaso de whisky y miró el correo que descansaba encima de la mesa, como si llegar hasta las cartas requiriese un esfuerzo de voluntad equivalente a una hazaña sobrehumana.

Le dio otro sorbo a la bebida y abrió el primer sobre.

La factura del teléfono.

La dejó a un lado.

Un par de circulares.

Las lanzó a la papelera que había debajo de la mesa y cogió la última carta.

Papel grueso. Blanco prístino. Mientras abría el sobre, parecía que este le brillaba en las manos, se percató del ligero temblor de sus dedos .

Sacó el único folio mecanografiado que contenía y lo desdobló.

El membrete superior destacaba sin ambages: Residencia Litton Vale.

Suspiró sin energía y comenzó a leer.

Once

Era un día demasiado hermoso para estar rodeado de muerte, pensó Andrew Foster mientras avanzaba por el estrecho sendero de grava que se desviaba del camino principal.

Había sido un día como aquel, con un cielo azul claro y una suave brisa, cuando la muerte truncó sus vidas por primera vez, y el recuerdo parecía hacerse más intenso tras cada visita.

El cementerio Croydon estaba bañado por los templados rayos del sol, el cual se había levantado con orgullo para ocupar su lugar en un cielo que tenía el color de unos vaqueros desgastados.

El aroma de las flores, algunas recién puestas, flotaba en el aire. La imagen era idílica. Hasta los pájaros posados en los frondosos árboles trinaban alegremente, ajenos a la miseria que se expandía debajo de ellos, sin darse cuenta de que por cada nota agradable que emitían desde sus ramas, una lágrima recorría alguna mejilla: lágrimas de dolor, impotencia, pesar y enojo.

Andrew había sufrido cada una de aquellas sensaciones el día que le comunicaron que su hijo había muerto.

Delante de él, su esposa Paula caminaba con su habitual determinación, avanzando con paso seguro por el sendero y las extensiones de hierba, dejando atrás otras muchas lápidas mientras se dirigía a su destino.

Ambos tenían poco más de veinte años. Ahora deberían estar jugando con su bebé, y no trayéndole flores a su tumba, tan pequeña que Andrew llegaba de un extremo a otro sin estirar los brazos del todo.

Asfixia, dijeron los médicos. El niño se había estrangulado con su propio cordón umbilical mientras estaba en el útero.

Él permaneció en el quirófano junto a su esposa mientras ella gemía y gritaba para dar a luz a un niño que ya estaba muerto.

Andrew lloró cuando retiraron el cuerpecito envuelto en una sábana. Lloró con pesar y rabia. ¿Por qué tuvo que pasarle a su hijo?

Paula se lo tomó relativamente bien, aunque los médicos le advirtieron que podría tener una reacción tardía. Mencionaron un

montón de nombres estúpidos relacionados con la psicología para explicarles aquella situación, pero él ya se había olvidado de la mayoría.

En cambio, la había oído llorar por las noches.

A menudo se despertaba en la oscuridad, acuciado por pesadillas, y la oía llorar en la habitación de al lado: a veces iba a buscarla para compartir el dolor con ella, pero otras, dejaba que se desahogase.

Hacía dos semanas del fallecimiento de su hijo, y Andrew había sido golpeado por una ironía terrible: de estar esperando el comienzo de una nueva vida, lo único que había recibido era muerte.

La vida y la muerte eran ahora inseparables. Se habían convertido en uno solo.

Su esposa había dado a luz a un niño muerto.

Un día con un tiempo estupendo. Un día lleno de promesas de vida que solo había procurado dolor.

Un día como hoy.

Pasaron al lado de tumbas con flores recién puestas y otras que necesitaban que las sustituyeran ; algunas lápidas brillaban bajo el sol de la mañana, otras piedras se veían aburridas y desatendidas.

Al parecer, eran las dos únicas personas en el cementerio. Casi todas las mañanas, veían a un anciano que visitaba, por lo que Andrew dedujo, la tumba de su esposa. Él siempre los saludaba con un gesto de la cabeza, pero aquella mañana no estaba allí.

La hermosa mañana parecía haber sido creada solamente para ellos dos.

Andrew aspiró una profunda bocanada de aire que le supo a amargura. Se percató de que Paula disminuía el paso al llegar al camino que conducía a la lápida de su hijo.

Esta se encontraba un poco más allá, bajo un pequeño roble, cuyas ramas se precipitaban sobre la minúscula tumba. Un gorrión se posó en una de las ramas más bajas, piando con jovialidad.

Aquel gorjeo crispó los nervios de Andrew, de modo que cuando el pájaro echó a volar de nuevo, se sintió aliviado.

Lo observó mientras se alzaba en el aire y desaparecía de la vista en dirección al sol. Se llevó la mano a los ojos para protegerlos de la esfera ardiente.

Entonces oyó los gemidos de Paula.

Estaba petrificada y señalaba hacia delante con una mano

temblorosa.

Las flores que llevaba habían caído al suelo.

Andrew estuvo a punto de pisarlas cuando pasó despacio junto a ella, espantado por la horrible escena que tenía ante sus atónitos ojos.

Se quedó parado, conteniendo la respiración y con la boca abierta, como si fuese a decir algo. Pero las palabras no acudían a su boca. ¿Qué podía decir? ¿Qué demonios podía decir para expresar los sentimientos que le inundaban? ¿Qué palabras podían describir lo que estaba viendo?

La tumba de Stephen Foster había sido profanada; las flores y las coronas estaban desperdigadas a su alrededor.

El ataúd, tan pequeño, era visible entre los restos de tierra.

Una grieta serpenteaba en la tapa superior.

Habían arrancado la pequeña placa de bronce.

Y toda la zona en general estaba muy sucia. Parecía como si el ataúd hubiera brotado del suelo, salpicando tierra en todas direcciones.

A su espalda, oyó el llanto histérico de Paula, y a continuación, descubrió otra voz distinta y aterrada que provenía de su propio grito.

Sintió cómo le arrancaban el alma.

Entonces se dejó caer de rodillas sobre la tierra removida.

Doce

La oficina de Phillip Barclay en New Scotland Yard era pequeña y estaba muy bien cuidada. Parecía un reflejo de sí mismo. Impecablemente vestido, sin un solo cabello fuera de su sitio, personificaba la viva imagen de la eficiencia mientras dejaba sobre su escritorio dos carpetas, organizadas con una pulcritud casi compulsiva. Luego se sentó, sacudiéndose una mota de polvo de la manga.

Frente a él, el inspector James Talbot se acababa de comer un Kit-Kat en cuatro bocados. Hizo una bola con el envoltorio y lo dejó sobre el escritorio de Barclay, mirándole complacido mientras el forense fruncía el ceño y empujaba un cenicero hacia él, señalando el papel de aluminio con ojos acusadores.

Talbot exageró el gesto al coger la bola con el pulgar y el índice, y la dejó caer en el cenicero.

—Un día de estos encontrarás una magnífica esposa, Phil —dijo el inspector con una sonrisa.

Barclay retiró el cenicero y miró a Rafferty, que estaba a punto de encenderse un cigarrillo.

—Aquí no —espetó Barclay.

Rafferty lo miró desconcertado.

—Está prohibido fumar —le recordó Barclay, y esperó a que Rafferty guardara el cigarro en su cajetilla.

—Entonces… dinos, Phil, ¿cuál es la historia de Peter Hyde? —Talbot fue al grano—. ¿Se mató o qué?

Barclay abrió una de las carpetas y echó un vistazo a su contenido.

—La autopsia revela que no existen signos de alcohol, drogas o cualquier otra sustancia más fuerte que la cafeína en su organismo, al menos en el momento del accidente —dijo el forense.

—¿Pudo haberse caído? —preguntó Talbot.

—Es posible, pero lo dudo. No es la primera vez que veo una víctima de un accidente de metro. Por lo general, tendría importantes quemaduras en las palmas de las manos y en los brazos, señal de que ha intentado protegerse de la caída. Pero en las

manos de Hyde no he encontrado nada. Por tanto, también podemos descartar la posibilidad de que haya sido empujado.

—¿Se trata de un suicidio, entonces? —murmuró Talbot.

—Un simple y sencillo suicidio —confirmó el forense—. Si yo fuese tú, cerraría el caso, Jim.

Rafferty miró a su superior.

—¿Y si han hecho que parezca un accidente? —inquirió este.

—Déjalo ya, Bill. Hyde se ha matado, tal como te dije. Eso es todo. Fin de la historia.

—Lamento arruinar vuestro caso de asesinato —añadió Barclay.

Rafferty se encogió de hombros.

—Qué pérdida tan lamentable —dijo Barclay—. Un hombre tan joven. Hace que uno se pregunte las razones que le llevaron al suicidio .

—Por lo que nosotros sabemos, no hay ninguna —dijo Rafferty, sacudiendo la cabeza con desconcierto—. Tenía un buen trabajo, una esposa bonita, un hogar agradable, todo.

—No sabes qué demonios le estaría pasando por la cabeza —objetó Talbot—. Solo porque el tipo pareciera feliz, no significa que lo fuese. Nunca juzgues un libro por su cubierta y toda esa mierda. Deberías saberlo, Bill, ya llevas en el cuerpo el tiempo suficiente. —El inspector masticó un trozo de chocolate—. Dices que no parecía un tipo que tuviera razones para suicidarse. ¿Desde cuándo eres capaz de averiguar el estado mental de una persona tan solo por su apariencia? Si pudiéramos hacer eso, no habría ni un solo criminal en las calles, porque detendríamos a cualquier hijo de puta cuyo aspecto no fuera de fiar. Al fin y al cabo, Nilsen no parecía un asesino en serie, ¿verdad?

Rafferty se encogió de hombros.

—Oh, no lo sé —dijo sonriendo.

Talbot se puso en pie.

—Gracias por tu ayuda, Phil —dijo, dirigiéndose a la puerta.

Rafferty lo siguió.

—No sé si será peor para la esposa saber que se ha suicidado —dijo el oficial de policía—. Al menos si hubiese sido asesinado, ella tendría una razón para su pérdida. Pero ahora nunca entenderá por qué se mató. Puede que termine culpándose a sí misma.

Talbot suspiró.

—Estás en el equipo equivocado, Bill —dijo—. Tenías que haber sido un maldito trabajador social. ¿Tienes cambio?

Rafferty se hurgó en el bolsillo.

—¿Para qué lo quieres?

—Para la máquina del café. Vamos, te compraré una taza de agua caliente y marrón —dijo Talbot aguantándose la risa.

—Eres todo corazón —dijo Rafferty.

—Ese es mi segundo nombre. Vamos.

Cerraron la puerta detrás de ellos y Barclay oyó sus pisadas mientras recorrían el pasillo.

Esperó un momento y luego guardó el informe de Peter Hyde en uno de los últimos cajones de su escritorio.

Trece

El cañón de la Magnum del calibre 357 brilló bajo los tubos fluorescentes y el cilindro chasqueó al girar.

Neil Parriam hizo retroceder el martillo y limpió el percutor con el mismo trapo aceitoso que había usado para limpiar el armazón de la pistola. El olor a aceite de armas era intenso, y se mezclaba con el tenue aroma acre del café. Parriam dejó el arma en un paño extendido sobre la mesa. Se limpió las manos en el borde de la tela y sorbió de la taza.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó el hombre sentado a su derecha.

Parriam le sonrió.

—Desde hace casi una semana —dijo satisfecho—. No íbamos a decírselo a nadie hasta que Lynn se hiciera la primera ecografía, pero luego pensamos que qué demonios.

—No te culpo —dijo Jacqui Weaver—. Uno no descubre todos los días que va a ser padre, ¿verdad? —Ella le apretó el brazo—. Reconozco que eres un chico con suerte.

Los otros tres hombres sentados a la mesa estallaron en un coro de risas.

Parriam sintió como se sonrojaba y asintió con humildad.

Jacqui volvió a su silla detrás del mostrador y levantó la vista cuando sonó el timbre de la puerta. Comprobó el monitor de televisión de circuito cerrado del escritorio, reconoció al hombre que esperaba fuera y lo dejó entrar. Conocía a la mayor parte de los miembros del club de tiro. Un buen puñado de ellos eran clientes que acudían con mucha frecuencia, que venían más o menos a la misma hora cada noche, semana tras semana.

Parriam era uno de los habituales. Cada martes, de siete a ocho, reservaba una pista. Era socio del club de Druid Street desde hacía cinco años. El único hobby que había tenido en toda su vida y con el que se relajaba de verdad. Allí no sentía ningún impulso competitivo. No tenía la necesidad de ser el mejor tirador del club, ni notaba el deseo ardiente de ser el mandamás.

Lynn le había animado a unirse a ellos. Su hermano le había

introducido en las delicias del tiro con pistola y él había descubierto al instante que se trataba de un pasatiempo adictivo, pero, con el paso de los años, el aspecto social de aquella actividad había cobrado una mayor importancia para él. El club de tiro era un lugar en el que reunirse con los amigos una vez por semana, un sitio en el que relajarse, olvidarse de las presiones del trabajo, aunque, si era honesto consigo mismo, su trabajo le procuraba muy poca presión. Le encantaba lo que hacía y además le pagaban bastante por ello.

Los rumores decían que era muy probable que le ofrecieran ser socio de la firma de arquitectos para la que trabajaba. Y ni siquiera había llegado a su trigésimo cumpleaños.

Y ahora se enteraba de que iba a ser padre.

Por lo que a Neil Parriam respectaba, la vida no podía irle mejor.

Un niño era lo único que parecía faltarle, la pieza que le quedaba por encajar en el puzle.

Había querido mantenerlo en secreto hasta estar seguros de que el niño llegaría en perfectas condiciones. Él y Lynn acordaron esperar hasta el tercer mes antes de darle la noticia a amigos y familiares, pero ninguno había sido capaz de contener la emoción.

De hecho, ya habían salido a comprar una cuna.

He aquí la paciencia.

Parriam sonrió y bebió de su café.

El siguiente fin de semana tenía la firme intención de decorar una de las habitaciones vacías de la casa para convertirla en el cuarto del bebé.

El cuarto del bebé.

Solo pensarlo le hacía sentir radiante.

—¿Habéis pensado qué nombre vais a ponerle? —preguntó Graham Rogers.

Parriam se encogió de hombros y siguió limpiando la 357.

—Kelly, si es una niña, o Nicole —dijo—. Suena un poco exótico, ¿verdad?

—¿Y si es un niño? —quiso saber Rogers.

—No hemos pensado ningún nombre de niño, los dos queremos que sea una niña.

Parriam pasó el cepillo de alambre por cada una de las cámaras del cilindro, sosteniendo la pistola hacia la luz para comprobar que no quedaba ningún resto de grasa acumulada.

Alcanzó la caja de munición, la abrió y colocó las pesadas balas

en su lugar.

La puerta que comunicaba con el campo de tiro se abrió y el encargado asomó la cabeza.

—Tienes la pista libre para cuando estés preparado, Neil —dijo.

—Gracias, Bert —dijo Parriam mientras el otro hombre desaparecía detrás de la puerta.

—¿Asistirás al parto? —preguntó Jacqui mientras se servía una taza de café; después se acercó a la mesa y se sentó enfrente de Parriam.

—Ya lo creo —dijo Parriam con una risita—. Quizá hasta lo grabe en vídeo.

Empujó otro cartucho en el cilindro.

—Estoy seguro que Lynn te lo agradecerá —dijo Rogers con una carcajada—. Podréis enseñárselo a vuestros amigos después de cenar. Les encantará.

—Mi esposo estuvo presente durante el parto de nuestro primer hijo —dio Jacqui—. Se desmayó.

Los hombres rieron alrededor de la mesa.

—En un momento estaba diciéndome que empujara y que ya podía ver la cabeza del bebé, y al siguiente se cayó al suelo como un saco de patatas —dijo sonriendo—. ¡Hombres! —Se encogió de hombros—. Espero que tú no te desmayes, Neil.

—¡Para nada! —le aseguró Parriam—. Bueno, aguantaré hasta el final si no hay sangre de por medio.

—Gallina —le reprendió Rogers, propinándole un codazo de complicidad.

—¿Tú estabas presente cuanto tu mujer dio a luz, Graham? —preguntó Parriam, colocando la última bala en el cilindro.

—Estaba en espíritu —dijo Rogers.

Parriam lo miró confuso.

—Estaba en el bar emborrachándome. Cuando llegué, le dije al médico: «¿Podría ponerle un par de puntos adicionales ahí abajo? Es que nunca lo ha tenido demasiado apretado».

Rogers irrumpió en carcajadas y Parriam se unió a él.

Jacqui le dio una palmada a Rogers en el brazo y frunció el ceño con fingida indignación.

—Maldito machista —dijo entre risas.

Parriam se tambaleaba de la risa.

—Me acordaré de eso, Graham —se burló.

Luego, con un movimiento experto, hizo girar el tambor de la

357, se metió el cañón en la boca y apretó el gatillo.

Catorce

James Talbot paseaba de un lado a otro de su oficina, deteniéndose de vez en cuando para asomarse por la ventana, mirando las calles a las que daba New Scotland Yard.

A menudo se acercaba a su escritorio y cogía una onza de la barrita de chocolate Fruit & Nut que había separado en trozos. La masticó pensativo, en apariencia ajeno a la mirada de Rafferty, quien observaba a su superior mientras este se movía de aquí para allá.

—¿La pistola era suya? —preguntó Talbot, volviéndose hacia su escritorio, donde yacían varias fotografías de veinticinco por veinte.

—Todo estaba en orden —dijo el oficial—. El certificado de compra estaba dentro de su estuche, junto a su permiso de armas de fuego.

Talbot cogió la primera fotografía.

Había sido tomada por un fotógrafo del departamento menos de diez minutos después de que Neil Parriam se descerrajara un tiro.

El cuerpo aún estaba en el asiento, con la pistola aferrada al puño.

La pared que había detrás de Parriam se veía salpicada de lo que parecía pintura roja.

—Hay al menos cuatro testigos que le vieron hacerlo —dijo Rafferty—. No hay ninguna sospecha de que se trate de un acto criminal, tal y como indica el informe de la autopsia.

Rafferty señaló la carpeta manila que había junto a las fotos.

Talbot cogió la segunda imagen.

Mostraba la parte de atrás de la cabeza de la víctima.

El orificio de salida era lo bastante amplio como para que cupiesen dos puños cerrados; un enorme agujero que dejaba a la vista el alcance total de los daños causados por la bala de gran calibre.

— Tenía quemaduras de pólvora en los labios y en la lengua —añadió Rafferty—. La bala le arrancó tres muelas posteriores.

Talbot se metió en la boca otra onza de chocolate.

—Uno de los paramédicos recuperó parte de una de ellas de la

pared —añadió el oficial.

—¿Tenía familia? —preguntó Talbot.

—Esposa. Acababa de enterarse de que estaba embarazada. Al parecer, Parriam estaba encantado con la idea.

—Tan encantado que se voló los sesos —murmuró Talbot, mirando la tercera fotografía—. ¿Se ha realizado una identificación oficial?

—Trasladaron el cuerpo al hospital Guy's. Su esposa hizo el reconocimiento. La llevaron de nuevo a casa, sedada.

—No me sorprende.

—Se dejó los efectos personales de Parriam en el hospital.

Talbot parecía confuso.

—La cartera, las tarjetas de crédito, ese tipo de mierda —dijo Rafferty.

—No te sigo, Bill —mascullό el inspector.

—También llevaba una pequeña agenda con él; uno de los oficiales la encontró en uno de sus bolsillos, en el hospital. No me preguntes qué estaba buscando.

—¿Y?

Rafferty se pasó una mano por el cabello.

—No había muchas entradas rellenas, pero una de ellas le llamó bastante la atención y el oficial se puso en contacto conmigo. Es un buen tipo. Muy observador. Estuvo en Euston el día que sacamos a Peter Hyde de las vías; es por eso por lo que la anotación de la agenda lo alertó.

—Bill, ¿de qué demonios me estás hablando? ¿Estás intentando justificar la acción de uno de nuestros hombres que registró las pertenencias privadas de un muerto porque no tenía otra cosa mejor que hacer? —espetó Talbot.

—Había una entrada escrita dos semanas antes. Decía: «Llamar a Peter, de Morgan & Simons». Morgan & Simons es la empresa de auditoría para la que trabajaba Peter Hyde. Parriam le conocía.

Talbot dejó de pasearse y miró con curiosidad a su compañero.

—¿Y qué? —preguntó al fin.

—Jim, dos hombres se suicidan con pocos días de diferencia, los dos parecen no tener ninguna razón para hacerlo y ahora descubrimos que se conocían. ¿Eso no te resulta extraño?

—Una anotación en una agenda no los convierte en amigos del alma, y aunque lo fueran, eso no demostraría ninguna relación entre los dos suicidios.

—Pues entonces es una coincidencia de la hostia.

—Sí, lo es. Pero eso es lo único que es, Bill. Una coincidencia.

Los dos hombres se miraron fijamente y a continuación Rafferty le dio una calada desafiante a su cigarrillo. Aspiró hondo y dejó escapar una larga columna de humo gris azulado que rápidamente se disipó en el aire.

—Y eso es todo —dijo él—. ¿Fin de la historia?

—¿Qué diablos quieres que haga?

Rafferty no respondió.

—Supongo que tienes razón —concedió por fin.

—Sabes que tengo razón. Si pensara que vale la pena investigarlo, ya estaríamos haciéndolo, pero ¿qué tenemos que buscar, Bill? ¿El motivo por el que se mataron? Nadie salvo Hyde y Parriam lo sabrá jamás. Quién coño sabe qué les empujó a hacerlo, pero en cualquier caso yo solo soy un poli, no un psiquiatra. No puedo leer la mente. Y menos la de un muerto.

Rafferty asintió despacio.

—¿Te apetece una copa? —preguntó Talbot.

—¿Pagas tú?

Talbot asintió.

Rafferty se puso en pie.

—Entonces, vamos.

Mientras salían del despacho, Talbot miró hacia su escritorio, hacia las fotos de Neil Parriam.

Una de ellas mostraba de cerca el rostro del hombre muerto, con los ojos todavía abiertos. Las comisuras de la boca apuntaban ligeramente hacia arriba. Talbot habría jurado que Parriam estaba sonriendo.

Quince

—Te he llamado dos veces, pero no he obtenido respuesta —dijo Phillip Cross.

Catherine Reed seguía absorta en la pantalla del procesador de textos, revisando lo que había escrito. Las letras brillaban en verde, casi en tono acusador. Esperó un momento más y luego pulsó la tecla de eliminar. La pantalla se quedó en blanco.

—Perdona, Phil, ¿qué decías? —preguntó, con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja.

—Dios, ¿me estás escuchando? —dijo él riéndose.

—Estaba trabajando en algo; estaba a kilómetros de distancia. Lo siento.

—¿Sobre el tipo que se voló la cabeza en el club de tiro de Druid Street?

—No, yo no he cubierto esa noticia. He estado en Dorchester la mayor parte del día.

—Habría estado bien que te lo encargaran a ti. ¿Qué ha pasado en Dorchester?

—Durante una visita, un embajador árabe se ha vuelto loco y ha estrangulado a una de sus esposas, o al menos lo ha intentado, según los empleados del hotel con los que hablé. Ella está en el hospital. He estado todo el día revoloteando como una mosca cojonera, tratando de hablar con los médicos, las enfermeras y Dios sabe con quién más. La gente de la embajada y los de seguridad estaban bastante nerviosos.

—¿Te has enterado de lo del suicidio?

—Una pistola en la boca, ¿no? ¿Hiciste fotos?

—No, se encargó Porter. Hoy he estado en el cementerio de Croydon.

—¿Para qué?

—Han profanado una de las tumbas, la lápida estaba destrozada.

—Joder —murmuró, incorporándose en su asiento—. ¿Qué más?

—El ataúd estaba abierto, y al parecer no es la primera vez que ocurre en ese cementerio.

—¿A quién pertenecía la tumba?

—A un niño. Un bebé. Anoté el nombre, no me preguntes por qué. Creo que he pasado demasiado tiempo contigo.

Al otro lado de la línea, oyó ruido de papeles.

Cathcogió una libreta y escribió: «¿Profanación?»

—Stephen Foster, ese era el nombre del niño —dijo Cross por fin.

Cath lo garabateó en la libreta y lo rodeó con un círculo.

—¿Has dicho que no era la primera vez que sucedía? —preguntó.

—El pastor de la vicaría estaba allí cuando llegué, se lo oí decir a la policía. Aunque no entendí todo lo que hablaron.

Ella se quedó mirando la palabra «profanación», mordiendo la punta del bolígrafo.

—Es probable que solo se trate de un cabrón enfermizo haciendo el imbécil —añadió Cross.

—Ajá —respondió Cath, distraída.

—Bueno —dijo el fotógrafo—. ¿Qué vas a hacer esta noche? ¿Vienes tú aquí o…?

Ella lo interrumpió.

—Estoy esperando a alguien, Phil.

—¿Alguien que yo conozca? —preguntó Cross con frialdad.

—A mi hermano.

—Oh, está bien —murmuró, visiblemente aliviado—. ¿Qué tal mañana?

—Ya te llamaré.

—Creo que hay un par de cosas de las que debemos hablar —protestó Cross.

—Ahora no, Phil —dijo ella, sin mucha energía—. Te veré mañana para almorzar, ¿de acuerdo?

Hubo un prolongado silencio al otro lado del teléfono.

Cath respiró hondo.

—Está bien, de acuerdo —dijo Cross de mala gana—. Nos vemos.

Y colgó.

Cath dejó el auricular y se dirigió a la cocina. Hacía calor; tres cacerolas burbujeaban en los fogones. Levantó la tapadera de cada olla y comprobó su contenido, sonriendo. Regresó de nuevo al salón, cogió su copa de vino y le dio un pequeño sorbo. Había preparado la mesa junto a la ventana, con cubiertos y un mantel limpio recién planchado. Cath no era la más hogareña de las

mujeres pero hasta su madre habría estado orgullosa de cómo había preparado la mesa, pensó, dedicándole una mirada a la foto de sus padres colocada sobre el televisor. De fondo sonaba algo de música, aunque con el volumen bastante bajo. Cath tarareó la letra de la canción mientras volvía a la cocina, mirando la hora en su reloj de pulsera.

Ya casi es la hora.

Llegar tarde no era habitual en él.

El timbre sonó exactamente a las ocho en punto y Cath se dirigió a la puerta, con una sonrisa en el rostro.

Se asomó a la mirilla y lo vio.

Abrió la puerta.

—Hola, compañera —dijo Frank Reed, sosteniendo un ramo de flores delante de él.

Dio un paso al frente y se hundió en los brazos abiertos de su hermana.

Dieciséis

La luz del vagón le hacía daño en los ojos.

Shanine Connor parpadeó con fuerza y agachó un momento la cabeza.

Cuando volvió a levantar la vista se dio cuenta de que el hombre del asiento de enfrente la miraba directamente.

¿Era él?

Tenía alrededor de cuarenta y cinco años, vestía una camisa de cuello abierto y unos pantalones oscuros que le quedaban demasiado cortos. Al cruzar y descruzar las piernas, la tela se levantaba y revelaba el blanco puro de su piel.

Shanine observaba aquellas piernas sin vello. Cualquier cosa con tal de no tener que mirarle a los ojos, los cuales parecían taladrarla.

De pie, en el otro extremo del vagón, había una pareja de adolescentes vestidos con vaqueros y chaquetas de cuero. Se besaban con pasión, ajenos al resto de pasajeros.

Una joven de tez oscura estudiaba un plano del metro, comparándolo con el mapa que había en el letrero del otro lado del vagón.

El hombre de su derecha leía un libro de bolsillo muy manoseado, se reía en voz alta, incapaz de oír sus propias carcajadas por encima del sonido de su walkman.

Shanine miró al hombre de las piernas blancas y se sintió aliviada al ver que él había puesto sus ojos en la pareja de las chaquetas de cuero.

Se colocó la bolsa de deporte sobre el regazo, abrazándola con fuerza, como si se tratase de un perro dormido.

No podía recordar cuánto tiempo llevaba en el metro. Solo que su viaje había comenzado en la superficie con luz diurna, antes de ser tragada por los túneles, cuando el tren se hundió en la tierra, cerca de Central London.

Sentía los párpados como si alguien les hubiera anclado pesos de plomo.

¡Dios, qué cansada estaba!

Se sentía como si hubiese estado viajando durante días. En el

área de servicio encontró con facilidad a alguien que la llevara, pero el trayecto por la autopista le pareció interminable.

Y ahora esto.

Tenía más sueño que hambre, aunque su estómago soltó un rugido para recordarle su petición particular.

¿Dónde debía apearse?

Ni siquiera sabía dónde demonios se encontraba.

El tren arribó a la estación de Leicester Square: Shanine miró a través de las ventanas sucias y leyó los carteles.

El hombre de las piernas blancas parecía atravesarla con los ojos.

No dejaba de mirarla con atención.

¿No era él?

Ella se removió en su asiento mientras las puertas se abrían.

Deja de mirarme.

La pareja de las chaquetas de cuero abandonó el vagón, igual que la joven de tez oscura. Shanine vio cómo miraba desesperada a uno y otro lado del andén en busca de la salida.

Otras personas subieron en su lugar.

Una joven de más o menos su edad se sentó un par de asientos más allá, se apartó un mechón rubio y largo de la cara y cruzó la mirada con Shanine.

Sonrió.

La joven no le devolvió el gesto y comenzó a hojear un ejemplar del Cosmopolitan.

El tren volvió a detenerse.

¿Cuántas paradas más?

Piccadilly Circus.

Shanine miró a los lados con nerviosismo.

¿Debía bajarse aquí?

Dudó durante un momento, luego se puso en pie de un salto justo en el instante en que las puertas se cerraban. El hombre de las piernas blancas la observó mientras ella metía una mano en la ranura de las puertas para abrirlas a la fuerza. Saltó al andén y las puertas volvieron a cerrarse a su espalda.

Shanine se quedó inmóvil, mirando a su alrededor, buscando la salida más próxima mientras docenas de transeúntes caminaban a su lado, pasando de largo, empujándola en ocasiones. Siguió a un grupo amplio de personas y entonces vio el cartel que señalaba la superficie.

Ascendió por las escaleras detrás de un hombre que dejaba atrás un olor acre de sudor, mezclado con una pestilencia que recordaba a goma quemada. La escalera mecánica chirriaba a modo de protesta mientras se desplazaba hacia arriba, y Shanine miraba a izquierda y derecha, leyendo los letreros más cercanos y viendo la profusión de rostros que bajaban por el otro lado.

Llegó a un vestíbulo de techos bajos que parecía amplificar cada sonido, de modo que el ruido le embotó los sentidos.

Podía oír música, procedente de algún lugar cercano; muchas voces, algunas agudas.

Cruzó los tornos y se fijó en un anciano sentado con las piernas cruzadas en la entrada de la boca de metro, con una mancha en la entrepierna y la barba tan gris que parecía que alguien le había grapado un erizo en la barbilla. Tenía un maltrecho sombrero de fieltro marrón delante de él, con unas monedas en el interior.

Shanine pasó a su lado y el olor a orina y alcohol le anegó las fosas nasales.

Optó por subir por el primer tramo de escaleras que encontró, emergiendo al aire frío de la noche. El sonido de los coches y autobuses era casi ensordecedor. El ruido la golpeó como si chocara contra un muro.

Durante largo rato se quedó parada, mirando hacia todos los recovecos de Piccadilly Circus, a los edificios que se elevaban alrededor de la plaza y a los anuncios con las luces de neón en constante parpadeo. Los ojos le dolían tanto como con los fluorescentes del vagón de metro.

Vislumbró un Dunkin'Donuts a la izquierda. Se hurgó en el bolsillo y encontró un par de libras sueltas.

Al menos podría ocuparse del problema del hambre.

¿Y el sueño?

Cruzó la calle y vio a las personas que salían de la entrada principal del Regent Palace Hotel.

Eran cuatro, dos parejas que reían y hablaban en voz alta. Estadounidenses. Reconoció el acento.

Uno de los hombres la miró.

¿O no?

Compró un donut y un café y se sentó sobre la bolsa de deporte.

Shanine le dio un par de bocados al dulce y miró su reloj.

Llevaba huida dieciocho horas.

Ellos ya lo sabrían.

Pronto empezarían a buscarla.

Por lo que sabía, ya estaban haciéndolo.

Al beber café, se dio cuenta de que la mano le temblaba ligeramente.

Diecisiete

—Estaba muy rico —dijo Frank Reed, apartando a un lado el cuenco vacío—. ¿En qué Marks and Spencer lo has pedido?

—Qué capullo insolente —dijo Cath, propinándole un codazo mientras recogía el cuenco y se lo llevaba al fregadero—. Lo he cocinado yo. Deberías sentirte privilegiado. Es la primera comida que le hago a un hombre en los últimos seis meses.

—¿Y se quedó satisfecho?

—Rompimos una semana más tarde, pero no creo que tuviera nada que ver con la comida. —Cath rió entre dientes, y luego echó café en polvo en un par de tazas.

Aguardó junto al escurridero, esperando a que el agua hirviera.

—¿Por qué no cocinas tú para mí la próxima vez? —preguntó ella.

—Mejor te llevo a un restaurante.

—Eres el típico profesor. Te pasas la mayor parte del año de vacaciones y ni siquiera te puedes tomar la molestia de cocinarle algo a tu hermana.

Él sonrió.

—No suelo cocinar. Ya sabes lo que pasa cuando uno vive por su cuenta, Cath.

—Pero yo vivo sola por elección propia.

—¿Estás segura?

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó ella, sonriendo—. ¿Qué vas a hacer ahora, psicoanalizarme?

—Eres una mujer muy atractiva, Cath. Me sorprende que no hayas sentado la cabeza. Además, no es que haya escasez de hombres precisamente.

—Ahora haces que me sienta como una tarta —dijo, vertiendo agua caliente en las tazas.

—Sabes a qué me refiero —dijo él.

Ella se volvió con el café, señalando con la cabeza hacia el salón.

Reed se trasladó a la sala contigua y se sentó en un extremo del sofá.

Cath se situó en el otro lado. Bebió un poco de café y miró a su

hermano. Tenía ojeras y estaba pálido. Un pequeño corte al afeitarse lucía en su barbilla con un crudo tono rojo que contrastaba con su piel blanca.

—Haces que suene mal el que esté sola, Frank —dijo al fin—. Mamá y papá siempre insistían en que me casara. Creo que nunca comprendieron lo que estaba haciendo. Lo que significaba para mí mi trabajo.

—No pretendía sermonearte —bromeó él.

Ella estiró una pierna y le dio un golpecito con su pie desnudo.

—Lo sé —murmuró ella con fingida irritación.

Frank le agarró el pie y le pasó las yemas por el empeine, deteniéndose en masajearle los dedos.

Ella dejó el pie sobre el muslo de él, y este empezó a apretarle la zona blanda de la planta.

—Así que —continuó, girando la cabeza, cruzando la mirada con ella—, ¿por qué no vas a sentar nunca la cabeza?

—¿Has oído hablar del Señor Perfecto? —dijo—. Pues yo he encontrado demasiados Señores Desastres.

Reed rió, mientras pasaba uno de sus dedos por los dedos de los pies de ella, recorriendo cada una de sus uñas y articulaciones, apretándolas, acariciándolas.

Ella se percató de que su sonrisa se disipaba poco a poco.

—Quizá tengas razón en lo de no casarte —concedió por fin.

—¿Sabes algo de Ellen? —preguntó, arrellanándose en el sofá y ofreciendo su otro pie a las gentiles y hábiles manos de él.

—Hablamos por teléfono hace una semana.

Su tono de voz se había vuelto más serio.

—¿Tan malo fue?

—Cada vez es peor, Cath. Ella está cada vez peor. El cabrón con el que se fue, Ward o como coño se llame… está obsesionada con él.

—¿Está enamorada? —preguntó con calma.

Reed no respondió.

Cath estudió su perfil y vio cómo entrecerraba los ojos.

—Eso no es amor —dijo al final—. Ella no hace absolutamente nada sin su maldita aprobación. La controla, como si fuera una puta mascota. —Reed respiraba ahora de forma más acelerada, incapaz de controlar la rabia de su voz—. Cada vez que le pido que quedemos, me dice que tiene que preguntárselo a Jonathan. —Pronunció el nombre con desagrado—. Lo único que quiero es hablar con ella. Estar a solas un par de horas. Quiero que sea ella

quien me diga que lo nuestro se ha acabado.
—¿Y si lo hace?
—Entonces tendré que aceptarlo, ¿no? —espetó Reed, echando mano de su café.
Cath apoyó el pie en su muslo, deslizándolo ligeramente sobre la tela de sus vaqueros.
—¿Cuándo fue la última vez que viste a Becky? —quiso saber ella.
—Hace un mes. Ellen no quiere que la vea, dice que sería muy duro para Becky.
—Tú eres su padre, Frank, tienes derecho a verla. La ley te ampara. Ellen no puede alejarte de tu propia hija.
—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Secuestrarla?
—Ve al juzgado.
—¿Te imaginas lo que eso significaría para Becky? Por el amor de Dios, ella ya ha pasado por demasiadas cosas. Solo tiene siete años, Cath, y ya ha visto cómo su madre se separa de mí y se la lleva a vivir con un tipo al que veía desde hacía seis meses. Bueno, seis meses que yo sepa.
—¿Siguen viviendo en casa de Ward?
Él asintió.
—He estado allí —dijo Reed—. Pero, o bien no me quieren abrir la puerta o bien nunca están en casa. —Apretó los puños con fuerzas—. Puede que sea lo mejor. Si tuviera a ese hijo de puta delante, es probable que lo matase. A Ellen también.
—Eso no le haría ningún bien a nadie, mucho menos a Becky. Piensa en ella.
—No dejo de pensar en ella —exclamó Reed—. ¿Por qué crees que me siento así? Mi esposa se largó hace cinco meses y se llevó a mi hija. Doce años de matrimonio a la mierda. Tirados por el puto retrete, Cath. ¿Y para qué? Para que ella pueda estar con un… —Negó con la cabeza—. Dios, ni siquiera sé cómo se gana la vida. No sé de dónde saca el dinero. Podría ser un maldito proxeneta o un traficante de drogas.
—Lo lamento, Frank —dijo Cath en voz baja.
—Quiero que me devuelva a mi hija —dijo con rabia—. Y estoy llegando a un punto en el que me da igual cómo conseguirlo.
Medió un silencio entre ellos que pareció durar una eternidad, luego Reed se puso en pie.
—Será mejor que me vaya.

Cath se levantó también.

—Frank, si hay algo en lo que pueda ayudarte…

Él la cortó.

—¿Qué podrías hacer? ¿Esperar con el coche en marcha mientras rapto a Becky?

—No digas eso.

Ella le acompañó a la puerta del apartamento, observándole mientras se ponía la chaqueta. Él se giró para mirarla.

—No quiero perder a Becky —dijo.

Cath lo abrazó, apretándolo con fuerza, sintiendo su cálida respiración en la mejilla.

Le dio un suave beso en los labios.

—Lamento haberte estropeado la noche —se disculpó.

—No lo has hecho. Entiendo cómo debes sentirte.

—No, no lo entiendes, Cath. Y espero que jamás tengas que entenderlo.

Él volvió a besarla, apretando sus labios un poco más fuerte contra los de ella.

—Llámame mañana —pidió ella mientras él salía al pasillo. Se quedó mirándolo hasta que llegó al ascensor y entonces cerró la puerta.

—Mierda —suspiró sin fuerzas apoyada en la puerta.

Dieciocho

El chico sabía que el hombre iba a por él.

Lo hacía casi todas las noches.

A veces, apestando a alcohol.

Entonces llegaba enfadado y había dolor.

Otras veces aparecía de buenas, de modo que no sufría demasiado. Le hablaba en voz baja para tranquilizarlo, para alabarlo. A veces, hasta le sonreía.

Esa noche no había sonrisas.

El chico oyó el ruido de la puerta al abrirse de un tirón, chirriando sobre sus goznes, y vio la silueta del hombre en el umbral de su dormitorio.

La figura se detuvo, tambaleándose con incertidumbre, y luego se abalanzó sobre el chico, que tiraba de las sábanas con fuerzas para cubrirse hasta el cuello, con la esperanza de que la tela formara un capullo que lo protegiera.

La figura se inclinó sobre él, agarró las sábanas y las rasgó, dejando al descubierto el frágil cuerpo del chico.

Y entonces percibió ese olor.

El tufo a alcohol, el aroma acre del sudor y otro hedor extraño. Una asfixiante pestilencia a almizcle que parecía volverse más intensa a cada segundo.

El chico quería gritar.

Abrió la boca pero no produjo ningún sonido; entonces, tras recibir un puñetazo en cada mejilla, supo que debía permanecer en silencio.

Y también supo que debía quedarse con la boca abierta.

Que Dios me ayude.

Pero ¿por qué iba a ayudarle aquella noche? Ya le había vuelto la espalda muchas otras veces.

Que alguien me ayude.

Quería gritar.

Tenía que gritar.

Y, al final, lo hizo.

James Talbot se despertó de golpe, con los ojos desorbitados,

arrancado de la pesadilla por unas manos invisibles.

Un grito de dolor y rabia resonaba aún en sus oídos.

Su propio grito.

—Jesús —dijo jadeando—. Jesús. Jesús.

Podía oler su propio sudor.

—Joder —masculló.

Talbot intento tragar saliva pero sentía la garganta como si se la hubiesen llenado de tiza.

—¡Estoy furioso y ya no aguanto más…!

La voz le chillaba a él.

Talbot miró como un loco a su alrededor.

—¿Quién…? —comenzó a decir.

—¡Habla! ¡Estoy furioso y ya no aguanto más…!

Miró hacia la pantalla del televisor, de donde procedía la voz.

Talbot apretó el botón de apagado del mando a distancia.

Silencio.

—Joder —susurró—. Joder.

Se inclinó en el sillón, apoyando los codos en las rodillas y frotándose la frente con los dedos.

Talbot se quedó un rato con los ojos cerrados, pero en su mente aún flotaban los fragmentos fracturados del sueño, los cuales solo desaparecieron cuando volvió a abrirlos. Respiró hondo varias veces, tratando de controlar los latidos atronadores de su corazón, temiendo que le fuera a estallar.

Echó un vistazo al reloj de la repisa de la chimenea.

Las 23:42.

No sabía cuánto tiempo llevaba dormido. No podía recordarlo.

Tampoco le importaba una mierda.

Se puso de pie y entró en la cocina, donde abrió el grifo de agua fría del fregadero para lavarse las manos, cuyas palmas notaba sudorosas. Se mojó la cara y luego bebió un poco del líquido, haciendo que la sequedad de la garganta desapareciera. Se agarró a los bordes del fregadero durante un instante, cerró los ojos de nuevo y permaneció allí con el agua mojándole la cabeza.

Luego se irguió y se dirigió al recibidor, donde cogió las llaves del coche, y, dando un portazo, salió en plena noche.

Talbot no tenía ni idea de cuánto tiempo había estado conduciendo.

Las calles se presentaban tranquilas a aquella hora tan tardía. Compartió algo de tráfico en las carreteras principales, pero las calles menos pobladas de Finsbury Park, Tottenham Hale y Harringay las encontró prácticamente desiertas.

El inspector de policía aguardaba a oscuras, sentado en el asiento del conductor de su Volvo, con los brazos apoyados en el volante del vehículo.

Desde donde estaba aparcado, podía ver el bajo muro de piedra que rodeaba el edificio de enfrente.

La oscuridad era total, salvo por la luz que alumbraba la entrada principal. Había un par de coches estacionados allí, pero la verdad era que no veía señales de vida ni dentro ni fuera del edificio.

Talbot se quedó allí sentado durante lo que le pareció una eternidad, dando golpecitos con los dedos sobre el volante.

Cuando encendió los faros del coche, el letrero de la fachada se iluminó: RESIDENCIA LITTON VALE. Metió la primera marcha y dio la vuelta en mitad de la calle, con la intención de regresar a casa.

No sabía cuánto tiempo tardaría.

No le importaba.

Diecinueve

—Ellos sabían que iban a morir —dijo Frank Reed, con los dedos de las manos entrelazados—. La mayoría de ellos lo deseaba.

—¿Por qué, señor? —preguntó una voz desde el fondo de la clase.

—Porque eran estúpidos —respondió alguien.

Hubo un murmullo de risitas.

—Porque eran franceses —añadió otra voz.

—Es lo mismo —replicó la anterior.

La clase entera irrumpió en un estallido de carcajadas.

Hasta Reed tuvo que sonreír mientras se ponía de pie y se acercaba al mapa fijado a un lado de la pizarra, dejando el resto libre para que pudiera escribir en ella.

Se volvió hacia sus alumnos, escudriñó sus rostros. Niñas y niños. Niñas y niños de once y doce años.

Fue mirando los rostros uno a uno: treinta y ocho solo en su clase.

Eran demasiados. Él lo sabía. Sus colegas, que se ocupaban de otras clases con un número similar de alumnos, también lo sabían. Todo el mundo lo sabía, excepto el gobierno, pensaba Reed.

Se dirigió al ventanal del aula y se asomó. Desde su posición podía ver la oficina de empleo y, detrás de esta, el centro de educación para adultos. Habían construido la escuela secundaria de St. Michael muy cerca de aquellos dos edificios, y Reed se preguntó si él era el único que veía la ironía que escondía aquella estampa. La mayoría de los niños a los que enseñaba se enfrentaría a una vida sin trabajo, y para algunos, su destino estaría un poco más allá, en la comisaría de policía de Hackney y en los juzgados de Old Street. Aunque fuera por motivos puntuales, Reed sabía que en algún momento de sus vidas, casi todos se encontrarían alguna vez en un edificio u otro.

La vida no era demasiado prometedora ni para los niños ni para los ancianos de aquella parte de Hackney.

Esperó a que se calmaran las risas y regresó al mapa.

En él se veía la batalla de Waterloo.

—La Vieja Guardia de Napoleón era una tropa de élite —continuó Reed—. Los guardaespaldas personales del emperador y, para ellos, morir por él significaba deber y honor. Al final, resultaron ser el último bastión del derrotado ejército francés. Aguantaron en pie y lucharon el tiempo suficiente para cubrir la retirada del resto de batallones y que Napoleón pudiese escapar.

Los ojos de los alumnos le seguían con expectación mientras caminaba de un lado a otro de la clase.

—¿Sabe alguien lo que respondió el general de la Vieja Guardia cuando le propusieron la rendición? —El profesor miró en derredor esperando un voluntario—. Vamos, os tendríais que haber leído la lección.

Una mano se alzó.

Un chico con el pelo muy corto y las mangas del chaquetón deshilachadas.

Reed asintió.

—Gritó «La Guardia nunca muere», señor —dijo el chico.

—Muy bien. Lo que dijo exactamente fue «La Guardia muere pero nunca se rinde». Los historiadores han interpretado su respuesta de esa manera. En realidad dijo «¡Merde!».

Hubo una carcajada en la parte delantera de la clase.

Reed reprimió una sonrisa.

—¿Quieres compartir algo con nosotros, David? —preguntó.

David Morris se ruborizó.

—Bueno, mi hermana estudia francés, y cuando le pregunté qué significaba esa palabra, me dijo que…

Reed le interrumpió.

—Estoy seguro de que te dijo lo que significaba, pero eso no hubiera quedado bien en los libros de historia, ¿no crees? —dijo sonriendo.

—¿Qué significa, señor? —preguntó alguien con voz entusiasmada.

—Significa mierda —susurró Morris—. Disculpe, señor —añadió con rapidez, mirando de reojo a Reed.

El profesor no fue capaz de reprimir más su sonrisa, y el resto de la clase irrumpió en un coro de risas.

—Cierto —dijo Reed por encima del alboroto—. Ahora ya sabéis que el general de la Vieja Guardia solía maldecir.

—Yo maldeciría si estuvieran a punto de dispararme —añadió una voz.

—Mis padres están maldiciendo todo el tiempo y nadie les ha intentado disparar nunca —exclamó otra.

Más risas.

Reed miró a sus alumnos. Rostros felices.

Excepto uno.

Un chico estaba sentado solo al final de la clase, con la cabeza apoyada en uno de sus brazos, con la mirada fija en el borde superior del escritorio, como si pretendiera descifrar el patrón de las vetas de la madera. Se pasaba una uña mordida sobre el dorso de la mano, al parecer ajeno a la algarabía de su alrededor.

Reed recordó el nombre del chico, Paul O'Brian. Doce años. Larguirucho, labios delgados y pelo negro muy fino. Estaba a punto de llamar al chico cuando el timbre estridente de la campana cortó el aire.

Era la señal que activaba el frenesí. Los libros volvían a sus mochilas, los lápices eran devueltos a sus estuches y los cuadernillos de ejercicios se cerraban con gratitud.

—Leed el capítulo doce para mañana —solicitó Reed—. Descubriréis que Napoleón también maldecía a menudo.

Sonrió para sí mismo, regresando a su escritorio mientras los niños abandonaban la clase a toda prisa.

Paul O'Brian se levantó de su pupitre, sin que nadie le dirigiese la palabra. Con la cabeza gacha, arrastraba los pies lo más rápido que podía.

Cuando pasó por delante del escritorio de Reed, el chico estaba temblando.

—Paul, ¿puedo hablar contigo un momento? —preguntó—. Solo será un minuto.

O'Brian se detuvo, aunque no levantó la vista.

—Si he hecho algo malo… —murmuró con voz casi inaudible.

—No has hecho nada malo —afirmó Reed, percatándose de que el chico rehuía su mirada.

El profesor se quedó de pie frente a él, con los brazos en jarras.

—Solo me preguntaba si te encuentras bien —dijo Reed—. Hoy has estado muy tranquilo. Y por lo general no puedo hacerte callar —añadió con una sonrisa.

O'Brian juntó los brazos delante de él.

Reed frunció el ceño.

En las dos muñecas del chico había unas marcas muy rojas.

Como si hubiese notado la preocupación de Reed, O'Brian se

bajó las mangas de la chaqueta y se tapó las abrasiones.

—¿Estás seguro de que todo va bien? —insistió Reed.

O'Brian asintió.

Reed le vio otra marca en el cuello, cerca del primer botón de la camisa.

Era de color negro azulado. Como un moratón, con el borde amarillento y moteado.

—Señor, ¿puedo marcharme, por favor? —preguntó O'Brian, aún con la cabeza gacha.

Reed suspiró.

—Sí, márchate. Llegarás tarde al almuerzo.

O'Brian abandonó el aula tan deprisa como sus enclenques piernas le permitieron.

Reed se sentó en su escritorio aún con el ceño fruncido.

Podía entender el silencio del chico. Su hermana pequeña, Carla, había muerto solo unas pocas semanas antes. El ambiente en casa debía de ser desolador. Eso podía explicar el estado retraído de Paul.

¿Y las marcas de las muñecas y el cuello?

Reed se reprendió. Quizá estaba exagerando.

Pero aquellas abrasiones en las muñecas no tenían buena pinta. Algunas zonas las tenía en carne viva.

El profesor negó con la cabeza.

Habría una respuesta perfectamente lógica.

Tenía que haberla.

Recogió su maletín y salió del aula.

Veinte

James Talbot dejó el Volvo en un hueco libre del aparcamiento de la Residencia Litton Vale y apagó el motor. Aguardó detrás del volante, mirando hacia el edificio, luego se apeó del coche y sacó un gran ramo de flores envuelto en papel de celofán.

La grava del caminito que llevaba hasta la entrada principal crujía bajo sus zapatos, y una ligera brisa agitaba los pétalos de las flores.

Litton Vale era una mole de piedra gris, pero la hiedra que trepaba por la fachada y los parterres junto a la mampostería, ayudaban a suavizar la apariencia intimidatoria del lugar. De origen victoriano, se le había añadido un ala diez años antes, cuyo aspecto de ladrillos rojos parecía algo ajeno a la gran masa gris del edificio principal.

El aire de la mañana iba cargado de un intenso aroma a flores, pero Talbot apenas lo notó. Se cambiaba el ramo de una mano a otra sin parar, consciente de que le sudaban las palmas.

¿Estaba nervioso?

Subió los pocos escalones de piedra de la entrada y se adentró en la zona de recepción. A la derecha se situaba el salón común; a la izquierda, las escaleras que daban a la primera planta. Había una silla mecánica instalada en ellas y, además, al final del pasillo central se veían las puertas de un par de ascensores.

La moqueta, bastante mullida, parecía amortiguar todos los sonidos del edificio, incluso los propios pasos de Talbot a medida que avanzaba por el pasillo.

A su derecha se encontraban las habitaciones, y a su izquierda había un enorme ventanal con vistas a un estanque rodeado por un jardín japonés.

Vio varios bancos de madera en los que había gente sentada.

Hombres y mujeres.

Reconoció a uno o dos de ellos.

Al final del pasillo empujó una puerta de doble hoja y entró en lo que parecía un salón gigantesco. Había sofás y sillas por todas partes, aunque casi todos apuntaban a un gran televisor situado

cerca de una chimenea.

El televisor estaba encendido, con el sonido demasiado alto.

En una de las sillas más cercanas al aparato había una mujer de unos ochenta años.

Ella esbozó una amplia sonrisa a Talbot cuando pasó por su lado, y este le devolvió el gesto, volviéndose a cambiar el ramo de flores de una mano a otra.

El corazón le latía ahora un poco más rápido.

¿De qué tenía miedo?

Las paredes estaban cubiertas de papel tapiz de color limón y adornadas con muchos cuadros de colores alegres. Toda la residencia había sido diseñada para resultar acogedora y reconfortante a primera vista.

Al cruzar la siguiente puerta de doble hoja estuvo a punto de tropezar con uno de los miembros del personal.

Era una mujer de unos cuarenta y tantos años, vestida con el habitual uniforme azul oscuro que Talbot había llegado a conocer tan bien.

—Hola, señor Talbot —dijo en tono animado—. Bonitas flores. —Se inclinó y las olió—. Lilas, ¿no?

—Soy poli, no vendedor de flores, Mary —respondió él con una sonrisa.

—Si todos los polis fueran tan apuestos como usted, no me importaría que me arrestasen —dijo la mujer con una risita.

—Pues he traído mis esposas.

Ella le dio una palmada cariñosa en el brazo.

—Qué descarado —dijo entre risas, y a continuación desapareció por una de las habitaciones de la derecha.

Talbot se detuvo un instante.

Todos piensan que eres jodidamente maravilloso, ¿verdad?

El aroma de las flores empezaba a hacerle sentir náuseas.

Talbot se quedó de pie frente a la siguiente puerta doble.

A través de los paneles de cristal podía ver los jardines. Estaban muy bien cuidados, flanqueados por parterres y coníferas. También había algunos bancos de madera. Dos gorriones encaramados al borde de una fuente para pájaros situada cerca de la entrada, echaron a volar en cuanto él salió al jardín.

Talbot los contempló alejarse, desapareciendo por encima de las coníferas, luego encontró a quien buscaba.

La solitaria figura reposaba en un asiento de madera pintado de

blanco en un patio cercano. Había un bastón apoyado a su lado.

Vamos. Acaba de una vez con esto.

Tragó saliva y caminó hacia la figura.

El olor a hierba recién cortada se mezclaba con la fragancia de tantas flores. En algún lugar a su izquierda oyó una cortadora de césped. Incluso percibió algunas risas detrás de él, aunque no podía ver a nadie desde allí.

Risas.

Cuando estuvo lo bastante cerca, la figura se volvió hacia él y Talbot le tendió el ramo de flores como si estuviera protegiéndose de una bestia depredadora. Esbozó una enorme sonrisa que no logró acompañar con los ojos.

Cabrón. Al menos intenta ser convincente.

—Hola, mamá —dijo en voz baja.

Veintiuno

Dorothy Talbot se puso de pie con movimientos temblorosos y sonrió, ofreciéndole los brazos a su hijo.

Vestía un traje de dos piezas impecable y su cabello blanco se mantenía en su sitio a base de una cantidad ingente de laca. Cuando James la abrazó, sintió que su madre apoyaba la cabeza en su hombro. La abrazó con fuerza y le dio un beso. Tenía las mejillas sonrojadas y una apariencia saludable, un aspecto que se acercaba más al de una mujer que había pasado toda su vida en el campo en vez de al de alguien que no había puesto jamás un pie fuera de Londres. Ella aferró la mano de Talbot y este sintió sus venas hinchadas bajo la piel, luego la ayudó a volver a sentarse. La mujer miró con gratitud el ramo de flores que le había traído.

—Son muy bonitas —Le apretó de nuevo la mano—. Me alegra verte, Jim. No te esperaba hoy.

—No puedo quedarme mucho tiempo, mamá —dijo deprisa.

—Lo entiendo, cariño.

Dios, ¿por qué demonios tenía que ser tan comprensiva?

Talbot se removió incómodo en su asiento.

—¿Estás muy ocupado? —preguntó.

—Siempre estoy ocupado, mamá. Pero eso no es problema. ¿Cómo está tu pierna?

Se frotó el muslo con suavidad y se encogió de hombros.

—Me han dicho que podrían darme un andador si la cosa se pone peor, pero a mí eso no me gusta nada —dijo ella de mala gana.

—¿Puedes arreglártelas con el bastón?

—Me las he arreglado durante los últimos veinte años. Esta última semana he tomado medicación; me dolía un poco.

Talbot le apretó la mano con más fuerza.

—Tuve mucha suerte —dijo sonriendo—. Él podía haberme roto mucho más que una pierna.

—Yo pensaba que lo haría, el muy cabrón —espetó Talbot, con un tono de voz ensombrecido.

Un silencio medió entre ambos, perdidos en sus propios

pensamientos.

—¿Alguna vez intentaste dejarle? —preguntó al fin—. Huir de él, quiero decir.

—Lo pensé, Jim. Lo único que quería era huir de él, sobre todo cuando descubrí lo que te había estado haciendo a ti.

Su voz se apagó en un susurro y miró a su hijo.

Talbot vio lágrimas en sus ojos.

—Me tenía aterrorizada —dijo muy bajito—. Eso lo sabes. Si hubiese intentado huir, me habría matado; probablemente nos habría matado a los dos. Como te he dicho, tuve suerte de que solo me partiera la pierna.

—¿Alguna vez le contaste a alguien lo que te hacía? ¿O lo que me hacía a mí?

Ella negó con la cabeza.

—Creo que todos sabían cómo era en realidad, en particular cuando se tomaba un par de copas. Sin embargo, nunca se enteraron de lo que te hacía. Nunca dejé que nadie lo supiese.

Talbot tragó saliva.

—Yo no era la única esposa que se ganaba una paliza de vez en cuando, ya sabes —continuó Dorothy—. Éramos muchas mujeres en el mismo barco.

—Pero no todas terminaron en el hospital con una pierna fracturada y una luxación en el hombro —le recordó Talbot.

—Solo trataba de protegerte. Habría hecho cualquier cosa con tal de que dejara de pegarte. Lo hice lo mejor que pude. Siento mucho lo que pasó, Jim.

—No fue culpa tuya, sino de ese hijo de puta.

Talbot se puso de pie y empezó a dar vueltecitas delante de ella.

—Es una pena que no muriese mucho antes —espetó.

—Lo sé, pero al fin y al cabo nos las arreglamos, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Talbot dejó de moverse y volvió la mirada hacia ella.

Había una serenidad casi sobrenatural en ella.

—¿Cuándo podré volver a casa, Jim?

Él había temido aquellas palabras.

—Mamá, ya hemos hablado de esto antes —dijo Talbot, sentándose otra vez—. Si hubiese alguna posibilidad de que pudieras, ¿no crees que ya lo hubiera arreglado con ellos?

—Llevo seis años en esta residencia. No quiero morir aquí.

—No vas a morir aquí ni en ningún sitio; deja de decir eso. Pero

no puedes marcharte, mamá.

—No pertenezco a este lugar, Jim. Aquí son todos más viejos que yo.

—Tienes setenta y un años, mamá —dijo con una fina sonrisa en el rostro.

—Pero aquí hay gente con Alzheimer, o como se llame, y algunos se están muriendo. Esto se está convirtiendo en un hospicio, no en una residencia de ancianos. Quiero estar en mi casa, no aquí con extraños.

—Creía que esto te gustaba.

—El personal es amable pero este no es el lugar donde quiero estar. No necesito que nadie cuide de mí.

—Sí que lo necesitas, mamá. Por eso estás aquí. ¿No crees que si hubiera otra alternativa, ya la habría encontrado? Esto es lo mejor que puedo hacer por ti, mamá. Por el amor de Dios, ya me siento bastante mal.

—No deberías, Jim.

Pues así es, joder.

Apenas la miró de soslayo.

—Solo quiero que hables con los médicos, que les preguntes si puedo irme a casa —insistió.

—Mamá… —comenzó a decir, pero se limitó a asentir.

Se levantó del banco y la besó en la mejilla.

—Tengo que irme —le dijo—. Volveré el fin de semana, e intentaré quedarme un poco más.

Ella sostuvo su mano, como si no quisiera que se marchara.

—Estoy muy orgullosa de ti, ya lo sabes. De lo que haces, del hombre en que te has convertido.

Él la besó en la otra mejilla.

—Por favor, habla con ellos —susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Él asintió.

—Te quiero, Jim —dijo mientras él se marchaba.

Se giró y la saludó con la mano, llegó a la puerta y salió del jardín.

Fuera de su vista, se detuvo en mitad del pasillo dando grandes bocanadas de aire. Se sentía asfixiado, como si las paredes se cernieran sobre él.

—Maldita sea —masculló entre jadeos, luego recorrió el pasillo hasta la zona de recepción.

Desde allí tomó el pasillo de su izquierda, observando las placas de identificación que colgaban de cada puerta. Poco después halló la que buscaba. Llamó a la puerta y esperó hasta que una voz le invitó a pasar.

Cuando Talbot entró en el despacho, el doctor Maurice Hodges se levantó.

Era un hombre alto y delgado, cinco o seis años mayor que Talbot, con el pelo canoso alrededor de las sienes y la frente repleta de arrugas.

—Recibí su carta —dijo Talbot.

—¿Ha visto hoy a su madre? —inquirió el médico.

El inspector asintió.

—Tiene buen aspecto. ¿Ya lo sabe?

—Todavía no —explicó Hodges—. Pensamos que sería mejor informarle a usted primero; además, si se lo contamos, podríamos provocar una aceleración en el proceso. A menudo sucede.

Talbot se pasó una mano por el cabello y respiró hondo.

—Entonces, doctor —dijo, mirando al médico sin pestañear—. ¿Cuándo piensa decirle a mi madre que tiene cáncer?

Veintidós

Shanine Connor se despertó de pronto, con el corazón golpeándole con fuerza en las costillas y la respiración agolpándose en su garganta.

Algo le había tocado la cara.

Se incorporó hacia delante, esforzándose por contener un grito, y con el movimiento espantó a la mosca que se le había posado en la mejilla.

El insecto salió volando a través del aire viciado; el vacío de la habitación amplificó el zumbido.

Shanine se protegió los ojos de los rayos de sol que entraban por las ventanas.

Se quedó sentada en el rincón durante un largo rato, con las piernas flexionadas y los brazos cruzados sobre el pecho. Observó las motas de polvo que danzaban hacia delante y atrás en el interior del haz de luz, y logró controlar los frenéticos latidos de su corazón.

Fuera, el ruido del tráfico y el de algunas voces.

No sabía qué era aquel edificio. Tampoco lo supo la noche anterior, cuando se topó con él, incapaz ya de avanzar un paso más, debido a la fatiga que la abrumaba.

Había estado vagando por Regent Street desde Piccadilly, mirando escaparates y luces brillantes por el camino, y a menudo contemplando el cielo de la noche. Prefirió no abandonar las calles principales, abriéndose paso entre la multitud, se sentía aliviada al poder estar rodeada de otra gente en lugar de caminar a solas por calles oscuras.

Odiaba la noche.

Le daba miedo.

La presencia de los demás era una sencilla forma de disipar ese temor.

Se detuvo en mitad de la calle y se giró hacia los grandes almacenes Selfridge, fijándose en las personas que pasaban delante de la puerta principal. Como una niña, hechizada por las luces de un árbol de Navidad, se quedó paralizada frente al enorme edificio durante lo que le parecieron horas.

Delante de ella, la gente entraba y salía de un Burger King y de otro par de pequeños restaurantes. Los olores eran tentadores; no había comido en condiciones desde que huyó de casa, y el estómago le rugió sin contemplaciones cuando se sentó en uno de los bancos de la calle.

Cuando vio que dos jóvenes salían del restaurante de comida rápida y tiraban una caja de hamburguesa en una papelera cercana, no pudo evitarlo por más tiempo.

Se abalanzó hacia el cubo de la basura casi antes de que los chicos se dieran la vuelta para alejarse. En la caja de cartón encontró la mitad de una hamburguesa.

Se la comió sin pensárselo dos veces. Aún estaba caliente, era lo único que le importaba. Aquel bocado le aplacó los dolores de estómago durante poco más de una hora.

Caminó por Duke Street y reparó en los carteles de alquiler de las propiedades adosadas que daban a Manchester Square.

Quizá alguna estuviera desocupada.

¿Sería fácil entrar?

Lo intentó con cinco puertas hasta que al final encontró una abierta.

A Shanine no le importaba quién era el responsable de aquella falta de seguridad. Todo lo que sabía era que tenía un lugar donde dormir. Un techo sobre la cabeza durante al menos una noche.

Se tendió sobre el suelo polvoriento. Había sábanas sucias en un rincón y varias latas de pintura medio vacías. Ella no tenía ni idea de cuándo regresarían los decoradores, pero no se preocupó en absoluto. Se tapó con una de las sábanas sucias y se durmió.

Si tuvo pesadillas, no podía recordarlas, pensó mientras volvía a sentarse bajo los cálidos rayos de sol.

Echó un vistazo al reloj.

Las 10:06.

El estómago le protestó con fuerza. Era un sonido al que ya se estaba acostumbrando.

Tenía que conseguir algo sustancial para comer.

Shanine rebuscó en la bolsa de deporte y sacó una camiseta limpia. Se quitó la que llevaba puesta y la usó para limpiarse los brazos y la cara; luego la metió en la bolsa. Mientras se ponía la nueva, miró su cuerpo delgado. El ligero olor corporal que desprendía iría a más con el paso de las horas. Pero, de momento, su preocupación más acuciante era la comida.

La luz del sol destellaba en la hoja del cuchillo de cocina.

Tenía que conseguir algo de comida o de dinero. Ambos, si era posible.

Shanine tocó el frío acero.

Tenía que comer. Daba igual lo que fuera.

Se pasó una mano por el cabello y, colgándose la bolsa de deporte del hombro, se puso en pie.

Veintitrés

El portero del hotel Grosvenor House saludo a Talbot de forma casi imperceptible mientras el inspector entraba en el edificio, sin mirar siquiera al hombre de uniforme.

Sus ojos y su cabeza estaban en otra parte. Cruzó la recepción. Una de las recepcionistas le dedicó una rápida mirada, luego volvió a prestarle atención al ordenador que tenía delante. Talbot pudo oír el zumbido de la impresora.

Una pareja se estaba registrando; la mujer, inclinada sobre el mostrador miraba a ambos lados. Talbot se fijó en que mientras esperaba jugaba con el pie derecho, metiéndolo y sacándolo de su zapato.

Dos hombres de unos cincuenta años pasaron junto a él hacia los ascensores, hablando en voz baja, casi en susurros, como si no quisieran perturbar la tranquilidad del vestíbulo. El humo de los cigarrillos lo recibió cuando entró en el Gallery Bar. Aunque no había más de media docena de personas, el aire viciado indicaba que cada uno de ellos debía ir por la segunda cajetilla de la noche. El humo parecía que se negaba a desaparecer, acumulándose como si fuese una nube que los envolvía al entrar.

¡Dios, cómo deseaba un cigarrillo!

Un par de cabezas se giraron hacia él, redujo el paso y miró alrededor.

Buscando.

La encontró sentada en la barra, con un vaso como única compañía.

Cuando Talbot se acercó a ella, reparó en que estaba hurgando en su bolso de cuero. Él la recorrió de arriba abajo con ojos contemplativos.

Su largo cabello rubio rozaba los hombros de su chaqueta gris oscuro, cerrada con dos grandes botones dorados. Al cruzar las piernas, la falda negra se le subió un par de centímetros, revelando unos muslos bien delineados. Ella se quitó una pelusilla de uno de los zapatos de tacón de ante negro.

Talbot se sentó en un taburete junto a ella, sorprendido de que

aún no se hubiera percatado de su presencia.

El camarero, en cambio, sí lo vio y se acercó hasta él.

—Póngame una Jameson, por favor —dijo el inspector. Luego miró a la mujer—. Y lo que la dama esté tomando.

Gina Bishop se volvió por primera vez hacia Talbot, empujó su vaso hacia el camarero, quien se dispuso a rellenarlo.

—Talbot —dijo ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estaba buscándote —respondió él.

La mujer sacó un paquete de Silk Cut de su bolso. Él esperó a que encendiera la llama del mechero, la cual se reflejó en sus grandes ojos marrones.

—¿Sigues intentando dejar de fumar? —preguntó ella, ofreciéndole el paquete.

Él asintió y cogió un puñado de cacahuetes de un recipiente de la barra.

El camarero les dejó las bebidas.

—Qué traje más elegante —le dijo Talbot, recorriendo con la mirada la figura bien formada de la mujer.

—Es de Louis Feraud —anunció ella, con aires de suficiencia.

—¿Es un regalo?

—Me lo he comprado yo. En Harrods.

Bebió de su copa.

—La semana pasada debió de ser muy buena para ti.

—Todas las semanas son buenas para mí.

Él sonrió, le dio un trago a su whisky y sintió el líquido quemándole en el estómago.

—¿Cómo sabías que estaría aquí? —quiso saber ella.

—Lo he intentado en el Dorchester y en el Hilton. Este era el que me quedaba.

—Por algo eres detective, ¿no? —dijo con una pizca de sarcasmo en la voz.

—Sabía que estarías en uno de los tres. Llevas frecuentando estos lugares desde que tenías veinte años. Fue entonces cuando te arresté por primera vez, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? —Le dio una calada al cigarrillo, luego expulsó el humo hacia el policía.

—Mira, he cambiado mucho en los últimos cinco años.

—Sí, ahora eres mucho más cara.

—Pero lo valgo.

—Entonces, ¿por qué no tienes clientela esta noche?

—Iba a preguntarte lo mismo. ¿Qué pasa, no tienes a nadie a quien detener?

Con el vaso en la mano, Talbot se echó hacia atrás en el taburete y la miró.

—¿Qué estás mirando? —preguntó ella.

—Apuesto a que ese traje cuesta más de lo que gané el mes pasado —comentó por fin.

—Es probable —dijo, entretenida con la cuestión—. Los dos estamos igual, Talbot. Ambos estamos jodidos, solo que a mí me pagan por ello.

Él pasó un dedo por la manga de su chaqueta.

—Louis ¿qué? —preguntó.

—Feraud —dijo con indignación—. No creo que hayas oído hablar de él.

Él asintió.

—¿Y aquel diseño que llevabas la primera vez que te encontré? Era un maldito Dorothy Perkins, ¿no? Has recorrido un largo camino, Gina.

—Mira, Talbot, ¿has venido aquí para recordar el pasado o por alguna otra razón?

—¿Tú qué crees?

Ella asintió y apuró la bebida.

—¿En mi casa? —preguntó.

—Está más cerca, ¿no? —dijo Talbot, bebiéndose lo que le quedaba de whisky. Dejó un billete de cinco libras en la barra, esperó el cambio y se lo metió en el bolsillo.

—¿No vas a dejarle propina? —preguntó Gina a la vez que guardaba el teléfono móvil en el bolso.

—¿Por traer dos copas? —respondió con recelo.

—No has cambiado nada, Talbot. Sigues siendo un tacaño de mierda.

Él le respondió con una mueca y le ofreció el brazo; ella lo tomó con gusto.

Salieron juntos del bar.

Veinticuatro

Él no le tenía miedo a la muerte.

¿Por qué iba a tenérselo?

A los treinta y ocho años, el reverendo Colin Patterson había presenciado suficientes funerales y entierros como para saber que quienes cruzaban al más allá se marchaban a un lugar mejor. Por ello, era con los parientes con los que estaba su corazón. Detestaba ver tantísimo sufrimiento, y, en muchas ocasiones, durante los últimos diez años, había luchado por encontrar las palabras que aliviasen el dolor de aquellos que habían perdido a alguien cercano. Nunca le resultaba sencillo. Y no siempre le era posible. Pero hacía lo que podía. Eso era cuanto Dios le pedía, que hiciera lo posible por ellos.

También lo había dado todo en el ejército.

Patterson había pensado largo y tendido sobre la decisión de unirse al ejército como capellán, pero en el fondo tenía claro que podía hacer mucho más con ellos que en aquella parte del sureste de Londres. Necesitaba un desafío y, a pesar de las protestas de toda su familia, sentía que el reto que anhelaba lo obtendría entre aquellos hombres instruidos para el combate, y no entre los feligreses que había conocido y ministrado durante la última década.

Cuando su madre le recordó lo ocurrido en Bosnia, Belfast y las Malvinas, él le indicó, con todo respeto, que esos conflictos militares habían acabado mucho antes de que se hubiese ordenado sacerdote. Pero a ella no le bastó como pretexto. Podría volver a ocurrir. Si no allí, en cualquier otra parte olvidada de la mano de Dios.

Patterson escuchó con atención todos sus argumentos, pero su mente parecía haberse decidido incluso antes de plantearlo en voz alta.

Se detuvo junto a una de las tumbas y enderezó un jarrón de metal que el viento había tumbado. Al colocarlo en su sitio, se fijó en la lápida: EN MEMORIA DE UN QUERIDO PADRE Y MARIDO. Patterson sonrió con cariño y reanudó el paseo.

Las puertas del camposanto se abrían a las nueve, y desde entonces ya había visto a numerosas personas caminando por la necrópolis que era el cementerio Croydon.

Conocía a muchos de ellos por su nombre, a los demás los saludaba con un gesto de cabeza.

El sacerdote miró su reloj.

Tenía que oficiar un funeral.

Quedaba bastante tiempo.

A su izquierda había un banco, situado debajo de un gran roble que dejaba escapar sus hojas por docenas: estas yacían como una alfombra amarilla sobre las tumbas cercanas.

Los agudos gorjeos de un pájaro flotaban en la suave brisa de forma agradable.

Patterson se dirigió a la zona más nueva del cementerio, donde se realizaban las sepulturas recientes. El camino estaba ligeramente inclinado, y un poco más allá se topó con una manguera que goteaba agua. Se detuvo y la cerró.

Las vidas de las personas eran como gotas de agua, eso era lo que le había dicho uno de sus profesores poco antes de su ordenación: frágiles, preciadas y efímeras.

Patterson se preguntaba cuántas vidas vería terminar mientras ostentara el cargo de capellán; vidas arrebatadas no por la edad o la enfermedad, sino por la violencia. Por las explosiones, por las balas. Por la guerra.

Vería hombres morir, eso ya lo sabía. Pero no temía por su propia vida. ¿Por qué tendría que hacerlo?

Al doblar una esquina, vio la primera salpicadura de color.

Rojo. Vívido y casi deslumbrante.

El color de la sangre.

Le llevó un segundo darse cuenta de que la pintura estaba sobre una lápida.

Patterson dio varios pasos vacilantes hacia la piedra, con los ojos entrecerrados para protegerse del sol ardiente..

Halló más pintura en otra tumba.

Esta vez distinguió las letras. Eran palabras.

DIOS ESTÁ JODIDO

Se leía sobre el mármol blanco.

CRISTO ES GILIPOLLAS

Garabateado en un pedestal.

—Oh, no —susurró Patterson.

Otra lápida había sido arrancada y destrozada con alguna clase de herramienta. Los trozos de piedra estaban desperdigados sobre la tierra oscura.

El sacerdote vio algo más en el suelo, sobre otra tumba.

Eran excrementos.

La mayor parte la habían esparcido sobre la lápida de mármol gris.

Patterson negó con la cabeza.

Otra vez no.

La tumba había sido profanada.

Corrió hacia ella y vio que no habían golpeado la lápida, pero le habían garabateado algo encima. Un símbolo. ¿Una figura?

El ataúd yacía junto a la tumba, con la tapa superior hecha trizas. Sobre la madera pulida, más letras:

ZORRA

A su izquierda, más tierra removida. Habían desenterrado otro ataúd, sacándolo de su lugar de descanso y colocándolo casi vertical.

En la tapa había pintura negra pero, en esta ocasión tampoco eran palabras, sino un símbolo. El mismo que habían pintado sobre la otra lápida.

A Patterson le costó un momento reconocer lo que era. La cabeza le daba vueltas.

En rojo sobre la piedra. En negro sobre el ataúd.

El símbolo era una estrella de cinco puntas.

Veinticinco

Se oyó un crujido cuando una avispa tocó el «Insectocutor» instalado en la pared de la cafetería.

Catherine Reed levantó la vista, ya había media docena de formas carbonizadas pegadas a las brillantes barritas azules, como si fueran diminutos trofeos de caza.

Aparte de Phillip Cross y ella, solo había cinco personas más en la cafetería. Una pareja charlaba y reía en una mesa cerca de la puerta. A la derecha, un hombre leía el periódico con detenimiento, empujando con el dedo su taza de té de un lado a otro de la mesa.

Uno de los camareros, ataviado con un delantal blanco, conversaba con una joven que tenía desplegado un plano de Londres sobre la mesa de al lado. Cath reparó en que el camarero señalaba un punto del mapa de vez en cuando.

Un hombre mayor, robusto y despeinado, estaba sentado en uno de los reservados del fondo, sin compañía. No se había quitado el abrigo, a pesar del calor que hacía allí dentro. Un hililllo de vapor se elevaba formando una nube sobre la tetera grande, detrás del mostrador, donde un par de empleados charlaban animadamente mientras uno de ellos ponía mantequilla en una rebanada de pan.

El televisor, sin sonido, estaba colocado en la parte alta del rincón más cercano a la puerta. Los actores hablaban y se movían en silencio para aquellos clientes que quisieran prestarles atención.

El aire olía a comida frita y café.

Phillip Cross dio un sorbo a su té y miró a Cath.

—¿Cómo te fue la cena anoche? —preguntó, tratando de ponerle un poco de interés a su voz—. Fue con tu hermano, ¿no?

Cath lo miró en silencio durante un momento.

—Mi hermano está pasando por ciertos problemas en estos momentos —dijo en voz baja.

—¿A qué hora se fue?

—A eso de las once. ¿Por qué?

Cross se encogió de hombros.

—Solo es curiosidad —dijo, metiéndose un puñado de patatas fritas en la boca.

—Era mi hermano, Phil —dijo Cath irritada.

—Bueno, supongo que debo fiarme de tu palabra, ¿no?

—¿Me estás llamando mentirosa? —Ella se inclinó hacia delante y bajó la voz un poco más—. Mira, da igual que fuera mi hermano, no es de tu maldita incumbencia quién entra en mi casa.

—¿Qué pasa con nosotros?

—¿Qué pasa? No estamos casados, por el amor de Dios. ¿Cuándo vas a aceptar que esto no es un maldito noviazgo, Phil? Ninguno de los dos quería ataduras.

—Tú no querías ataduras —corrigió él.

—Entonces, ¿qué? ¿Estás esperando que te prometa algo? —espetó.

Se oyó otro fuerte siseo cuando otra avispa tocó las barras azules brillantes.

—Mira, no quiero presionarte, Cath —respondió Cross—. Puede que tengas razón. Quizá yo esté yendo demasiado deprisa. Pero pienso mucho en ti.

Ella sonrió.

—Gracias.

—¿Por qué tengo la sensación de que no es recíproco? —añadió Cross con amargura.

—Llevo sola mucho tiempo, Phil —dijo ella—. Me gusta la soledad. He tenido otras relaciones antes, y siempre terminan mal.

—Porque fueron con hombres equivocados —argumentó él.

Ella lo miró por encima del filo de su taza.

—¿Y si tú tampoco eres el hombre adecuado? ¿Dónde me deja eso?

—Yo. Yo. Yo. Esta conversación va en un solo sentido, ¿no crees? ¿Te has parado a pensar un instante en mis sentimientos?

—Este no es el momento ni el lugar, Phil —empezó.

—Nunca lo es —siseó él.

Se quedaron en silencio durante lo que pareció una eternidad.

Cath cogió su bolso y sacó un paquete de tabaco.

—¿Te importa? —preguntó, fijándose en que él seguía comiendo.

Cross negó con la cabeza.

Ella se encendió un cigarrillo.

—Bueno, ¿cómo te ha ido la mañana? —preguntó, con una sonrisa en los labios.

Cross sacudió la cabeza, tratando de mantenerse serio, aunque

no lo consiguió.

—Debería mandarte a la mierda —dijo él, sonriendo.

—No te culparía si lo hicieras.

—Lo único que te pido es que veas las cosas desde mi punto de vista. Creo que no te das cuenta de lo mucho que me importas.

Ella dio una calada de su cigarrillo y negó despacio con la cabeza.

—Yo creo que sí —pronunció en voz baja.

El rostro de un presentador de noticias la miró desde la pantalla muda del televisor.

La imagen cambió. Policías uniformados.

Un cementerio.

En la parte inferior apareció: Cementerio Croydon.

Cath se puso de pie y se acercó a toda prisa hasta el televisor, captando la atención de los demás clientes.

Subió el volumen y se quedó frente al aparato, mirándolo como si estuviera hipnotizada.

Escuchó las palabras del sacerdote. El subtítulo decía que se llamaba Colin Patterson.

—…es la tercera vez que ocurre algo así en menos de dos meses. Es muy desagradable, y creo que quien haya hecho esto necesita ayuda. Es terrible…

—¿No era en ese cementerio donde me dijiste el otro día que había habido una profanación? —preguntó Cath a Cross, quien se había girado en su asiento para poder ver la pantalla.

Otras cabezas también miraban hacia el televisor.

—Todavía tengo las fotos en casa —dijo el fotógrafo.

—No llegamos a cubrir esta noticia, ¿verdad?

—Publicaron un par de columnas en páginas interiores. Creo que aprovecharon una fotografía pequeña.

—Cementerio Croydon —murmuró Cath para sí misma.

La imagen cambió. El presentador comenzó a hablar de la construcción de un nuevo colegio en Hampstead.

Cath bajó el volumen.

Mientras volvía a la mesa, apuró lo que le quedaba de cigarrillo.

—¿No me dijiste que habían habido otras profanaciones allí, poco antes de que hicieras las fotografías hace un par de días? —preguntó, con la mirada fija en Cross.

—Solo oí por casualidad al vicario hablando con un par de personas, mientras me dedicaba a tomar las fotos —explicó Cross—.

Admitió que habían sucedido más cosas en los últimos meses.

—¿Qué tipo de cosas?

—No me enteré.

Cath se había puesto de pie.

—¿Adónde demonios vas? —preguntó Cross.

—Al cementerio Croydon. Quiero hablar con ese sacerdote. ¿Te apetece dar un paseo?

—Cath, no puedo, tengo trabajo en Heathrow. Madonna viene en uno de los vuelos y quieren que haga algunas fotografías…

—Entonces te veré más tarde.

—Cath, espera —llamó Cross, hurgando en su mochila—. Ten, toma esto. —Le tendió una cámara de bolsillo—. Puede que te haga falta.

Ella le sonrió.

Luego se marchó.

Cross levantó la vista en el mismo momento en que otro insecto perdía la vida con un sonoro crujido.

La mosca chamuscada cayó al suelo.

El fotógrafo se bebió lo que le quedaba en la taza de té.

Veintiséis

Cath no había visto nunca tantos vehículos en un cementerio.

El aparcamiento y la mayor parte de la calle estaban atestados de coches.

El interior era un hervidero de gente. La periodista dedujo que la mayoría de esas personas habrían visto el reportaje de televisión durante el almuerzo y habrían decidido pasarse por allí, temiendo que el lugar de reposo de sus parientes hubiese sido profanado.

Solo podía conjeturar cuántas personas se habían congregado en el cementerio Croydon durante las dos horas que tardó en llegar hasta allí.

Una vez dentro del camposanto, no le costó dar con el reverendo Colin Patterson. Caminaba con inquietud de un lado para otro, hablando con todo aquel que se le acercaba con la necesidad de oír algunas palabras de consuelo.

Ataviado con una sotana negra y más de un metro ochenta de altura, lucía una figura imponente, casi amenazante. Cath pensó, con sensación de culpabilidad, que era un hombre atractivo. No era el tipo de sacerdote que cabría esperar.

Tras una breve presentación, fue directa al grano.

—¿Tiene alguna idea de quién ha podido hacer esto? —preguntó, sacando la cámara del bolso y mirando por el visor.

Enfocó la lápida en la que habían escrito DIOS ESTÁ JODIDO con grandes letras rojas. Tomó una foto.

—Ni idea —confesó Patterson con un suspiro.

—¿Podría ser algo personal, contra usted? —preguntó, acercándose a otra lápida.

Era la de los excrementos. El olor flotaba en el aire. Las moscas zumbaban alrededor.

—Los sacerdotes no tenemos enemigos, señorita Reed —dijo Patterson—. Además, si fuese personal, quienquiera que haya hecho esto habría ido a por mí.

—No necesariamente —dijo ella, tomando unas cuantas fotografías más.

Patterson dio un par de pasos hacia Cath mientras esta se movía

entre las piedras rotas y la tierra removida.

—¿Ha llamado a la policía?

—Han estado aquí, pero ya se han marchado. Recogieron muestras de ahí —dijo, señalando con pesar hacia la pila de excrementos de la tapa del ataúd—. Y han buscado huellas dactilares en las lápidas.

—¿Ellos tampoco saben quién puede ser el responsable?

—No.

—¿Los cuerpos estaban fuera de los ataúdes?

—No, gracias a Dios. Han roto un par de huesos, pero no se han llevado los restos.

Cath tomó fotos de un ataúd maltrecho, inclinándose hacia delante para poder leer la placa de identificación. LOUISE BANKS. Echó un vistazo a la lápida de mármol negro con el mismo nombre. Estaba salpicada de pintura roja.

Cath leyó la inscripción:

LOUISE BANKS. 16 MESES DE EDAD. DESCANSA EN PAZ.

Dio un paso atrás y comprobó la otra lápida, la de los excrementos.

La leyó.

Y la siguiente.

Tomó fotos de las dos.

—Padre, ¿no ha notado algo raro en las tumbas que han sido profanadas? —preguntó Cath.

Patterson la miró.

—Sí. Son todas de niños —dijo en voz baja.

Cath asintió.

—Ninguno tiene más de cuatro años —murmuró.

Luego se desplazó hasta otra tumba.

—¿Por qué niños? —reflexionó.

Patterson no tenía ninguna respuesta para ella.

—Me temo que no puedo ayudarla, señorita Reed. No soy capaz de imaginar qué mente ha podido idear algo así.

El sacerdote abrió los brazos, en un gesto que pretendía abarcar aquella devastación.

—En las ocasiones anteriores, ¿las tumbas también eran de niños?

—Sí.

—¿Tiene una lista con los nombres de todas las tumbas?

—¿De qué serviría?

—Podría haber un vínculo entre ellos. Si descubrimos ese vínculo, podríamos averiguar la razón por la que han hecho esto.

—¿Qué razón podría existir para que alguien quisiera profanar el cuerpo de un niño después de haber sido enterrado? —protestó Patterson.

Cath fotografió otra lápida destrozada. En el pedestal se veía una estrella de cinco puntas más o menos elaborada.

Miró al sacerdote.

—¿Tiene la lista?

—En la iglesia —respondió—. Y ya que está usted aquí, creo que hay algo más que debería ver.

Veintisiete

Ella sabía que la estaban mirando.

Shanine Connor caminaba despacio por la sección de perfumería de Selfridge y las mujeres de detrás de los mostradores la observaban. Cargadas de buen maquillaje y perfumes caros, seguían sus movimientos con los ojos repletos de rímel.

Algunos clientes también la miraban de reojo mientras recorría el laberinto de mostradores de vidrio. De vez en cuando cogía uno de los muchos botecitos de muestras y se rociaba perfume en la muñeca. Ni siquiera se molestaba en oler las fragancias; se conformaba con que los aromas mezclados la ayudaran a disimular el olor agrio de su sudor.

Shanine vio su reflejo en uno de los muchos espejos del lugar y comprobó lo pálida y demacrada que estaba. Necesitaba lavarse el cabello. Se pasó la mano por la cabeza y después se la limpió en sus mugrientos pantalones vaqueros.

Continuó paseando a través del torrente de compradores, quienes parecían estar moviéndose en dirección opuesta. Se detuvo en la sección de joyería e inspeccionó las cadenitas bañadas en oro que colgaban de un panel de fieltro.

La dependienta se le acercó y sonrió de manera eficiente.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó con un tono áspero.

Shanine negó con la cabeza y siguió caminando, pasando de largo por el expositor de las pulseras y los relojes hasta llegar al departamento de papelería y utensilios de escritura.

El estómago le rugió tras toparse con un fuerte olor a comida.

A su izquierda, unas escaleras daban a los puestos de alimentación.

El exquisito aroma a café recién molido flotaba en el ambiente, y Shanine aspiró hondo.

Miró a su alrededor, se encontraba en mitad de la confitería. Cogió un par de caramelos y se los metió en la boca antes de que nadie se diese cuenta.

Mientras ascendía despacio por las escaleras hacia el pasillo principal de alimentación, se fijó en una cámara de seguridad.

A la mierda.

No esperaba que las cosas fueran fáciles.

Pasó frente a un mostrador de pescado fresco que desprendía un olor casi abrumador a marisco. Dos estadounidenses, distinguibles por el acento, la estatura y su mal gusto vistiendo, estaban ocupados eligiendo un enorme salmón para que el dependiente lo preparase para cocinar.

Shanine los rodeó y cogió una canasta de plástico antes de entrar en el pequeño laberinto de estanterías repletas de todo tipo de latas, envases y alimentos frescos.

Vamos. Rápido.

Avanzaba de forma torpe con la bolsa de deporte sobre un hombro, consciente de que eso la hacía más visible. Dobló una esquina y vio a una mujer que tiraba de un niño, casi arrastrándolo por un brazo.

Shanine dejó una barra de pan en la cesta.

A su vez, deslizó un paquete de panecillos en la bolsa de deporte.

Latas de carne en conserva.

Mala idea. ¿Cómo demonios iba a abrirlas?

Encontró los envases de carne. Introdujo dos de ellos en la cesta y otros dos en la bolsa.

Vamos. Vamos.

La mujer con el niño estaba justo delante de ella, inspeccionando algunas piezas de fruta fresca.

Shanine metió varias manzanas y plátanos en una bolsita transparente y la puso en la cesta. A continuación, se dio la vuelta y dejó caer al suelo unas cajas de Golden Delicious. Tras una maldición, la joven las recogió y empezó a colocarlas en su sitio.

De paso, se guardó tres en la bolsa.

La mujer con el niño se arrodilló a su lado y la ayudó a recoger las otras dos cajas que quedaban en el suelo.

—Gracias —dijo.

La mujer sonrió, mirando primero la cesta de Shanine y después la bolsa de deporte.

¿Lo sabría?

Shanine se dirigió al siguiente pasillo.

Una empleada reponía las estanterías, añadiéndole el precio a cada lata antes de colocarla en su lugar.

Miró a Shanine de soslayo.

Por encima de su cabeza, halló otra cámara de seguridad.
Shanine pasó al siguiente pasillo.
Barritas de chocolate. Dulces.
Metió unas cuantas barritas Mars en la bolsa.
Ya es suficiente.
Se dirigió hacia las cajas registradoras, donde solo una estaba abierta, de modo que encontró una pequeña cola.
La salida estaba un poco más allá.
Sin guardia de seguridad.
Aguardó en la cola, con el corazón latiéndole con fuerza.
Nadie vigilaba la salida.
No se percató de que la mujer con el niño advertía a un miembro del personal.
No vio cómo la mujer la señalaba.
Dos clientes más y llegaría a la caja registradora.
Shanine se volvió, tratando de parecer despreocupada, a pesar de que sentía cómo el corazón estaba a punto de estallarle en el pecho.
Al volverse, un miembro uniformado del personal caminaba directamente hacia ella.
Ya está.
Shanine dejó caer la cesta, pasó al pasillo de la caja registradora de al lado y saltó la cadenita de metal que le cerraba el paso; echó a correr hacia la salida ignorando los gritos a su espalda.
Chocó contra la puerta, la abrió de un tirón y salió a la calle, mirando por encima del hombro.
Dos empleados salieron en su busca. Uno de ellos le gritó, pero ella no distinguió las palabras.
Shanine dobló la primera esquina y corrió lo más rápido que pudo.
Cuando por fin miró hacia atrás, nadie la seguía.
Aun así, siguió corriendo.

Veintiocho

La escalera que conducía a la cripta era estrecha; la piedra brillaba tras cientos de años de desgaste.

Cath se preguntó cuántos pies habrían pisado aquellos escalones.

Las escaleras descendían en una angosta forma circular, y el olor rancio que había percibido cuando Patterson abrió la puerta era cada vez más insoportable. No tenía ni idea de cuánto habían bajado, pero eso no evitó que sintiera un escalofrío. Apoyó los dedos en la piedra de las paredes y notó que estaba muy fría.

—¿Cómo consiguen bajar los ataúdes hasta aquí? —Su voz resonó con eco .

Patterson no respondió, se limitó a seguir bajando un par de metros delante de ella, con el potente haz de su linterna cortando una amplia franja en la oscuridad.

Cath resbaló en uno de los escalones.

—Mierda —siseó.

Patterson se volvió para mirarla.

—Disculpe —dijo rápidamente.

El sacerdote sonrió.

—Vigile por donde pisa. Podría romperse un tobillo.

Ambos continuaron descendiendo.

—¿Quién utiliza este lugar? —quiso saber Cath.

—Nadie. El último cuerpo que descansó aquí fue en 1920 —dijo él—. Creo que la mayor parte de la gente piensa que las criptas y los mausoleos son arcaicos, algo sacado de las películas de terror. Además, hasta en los viejos tiempos eran para uso exclusivo de los acaudalados.

—¿Qué tenían de malo los entierros? —preguntó Cath, formando una nube de vaho al hablar.

—Las familias querían permanecer juntas incluso después de la muerte. Las criptas familiares eran también un símbolo de estatus.

—La familia que ora junta, permanece junta —murmuró Cath.

—Podría decirse así —dijo Patterson riendo.

—¿A quién pertenecía esta cripta?

—A los Parslow. Fue construida a finales del siglo XVIII. La

familia era dueña de las tierras en las que se construyó la iglesia. Antes de ser un cementerio, fue una propiedad privada, ten en cuenta que se trataba de una familia muy rica. El mausoleo, en un principio, estaba en la superficie.

—¿Por qué lo cambiaron de sitio?

—Ellos querían que estuviera debajo de la iglesia. Quizá así se sentirían más cerca de Dios.

Cath contuvo la respiración al percibir un fuerte tufo a humedad. Podía ver motas de polvo girando perezosas en el haz luminoso de la linterna de Patterson. Los escalones eran ahora más pequeños y cada vez más inclinados.

—Mire, reverendo, todo esto es un material fascinante, pero ¿qué tiene que ver con las profanaciones? —preguntó Cath, a punto de tropezar en los dos últimos escalones.

Patterson alumbró la pared más alejada.

—Dios mío —susurró Cath, paralizada.

—No creo que Dios tenga nada que ver con esto, señorita Reed —El haz de la linterna iluminaba el fondo de la cripta.

Esta era muy amplia, de unos seis metros de largo y otros tantos de ancho. Los sarcófagos estaban apilados, llegando casi al húmedo techo de la bóveda.

En la pared habían dibujado una enorme estrella de cinco puntas.

Parecía tallada en la piedra con un cincel.

También había unas figuras.

Cath se acercó más, estudiando los trazos toscos de la pintura.

A ambos lados de la estrella de cinco puntas se erguían unas siluetas que parecían centinelas: una de un hombre con un enorme pene erecto, y otra de una mujer con pechos exuberantes y pezones anchos.

Cath tomó unas cuantas fotografías. El flash de la cámara iluminaba la cripta con una fría luz blanca cada vez que apretaba el botón.

—¿Cuándo descubrió esto?

—Hace casi dos semanas —la informó Patterson—. Llegué a la iglesia una mañana y vi que alguien había roto la puerta. Comprobé si habían robado algo y me di cuenta de que la entrada de la cripta estaba forzada. Bajé y me encontré con esto.

De nuevo un flash de luz fría.

—¿Se lo enseñó a la policía?

—Dijeron que habían sido unos vándalos.
—¿Eso es lo que usted cree?
—Yo no sé qué creer, señorita Reed.
Cath dio un paso hacia la pared, acercándose a las obscenas figuras y a la estrella de cinco puntas. Se fijó en algo garabateado sobre la piedra helada. Palabras. Símbolos.

NéMA SoLGIS SOL ED SoLGIS SOL RoP

Sintió que el vello de la nuca se le erizaba.

AIROLG aL Y ReDOP Le

De repente, parecía hacer más frío en la cripta.

ONIER LE Se OyUT EUQroP

—¿Qué demonios pone? —masculló.

LaM LED SONARBÍL

Patterson alumbró con la linterna aquel galimatías sin sentido.
—Me costó un rato descubrirlo —dijo en voz baja.
Cath lo miró en pos de una respuesta.
—Es el padrenuestro escrito al revés.

Veintinueve

—Pero ¿quién coño es ese tipo? —inquirió Talbot, sin apartar los ojos de la entrada principal de la tienda.

—Nadie lo sabe —respondió Rafferty, mirando también hacia el edificio.

—¿Y la chica? ¿Sabemos cómo se llama? —insistió el inspector.

—Emma Jackson. Trabaja ahí.

—¿Quién es el testigo?

—Un cliente —comunicó Rafferty a su superior—. Ella acaba de abrir, hace poco más de una hora. Ese tipo entra, se saca un cuchillo del bolsillo, le dice al cliente que se vaya a la mierda, y luego se abalanza sobre la chica. Por lo que sé, no está herida.

—Todavía no —murmuró Talbot.

La tienda Ann Summers de Wardour Street parecía desierta, salvo por los inertes maniquíes del escaparate, que parecían estar mirando fijamente a Talbot.

Este se preguntó qué habrían presenciado aquellos ojos en blanco.

—¿La salida trasera está cubierta? —preguntó.

Rafferty asintió.

—No hay forma de que escape por allí —dijo el oficial, con un atisbo de satisfacción en la voz. El tráfico del norte y del sur había sido desviado; la calle, cortada. Unas barreras rojas y blancas impedían el paso por la vía pública. Policías uniformados aguardaban detrás de ellas. Talbot reparó en que a ambos lados de la calle se había agolpado un centenar de personas, gente ansiosa por ver lo que estaba ocurriendo.

Malditos morbosos.

Hasta detectó una cámara en las manos nerviosas de un hombre.

—¿Alguien ha contactado ya con él? —preguntó el inspector.

—Uno de los agentes —respondió Rafferty.

—¿Y?

—Ha dicho que solo quiere hablar con la chica.

Talbot miró con incredulidad a su compañero.

—No quiere dinero, no quiere que le proporcionemos una huída

fácil. Solo quiere hablar con ella —dijo el oficial.

—Por el amor de Dios —suspiró Talbot, bajándose del Escort. Rafferty lo siguió, observando cómo su superior se sacudía una pelusilla de la manga de la chaqueta.

—¿Qué quieres hacer, Jim? —preguntó.

—Entrar ahí —respondió Talbot, quien ya había dado unos cuantos pasos hacia la tienda.

Rafferty se puso a su altura.

—¿Y la chica? —preguntó nervioso.

—Si la ha matado, estaría bien que entrásemos ya. Si está pensando en matarla, podría tardar todo el puto día en decidirse, pero, si tengo razón, ni siquiera se plantea hacerle daño.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—¿Te suenan las corazonadas, Bill?

—¿Y si estás equivocado? ¿Y si quiere matarla?

—Entonces asegúrate de que haya una ambulancia cerca —dijo Talbot con indiferencia.

Cruzó la calle, observado por la horda de oficiales uniformados y demás curiosos.

El hombre de la cámara tomó un par de fotografías mientras el inspector se dirigía a la puerta.

Rafferty aligeró el paso para unirse a él.

Desde ambos lados, un grupo de policías se acercó un poco más a la tienda.

Talbot los saludó con la mano.

Luego llamó a la puerta, inclinándose sobre ella para intentar ver a través del cristal sucio.

Las luces estaban apagadas, de modo que era difícil distinguir el interior.

Lo único que podía ver con claridad era un perchero de corpiños cerca de la entrada.

A la derecha había un mostrador de cristal. Dentro podía verse una selección de vibradores.

Algo se movió al fondo de la tienda.

Una figura se acercó hacia la puerta.

Un hombre joven de no más de veinticinco años.

Llevaba un cuchillo de hoja corta en la mano derecha.

—Largo de aquí —gritó a Talbot.

—Abra la puerta o la echaré abajo —dijo el inspector de mala gana.

Talbot vio cómo el hombre se retiraba un par de metros y agarraba algo detrás del mostrador. Era una joven menuda, muy bonita.

El hombre tiró de ella y se la colocó delante, poniéndole el cuchillo en el cuello.

—Si intenta entrar, le haré mucho daño —gritó el joven, que vestía una camisa negra.

Rafferty miró a su superior.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Talbot negó con la cabeza.

—¡Abra la puerta! —bramó.

El joven miró a la muchacha y luego a Talbot.

—Le cortaré el cuello —insistió con la voz algo quebrada—. Hablo en serio.

—Está muerto de miedo —dijo Talbot.

—Ten cuidado, Jim —dijo Rafferty en voz baja.

—Haga que retrocedan —pidió el inspector señalando a los oficiales que tenían cerca—. Yo me encargaré de esto.

Rafferty dio un par de pasos hacia atrás y ladró algo en la radio que acababa de sacar del bolsillo de su chaqueta.

Talbot le dio una patada a la puerta, el cristal tembló en el marco. Repitió la acción y saltaron los goznes. El inspector se encontraba en el interior de la tienda.

Olía a perfume barato y sudor.

Talbot miró a la chica.

Aparte de un ojo hinchado, no parecía haber sufrido ningún otro daño. Tenía corrido el maquillaje y el rímel le manchaba las mejillas, pero, no parecía tener herida alguna.

—Baje el cuchillo —dijo Talbot.

—No debería haber hecho eso —dijo Camisa Negra con los dientes apretados.

—Suéltelo antes de que alguien salga herido —añadió Talbot.

Dio un paso hacia delante.

—Quédese ahí —gritó Camisa Negra.

Talbot avanzó con algo más de cautela.

La hoja del cuchillo se movía cerca del rostro de la chica.

—Deje que ella se vaya —dijo Talbot, acercándose despacio pero decidido hacia ellos.—Si da un paso más, la apuñalaré —balbuceó Camisa Negra, sin mucha convicción.

—Adelante, vamos.

Ahora era la chica quien parecía sorprendida.

—Venga, pequeño idiota —espetó Talbot—. Mátela.

Camisa Negra respiraba de forma acelerada, el sudor le perlaba la frente.

—Ya ha cometido un asalto a mano armada, una posible agresión, y quizá hasta un secuestro. ¿Quiere sumar un asesinato a la lista? Adelante, no se corte.

Talbot se acercó más, apartando a un lado un perchero con bragas de seda.

—Vamos, tipo duro, cárguesela. Córtele el cuello. Impresióneme.

—Está como una puta cabra —balbuceó Camisa Negra.

—Deje que se vaya.

—No me ha hecho daño —dijo la chica, mientras el inspector se les acercaba.

—Bien. Entonces pídale que le deje marchar. ¿Lo conoce?

Ella asintió.

Bingo.

—¿Es su novio? —continuo el inspector, avanzando.

—Mire, las cosas se han salido de madre —anunció Camisa Negra con incertidumbre.

—Deje que se vaya.

El cuchillo descendió una fracción.

Talbot estaba a un metro de la pareja, con los ojos puestos en la vidriosa mirada de Camisa Negra.

Podía oír su respiración, oler su sudor.

—Deje que se vaya.

Medio metro.

Camisa Negra dejó que el cuchillo bajara un poco más, pero aún agarraba a la chica por el hombro.

—Vamos, no estoy para juegos, joder —siseó Talbot—. Deje que la chica se vaya.

Camisa Negra miró a Talbot, luego a su cautiva, y apartó la mano.

Ella se alejó de él, y se apoyó contra el mostrador.

—Suelte el cuchillo —ordenó Talbot.

Camisa Negra se quedó inmóvil, con el cuchillo extendido hacia el policía.

Talbot alargó un brazo, con la palma hacia arriba.

—Démelo.

Camisa Negra había empezado a temblar, apenas capaz de

controlar su propia respiración. Miró a la chica, quien asintió imperceptiblemente.

—El cuchillo —repitió Talbot.

Camisa Negra dio un paso para entregarle el arma.

Talbot le agarró de la muñeca, se la retorció y al mismo tiempo saltó hacia él.

En un movimiento rápido, golpeó con su frente el rostro de Camisa Negra.

El impacto le rompió la nariz, y la sangre brotó salpicando el suelo y la ropa de Talbot.

La chica gritó algo y corrió hacia él.

Talbot notó un golpe en la espalda.

—Cabrón —gritó la chica, pero Talbot ya la había apartado de un empujón.

Rafferty entró en la tienda a toda prisa. Cuatro hombres uniformados iban tras él, uno de ellos era un paramédico.

Vio a la chica echada sobre el mostrador; Camisa Negra estaba agachado en el suelo, con las manos en la cara y la sangre brotándole entre los dedos.

—Sácalos de aquí —ordenó Talbot, girándose hacia la puerta—. Y haz que desaparezca toda esa maldita gente de la calle; el espectáculo ha concluido.

Detrás de él oyó a la chica llorando.

Treinta

Frank Reed miraba el teléfono de la esquina de su escritorio.

¿A qué estás esperando?

Se reclinó en la silla, estiró los brazos frente a él, y oyó el crujido de las articulaciones de los codos.

Escuchó voces fuera de su despacho y, al girar la silla, vislumbró por la ventana a un grupo de niños cruzando despacio el patio hacia las aulas de uno de los edificios más nuevos. Desde allí no podía distinguir el rostro del profesor que los guiaba, pero reconoció la complexión y la chaqueta de tweed desgastada: Don Hicks, el de biología.

Reed sonrió.

Hicks era un par de años mayor que él y se llevaban bien. En realidad, como subdirector del centro, Reed tenía buena relación con todos sus colegas. Incluso los más antiguos no parecían resentidos por el hecho de que un hombre lo bastante joven como para ser su hijo tuviera un puesto tan importante. Aunque el salario no se correspondía con tal responsabilidad, consideró Reed.

Se volvió hacia su escritorio.

Hacia el teléfono.

La puerta de su despacho estaba entornada y podía oírel ruido de la máquina de escribir, cuyas teclas eran golpeadas por la secretaria que compartían el director y él. Para ella no había nuevas tecnologías. Ni ordenadores ni procesadores de textos. Seguía leal a su máquina de escribir eléctrica.

Reed se acercó a la puerta y la cerró; volvió a su escritorio y miró el teléfono una vez más.

Cogió el auricular y marcó.

¿Tenía el número correcto?

Indeciso, presionó la horquilla para finalizar la llamada y comprobó el número en su agenda. Marcó de nuevo y esperó.

Daba tono.

Vamos.

Otro tono.

Quizá habían salido.

¿O estaban ocupados?
Empezó a tamborilear sobre la mesa.
¿Qué están haciendo?
Reed trató de apartar esos pensamientos de su cabeza.
Quizá los estoy molestando. Quizá estén en la cama. Quizá se la está follando.
—Déjalo ya —siseó Reed.
Quizá no oyen el teléfono. ¿No te dijo ella que la hacías sentir tan bien?
Reed se pasó una mano por el cabello.
Qué bien.
Al otro lado de la línea descolgaron el teléfono.
—Hola —respondió la voz de un hombre.
Reed estaba tan ensimismado que tardó un par de segundos en reaccionar.
—Hola —repitió la voz al otro lado.
—¿Podría hablar con Ellen Reed, por favor?
Hubo un momento de silencio seguido por una breve risita.
—Frank, me alegro de oírte —dijo Jonathan Ward.
No te atrevas a reírte de mí, cabrón.
—¿Puedo hablar con Ellen, por favor? —insistió el profesor, tratando de contener su irritación.
—¿Cómo estás, Frank? ¿Va todo bien? —preguntó Ward, con un deje de burla—. Hace tanto tiempo que no sabemos de ti que empezábamos a preocuparnos.
—Sí, apuesto a que sí. Pásame con Ellen, ¿de acuerdo?
—No sé si ella quiere hablar contigo, Frank —dijo Ward con desdén.
—Pásamela —espetó Reed.
—¿De qué quieres hablar con ella?
—Eso es entre ella y yo. A ti no te incumbe.
—Ellen y yo no tenemos secretos, Frank. Lo sabré de todos modos, ella me lo contará si le pregunto.—Claro. Ella haría eso por ti, ¿verdad? —escupió Reed.
Ward rió con disimulo.
—Puede que tengas razón, Frank —dijo.
Reed oyó el auricular sobre una superficie dura.
—Hijo de puta —murmuró aguantando la respiración.
Esperó.
Al otro lado de la línea volvieron a coger el auricular.

—Hola —dijo la voz de una mujer.
—Ellen, soy Frank.
Silencio.
—Ellen, soy…
—Ya te he oído. ¿Qué quieres? —preguntó con aspereza.
—Necesito hablar contigo.
—No tenemos nada de qué hablar.
—Apenas hemos cruzado una docena de palabras desde…
Dejó la frase sin acabar.
—¿…desde que te dejé?
—¿Cómo está Becky?
—Bien.
—¿Cómo estás tú?
—Oh, por Dios, déjate de cháchara, ¿de acuerdo?
—Tenemos que hablar, Ellen —dijo Reed con rabia—. Sobre Becky, sobre nosotros.
—Ya no hay ningún nosotros —dijo ella de mala gana.
Reed tragó saliva.
—¿Cómo está Becky?
—Está bien.
—Quiero verla, Ellen.
—Estamos pensando en irnos unos días de vacaciones. Ahora no es conveniente.
—Estás hablando de mi hija —espetó—. Quiero verla.
—Mira, ya te llamaré, ¿vale?
—Ellen. No puedes hacerme esto. Es mi hija. Si tengo que acudir a la policía, lo haré. No podrás alejarme de ella. Haré…
—Haz lo que quieras —y colgó el teléfono de golpe.
Él se quedó con el auricular apretado contra la oreja, el zumbido de la línea cortada era lo único que oía.
Muy despacio, dejó el teléfono en la horquilla.
Maldita puta.
Reed aguardó un momento y volvió a coger el teléfono. Marcó otro número.
Y esperó.

Treinta y uno

Sean Harvey pensaba en el nombre tan apropiado que tenía aquel restaurante de Hays Mews.

El Greenhouse parecía más un invernadero enorme e impecablemente decorado que un restaurante. Estaba sentado de cara a las mesas de otros comensales, bastante escasos para tratarse de la hora del almuerzo. De vez en cuando su mirada se dirigía a la entrada principal.

Consultó su reloj de pulsera.

Ella llegaba tarde.

A pesar de que las ventanas estaban abiertas, en el restaurante hacía calor. El sol apretaba. Había abundantes macetas con plantas alrededor de las mesas, y en aquella época del año estaban en flor.

Harvey sintió una fina capa de sudor en la frente.

No estaba seguro de cuánto se debía a los nervios.

Volvió a mirar el reloj.

¿Y si no aparecía, después de todo?

Repasó la carta, tomó un sorbo de su Perrier y trató de parecer despreocupado.

Pero fracasó con estrépito.

Cuando volvió a mirar hacia la entrada principal, ella ya estaba allí.

Gracias a Dios.

Se levantó mientras ella se acercaba a la mesa, sonriéndole, apartándose el cabello rubio del rostro.

Hailey Owen llevaba una falda corta de color óxido y una chaqueta a juego. Caminaba con gracia sobre zapatos de tacón alto, que repiqueteaban en las baldosas del restaurante. Harvey no pudo evitar dedicarle una mirada de satisfacción, fijándose un momento en sus piernas delgadas.

—Perdón, llego tarde —dijo ella, sentándose frente a él.

—No. Yo he llegado temprano —respondió él—. ¿Quieres una copa?

Hailey asintió mientras el hombre llamaba al camarero y pedía otra Perrier para él y un Baccardi con Coca-Cola para ella.

—Quería llegar antes —dijo Hailey—. Pero no he podido escaparme. Debbie insistía en que fuese a almorzar con ella, y he tenido que inventarme una excusa. Le he dicho que tengo una boda y que iba a comprar un vestido. Entonces se ha ofrecido a ayudarme a elegirlo. Creí que no podría salir del atolladero.

El camarero volvió con las bebidas.

Él la observó mientras daba un sorbo a su copa.

—¿Nadie sabe adónde has ido? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Le dije a mi secretaria que tenía una reunión con un cliente, y que era probable que volviese tarde —informó.

—No creo que nadie lo sepa, ¿verdad, Sean?

Él negó con la cabeza.

—Hemos tenido cuidado, desde luego.

—Hemos tenido mucha suerte —corrigió ella.

—Ni siquiera trabajamos en el mismo piso, Hailey, ¿por qué iba a sospechar alguien que nosotros…?

—¿…tenemos una aventura?

—Tres almuerzos y dos cenas no pueden considerarse una aventura, ¿no crees?

—Tu esposa no estaría de acuerdo si se enterase. ¿Dónde le dijiste que estuviste la otra noche?

—Ella sabe que trabajo hasta tarde, que me reúno con los clientes. No sospecha nada, confía en mí.

—Puede que tú estés acostumbrado a esto, Sean, pero yo nunca había tenido una aventura. No quiero que nada lo estropee.

—Deja de preocuparte.

Le ofreció la carta.

—Pidamos—dijo con una sonrisa.

Harvey aguardó mientras ella repasaba la carta, tirándose de un largo mechón de pelo, con dedos perezosos.

Se dio cuenta de que él la observaba y sonrió.

—¿Qué miras?

—Solo te estoy admirando. No irás a reñirme, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Ella negó con la cabeza y soltó una risita.

—Eres un auténtico zalamero, ¿no es cierto?

Debajo de la mesa, ella le acarició la pantorrilla con el pie.

Fue breve. Seductor.

Ella tomó un sorbo de su bebida, preguntándose de dónde provenía la sombra oscura que de pronto se había proyectado sobre la mesa.

Como si una nube hubiese tapado el sol.

Pero la sombra era demasiado pequeña y oscura para tratarse de una nube.

Ambos alzaron la vista.

Harvey abrió la boca.

Hailey ni siquiera fue capaz de gritar.

Un cuerpo estaba a punto de caer sobre ellos, atravesando el techo de cristal del restaurante. La superficie transparente estalló provocando un chaparrón de cristales y un ensordecedor estruendo.

El cuerpo aplastó la vajilla y quebró las patas de madera mientras llovían fragmentos de cristal, que acababan desparramados por el suelo.

Algo cálido y rojo salpicó a Hailey.

La sangre, procedente de una docena de heridas del cuerpo lacerado, brotaba en todas direcciones, cayéndole, sobre todo, en la cara y en el cabello.

Por fin, Hailey empezó a gritar.

El cuerpo había caído de espaldas, con la cara desfigurada por los cortes y con un alargado fragmento incrustado en el ojo, como si fuera una lanza de hielo.

Harvey se apartó de la mesa, tratando de calmar su estómago revuelto, consciente de que una mancha oscura se extendía por su entrepierna.

La sangre formó un charco alrededor del cadáver, que yacía en medio de cristales rotos, platos quebrados y cubiertos desperdigados.

Los otros comensales observaban con horror, uno o dos miraban hacia el enorme agujero que había dejado el cuerpo en el techo translúcido. De los bordes seguían desprendiéndose esquirlas y trozos de vidrio.

Hailey sintió un dolor intenso en la mano izquierda, se había cortado el dorso con un trozo de cristal del tamaño de un plato. No obstante, casi se olvidó del dolor cuando se percató de que la sangre que se estaba acumulando alrededor del cuerpo amenazaba con mancharle la punta de los zapatos.

Harvey se fijó en que un trozo de cristal había arrancado la mayor parte de la carne de un lado del rostro del hombre muerto.

Tenía un corte irregular desde la comisura de la boca hasta el pómulo, dejando al descubierto dientes y encías.

Parecía que sonreía.

Harvey perdió la batalla y vomitó.

Hailey, siguió gritando.

Treinta y dos

El aire estaba cargado de humo, y el inspector de policía James Talbot respiró hondo mientras caminaba de un lado para otro, masticando un puñado de cacahuetes de chocolate que había sacado de una bolsita de papel arrugado.

El resto de hombres de la habitación se limitaban a mirarle o a tomar notas en sus libretas.

Phillip Barclay abrió una ventana del lateral para que saliese algo de humo.

Rafferty sonrió y encendió otro cigarrillo.

De los otros dos hombres presentes, uno también fumaba. Apretaba el cigarrillo entre los dedos, mirando cómo la ceniza caía en una taza de plástico que hasta hacía poco había contenido café. Su compañero, un hombre algo más joven, vestido con un traje negro y una camisa blanca que parecía una talla más pequeña que la suya, dibujaba círculos en un pedazo de papel con su bolígrafo Biro.

Talbot dejó de pasearse por fin y se giró hacia el tablón que tenía detrás.

—Craig Jeffrey —empezó, señalando una foto en blanco y negro de un hombre sonriente—. Treinta y dos años, topógrafo, comprometido. Se iba a casar dentro de tres meses.

—Quizá se mató por eso —murmuró el hombre del traje negro.

Los otros rieron.

Talbot sonrió con languidez.

—Dicen que es muy difícil conseguir mesa en ese maldito restaurante —añadió el hombre sentado al lado de Barclay.

—Quizá estuviera desesperado por conseguir una.

Más risas.

El agente de policía Colin Penhallow apagó su cigarrillo en la taza de plástico.

—Ya está bien de bromas —dijo Talbot, masticando otro cacahuete—. ¿Alguna idea?

—¿Estamos seguros de que fue un suicidio? —preguntó Rafferty.

Talbot miró a Barclay.

—Phil —dijo, y todos los ojos se volvieron hacia el forense.

Barclay se aclaró la garganta.

—La autopsia reveló que no había restos de ninguna sustancia legal o ilegal en su sangre. Un examen más exhaustivo ha confirmado que no existe razón alguna para sospechar que se trate de un asesinato. Creo que podemos descartar la opción de que sea un crimen.

Talbot se encogió de hombros.

—¿Qué estaba haciendo en aquel edificio de Hays Mews, de todos modos? —quiso saber Rafferty.

—Estaba realizando una evaluación para la empresa de inspección —replicó Talbot.

—Entonces, mientras trabajaba, decidió subir al tejado y lanzarse al vacío —masculló Penhallow.

—Eso es lo que parece —añadió Talbot, masticando más cacahuetes.

—Nada de alcohol, nada de drogas. Ninguna razón parar hacerlo —interrumpió Rafferty—. Como en los otros dos casos.

Talbot asintió.

—Tres suicidios en ocho días —continuó—. Los tres eran profesionales. Un topógrafo, un contable y un arquitecto. Con vidas estables. Por lo que sabemos, con buenos trabajos y mejores sueldos. Ninguno de ellos tenía una razón convincente para cometer suicidio. Pero lo hicieron.

—La gente se suicida todos los días —dijo Penhallow—. ¿Por qué estos tres tipos son tan especiales?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —anunció Talbot.

—¿Han resultado de alguna ayuda las esposas o las novias? —preguntó el oficial Stephen Longley, sacudiéndose la manga de su chaqueta negra.

Talbot negó con la cabeza.

—Todas declararon lo mismo: ninguna apreció cambios en el comportamiento de los hombres. Por otro lado, no creen que ellos estuviesen bajo algún tipo de presión. Por lo que a ellas respecta, no existe una razón lógica que explique los suicidios.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Rafferty.

—Jefe, si no es inconveniente que haga la pregunta —dijo Penhallow, levantando una mano—, ¿por qué estamos investigando tres suicidios si ya sabemos que lo fueron? Quiero decir, no hay sospechas de acción criminal en ninguno de los casos, ¿no es cierto?

Miró hacia Barclay.

El forense negó con la cabeza.

—Aquí hay algo que no cuadra —dijo Talbot—. Quiero averiguar si los tres casos estaban relacionados, quiero saber si se conocían entre ellos.

—Parriam conocía a Hyde —aportó Rafferty—. Ya te dije lo de la anotación en su agenda.

—Y yo ya te dije a ti que una anotación no implicaba que fueran amigos —recordó el inspector—. Pero, estoy de acuerdo contigo en que es una buena coincidencia, Bill. También es una coincidencia que los tres fueran buenos profesionales. Hombres que podrían moverse en el mismo círculo. Hay que descubrir si es así.

—¿Qué probará eso, Jim? —preguntó Penhallow.

—Quizá deje atados los cabos sueltos —dijo Talbot.

—¿Qué cabos sueltos? —preguntó Longley—. Se mataron, nadie sabe por qué. Lo lamento y todo eso, pero ya está. ¿Qué hay que investigar?

—Solo hay que comprobar ese detalle cuando tengáis un hueco, no estoy pidiendo una investigación a gran escala. Permíteme ese capricho, Steve —dijo Talbot—. Tengo curiosidad.

Se volvió y miró las fotos de los muertos.

—¿En qué estabais pensando? —murmuró, pasando la mirada por encima de los tres rostros. Al momento, el inspector se giró de nuevo hacia sus hombres—. De acuerdo, muchachos, eso es todo por ahora. Quiero un informe dentro de tres días.

—Phil, ¿tienes un minuto? —preguntó Talbot al forense.

Los otros se levantaron y se dirigieron a la puerta.

Barclay vaciló un instante y cerró la puerta cuando el último de los agentes salió de la sala.

—Has dicho que las autopsias no revelaron restos de drogas, ¿cierto? —dijo Talbot.

Barclay asintió.

—¿Podrías haber pasado algo por alto? —ponderó el inspector.

—Si estás cuestionando mis capacidades…

El inspector alzó una mano.

—No estoy cuestionando nada, Phil. Solo me pregunto si podría existir algún tipo de droga que pudiera ser absorbida por el torrente sanguíneo lo bastante rápido como para que no saliera reflejado en los informes.

—¿Una droga ingerida voluntariamente?

Talbot no respondió.

—¿Crees que alguien podría haberles empujado a suicidarse? —preguntó Barclay.

—Sí, es una locura, lo sé. Creo que es agarrarse a un clavo ardiendo.

El forense se apoyó en el respaldo de su silla y miró a Talbot.

—Si descartamos las drogas, ¿podría tratarse de algún medicamento? ¿Hipnotismo o algo parecido? —insistió Talbot.

—Lo dudo, Jim, y si así fuera, si alguien los hubiese forzado a suicidarse, tendrías que descubrir el porqué. ¿Qué razón podría haber para querer que esos tres hombres murieran?

El inspector asintió despacio.

—Tienes razón —dijo, echándole un vistazo a las fotos en blanco y negro—. Y si descubrimos el porqué, tendríamos que averiguar el quién. Pero supongamos que fuera posible. Supongamos que alguien quería a esos hombres muertos. —Señaló las fotografías—. Sería perfecto. Sin sospechas, sin armas. Sin pistas.

—Pensaba que tenías que tomarte las cosas con más escepticismo.

Talbot sonrió.

—Como te he dicho, Phil, solo me estoy agarrando a un clavo ardiendo.

Su sonrisa se disipó poco a poco.

Y continuó mirando las fotos.

Treinta y tres

Terence Nicholls se pasó una mano por el cabello, corto y gris, y estudió la siguiente fotografía.

Las contemplaba con cuidado, analizando cada detalle de las imágenes, como si fuera un maldito experto en arte.

De vez en cuando se recostaba en la silla, intrigado por alguna imagen en particular. Al hacerlo, tenía que esforzarse para estirar los músculos fofos de su estómago. Los botones de la camisa le apretaban la barriga, incomodándole. Aquella parte de su cuerpo era la única con exceso de grasa. El resto era delgado. Su rostro escuálido, contrastaba con los reflejos grises de su cabello, lo que le hacía aparentar más de los treinta y nueve años que contaba. Las uñas, a pesar de tenerlas muy cuidadas, ahora estaban sucias de tinta y restos de papel de periódico, al igual que las yemas de sus dedos, los cuales se limpiaba a menudo en el pañuelo que le sobresalía del bolsillo del pantalón.

El orden del escritorio era raro para tratarse de uno de los editores del periódico. No había hojas de papel desparramadas por la superficie de madera. Ni clips ni bolígrafos. Todo eso estaba en su sitio. Lo único fuera de lugar en mitad de tanta pulcritud era una taza de café, tan sucia que incluso el detergente más fuerte del mundo sería incapaz de devolverle el color original a la porcelana. De hecho, hacía unas semanas que había renunciado a lavarla. Las manchas ya formaban parte del eslogan de la taza: LA MIERDA EXISTE Y TÚ ERES UNA PRUEBA DE ELLO.

A su espalda, estanterías atestadas con cientos de libros, parecían a punto de venirse abajo de un momento a otro. En el filo de una de las repisas había una hoja pegada con resina. En el dibujo, hecho con ceras, la palabra PAPÁ se leía garabateada debajo de una figura multicolor. Era un regalo de su hijo de tres años.

—Jesús —dijo Nicholls empujando la pila de fotos sobre el escritorio hacia Catherine Reed—. ¿Tú las has tomado todas?

Cath asintió.

—Esto viene ocurriendo los tres últimos meses, Terry —dijo ella —. Ataúdes desenterrados, lápidas destrozadas, tumbas pintadas.

—¿Lo sabe la policía? —preguntó él.

—Dicen que solo es vandalismo.

—Puede que lo sea, pero esto es algo distinto a romper ventanillas de coches o escribir «cojones» en la puerta delas casas, ¿no crees? ¿Qué opina el sacerdote?

—También supone que se trata de algunos vándalos, pero está bastante disgustado.

—¿Has hablado con las familias de las tumbas profanadas?

—Todavía no.

—¿Y todas son de niños?

Cath asintió.

—Aquí hay una historia, Terry. Algo grande, a mi parecer.

—¿Cuál es tu enfoque?

—Los vándalos de hoy en día. Qué clase de gente haría algo así. —Señaló una de las fotografías—. Si puede ir a peor, el motivo que podrían tener, esa clase de cosas.

Él asintió y volvió a coger unas cuantas fotos.

—Recuerdo que una mierda parecida a esta ocurrió en el cementerio Highgate hace unos años. Las tumbas fueron profanadas. De algunos ataúdes incluso sacaron los cuerpos. Había un tipo que afirmaba que un vampiro andaba suelto. —Nicholls rió entre dientes—. Yo era editor asistente en el Highgate Herald por aquella época. Llevamos el tema en primera plana durante una semana. Unas cuantas personas reconocieron haber visto a ese vampiro.

Revisó de nuevo las imágenes.

—¿Has pensado en la brujería? —preguntó en voz baja, con la mirada clavada en la fotografía de la estrella de cinco puntas pintada en la pared de la cripta.

—¿Brujería? —repitió Cath, asombrada.

—Tumbas desenterradas, estrellas de cinco puntas, el padrenuestro escrito al revés. Es algo que habría que investigar —añadió—. Por lo general, a los lectores les gusta este tipo de cosas. Averigua si también han sacrificado animales. Consulta con la policía local si alguien ha denunciado la pérdida de un perro o de un gato… Podrían haberlos usado en alguna clase de ritual.

—¿Hablas en serio? —preguntó ella con una mueca.

—Por supuesto que hablo en serio —dijo Nicholls—. Habla también con la RSPCA1.

—No creerás realmente que todo esto tiene algo que ver con la

brujería, ¿verdad, Terry?

—Un puñado de malditos drogadictos que se han comido la cabeza unos a otros, danzando con capas y organizando orgías. Por lo que a mí respecta, está lo bastante cerca de la brujería como para interesarle al lector medio.

—¿Tú crees en la brujería?

—Un carajo. Pero sí creo en un hatajo de idiotas lo bastante gilipollas como para desenterrar tumbas, romper unas cuantas lápidas y pintar símbolos en la cripta de una iglesia. No adoran al diablo, lo que quieren es un polvo rápido. Toda esta historia es un juego, Cath, pero da el pego. Y vende periódicos.

—Es probable que también deba de investigar la magia negra —dijo con una sonrisa.

—Como quieras. Enfócalo desde todos los puntos de vista posibles. Exprime esta historia. Estoy de acuerdo contigo, puede que se trate de algo grande.

—Yo hablaba de realizar una investigación seria sobre las causas y la naturaleza del vandalismo, y tú me estás hablando de brujería.

—Yo hablo de vender periódicos —dijo Nicholls, mirando algunas fotos más—. ¿Solo ha sucedido en el cementerio Croydon?

—Sí, que yo sepa.

—Confírmalo con los otros. —Esbozó una sonrisa—. Y ten cuidado, que nadie te eche un mal de ojo.

—Cogeré la escoba y un gato negro para protegerme, desde luego —bromeó Cath, levantándose de la silla. Se detuvo al llegar a la puerta del despacho.

—Terry, ¿y si esto se convierte en algo real?

Él parecía confuso.

—Si al final está relacionado con la magia negra… —añadió ella.

—Entonces lo publicaremos en primera plana junto a la entrevista con Papá Noel y el hada de los dientes.

Cath oyó sus carcajadas mientras cerraba la puerta.

Nicholls cogió el teléfono, pues había empezado a sonar.

Treinta y cuatro

Frank Reed estaba sentado en su escritorio de cara a la puerta de la clase, desde donde podía ver el pasillo.

Vislumbraba las cabezas de docenas de niños pasando a toda prisa, algunos de ellos saltándose la prohibición de correr por los pasillos. En ese momento sonó la campana que marcaba el fin de las clases. Los chicos ya podían marcharse a casa y eso era exactamente lo que estaban haciendo, con soltura y regocijo.

Reed se levantó para limpiar la pizarra y luego dejó el borrador en la repisa de debajo, sacudiéndose el polvo de tiza de las manos. Se masajeó la parte posterior del cuello con los dedos al notar un dolor sordo en aquella zona.

Recogió los libros de texto y los introdujo en el maltrecho maletín de cuero que siempre llevaba con él.

Ellen se lo había regalado por su primer aniversario de bodas.

Ellen.

Miró el maletín y apretó los dientes.

Zorra.

Tras salir del aula, cerró la puerta y giró el picaporte para asegurarse de que no se la dejaba abierta.

Dos chicos pasaron corriendo por el pasillo.

—No corráis —gritó Reed, sonriendo al ver que los chicos se frenaban y continuaban a un ritmo más pausado. Desaparecieron por la puerta del extremo del pasillo.

A punto de darse la vuelta, se fijó en la figura que venía en su dirección.

Como siempre, iba vestida con un chándal gris, con su largo cabello rubio recogido en una cola de caballo. Parecía rebotar sobre sus zapatillas impolutas, y Reed le sonrió cuando cruzaron las miradas.

Judith Nelson era seis años menor que Reed, y ocupaba el cargo de directora del departamento de educación física en el St. Michael desde los últimos cinco años. Vivía sola, después de divorciarse, y había comenzado a trabajar en la escuela unos quince días después que Reed.

—¿Cómo lo haces para tener siempre un aspecto tan saludable? —preguntó él con una sonrisa—. Para el resto de mortales es muy deprimente.

—Aire fresco y ejercicio —dijo Judith, devolviéndole la sonrisa —. Te vendría bien un poco, Frank.

Ambos se dirigieron a la sala de profesores.

—No me vendría nada mal, desde luego —dijo con desgana.

—¿Problemas en casa? —conjeturó ella.

—No quiero aburrirte con el tema, Judith.

—¿Por qué no? Yo te aburrí con mis problemas cuando me separé de mi marido.

Reed no respondió.

—Vamos, Frank —insistió.

—Tú no tienes niños, ¿no?

—No, pero la separación no fue nada fácil.

—Siempre es más complicado cuando hay niños de por medio, Judith.

—¿Ese es el problema, entonces?

—Ellen no me deja ver a mi hija.

—No puede prohibírtelo, ¿no?

—Legalmente no. Puedo trasladar el tema a los juzgados, luchar por la custodia y toda esa mierda. Pero no quiero hacerlo a menos que me vea obligado. Sobre todo por Becky. No quiero que nos vea peleándonos por ella. El problema es que creo que al final terminaremos de ese modo. No voy a dejarla marchar sin pelear.

—¿Te ha dicho porqué no te deja verla?

—Mira, Judith, no te ofendas, pero olvídalo, ¿de acuerdo? Agradezco tu preocupación pero… —No terminó la frase.

—Solo trataba de ayudarte.

Pasaron a otro pasillo y Judith se asomó a una de las aulas vacías.

—¡Otra vez no! —murmuró, prestándole atención a algo del interior.

Reed siguió su mirada y vio una figura sentada en la última fila.

Entró con ella en la clase.

La chica, de once años, estaba sentada con la mochila sobre el escritorio. Muy pálida, con el rostro escuálido y el cabello un poco desaliñado. Los puños de su chaqueta de punto azul marino necesitaban un buen zurcido y además le faltaba un botón. Los calcetines blancos necesitaban un lavado con urgencia, al igual que

su falda gris.

Cuando la chica vio a los dos profesores se irguió, como si tratara de mimetizarse con los ladrillos amarillos de la pared que tenía detrás.

—¿No has oído la campana, Annette? —preguntó Judith—. Es hora de irse a casa.

La chica bajó la cabeza, evitando cruzar la mirada con los profesores.

—Todos tus compañeros se han marchado ya —añadió Judith.

—Lo siento —dijo la chica con una voz casi inaudible.

—Vamos, vete a casa —le pidió Judith en voz baja, alargando el brazo para tocarle el hombro.

Ella le apartó la mano con brusquedad, aún con la cabeza baja.

Reed la miró con curiosidad.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Judith.

La chica asintió y se puso de pie.

Al hacerlo, Reed se fijó en el extenso moratón amarillento y azuladoque tenía en la pantorrilla.

La chica se percató de la mirada entrometida del profesor y se apresuró a tirarse del calcetín blanquecino. Luego se dirigió a la puerta.

—Cualquiera diría que no quería irse a casa —comentó Judith.

Los dos profesores se la miraron mientras la chica desaparecía por la puerta y se alejaba despacio por el pasillo.

—Es la tercera vez que pasa esta semana —dijo Judith.

—¿Cómo se llama?

—Annette Hilston.

—Me suena el nombre. Es una familia numerosa, ¿no? Cinco o seis niños.

—Creo que Annette es la más pequeña. No lo entiendo. Por lo general es una niña muy feliz… amable, agradecida, pero en las últimas semanas se ha vuelto muy retraída.

Reed frunció el ceño.

—¿Has visto el moratón que tenía en la pierna?

—También los tiene en otras partes del cuerpo. Se los he visto en el vestuario, cuando se cambiabapara la clase de gimnasia.

—¿Más moratones?

Judith asintió.

—¿Y marcas en las muñecas? —insistió Reed.

—¿Cómo lo sabes?

—A uno de mis alumnos, Paul O'Brian, le sucede lo mismo. Retraído, poco sociable, y con señales en las muñecas, como si fueran quemaduras. Él dice que no le ha pasado nada malo, pero lo conozco bien y creo que se comportaba como si tuviera miedo de algo.

—¿De qué?

Reed negó con la cabeza.

—¿De sus padres, tal vez?

—¿Crees que Annette tiene el mismo problema?

—Es posible. Hazme un favor, Judith. Échale un ojo. Si ves que vuelve a venir a clase con nuevos moratones, avísame.

—¿Crees que han sido los padres?

—Yo no he dicho eso, y esta conversación acaba aquí por el momento, ¿de acuerdo?

Judith asintió.

—Lo más probable es que haya una explicación lógica—dijo, aunque no demasiado convencido.

—¿Te refieres a las marcas y a los moratones? —preguntó Judith, dejando que las palabras colgaran en el aire.

—Por el bien de esos niños —dijo Reed—, espero que así sea.

Treinta y cinco

—Ella debería estar en un hospital —exigió Talbot con irritación.

Detrás de su escritorio, el doctor Maurice Hodges observaba cómo el policía caminaba enfadado de un lado para otro.

—Su madre se ha caído, señor Talbot, ni siquiera ha sido un desmayo —dijo el médico por fin.

—De todos modos debería estar en un hospital —insistió el inspector.

—Ellos no pueden hacer más por su madre de lo que nosotros hacemos aquí. La hemos examinado, se encuentra bien.

—Tiene cáncer, por si se le ha olvidado, doctor. Suena bastante raro cuando dice que se encuentra «bien» —espetó Talbot.

Se pasó una mano por el cabello y se sentó.

—Jesús —masculló.

—Puedo entender cómo se siente —dijo Hodges.

—¿De verdad?

Un largo silencio medió entre ellos, roto finalmente por el médico.

—Ella ya sabe lo del cáncer, señor Talbot —dijo Hodges con calma—. Cuando se cayó esta mañana, la trasladamos a St. Ann para hacerle unas radiografías preventivas. Queríamos descartar que se hubiese roto una costilla.

—Sí, ¿y qué? —exclamó Talbot desafiante—. ¿Qué tiene que ver una costilla rota con un maldito cáncer de pulmón?

—Ella pidió ver las placas y el radiólogo se las enseñó. Vio la sombra oscura del pulmón y me preguntó por ella cuando volvió.

—Y usted se lo contó.

—Pensé que era lo correcto.

—El radiólogo le enseñó las radiografías —recapituló Talbot incrédulo—. ¿Por qué coño lo hizo?

—Mire, nosotros no hemos tenido nada que ver, señor Talbot, si hubiera sabido…

El inspector se levantó de nuevo.

—Bien, señora Talbot, las buenas noticias son que no tiene

ninguna costilla rota, las malas, que se está muriendo de cáncer. ¿Fue así?

Miró furioso a Hodges.

—¿Quería contárselo usted? —preguntó el médico.

Talbot respiró hondo y negó con la cabeza.

Hodges lo observó mientras el policía se sentaba de nuevo.

—Ahora me ha pedido que la lleve a casa durante un tiempo —dijo Talbot al poco—. Le he dicho que eso es imposible.

—¿No hay ninguna posibilidad? —preguntó Hodges.

—¿Por qué cree que la traje ? No hay ni un solo día en el que no me sienta culpable por encerrarla aquí como si fuera un secreto de familia.

—Yo no diría que aquí esté encerrada, señor Talbot.

—Pues así es como yo lo siento.

—Hay personas que podrían cuidarla en casa si eso es lo que usted desea. Las enfermeras de Macmillan tienen una espléndida organización… atienden a los pacientes con cáncer en sus propias casas, con un sistema de visitas diarias.

Talbot negó con la cabeza.

—Podría considerar la posibilidad de llevarla a un hospicio cuando llegue el momento —dijo Hodges en voz baja.

—De ninguna manera —espetó Talbot—. No voy a dejarla tirada en uno de esos sitios. Ya es bastante duro haberla traído aquí.

—¿No tiene algún familiar que…?

—No —escupió Talbot—. No hay ningún otro familiar.

Ningún maldito familiar.

Se volvió a poner de pie, pero en esta ocasión se dirigió hacia la puerta del despacho de Hodges. El médico se levantó y le siguió.

—Siento mucho todo esto, señor Talbot —murmuró.

El inspector sonrió de mala gana y, cuando volvió a hablar, notó un pesar aplastante en su voz.

—Yo también lo siento, doctor —masculló.

Mantuvo un momento la mirada del médico y salió de allí.

Cath lo vio entrar en el despacho y sonrió ligeramente antes de volver la atención a la pantalla que tenía delante.

Al contrario que su editor, Cath se organizaba en el caos. Libretas, pedazos de papel, libros, incluso un trozo de pastel de queso a medio comer; todo eso parecía haber sido amontonado

encima de la mesa como si se tratara de una extraña competición para ver cuánta basura podía caber en un solo mueble. Apenas quedaba hueco para el procesador de textos. La joven bebía café de una taza de plástico mientras tecleaba, ajena al alboroto de la constante sinfonía de los teléfonos sonando, la charla de los compañeros, sus gritos y risas ocasionales.

—¿Has encontrado lo que andabas buscando?

La voz la sobresaltó y se giró en su silla para ver a Phillip Cross de pie a su lado.

El fotógrafo miraba la brillante pantalla de Cath.

—En el cementerio Croydon —continuó él—. ¿Mereció la pena el viaje?

—Ha sido increíble —dijo ella con entusiasmo—. Phil, mira esto.

Le mostró algunas de las fotos y le observó mientras él las inspeccionaba una a una con mucha atención.

—Podrías haberle dado algo más de luz al fondo de estas últimas —dijo Cross con una sonrisa.

Cath lo miró con irritación.

—No están mal para ser principiante —dijo sin dejar de sonreír.

—No te he pedido tu opinión profesional —le espetó, quitándole las fotos.

—Disculpa —dijo Cross con las manos en alto.

Ella se volvió hacia la pantalla.

—Tú viste lo que le hicieron a esas tumbas —dijo, y sus dedos empezaron a teclear con rapidez—. Es lo mismo que ocurrió hace un par de días. ¿Y las fotos que tomaste tú?

—Serán los mismos idiotas —la interrumpió él, encogiéndose de hombros—. ¿Cuál es el problema?

—¿Podrías pasarme esas fotografías, Phil?

—¿Para qué? ¿Las tuyas no te parecen lo bastante buenas? —dijo Cross entre risitas. Miró su reloj—. ¿A qué hora sales esta noche?

—¿Por qué?

—Me preguntaba si querrías que comprásemos algo de comer, fuéramos a mi casa y…

—Esta noche no, Phil —le cortó Cath.

—¿Por qué no?

—Estoy trabajando en esta historia, y además, esta noche no es un buen momento, he quedado con mi hermano.

—¿Otra vez? ¿Estás segura de que se trata de tu hermano?

—No empieces otra vez. Mañana por la noche, ¿de acuerdo?

Él la miró a los ojos.

—Quizá, tengo que comprobar mi agenda —espetó, y se alejó del escritorio.

Cath se volvió para decir algo pero entonces decidió no hacerlo. Comprobó la pantalla y luego su reloj.

Una hora más.

Se puso manos a la obra.

Treinta y seis

A Shanine Connor aún le quedaba la mayor parte de la comida. Cuando se sentó en la acera de Leicester Square, contemplando la increíble variedad de luces de neón que la rodeaban, deslizó una mano dentro de la bolsa de deporte y sacó una barrita Mars.

Al hacerlo, sus dedos rozaron el cuchillo.

Dos chicas jóvenes, no mucho mayores que ella, pasaron a su lado y le dedicaron una mirada curiosa.

A medida que se alejaban, Shanine se fijó en que una de ellas se dio la vuelta para echarle otro vistazo.

Cruzaron la calle en dirección a un club iluminado con centelleantes luces rojas y azules. Otras personas se dirigían hacia la entrada. Un letrero, con la palabra 'BUZZ', brillaba con intensidad sobre la puerta principal, forcejeando con la oscuridad de la noche. Los porteros, ataviados con trajes negros, aguardaban allí de pie, impasibles, ocultando sus ojos detrás de gafas de sol.

Shanine vio cómo las dos muchachas iban hasta allí.

Muchachas como ella.

Una llevaba un vestido negro muy corto, que se ceñía a su cuerpo delgado como una segunda piel. El cabello negro con mechas azules parecía brillar bajo el reflejo de las luces de neón.

Su compañera vestía un traje pantalón, hecho a medida de manera impecable.

Shanine se miró el roto de las mallas y se pasó una mano sucia por el pelo. Necesitaba lavarlo.

Las jóvenes habían desaparecido en el interior del club.

Muchachas como ella.

Se puso de pie y se colgó la bolsa al hombro.

Leicester Square estaba llena, aquella noche y todas las demás. Constantes flujos de gente salían y entraban de restaurantes, cafeterías o salas de cine, formando una enorme masa amebiana en la que cada rostro se volvía indistinguible del siguiente. Shanine se movía entre todos ellos, contenta por el anonimato que la multitud le ofrecía.

Masticó la barrita Mars mientras caminaba. La comida debía

durarle al menos un día más, murmuró por lo bajo.

¿Y luego qué?

Iba realmente justa de dinero.

El olor a sudor que percibía era el suyo, de eso estaba segura. Dios, qué no daría por un buen baño y una buena cama.

Quizá pudiera encontrar un hostal. Había un montón en Londres. Si fuera capaz de dar con uno…

¿Y si ellos aparecían?

Sospechaba que ya tenían que estar buscándola.

¿Cómo podían enterarse de que estaba en Londres?

Parecían controlarlo todo.

Sabían lo que estaba pensando incluso antes de que lo pensara.

Delante de ella, las luces se volvieron más intensas y la música sonaba a todo volumen. Fuerte y poderosa.

Se detuvo ante la puerta del Crystal Room, fijándose en la enorme diversidad de juegos electrónicos y en las melodías que producían, compitiendo con la música por la supremacía. Podía ver gente en el interior.

La mayor parte era joven.

También había algunas chicas, sobre todo en grupos de tres o cuatro. Unas charlaban, otras jugaban a las máquinas.

Muchachas como ella.

Shanine entró, mirando a su alrededor. La música parecía engullirla.

«With the lights out, it's less dangerous…»2

Una o dos miradas se posaron en ella.

«Here we are now, entertain us…»

No tenía ni idea de lo que estaba buscando en aquel lugar.

¿Era ayuda lo que necesitaba?

«I feel stupid and contagious…»

Junto a uno de los simuladores de carreras automovilísticas, un hombre con el pecho del tamaño de un barril y el cuello tan grueso como un tocón de roble, la observaba desde sus gafas oscuras.

«Here we are now, entertain us…»

Shanine oyó el sonido de las monedas al salir de una de las máquinas tragaperras y vio cómo el satisfecho ganador recogía su recompensa.

Dinero.

Miró al joven como un hambriento miraría a los alimentos.

El hombre alto la observaba.

Shanine recorrió sin prisas todo el Crystal Room, con la música atronándole en los oídos.

«A mulatto, an albino, a mosquito, my libido…»

Los rostros con los que se cruzaba estaban tan pálidos y demacrados como el suyo.

Perdidos. Temerosos.

Se dirigió a la salida.

Allí no podrían ayudarla.

El hombre alto seguía observándola.

La música retumbaba por todos los rincones. Una letanía ensordecedora.

«A denial. A denial. A denial…»

La joven se dejó arrastrar de nuevo hacia la noche.

Treinta y siete

No podía recordar la última vez que había llorado.

Quince años.

Veinte.

¿Más tiempo?

James Talbot estaba sentado en un sillón con un vaso de whisky en la mano, la cabeza gacha y las mejillas encendidas.

Dio un sorbo del whisky, y notó cómo el líquido le quemaba la garganta.

¿Cuántos se había tomado?

Había perdido la cuenta.

Se bebería la botella entera si tenía que hacerlo. Todo lo que quería era olvidar. Aunque hasta aquel momento, incluso había negado eso.

A la mierda.

Miró el televisorapagado. Lo único que podía ver era su propio reflejo en la pantalla, desplomado en el sillón con el vaso colgándole en la mano.

Tal y como su padre solía hacer.

Su padre.

Ese maldito, apestoso y alcohólico pedazo de mierda.

—Hijo de puta —siseó Talbot, sorbiéndose los mocos.

Desde la parte superior del televisor, la fotografía de su madre lo escudriñaba fijamente.

Él no era capaz de aguantarle la mirada, de modo que se limitó a beber lo que le quedaba en el vaso en vez de enfrentarse a sus ojos.

Acusadores. Críticos.

Será culpa tuya si muere.

Negó con la cabeza.

Tú fuiste quien la dejó allí, pudriéndose. Dijiste que lo hacías por su bien, pero mentías, ¿verdad? Era por ti. Tú no podías lidiar con ella. No querías ocuparte de ella. No querías que te molestara. Tu carrera era lo primero. La apartaste de tu vida como un pañuelo usado.

—No —gruñó Talbot. Se inclinó a un lado del sillón y cogió la

botella de Jameson; se sirvió bastante whisky y bebió un buen trago.

Ahora morirá. Por tu culpa.

Negó con la cabeza, sintiendo cómo las cálidas lágrimas le caían por las mejillas.

Las lágrimas siempre terminaban por llegar, ¿no es cierto?

¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había llorado? ¿Veinte años?

Puede que treinta y dos.

Ahí es cuando empezó, ¿verdad?

Contaba solo cuatro años cuando olió el whisky en su rostro por primera vez, cuando notó aquellas manos en su cuerpo, tocándole por todas partes, obligándole a tocar también.

Fue cuando sintió aquella agonía por primera vez.

Penetración.

Talbot dio otro trago.

Tosió. Se ahogó.

También recordaba esa sensación. La de ahogarse. Atragantarse al ser forzado a metérsela en la boca. El sabor amargo y salado a la vez; luego la sensación grasienta en la garganta; y el olor a whisky. Las manos ásperas.

Talbot se inclinó hacia delante en el sillón, apretándose las sienes con los dedos, como si temiera que la cabeza fuera a explotarle, tan llena de malos recuerdos como la tenía.

Aquellos pensamientos vívidos y dolorosos le laceraban la consciencia.

Jesús, dolía como mil demonios.

Dolía entonces y ahora.

Pero ella había tratado de hacer algo. De ayudarte. Se enfrentó a él. Peleó con tu padre hasta que la molió a palos, entonces volvió a ocuparse de ti, ensuciándote con las manos llenas de su sangre.

Tu sangre también.

¡Jesús, qué dolor!

Penetración.

Tras la primera media docena de veces dejaste de llorar.

Aprendiste a soportarlo en silencio.

Sin lágrimas. Ni una sola lágrima en treinta y dos años.

Hasta ahora.

Talbot presionó el vaso, apretándolo cada vez con más fuerza. El cuerpo le temblaba por los sollozos.

Miró la fotografía de la parte superior del televisor.

—Mamá, lo siento —susurró.

Demasiado tarde para disculparse.

Se está muriendo.

Abandonándote.

Dejándote solo con tu dolor.

Apretó el vaso más fuerte; las lágrimas le quemaban el rostro.

El cristal se hizo añicos y se cortó la palma, los trozos afilados rajaron la piel con facilidad. La sangre empezó a brotarle de las heridas, sobre todo de un corte profundo en la base del pulgar, desde donde chorreaba el líquido rojo hasta la alfombra, mezclándose con el whisky derramado.

Talbot se quedó mirando su palma, sintiendo el dolor agónico que el licor le provocaba en los cortes.

Examinó durante un rato su mano lastimada, fijándose en los trozos de cristal que le salían de la carne desgarrada.

La sangre le corría por el brazo.

A la mierda. A la mierda.

¿A quién coño le importaba?

Lanzó los restos del vaso contra la pared, vio cómo explotaban en cientos de diminutas esquirlas y se desperdigaban por el salón como si fueran metralla transparente.

Lágrimas congeladas.

—¡Hijo de puta! —rugió. Echó la cabeza hacia atrás y se dejó caer en el sillón, con la mano ensangrentada colgando inútilmente a un lado.

Dolor. Rabia. Culpabilidad. Furia. Recuerdos.

No sabía qué era lo que había provocado aquellas lágrimas, pero a medida que se vaciaba, se preguntó cuándo pararían.

Si es que paraban alguna vez.

Treinta y ocho

Cuando Cath regresó a la sala se fijó en que su hermano estaba mirando algo que sostenía en las manos.

Al sentarse en la mesa frente a él, descubrió que se trataba de un osito de peluche de color rosa.

—Lo encontré el otro día mientras ordenaba algunas cosas —dijo Reed sin dejar de mirar el osito, contemplando su propio reflejo distorsionado en los brillantes ojillos de plástico—. Creo que es el único juguete de Becky que Ellen se dejó cuando se largó.

Cath lo observó en silencio durante un momento mientras él recorría con el pulgar el suave pelaje del peluche.

—¿Aún no has recibido noticias suyas?

Él negó con la cabeza.

—Si le hacen daño a Becky, ella o ese maldito gilipollas con el que vive… —profirió con voz ronca, mirando el juguete—. Si alguno de ellos le hace daño a Becky, me los cargaré, lo juro por Dios, me los…

Cath frunció el ceño, inclinándose en su asiento.

—Frank, ¿de qué estás hablando? —dijo con perplejidad—. ¿Por qué iba Ellen a hacerle daño a Becky? Ella la quiere tanto como tú.

—Entonces, ¿por qué demonios la aparta de mí? —gruñó Reed.

—Pero… que se la haya llevado no significa que vaya a hacerle daño, Frank. ¿Qué te hace pensar eso?

Él dejó el osito en el sofá y se llevó las manos a la cara.

—Mierda, Cath, lo siento —murmuró—. Hay dos alumnos en la escuela… Estoy preocupado por ellos. Sobre todo por el chico. Creo que podrían haberle… —Reed se esforzaba por encontrar las palabras adecuadas— …pegado, o maltratado de alguna manera. Eso me ha hecho pensar en Becky.

—¿Crees que han sido los padres?

—Al parecer alguien les ha dado una buena tunda.

—¿Podrían haber sido los otros chicos?

—Lo dudo. Yo diría que han sido los padres.

—Si eso es cierto, Frank, no tiene nada que ver contigo, ¿verdad?

—Si a uno de mis chicos le han dado una paliza, claro que tiene que ver conmigo.

—Vamos, Frank, eso es un poco fuerte, ¿no crees?

—Tú no le has visto. Tenía moratones del tamaño de un puño, y marcas en las muñecas. Como ronchas.

—Es posible que a uno de sus padres se le fuera un poco la mano. Papá solía zurrarnos cuando éramos pequeños.

—Una palmada en el trasero de vez en cuando es distinto a dejar moratones, Cath. Y ese chico no es el único. También hay una chica, la he visto hoy. Los mismos moratones, las mismas marcas.

—Vale, dos parejas de padres han decidido emplear mano dura con sus hijos. Eso no significa que Ellen vaya a empezar a pegar a Becky, ¿no crees?

Reed la miró con impaciencia.

—Ellen no, pero ¿y Ward? No sé nada de ese cabrón —espetó Reed.

—Frank, ¿por qué iba a hacerlo?

Reed se puso de pie y cruzó la sala hasta un pequeño mueble bar. Sacó una botella de Courvoisier y dos copas, aunque llenó mucho más la suya.

Regresó a la mesa y ofreció a Cath la otra copa.

—Ya sabes que lo mejor es que seas cuidadoso, Frank —advirtió ella—. No puedes gritar por todas partes que ha habido un abuso. Esa es una palabra muy peligrosa. Los padres de esos niños podrían demandarte si no logras probarlo. ¿Cómo te sentirías tú si alguien te acusara de hacerle daño a Becky? ¿Cómo se llaman esos niños, por cierto?

—Annette Hilston y Paul O'Brian, ambos tienen once años.

—¿O'Brian? —preguntó Cath, arqueando una ceja.

¿Por qué le sonaba tanto?

—La hermana de Paul murió hace pocas semanas. Solo era un bebé y…

Cath se había puesto de pie y cruzaba el salón en pos de su maletín.

Reed la observó mientras lo abría y rebuscaba en el interior.

—¿Dónde la enterraron? —preguntó.

Reed parecía sorprendido.

—¿Cómo voy a saberlo? —exclamó con incredulidad.

Cath se sentó a su lado, con un puñado de fotografías en las manos.

—¿Podría haber sido en el cementerio Croydon? —preguntó.

—Es posible, la familia se mudó de aquel barrio después de la muerte del bebé. ¿Por qué lo dices…?

Ella le enseñó una foto.

Mostraba una lápida quebrada.

El nombre decía Carla O'Brian.

—Por Dios —murmuró Reed—. ¿La hiciste en el cementerio Croydon?

Ella asintió y le entregó las demás fotos.

Reed las pasó despacio una a una, con la frente arrugada y una expresión de disgusto en el rostro.

—La probabilidad de una coincidencia es de una entre un millón —dijo—. El mismo nombre, la misma edad, el mismo cementerio.

—Por eso pensaba que el chico estaba tan retraído al principio, ya sabía que su hermana había muerto… —Dejó la frase en suspenso—. ¿Quién demonios ha hecho esto?

—Nadie lo sabe todavía. Eso es lo que estoy intentando averiguar. Quién y por qué.

Reed se detuvo en una fotografía que mostraba una lápida derribada con una estrella de cinco puntas garabateada, fijándose en el nombre y la edad del ocupante de la tumba.

—Otro niño —susurró.

—Todas las tumbas pertenecen a niños, al menos todas las que han sido profanadas —explicó Cath.

—Oh, Dios —siseó Reed, mirando la foto de un ataúd que habían sacado de su lugar de descanso. La tapa se había resquebrajado y la madera mostraba numerosas grietas.

Pasó a las instantáneas tomadas en la cripta de la iglesia.

Cath lo observó mientras las estudiaba.

—¿Cuánto sabes de brujería, Frank?

Reed la miró atónito.

—¿Hablas en serio?

—Mi editor me ha pedido que lo enfoque desde el punto de vista de la magia negra. Solo me preguntaba si sabías algo al respecto.

—¿Me preguntas por mi opinión personal o en calidad de profesor de historia?

—Ambas cosas.

—Como profesor de historia puedo hablarte de la Inquisición, de los juicios a las brujas de Salem, de Matthew Hopkins, el cazador de brujas, y hasta del interés de Hitler por lo oculto. ¿Es suficiente

para empezar?

—¿Y tu opinión personal?

—Pienso que no son más que chorradas.

—¿No crees en ello?

—Quienquiera que haya hecho esto —señaló las fotos con un gesto—, es un cabrón enfermo, pero dudo mucho que se trate de brujería.

—¿Crees que la familia O'Brian querría hablar conmigo acerca de lo sucedido en la tumba de su hija?

—¿Me preguntas como hermana o como periodista sensacionalista detrás de un escándalo? —preguntó con sorna.

—Yo prefiero llamarlo periodismo de investigación —replicó ella, fingiendo indignación—. ¿Hablarían conmigo, Frank? Tú podrías ponerme en contacto con ellos. Dame una dirección.

Reed miró de nuevo las fotos.

—Si hablara con ellos, también podría averiguar si estás en lo cierto en cuanto a que los padres han pegado a su hijo —insistió Cath.

Él la miró.

—Disculpen, señor y señora O'Brian, ¿cómo se sienten al saber que la tumba de su bebé ha sido profanada? Y, por cierto, ¿han maltratado a su otro hijo últimamente? —recitó con ironía.

Ella sostuvo su mirada.

—La dirección, Frank —murmuró—. Eso es todo.

Él bajó la vista hacia la primera fotografía.

Una lápida destrozada y embadurnada de excrementos.

Nauseabundo.

Cuando levantó los ojos, ella todavía estaba mirándole.

Esperando.

Treinta y nueve

James Talbot echó dos analgésicos en un vaso de agua y vio cómo empezaban a disolverse, transformando el líquido en opaco y efervescente. Observó con fascinación cómo las diminutas burbujas subían desde el fondo del vaso hacia la superficie del agua.

Al otro lado de la mesa, William Rafferty miraba a su superior, fijándose en lo pálido que estaba.

Los otros dos hombres de la sala parecían no haberse dado cuenta.

El oficial Stephen Longley, más pendiente de la temperatura de la habitación, se removía inquieto en su asiento y, de tanto en cuando, se tiraba del cuello de la camisa mientras trataba de soportar el calor que reinaba allí dentro.

Su compañero, el agente Colin Penhallow, sostenía distraído un encendedor entre el pulgar y el índice, dando golpecitos con él en la carpeta que tenía delante.

Talbot empleó el extremo de su pluma para remover los analgésicos, lo lamió para secarlo y dio un buen sorbo del líquido blanco.

—¿Una mala noche? —preguntó Rafferty.

—Podría decirse así —mascculló Talbot, levantándose de la silla y dirigiéndose a la ventana más cercana para abrirla. El ruido del tráfico era intenso. El tufo a humo de motor se olía desde allí, a pesar de estar en una tercera planta. Volvió a cerrar la ventana.

—De acuerdo, compañeros, ¿qué tenéis? —dijo, girándose hacia sus colegas.

—Un poquito más de lo que teníamos hace unos días —admitió Penhallow—. Pero no mucho.

Se encendió un cigarro, y la nostalgia embargó a Talbot, quien volvió a beber de su vaso.

—Deslúmbrame —dijo el inspector sin emoción.

—Casi todo es para el historial, jefe —dijo Penhallow—. Educación, trabajo, vida familiar. Ese tipo de mierda.

—¿Algo que los conecte entre ellos? —quiso saber Talbot.

—Eso es lo interesante —siguió Penhallow.

Talbot apuró lo que le quedaba en el vaso, hizo una mueca y se sentó, con la mirada puesta en su colega.

—No me digas que todos fueron al mismo colegio —dijo con una fina sonrisa.

—Los tres son masones —bromeó Longley.

—Yo que tú no diría eso demasiado alto por aquí —le reprendió Talbot, y los cuatro rieron a carcajadas.

—Todos trabajaban en el mismo proyecto de construcción —anunció Penhallow, dándole una calada al cigarrillo—. Hay unos viejos almacenes cerca del muelle de West India, a lo largo de Limehouse Reach que llevaban cinco o seis años vacíos. Alguien compró los almacenes y el terreno. Se va a realizar una nueva obra. Apartamentos, viviendas de esa clase.

—Más guaridas para yuppies—añadió Rafferty.

—¿Sabemos quién ha comprado el terreno? —preguntó Talbot.

—Lo creas o no, se trata de una empresa de auditoría —informó Penhallow.

—Morgan & Simons —completó Rafferty—. La firma para la que trabajaba Peter Hyde.

—Parte del trabajo de Hyde consistía en presupuestar el proyecto —dijo Penhallow.

—¿Y las casas de al lado? —preguntó Talbot—. ¿Ha habido alguna queja en contra del proyecto por parte de los vecinos de la zona?

—Ninguna de la que hayamos podido enterarnos —replicó Rafferty.

—Bien, ¿de qué manera están conectados Parriam y Jeffrey? —inquirió Talbot.

—Jeffrey era topógrafo, ¿no es cierto? Adivina en qué estaba trabajando cuando se mató —dijo Rafferty.

—Parriam ya había diseñado dos bloques de oficinas y quince tipos de apartamentos que iban a ser construidos en el terreno una vez que los almacenes fueran derribados —añadió Penhallow.

—Aquí tienes tu conexión, jefe —zanjó Longley.

—Eso no explica por qué los tres se mataron —dijo Talbot—. Si hubieran sido asesinados, entonces os pediría que averiguaseis quién no quería que esos almacenes fuesen derribados, que descubrieseis quién tenía un motivo para querer verlos muertos, pero eso no tiene ningún sentido, ¿no es verdad?

Los policías se quedaron en silencio durante un momento, roto

finalmente por Talbot.

—Ninguno de los tres tenía relaciones con los malos, ¿verdad? ¿Ninguno habría aceptado por casualidad un soborno de alguien relacionado con los terrenos o de alguien que quisiera sacar tajada una vez se construyeran los apartamentos?

—¿Un soborno? —cacareó Longley—. Se dedicaban a la construcción. ¿A cuántos constructores honrados conoces?

Los otros hombres rieron.

—Ya sabes a qué me refiero —añadió el inspector, sonriendo.

—No hay la más mínima sospecha con ninguno de los tres —dijo Rafferty a su superior—. Si hubiesen olido un poquito mejor, podrías haberlos encontrado en el escaparate de una maldita perfumería.

Talbot se frotó el mentón pensativo.

—¿Quién se beneficiaría de la muerte de estos tres hombres? —preguntó.

—Nadie que conozcamos —respondió Longley.

—¿Y la única conexión entre las víctimas era este proyecto de construcción? —planteó el inspector—. Parece que estamos jodidos.

—Hay una cosa más —dijo Rafferty—. Y es muy rara.

Talbot se volvió hacia su colega.

—En las dos semanas previas a sus muertes, los tres denunciaron haber sufrido un robo —dijo Rafferty—. Entraron en sus casas, en sus despachos o en sus coches, pero ,y esto es lo raro, no se llevaron nada de valor. En ningún caso hubo daños materiales ni destrozos. Quienquiera que fuese el autor, sabía exactamente lo que estaba buscando. No se llevaron ni televisores, ni vídeos, ni dinero, ni cintas, ni discos. Nada.

Talbot enarcó una ceja.

—Quien se tomara la molestia de entrar en casa de Hyde, Parriam y Jeffrey, podía haberlas desvalijado por completo —continuó Rafferty—. Pero, en los tres casos, lo único que robaron fue una fotografía de cada víctima.

Cuarenta

El timbre del teléfono lo sobresaltó.

Frank Reed oyó el sonido agudo y sacudió la cabeza, como si así pudiera deshacerse del sopor.

Tendido con las piernas en alto, había dormitado en el sofá durante un rato, sin lograr concentrarse en el programa sintonizado en el televisor, cuya pantalla seguía brillando delante de él.

Se puso de pie de un salto y se acercó a la mesita donde estaba el teléfono, al lado de una pila de cuadernos de ejercicios, los cuales sabía que tenía que terminar de corregir.

Más tarde.

Descolgó el teléfono, pasándose una mano por la cara como si ese simple gesto pudiera hacerle recuperar la lucidez.

—Hola —croó, aclarándose la garganta.

—Frank.

Reconoció la voz de inmediato.

—Frank. Soy Ellen.

Se acercó el teléfono al oído un poco más, apretando el auricular con fuerza.

—Ellen —dijo por fin—. Qué placer.

—No te molesto, ¿verdad?

Reed se sentó en la mesita.

—Bueno, si mi propia esposa no puede molestarme, ¿quién puede? —dijo con ironía—. Supongo que debería agradecerte que hayas encontrado un momento para mí.

—Si te vas a hacer el listillo, cuelgo ahora mismo.

—¿Y privarme de tu atención? No, por favor, no cuelgues.

—¿Cómo lo llevas?

—Lo llevo como era de esperar, pero déjate de cháchara, por favor, Ellen, es humillante. ¿Qué quieres?

—He pensado en lo que dijiste. Tienes razón, tenemos que hablar.

Él tragó saliva.

—¿Sobre nosotros?—Sobre Becky. Tienes razón, ella es tu hija, tienes derecho a verla. He hablado con Jonathan sobre el tema y…

—Y como a Jonathan le parece bien, a ti también, ¿no? Es mi hija, Ellen, no la suya. No quiero que él tome ninguna decisión que tenga que ver con ella.

—No me digas lo que tengo que hacer. Él es ahora su padre.

—Él no es su padre y nunca lo será —espetó Reed enfadado—. Que tú me hayas dejado por ese hijo de puta no implica que pueda usurpar mi rol como padre.

—Becky lo aprecia mucho.

Reed sintió un ramalazo de dolor casi físico.

—Supongo que te habrás encargado de decirle lo maravilloso que es, lo bien que se porta contigo. ¿Le has contado ya lo espléndido que es en la cama?

—Mira, Frank, te he llamado porque quiero hacer lo correcto…

Él la interrumpió, tratando de no gritar.

—Entonces deja a Ward y vuelve a casa —dijo con rabia, estrujando el auricular con tanta fuerza que parecía estar a punto de romperlo.

—Mi casa es ahora la de Jonathan, y también es la de Becky —dijo desafiante.

Maldita zorra.

Hubo un largo silencio. Reed lo rompió.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Tú quieres ver a Becky, pasar algún tiempo con ella. Está bien. ¿Qué tal este fin de semana?

Tragó saliva, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

—Jonathan y yo vamos a estar fuera un par de días y he pensado que…

Él la cortó.

—Necesitáis un canguro, ¿no es eso? —exclamó—. Quieres que haga de canguro con mi propia hija mientras tú y tu amante vais a follar a alguna parte, ¿cierto?

—¿Quieres verla o no, Frank?

—Ya sabes que quiero verla.

—¿Te quedarás con ella este fin de semana?

—¿Y eso es todo? Un fin de semana, solo porque es conveniente para vosotros. ¿Y después, Ellen? ¿Qué pasará el próximo fin de semana? ¿Te parecerá bien? ¿O Jonathan ya tiene otros planes para Becky?

—Si te quedas con ella este fin de semana, pensaremos cómo hacerlo para que la veas con más regularidad.

—Y no solo cuando a ti te venga bien —espetó.

—¿Te quedarás con ella este fin de semana?

—Por supuesto que sí.

—La llevaré el sábado por la mañana.

—¿Sabrás cómo llegar hasta aquí? —preguntó con sarcasmo.

—Déjalo estar, Frank.

—Espero que no aparezcas con tu amante cuando vengas a dejar a Becky.

—Jonathan estará ocupado por la mañana.

—Apuesto a que sí.

—Estaré allí a eso de las diez.

—Estaré esperando.

—Pensaba que tendrías la decencia de agradecérmelo —dijo Ellen.

Eso era lo que a Reed le quedaba por escuchar para evitar colgar de golpe.

—Sábado por la mañana, diez en punto —dijo con los dientes apretados, luego dejó el auricular en la horquilla y se quedó mirando el teléfono.

No sabía si dar un salto de alegría o propinarle un puñetazo a la pared.

Cuarenta y uno

Le dolía mucho el estómago.

Shanine Connor sabía que no era hambre. Ese dolor ya lo conocía demasiado bien: como un runrún incómodo.

Este otro era más fuerte, más agudo.

Se sentía como si alguien le hubiera colocado una tira al rojo vivo alrededor de la barriga y la tensara cada vez más.

Gimió en voz alta y se agarró el vientre, pasándose una mano por encima, como si así pudiese calmar el dolor, aunque en realidad no le servía de nada.

El intenso malestar la había despertado, arrancándola de un sueño irregular, y ahora, hecha un ovillo en la puerta de una tienda vacía de la calle Strand, se abrazaba las rodillas con los ojos cerrados.

Quizá si se pusiera de pie…

Se obligó a levantarse y el dolor se intensificó por un momento, hasta tal punto que pensó que iba a desmayarse.

Pasó un coche, que se detuvo en un semáforo un poco más adelante. El conductor le dedicó una breve mirada.

Eran poco más de las dos de la madrugada; apenas circulaban vehículos. El continuo flujo de tráfico se había reducido a eso de la una y ahora era prácticamente un goteo. Trasnochadores y turistas que se marchaban a la cama.

Dios, cuánto daría por una buena cama. Por una noche de profundo descanso.

Shanine avanzó un par de metros, sujetándose el vientre con una mano, observada aún por el solitario conductor que esperaba en el semáforo. Ella era un buen entretenimiento mientras la luz se volvía a poner en verde, lo que sucedió enseguida. Arrancó sin mirarla por segunda vez, dejándola allí con su dolor.

Anduvo unos cuantos pasos más, y se topó con una forma acurrucada en el siguiente portal, aunque no podía distinguir si se trataba de una persona o no. Parecía que hubiesen tirado un montón de ropa sucia en la entrada de la tienda.

La forma se movió un poco, y Shanine oyó un ronquido gutural.

Se quedó quieta durante un instante.

¿Debía pedir ayuda? ¿Debía levantar aquel montón desordenado y ver lo que había debajo?

Decidió no hacerlo; dio algunos pasos para alejarse de allí, notando aún aquel dolor.

Shanine trató de calmarse. El pánico empezó a embargarla a medida que veía que los ramalazos de dolor no disminuían. Se aguantó el estómago con ambas manos, se dio media vuelta y echó a caminar de nuevo hacia su refugio.

Se sintió mareada, pensando de nuevo que iba a desmayarse, pero al final logró mantenerse consciente . Extendió un brazo para apoyarse en la pared, hablándose en voz baja mientras se recomponía.

Se le pasó un poco el dolor, y tragó saliva, sin atreverse a pensar que cesaría por completo, pero a medida que se tambaleaba hacia la entrada de la tienda donde se guarecía, se percató de que la ferocidad de los ramalazos disminuía.

Respiró hondo, aspirando aire viciado y sucio. Se frotó el vientre y se sentó, acercándose la bolsa de deporte, como si se tratara de un amigo que no veía desde hacía mucho tiempo. El único amigo que le quedaba.

Cuando el dolor hubo pasado del todo, se echó hacia atrás y cerró los ojos.

Se metió una mano por debajo de las mallas y se apartó las bragas. El corazón empezó a latirle más fuerte cuando sintió la zona húmeda. Sacó la mano, se miró la palma temiendo ver una mancha oscura, aunque lo único que vio fue el rastro de su sudor.

No había sangre.

El dolor no era lo que la asustaba.

Se acarició el vientre con cuidado.

No hay sangre.

Sonrió.

Por lo poco que sabía, el bebé aún estaba a salvo.

Cuarenta y dos

No dormía porque con el sueño venían las pesadillas.

Esas pesadillas.

Talbot estaba de pie en la cocina, esperando a que hirviera el agua para verterla en la taza que había preparado con café.

En silencio, observaba cómo la llama del hornillo danzaba debajo de la tetera, lamiendo el metal con distintas lenguas azules.

Entonces, ¿qué pretendes hacer? ¿Quedarte despierto toda la noche?

¿Todas las noches?

Sabía que no podía escapar.

¿Cómo vas a huir de algo que está en tu cabeza?

Talbot sabía que no podía escapar, cierto, pero al menos podía esconderse durante un tiempo. Bebiendo. Retrasando la llegada de las pesadillas.

El inspector se volvió y entró en el salón, miró las tres carpetas que descansaban dispersas sobre el sofá y la mesita del centro.

Había una fotografía en cada una de las tapas.

Peter Hyde.

Neil Parriam.

Craig Jeffrey.

Todos muertos.

Cabrones con suerte.

¿De qué habían querido escapar?, caviló Talbot. ¿Por qué habían optado por la vía rápida cuando él seguía sobreviviendo, soportando tanto dolor?

Ellos fueron más valientes que tú.

Regresó a la cocina tras oír silbar la tetera. Talbot la apartó de la llama pero no apagó el hornillo, se quedó mirando el fuego como si fuera una polilla atraída por una luz brillante.

Ellos escaparon. ¿Por qué tú no puedes?

Contempló la llama hasta que le dolieron los ojos. Luego, despacio, pasó la mano por encima.

Los vellos del dorso se chamuscaron de inmediato y no tardó en sentir una puñalada de dolor, pero mantuvo la mano allí un instante

más, con los dientes apretados.

¿Tienes las suficientes agallas?

Pudo percibir el olor de la carne cuando empezó a quemarse la palma de la mano.

Entonces la apartó. Su respiración era entrecortada.

Talbot levantó la mano enrojecida, inspeccionó los daños y descubrió las ampollas que ya empezaban a formarse.

Durante unos segundos interminables se miró la piel. Luego, dando un grito, propinó un puñetazo a la encimera.

—¡Joder! —gritó con todas sus fuerzas.

Se apoyó en el fregadero.

—Joder —susurró—. Joder.

La llama seguía encendida.

—Nunca se me hubiera ocurrido molestarla a esta hora de la madrugada —dijo el reverendo Colin Patterson—. Pero creía que debía ver esto.

Cath Reed se ajustó la chaqueta y se colocó junto al clérigo; sus zapatillas deportivas crujían sobre la grava del camino que comunicaba con la iglesia.

—No me ha molestado, estaba trabajando —respondió ella, aunque el sacerdote no parecía escucharla.

La iglesia se alzaba grande e imponente frente a ellos; la noche se cernía a su alrededor como un guante negro.

Mirando a los lados, Cath pudo ver las luces tenues de las casas cercanas al cementerio, pero, aparte de la linterna que llevaba Patterson, estaban sumergidos en la oscuridad.

—No sé qué fue lo que me despertó —explicó Patterson mientras se acercaban a la iglesia—. Algún ruido, tal vez. Salí a mirar y vi que habían roto las cadenas de las puertas del cementerio. Vine corriendo hasta aquí.

—¿Desde dónde?

—Tengo una pequeña casa al otro lado de la carretera —dijo—. Viene con el trabajo.

—¿Ha llamado a la policía?

—No, la he llamado a usted primero.

Patterson se detuvo en seco y alumbró la entrada principal de la iglesia.

—Oh, Dios —murmuró Cath, con el estómago revuelto.

Un gato había sido decapitado, y la cabeza yacía un poco más allá en un charco de sangre.

El cuerpo del animal estaba clavado en las pesadas puertas de roble de la iglesia, una enorme pica de metal le atravesaba cada una de las patas.

Cath se fijó en que el muñón del cuello miraba hacia el suelo, y aún goteaba sangre sobre la grava.

Patterson mantuvo firme la linterna, de modo que la periodista pudo inspeccionar cada centímetro del felino muerto.

Tenía un profundo corte desde el esternón hasta los genitales, y le colgaban los intestinos como si fueran los tentáculos hinchados de un pulpo sanguinolento.

—Mierda —murmuró, sacándose la cámara del bolsillo de la chaqueta.

Mientras Patterson sostenía la linterna, Cath comenzó a tomar fotografías.

Cuarenta y tres

Talbot presionó el timbre del apartamento 5b del número 23 de Queens Gardens, manteniendo el dedo tan apretado contra el botón que la punta de la uña se le empezó a poner blanca.

El edificio, como el resto de la calle, estaba a oscuras, salvo por la luz que alumbraba aquella zona del portal.

Talbot miró la bombilla y parpadeó.

Menuda mierda.

Se había dañado los ojos.

Oyó un chirrido y luego una voz por el interfono.—¿Quién es? —dijo la voz, un poco desconcertada.

—Abre la maldita puerta —respondió Talbot, acercando la cabeza al aparato.

Hubo un momento de silencio.

—Vamos, Gina, por el amor de Dios, abre la puerta —repitió Talbot.

—¿Talbot? —preguntó la voz al otro lado—. ¿Qué demonios estás…?

—Abre —insistió él.

Tras un fuerte zumbido seguido de un chasquido metálico, el policía empujó la puerta principal.

Durante un instante se quedó parado en mitad del amplio pasillo, mirando el resto de las puertas de los otros apartamentos, y luego se dirigió hacia las escaleras. Mientras subía, no dejó de hacer ruidos con sus pisadas.

Gina Bishop, con el cabello rubio y despeinado, apareció en el umbral del apartamento envuelta en un albornoz blanco.

Talbot sonrió, pero su gesto no fue correspondido.

Al pasar junto a ella, acarició la suave tela del albornoz con una mano.

—¿Calvin Klein? —dijo con desdén.

Ella le lanzó una mirada furiosa.

—¿De qué coño va todo esto? —escupió—. Son las dos y media de la madrugada.

Talbot se sentó en el sofá y se recostó con los ojos cerrados.

—Has estado bebiendo —dijo Gina.

—Brillante deducción.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Conduciendo. ¿Pensabas que iba a caminar todo el puto trayecto desde el norte de Londres? Ha sido una suerte que no me detuviera la policía, ¿verdad?

Soltó una carcajada.

—Estás borracho.

—Todavía no, pero, si no es molestia, me tomaría un vaso de whisky.

Gina vaciló un momento, luego cruzó el salón hasta el mueble bar. Cogió una botella de escocés y un vaso y volvió junto a Talbot, ofreciéndole las dos cosas.

—Bueno —murmuró—, será mejor que termines el trabajo.

Ella no dejó de mirarlo mientras se servía un largo trago y se lo bebía casi de una vez.

—¿No me acompañas? —preguntó, observando cómo ella se sentaba en una silla frente a él, y se cerraba el albornoz todo lo posible.

Se cruzó de brazos, cubriéndose el pecho incluso más.

—¿Un repentino ataque de modestia? —se mofó Talbot—. Seguro que no.

—Mira, Talbot, acábate la bebida, haz lo que quieras que hayas venido a hacer y lárgate, ¿de acuerdo?

—¿Sabes? A veces eres muy mala anfitriona, Gina.

Se sirvió otro trago.

—¿He interrumpido algo?

Ella negó con la cabeza.

—¿No estabas ocupada, entonces? —preguntó.

—Volví hace una hora o así.

—¿Una noche movidita?

—¿A ti qué te importa?

—Quizá esté interesado en saberlo. Quizá me apetezca saber qué has hecho. Con quién lo has hecho.

—¿Qué vas a hacer, arrestarme?

—Si quisiera hacer eso, lo habría hecho hace cinco años.

—A veces me gustaría que lo hubieras hecho. Al menos así no te tendría encima todo el tiempo.

—Qué frase más desafortunada —dijo sonriendo—. Pero recuerda, yo soy la única razón por la que no te han detenido ya. Si

no fuese por mí, no podrías seguir haciendo negocios cada noche.

—¿Se supone que debo estar agradecida? Yo sigo cumpliendo mi parte del trato, ¿ no? Tú siempre tienes lo que quieres.

El inspector volvió a servirse y echó un vistazo por la habitación, fijándose en una fotografía que había en la repisa de la chimenea. Se puso en pie y se acercó.

—¿Quiénes son? —preguntó, señalando la imagen.

—Mis padres.

—¿Siguen casados?

Gina pareció confusa.

—Sí. ¿Por qué?

Talbot hizo caso omiso de la pregunta.

—Te pareces a tu madre —comentó en voz baja, rozando la foto con la uña del dedo. Luego endureció el tono—. ¿Saben cómo te ganas la vida?

Ella resopló con incredulidad.

—Oh, claro, por supuesto que lo saben, Talbot. Lo primero que hice fue decirles que dejé el trabajo de azafata y que me hice prostituta. ¿Tú qué crees?

—Entonces, ¿a qué creen que te dedicas? Deben de haber visto este lugar. Se habrán dado cuenta de que no puedes mantener un apartamento en Bayswater con el salario de dependienta de una tienda de ropa. ¿A qué creen que te dedicas? ¿Azafata de vuelo? ¿Neurocirujana?

—Piensan que trabajo en una empresa de relaciones públicas.

Él se rió.

—Relaciones públicas. Relaciones púbicas —se burló—. Muy apropiado.

Gina se puso de pie, con el rostro ensombrecido.

—Mira, ya sé para qué has venido —espetó—. Así que acabemos con esto. Es todo lo que quieres, ¿no?

Se desató el cinturón del albornoz y lo entreabrió, dejando que la prenda se deslizara por sus hombros hasta caer al suelo. Se apartó del montón de ropa y se quedó desnuda frente a él, que la miró de arriba abajo con deseo. Se recreó en sus pechos pequeños y redondeados, bajó hasta su vientre plano y continuó hacia el pequeño triángulo de vello claro de su entrepierna.

—Bien —dijo, sentándose de nuevo, inclinándose hacia atrás, —. Vamos.

Talbot dio un paso hacia ella.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó la mujer, acariciándose un pecho con la mano derecha. Se apretó el pezón con el pulgar y utilizó la uña para ponérselo duro del todo.

Talbot la miraba impasible, con el vaso de whisky en la mano.

—¿Aún no? —le pinchó—. ¿Te ayuda esto?

Talbot vio cómo se llevaba ambas manos hasta la entrepierna ligeramente rizada, y se acariciaba el vello púbico.

Movió una pierna y la apoyó sobre el brazo de la silla, y al mismo tiempo se metió un dedo en la boca, hundiéndolo en aquel refugio cálido. Una vez húmedo, se aplicó un poco de saliva en el clítoris, masajeándolo con suavidad.

Talbot dio un paso más, mirando cómo movía el dedo.

—¿Solo quieres mirarme esta noche? —preguntó con un ronroneo.

Talbot se detuvo, recogió el albornoz y se lo lanzó.

—Póntelo —dijo, dándole la espalda.

Ella se lo puso, y se ató el cinturón de forma descuidada.

—Si no quieres esto, ¿a qué demonios has venido?

Él se sentó delante de ella, con la cabeza gacha.

—Solo quería hablar —dijo con desgana.

—¿Hablar de qué? —exclamó Gina—. ¿De cosas picantes? ¿Es eso lo que quieres esta noche? —Se agachó, gateó hasta donde estaba él y le puso una mano en el muslo, mirándole a la cara—. Te diré guarradas, cariño. Te excitaré mucho, haré que te sientas muy bien. Haré que te corras. Será genial. Mi boca en tu polla, así, suave. Voy a chuparte. A lamerte. Hasta que te corras en…

Él le agarró la mano y tiró de ella hasta que sus rostros estuvieron a escasos centímetros de distancia.

—Solo quiero hablar con alguien —espetó, dándole un pequeño empujón.

Su voz se volvió un susurro.

—Solo hablar —masculló, y cuando alzó la vista para mirarla, la prostituta se fijó en que tenía lágrimas en los ojos.

Él soltó el vaso y se puso de pie.

Fue hacia la puerta.

—Talbot, espera un momento —dijo ella.

Él ya había agarrado el pomo.

—Gracias por la bebida —dijo en voz baja, y se largó, cerrando con un portazo.

Ella oyó sus pasos por las escaleras. Desvaneciéndose.

—Jodido idiota —siseó ella.
Luego oyó la puerta del portal.
Se había ido.

Cuarenta y cuatro

El relativo silencio de la clase se rompió con un chillido de dolor amortiguado.

Le siguieron un montón de risitas.

Frank Reed levantó la vista del libro que estaba leyendo y contempló los rostros que tenía delante, o más bien la parte superior de sus cabezas. Casi todos los niños estaban encorvados sobre sus hojas de papel, escribiendo apresuradamente los últimos pasajes del libro de texto del que tenían que hacer el copiado.

Miró en la dirección del chillido y las risitas, pero no vio nada raro. Escondiendo una sonrisa, hizo una pausa momentánea para dedicarles una mirada inquisitoria antes de continuar con su lectura.

Paul O'Brian se había vuelto a sentar al fondo de la clase, con la cabeza tan pegada al escritorio que parecía que tenía la frente apoyada en la superficie de madera.

Reed lo miró unos instantes antes de devolver la atención hacia el libro.

Sonó un fuerte chasquido.

Otro gritito.

Más risas.

Reed percibió el movimiento con el rabillo del ojo.

Al final de la clase había un chico de espaldas, mirando a su compañero de atrás, quien tenía una gomilla elástica en la mano.

—De acuerdo, ya está bien —dijo el profesor, señalando a los dos culpables con un dedo—. Si queréis hacer prácticas de tiro, que no sea en mi clase —le dijo al chico de la gomilla.

—Lo siento, señor Reed —dijo el alumno, y con humildad volvió a ponerse a escribir.

Más ojos se volvieron hacia allí. Más risitas.

—Está bien —dijo Reed a toda la clase—. El espectáculo ha terminado, volved al trabajo.

Se fijó en que Paul O'Brian no le había prestado ningún interés al alboroto. De hecho, el chico ni siquiera había levantado la cabeza.

Peor aún, ni siquiera parecía estar escribiendo.

Tenía la cabeza apozada sobre el escritorio, con la mano aferrada al bolígrafo.

La frente descansaba en la superficie de madera.

A Reed le llevó un par de segundos darse cuenta de que O'Brian no se movía en absoluto.

El profesor rodeó su mesa a toda prisa y se dirigió hacia el fondo de la clase. Los demás chicos se volvieron a mirar.

A Reed solo le preocupaba O'Brian.

A medida que se iba acercando, notó la palidez de la piel del chico.

Tenía los ojos cerrados.

—Paul —dijo Reed, tocándole el hombro.

No reaccionaba.

Reed lo sacudió con más fuerza, aguantando la respiración al ver que O'Brian se deslizaba hacia un lado.

Se las arregló para cogerlo antes de que cayera de la silla, levantándolo en brazos y sosteniéndolo como si fuera un juguete sin vida.

El resto de alumnos contemplaba con atención la escena. Observaron cómo Reed sujetaba al niño, quien tenía la cara más blanca que la leche.

Los arañazos de su cuello destacaban con viveza contra la palidez de la piel.

—Gary, Mark —exclamó Reed, señalando a los dos alumnos de la primera fila—. Id a avisar a la señora Trencher, vamos. Decidle que Paul está enfermo y que voy para allá de inmediato.

Los dos niños salieron a toda velocidad. Reed escuchó sus pasos machacando el pasillo mientras él avanzaba entre las hileras de los pupitres con Paul en brazos.

—¿Está muerto? —preguntó una voz.

Reed miró el rostro de Paul O'Brian.

Y los arañazos.

—No, no lo está —replicó Reed, cerca ya de la puerta—. Vosotros seguid con el copiado hasta que yo vuelva.

Luego enfiló el pasillo. Cargaba con la frágil figura del niño con muy poca dificultad. Tan poca que descubrió que incluso podía correr.

La enfermería del colegio estaba solo a unos cien metros, pero Reed se apresuró todo lo que pudo.

O’Brian no había reaccionado aún.
Reed corrió un poco más rápido.
La velocidad le pareció de pronto muy importante.

Cuarenta y cinco

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Amy Trencher, retirando el tensiómetro del brazo de Paul O'Brian con un sonido similar al de la tela al rasgarse.

—No tengo ni idea —respondió Reed, mirando al chico que ahora estaba medio inconsciente, con los ojos entreabiertos—. Se desmayó. Desfalleció. No lo sé.

—Tiene la tensión baja —explicó la enfermera—. Será mejor que le examine el ritmo cardíaco.

Reed aguardó mientras ella desabrochaba los botones de la camisa del chico, dejando cada vez más piel a la vista.

—Jesús —susurró Reed, con la mirada clavada en el torso de Paul.

Algunas zonas aparecían surcadas por unas alarmantes marcas rojas y alargadas.

Ronchas.

Cicatrices, dedujo el profesor, por toda la barriga y cerca de los hombros.

Amy vaciló un instante, antes de presionar el estetoscopio sobre el pecho de O'Brian.

Reed se acercó para examinar más de cerca su cuerpo demacrado. Las costillas se le marcaban con claridad en la piel lechosa, como si fueran a rajarle la carne.

Paul se movió ligeramente, y se tiró de un lado de la camisa con una mano, como si le avergonzara la situación en la que se encontraba.

La enfermera lo ayudó a incorporarse, y le bajo del todo la camisa.

Por detrás tenía más señales, algunas de ellas de un rojo muy intenso.

Amy le fue colocando el estetoscopio en varios puntos de la espalda, frunciendo el ceño con preocupación.

De nuevo, Reed dio un paso hacia delante para obtener una mejor visión de las marcas del niño, y tocó una de las más oscuras, la cual le cruzaba desde el omóplato a la región lumbar.

Notó la superficie dura y gruesa de la cicatriz.

Amy le examinó las pupilas con una linterna de bolsillo, viendo cómo sus ojos se dilataban y contraían con los destellos de la luz.

—Paul —dijo en voz baja—. Vamos a tener que llevarte al hospital, ¿comprendes?

El chico reaccionó como si hubiera sido golpeado con un cable de veinticinco mil voltios.

Se puso de pie de un salto, bajándose la camisa de un tirón, ansioso por cubrirse el cuerpo, con los ojos abiertos como platos.

—No —dijo, aunque pareció más una súplica—. Por favor. Ya estoy bien.

—Quiero que un médico te eche un vistazo —añadió Amy, tratando de rodear al niño con un brazo.

Este se apartó con brusquedad, volcando un carrito de utensilios médicos al chocar contra él.

Los instrumentos se desperdigaron por el suelo.

O'Brian se dirigió hacia un rincón.

—Déjenme en paz —dijo con los ojos empañados en lágrimas.

Reed dio un paso hacia él.

—Solo queremos ayudarte, Paul —aseguró el profesor, ofreciéndole una mano.

El chico se encogió más aún.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó Reed.

O'Brian sollozaba. Con ojos desesperados, miró al profesor, a la enfermera y de nuevo al profesor.

—No llamen al médico, por favor —imploró.

—¿Por qué no? —preguntó Reed—. Te ayudará.

—No. No se lo podré contar.

—¿Contarle qué? —preguntó Reed—. ¿Contarle quién te ha hecho esto?

El chico empezó a abrocharse la camisa con una mano, dejando el otro brazo extendido frente a él para protegerse del profesor.

Reed vio que tenía contusiones en la muñeca. Más verdugones rojos.

—Quien te lo ha hecho, ¿te ha dicho que no lo expliques ? —insistió el profesor, dando un paso hacia atrás.

—No llamen al médico, por favor —repitió el niño.

Reed se sentó en la silla que tenía al lado.—¿Quién te ha dicho que no lo cuentes, Paul? —preguntó en un susurro—. ¿Qué crees que te pasará si lo haces?

O’Brian se estremecía sin control, con los ojos desorbitados, pasando del profesor a la enfermera una y otra vez.

Reed vio cómo las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Me dijeron que no lo contara —balbuceó.

—¿Quién? —insistió Reed.

—Por favor —dijo O’Brian entre sollozos.

—¿Te dijeron que te iba a pasar algo si lo contabas, Paul? —insistió Reed.

El chico se secó los ojos con la mano temblorosa.

—¿Alguien te ha amenazado?

No hubo respuesta.

—¿Los que te han hecho esto te han amenazado con hacerte daño si lo contabas? —inquirió el profesor.

Amy miró a Reed, pasmada por la escena que estaba presenciando.

—¿Han sido tus padres? —preguntó Reed, elevando la voz.

—Me dijeron que los matarían —soltó O’Brian, sin dejar de temblar.

—¿A quién? ¿A tus padres? ¿Alguien te ha amenazado con matar a tus padres si contabas lo que ha pasado? ¿Es eso? —preguntó Reed, tragando saliva.

Tranquilo. Ten paciencia.

Levantó una mano, en gesto conciliador.

—Tómate tu tiempo, Paul —dijo Reed en voz baja, aún con la mano en alto—. Solo queremos ayudarte.

Reed dio un paso hacia el niño.

O’Brian se pegó un poco más a la pared, dejando que las lágrimas le corrieran por la cara.

—Por favor, no se lo diga a nadie —le rogó, con voz entrecortada.

—No lo haré —prometió Reed—. Solo quiero que me digas quién te ha hecho esto. ¿Alguien te ha pegado?

O’Brian miró la mano levantada del profesor.

—Dijeron que matarían a mamá y a papá —repitió.

—Entonces, ¿no han sido tus padres? —preguntó Reed.

No hubo respuesta.

Ahora tenía al niño al alcance de la mano.

Un paso más.

—No lo recuerdo —dijo Paul.

Reed llegó hasta él y le cogió la mano con suavidad. La tenía

muy fría. Parecía muy frágil.

O'Brian, de pronto, se abalanzó hacia delante y rodeó la cintura de Reed con los brazos. El profesor sintió cómo el niño irrumpía en un llanto histérico y aterrado. Se inclinó hacia la pequeña figura y lo abrazó con fuerza.

—Está bien —susurró—. Ahora nadie puede hacerte daño.

—Matarán a mamá y a papá… y a mis hermanas —balbuceó O'Brian.

El niño levantó la vista y miró fijamente a Reed con los ojos muy abiertos.

—Por favor, ayúdenos —suplicó, y volvió a enterrar la cabeza en los reconfortantes brazos de Reed. Su pequeño cuerpo se sacudía de miedo.

Reed miró a Amy.

—Fetch Hardy —dijo en voz baja—. Quiero que vea esto.

Cuarenta y seis

—Menuda mierda —bufó Talbot, dejando caer una copia del Express encima de la mesa.

Rafferty levantó la vista de su propio ejemplar y miró primero a su superior, luego al periódico abierto por las páginas centrales.

Talbot le dio un sorbo a su café y se cubrió el rostro con ambas manos.

Tenía la piel cubierta de sudor, y cuando se volvió para mirar a Rafferty, lo hizo con los ojos inyectados en sangre; la esclerótica repleta de docenas de vasos sanguíneos.

Había eludido el sueño durante casi toda la noche anterior. Dos o tres horas de descanso como mucho. Se levantó a las cinco, y estuvo bajo la ducha un buen rato para reactivar la mente y el cuerpo. Ahora, cinco horas más tarde, se sentía como si alguien le hubiera molido a palos con una tabla de madera.

Abusar del whisky suele tener ese efecto.

La cafetería de Charing Cross Road estaba vacía a excepción de él y Rafferty, de modo que pudieron elegir la mesa del rincón para sentarse, desde donde Talbot observaba de vez en cuando a la gente que pasaba por la calle.

Demasiados rostros.

—Lee esta mierda —dijo el inspector de mala gana, empujándole el periódico.

Rafferty ojeó las palabras, fijándose también en las fotografías que acompañaban al texto.

Talbot bebió café mientras se sentaba junto a Rafferty, que acababa de terminar de leer el titular.

—¿Cuál es el problema, Jim? —preguntó.

—¿Has visto quién lo firma? —inquirió Talbot con irritación. Señaló el nombre con un dedo—. Esa estúpida arpía con la que me crucé en Euston el día que Hyde se mató. ¿Te acuerdas?

Rafferty asintió.

—Ella dice que se ha repetido en los últimos meses —planteó el oficial—. Las fotos parecen respaldarla.

—¿Tú te lo crees, Bill? —quiso saber Talbot.

Rafferty se encogió de hombros.

—Solo está removiendo la mierda —dijo Talbot antes de que su colega pudiera responder—. Maldita Catherine Reed.

Empujó el periódico lejos de él.

Las fotografías de las tumbas profanadas y de la cripta del cementerio Croydon añadían gravedad a las grandes letras negras que destacaban en el titular de las páginas centrales: ¿VANDALISMO O SATANISMO?

—¿Crees que hablarán contigo? —preguntó Terry Nicholls, dándose golpecitos en la cabeza con la punta de un bolígrafo.

—No lo sé —respondió Cath, cambiando de posición en su asiento—. Mi hermano no me dijo cómo eran.

—¿Tu hermano los conoce?

—Su hijo asiste a la escuela donde él da clases.

—Tendrás que tener mucho cuidado, Cath —dijo el editor—. Ahora mismo esta historia está incompleta; todos los periódicos del país se van a abalanzar sobre ella. No quiero que nadie publique ninguna información que nosotros no hayamos conseguido antes. Esta es tu historia, asegúrate de que la tienes bien amarrada. Deberíamos poder publicar un nuevo artículo para la próxima semana más o menos. Averigua qué piensan las otras familias. Habla con los O'Brian, eso por supuesto, averigua cómo se sienten después de que la tumba de su hija haya sido profanada, pero habla también con las demás familias. Si no quieren hablar contigo, habla con sus vecinos, con los familiares cercanos, cualquiera que pueda contarnos algo.

Cath asintió despacio.

Nicholls cogió el periódico de su escritorio.

—Esto es muy bueno —dijo con una sonrisa—. Consigue algo más.

Cath le devolvió la sonrisa y se puso de pie.

Cuando las palomas echaron a volar, sonó como el aplauso de miles de manos invisibles.

Shanine Connor sentada en un banco de Trafalgar Square observó a los pájaros elevándose hacia el cielo celeste.

Sin embargo, por cada paloma que se había ido, parecía haber dos más en su lugar. La superficie de la plaza ondulaba como si

estuviera viva. Se quedó sentada durante un rato, mirándolas mientras se pavoneaban frente a ella, con las cabezas adelante y atrás, acercándose con ojos brillantes como si fueran a pedirle comida de un momento a otro.

Dios, pero si apenas tenía comida para ella.

El hombre que estaba sentado a su lado en el banco ojeaba un ejemplar del Express, ajeno a Shanine y a las palomas de su alrededor.

Vestía un pantalón de pinzas, camisa y corbata, y Shanine pensó en el calor que estaría pasando.

Se fijó en una gota de sudor que le recorrió la frente y se deslizó por el puente de su nariz.

Reprimió una carcajada y miró el periódico.

El titular la golpeó como un martillo.

El hombre tenía abierto el Express por las páginas centrales.

Shanine se inclinó un poco hacia él, tratando de leer por encima de su hombro.

Desde donde estaba sentada, podía ver las imágenes con facilidad. También podía leer las letras más grandes, pero no alcanzaba a distinguir el resto del artículo.

El hombre leyó la historia por encima y pasó la página.

Shanine deseó quitarle el periódico, decirle que quería leer aquella noticia. Sin embargo, se quedó allí sentada, mirándole, y apartó los ojos cuando él giró la cabeza en su dirección.

Se aferró a la bolsa de deporte, sin dejar de mirar a dos palomas que picoteaban un trozo de fruta que alguien había tirado junto a una papelera. Algunas avispas pululaban con frenesí alrededor del cubo de basura, acompañando con su zumbido, el arrullo de las palomas y el intenso ruido del tráfico cercano.

El hombre comprobó la hora y se puso de pie.

Enrolló el periódico y lo tiró en la papelera, y se dirigió al otro extremo de la plaza, esquivando pájaros a su paso.

La joven sacó el periódico de la basura y lo abrió por las páginas del centro.

A pesar de la calidez del día, a medida que leía los vellos de la nuca se le erizaron.

Cuarenta y siete

—Ya has visto al chico —exclamó Frank Reed—. Has visto lo que he han hecho. Tienes que llamar a la policía.

Noel Hardy estaba sentado en su silla inclinado hacia delante, con las manos entrelazadas y los codos apoyados en la mesa, como si estuviera rezando. Era un hombre de poca estatura, y el amplio escritorio, con placa de identificación incluida, le hacía parecer mucho más pequeño. Reed se preguntaba a menudo si el mobiliario del colegio había sido diseñado para resaltar la importancia de la persona que se sentaba en aquel despacho.

Para tratarse de un hombre de cincuenta y cinco años, el director lucía muy buen aspecto, salvo por sus cejas grises, que se cernían como hinchadas orugas peludas sobre sus ojos marrones: unos ojos que ahora miraban al vacío como si el hombre estuviese buscando algún tipo de respuesta.

Al apartar la vista del florero lleno de rosas que había en una mesita, junto a la puerta, se percató de que Reed, al otro lado del escritorio, estaba inclinado hacia él.—Vamos —dijo Reed irritado—. ¿A qué esperas?

—No es tan sencillo, Frank —Hardy parpadeó un par de veces. El hechizo, al parecer, se había roto—. No tenemos pruebas.

—Tiene el cuerpo lleno de heridas. No se las ha podido hacer él solo. Ese niño está aterrado. Solo Dios sabe por lo que ha pasado. El único modo de ayudarle es llamar a la policía. Tienen que averiguar quién le ha hecho eso.

—Hay otras consideraciones.

—¿Cuáles?

Hardy bajó la mirada.

—La publicidad —dijo con timidez—. Este tipo de cosas podría perjudicar la imagen de la escuela.

—¡Por Dios! —espetó Reed exasperado—. Tenemos un alumno maltratado, probablemente por sus padres. No se trata de una bofetada, estamos hablando de abusos físicos y psicológicos. No hay que ser un maldito trabajador social para darse cuenta. Y lo único que te preocupa es la reputación del colegio. ¿Qué es más

importante para ti, Noel, la imagen de St. Michael o el bienestar de los alumnos? ¿Qué más da si esto conlleva mala publicidad? Al menos podremos evitar que otros niños sean maltratados.

—¿Qué te hace pensar que hay otros? —quiso saber Hardy.

—Pregúntale a Judith Nelson. Ha visto a una de sus alumnas más o menos en el mismo estado.

—¿Qué alumna?

—Annette Hilston. Vive a dos calles de la casa de O'Brian.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Vigilar los hogares de todos los alumnos, por si acaso pudieran estar en peligro? —Hardy miró a su compañero—. Tú también eres padre, Frank, ¿cómo te sentirías si alguien te dijera que eres un violador? ¿Qué dirías si te acusaran de hacerle daño a tu hija?

—Si mi hija apareciera con las mismas marcas y el mismo comportamiento que Paul O'Brian… tendrían todo el derecho del mundo a acusarme. Ese niño necesita nuestra ayuda, Noel, y el único modo de dársela es llamando a la policía. Ahora.

Hardy se levantó y se acercó a la ventana. Se veía parte del patio del colegio. Algunos niños charlaban en corrillos, otros corrían de un lado para otro. Un poco más allá, unos cuantos jugaban con una pelota de fútbol contra una pared de ladrillos.

En el alféizar de la ventana había varias plantas de interior, Hardy acarició las hojas de una de las cintas.

—¿Dices que has visto lesiones en otra alumna? —preguntó en voz baja.

—Yo no, pero, como te he dicho, Judith Nelson me dijo que ella sí. Dile que venga, si quieres.

Hardy negó despacio con la cabeza, dándole la espalda a Reed.

—Tus acusaciones traerán graves consecuencias para todos los implicados, sean ciertas o equivocadas, Frank —dijo, mientras seguía acariciando las hojas de la planta.

—Me hago cargo. Pero estoy dispuesto a correr ese riesgo.

Hardy se volvió hacia él.

—Sí, ya sé que tú estás dispuesto —exclamó—. Pero no estoy seguro de estarlo yo. Tal vez, como te he dicho, si tuviéramos más pruebas…

—¡Vamos, por el amor de Dios! ¿Qué vas a hacer? ¿Esperar a que muera uno de los niños? ¿Eso sería una prueba suficiente para ti? —Reed empujó el teléfono con rabia hacia su colega—. Llama a la policía, Noel.

Hardy levantó una mano, como para silenciar a Reed.

—Suponiendo que tengas razón —dijo, volviendo al escritorio—. ¿Qué hará la policía? ¿Visitar a la familia del chico? ¿Hacer unas cuantas preguntas? Si no encuentran nada que fundamente tus acusaciones, eso será aún peor, no solo para el colegio sino para el propio niño. Quizá no te hayas parado a pensar en él, Frank.

—Él es el único en quien pienso, maldita sea —espetó Reed.

—No somos responsables de esos niños una vez están fuera de aquí —dijo Hardy, a la defensiva.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Darles la espalda cuando necesitan ayuda? —preguntó Reed—. Ese niño necesita nuestra ayuda. Tú lo sabes. Somos los únicos que podemos proporcionársela.

Ambos se miraron en silencio durante lo que pareció una eternidad.

Fue Reed quien habló de nuevo.

—Llama a la policía, Noel —dijo, acercándole más el teléfono.

El director miró el aparato.

Reed clavó los ojos en su superior.

Este le devolvió la mirada; estaba pálido.

—¿Y si estás equivocado? —preguntó, dejando que las palabras colgaran en el aire.

Reed empujó el teléfono un poco más.

—Llama a la policía, Noel —dijo en voz baja.

Cuarenta y ocho

Lo único que Phillip Cross pudo ver al abrir la puerta de su apartamento fue una botella de Moët & Chandon sujeta por dos dedos delgados.

El fotógrafo sonrió de hito en hito cuando Catherine Reed apretó la botella contra su cuerpo como si fuera una niña pequeña.

—Una ofrenda de paz —dijo, señalando el champán.

Cross la miró de arriba abajo, percatándose de que podía percibir la fragancia del jabón en su cabello oscuro recién lavado. Desprendía una vitalidad que hacía tiempo que no veía en ella. Si había tenido la más mínima intención de discutir con Cath, ya se le había pasado. La joven, de pie en el umbral, cruzó una pierna sobre la otra, dejando que la raja de su falda mostrara su suave piel. Enarcó una ceja en un gesto socarrón.

—Pasa —dijo Cross, entre risas, haciéndose a un lado mientras ella se colaba en el apartamento.

Cath dejó la botella y rodeó a Cross con los brazos, quien presionó sus labios contra los de ella, introduciendo la lengua entre los finos bordes de sus dientes. Ella respondió con ganas, abrazándolo con más fuerza.

Cuando se separaron, fue Cross quien habló primero.

—¿Y esto? —preguntó sonriendo—. No era lo que esperaba.

Ella se encogió de hombros, se quitó los zapatos y se sentó en el sofá sobre las piernas cruzadas. Él fue a la cocina a por algo en lo que servir la bebida. Regresó con dos vasos enormes, soplando en uno de ellos para quitarle el polvo.

Cath esperó sonriente a que él descorchara la botella de champán y llenara los dos vasos.

—¡Qué clase, Phil! —dijo entre risas mientras cogía uno.

Alzó su vaso y brindó con ella. Ambos bebieron un poco.

—Aún no me has dicho a qué viene esto —dijo Cross, sentándose a su lado y pasándole un brazo por encima del hombro.

Cath se encogió otra vez.

—He estado trabajando hasta tarde estos últimos días. Creo que he sido un poco injusta contigo.

—Me gustaría poder discutirte eso, pero no puedo —dijo él, sonriendo mientras ella le daba una palmada cómplice en el brazo.

—No ha sido mi intención —se disculpó—. Pero la historia en la que estoy trabajando es algo grande. —Dio un sorbo al champán—. Es importante para mí, Phil.

—No habrás venido hasta aquí para decirme lo mucho que te importa tu carrera, ¿verdad? Porque eso ya lo sé. Nunca he pretendido que cambiaras tus prioridades; ya sé lo mucho que significa para ti tu trabajo. Pero no entiendo por qué tengo que mantenerme al margen. Estamos en el mismo negocio, después de todo.

—Te sientes excluido, ¿verdad? —se burló ella, apretándole la mejilla con un dedo.

La sonrisa de Cross se desvaneció y le cogió la cara con la mano, sosteniéndola cerca de la suya, mirándola a los ojos.

—Te echo de menos cuanto no puedo verte —dijo Cross en voz baja—. Me gusta tenerte cerca, Cath.

Le pasó una mano por el cabello, y luego, con dulzura, le acarició la nuca, masajeándole la piel con el pulgar y el índice.

—No quiero hablar de trabajo esta noche —dijo en voz baja, acercándose más a él.

—Bien, cambiemos de tema. ¿De qué quieres hablar?

Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Es que no quiero hablar —murmuró, inclinándose hacia delante, besándolo con fuerza, mientras le desabrochaba la camisa con una sola mano.

Notó cómo ella le recorría el pecho con los dedos, y deslizó una mano hacia sus muslos, acariciándolos con suavidad, le subió la falda, moviéndose con presteza.

Sus dedos rozaron algo suave.

Cross dedujo con deleite que se trataba de su vello púbico.

Se apartó un poco de ella, sonriendo.

Cath le devolvió la sonrisa.

—Bueno —dijo él, con la respiración algo más acelerada—. ¿A qué hora te vas a marchar esta noche?

Ella se giró, hurgó a tientas dentro del bolso, y sacó un cepillo de dientes que sostuvo ante sus ojos.

Ambos se echaron a reír.

Talbot se dejó caer pesadamente en la silla, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

El silencio en el interior de la casa era, como siempre, opresivo, de modo que se planteó encender el televisor solo para aplacar la soledad, pero, después, decidió no hacerlo.

El inspector se sirvió un whisky y volvió a sentarse, haciendo girar el vaso entre sus manos, contemplaba el líquido ambarino como si buscara en el fondo del cristal algún tipo de respuesta.

Maldita zorra.

Había pasado por el Grosvenor House, el Dorchester y el Hilton. Incluso se dio una vuelta por el Park Lane Hotel, y se tomó una copa en cada uno de los hoteles antes de conducir hasta el número 23 de Queens Gardens.

Gina Bishop no aparecía por ninguna parte.

Zorra.

Cogió el teléfono y marcó el número de su casa.

Sonó dos veces, luego lo saludó la voz metálica del contestador:

—Hola. Ahora no estoy, pero puedes…

Talbot presionó la horquilla, esperó un momento y marcó otro número.

Su teléfono móvil.

Tono de llamada.

—Vamos —susurró.

Luego una voz.

—El número del cliente Vodafone que ha marcado no se encuentra operativo…

—¡Joder! —escupió y colgó de un golpe.

Bueno, si estuviera con un cliente, no tendría el maldito teléfono encendido, ¿no es cierto?

Maldita zorra.

Dio un buen trago del whisky marcó de nuevo el número de su casa, y esperó a que el mensaje grabado terminara en un largo pitido que le indicara que podía empezar a hablar.

Después de oírlo, trató de hablar, pero no encontró las palabras adecuadas.

Al otro lado, la cinta no registraba más que silencio.

Se apretó el auricular contra el oído, con los ojos cerrados.

Di algo.

Dile que te llame. Dile que os encontréis en algún sitio.

Aferró el teléfono con más fuerza.

—Gina —dijo por fin, pero a continuación oyó otro largo pitido. Se había acabado el tiempo.

—¡Maldito cabrón! —rugió al contestador automático.

¿A él mismo?

Dejó el auricular en la horquilla y se levantó; se rellenó el vaso.

Si ella hubiese respondido, ¿qué le habrías dicho?

Se quedó mirando el aparato.

Necesitaba hablar con ella.

Con alguien.

Talbot volvió a coger el teléfono y marcó de nuevo.

PARTE DOS

«...Let me show you how I love you.
It’s our secret, you and me.
Let me show you how I love you,
But keep it in the family...»

Megadeath

Los durmientes y los muertos
no son más que imágenes vanas;
es el ojo de la niñez lo que tiembla
ante la estampa del diablo.

Macbeth, escena II, acto II

Cuarenta y nueve

Pensó que se había orinado encima.

Doug O'Brian se dio la vuelta en la cama y deslizó una mano por debajo de las sábanas, hacia su entrepierna, con los ojos medio cerrados y la mente nublada.

No notó que estuviera mojado, solo la piel arrugada de su escroto. O'Brian también se tocó el pene.

Para asegurarse.

Debía de haber sido un sueño.

No obstante, se percató de la presión en su vejiga.

No era de extrañar que hubiese soñado que se hacía pis.

Saltó de la cama, tiró del cordón de los pantalones de su pijama y se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

A mitad de camino se tropezó con uno de sus zapatos, y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Murmuró algo y le dio una patada para apartarlo de su camino. Luego abrió la puerta del dormitorio y se apresuró para llegar al baño.

Las tablas del rellano crujieron a su paso, dejó atrás dos puertas cerradas y otra a la derecha, entornada.

Se asomó por la rendija y vio a dos de sus hijos durmiendo, uno de ellos casi colgando del borde de la litera de arriba.

O'Brian pensó en entrar de puntillas y empujar al niño hacia el centro de la cama, pero el deseo de vaciar su punzante vejiga resultó lo bastante disuasorio.

La ventana del rellano dejaba entrar los primeros rayos sucios del alba y O'Brian parpadeó varias veces, como si aquella grisácea luz opaca fuera demasiado fuerte para él.

Otro día.

Otro día como todos los demás. En cualquier caso, no podían distinguirse unos de otros, o al menos eso es lo que le parecía. Levantarse, trabajar, acostarse.

Lo único que podía hacer mientras tanto era preocuparse por su trabajo (corrían rumores de que cincuenta trabajadores serían despedidos de la central de energía Bankside de Southwark, donde

trabajaba desde hacía quince años), su familia y su coche, el cual amenazaba con darle problemas otra vez. Maldito trasto. No había funcionado bien ni una sola semana desde que se lo compró a su cuñado tres años antes.

No obstante, lo que más le preocupaba en ese momento era poder aliviarse.

Empujó la puerta del baño, levantó la tapa del retrete y empezó a orinar.

Qué gustazo.

Sonrió, mirando de reojo su reflejo en el espejo de la pared. Varios mechones de pelo negro le sobresalían de un lado, como si fuera un díscolo roquero punk, tenía los ojos hinchados y necesitaba un buen afeitado.

Sin embargo, no tenía tan mal aspecto para ser tan temprano.

Acabó de orinar pero decidió no tirar de la cadena, así no despertaría a nadie, al menos a ninguno de los niños. Especialmente a la más pequeña. Si ella se despertaba, iría como un tiro al dormitorio de matrimonio. O'Brian se preguntó si podría aprovechar una hora más de sueño antes de que sonara el despertador.

Volvió al rellano de puntillas, se detuvo un momento y echó un vistazo por la ventana.

En la calle había dos agentes de policía.

Podía ver a los hombres uniformados señalando hacia varias casas. Hablaban con un hombre y una mujer vestidos de forma elegante.

O'Brian se frotó los ojos.

¿Qué demonios estaban haciendo aquellos oficiales a esa hora de la mañana?

Comprobó su reloj.

Las 5:16.

Más agentes bajaron de la parte trasera de un tercer furgón, el cual siguió hacia delante hasta detenerse al final de Luke Street.

Los policías se dispersaron en diferentes direcciones, algunos se dirigieron hacia las puertas principales de las casas.

Parpadeó sorprendido, como si los agentes fueran a desaparecer.

Quizá aún estaba soñando.

Luego vio a dos de ellos acercándose a su casa.

Segundos más tarde, cuando llamaron a la puerta, el fuerte golpe le convenció de que ya no estaba dormido.

Dos calles más arriba, en Blackall Street, no había furgones, solo coches patrullas.

Cada agente de policía uniformado iba acompañado por un policía de paisano, y en pareja se acercaban a la casa asignada.

Dio la impresión de que todos se detenían a la vez en la entrada de las casas; luego, como si hubiesen recibido una señal, llamaron a las puertas.

Annette Hilston había visto los furgones policiales subiendo por Weymouth Terrace. Estaba en la cama, con los ojos de una docena de estrellas del pop mirándola fijamente desde los carteles que adornaban las paredes de su habitación.

Los había visto acercarse a la casa.

Los había oído llamar a la puerta.

Ahora oía los gritos. Su padre y su madre le chillaban a alguien, pero ella no podía escuchar las respuestas que recibían.

Annette aguardó arrodillada en la cama, con las manos entrelazadas agarraba un llavero con la foto del cantante de su grupo favorito. Lo llevaba a todas partes, para la buena suerte.

En la planta baja aún se podían oír los gritos y los juramentos.

Ella siguió mirando por la ventana.

Incluso cuando oyó los pasos que se acercaban por las escaleras.

Algunos fueron dóciles, y quedaron conmocionados.

Algunos quisieron presentar batalla.

Otros lo intentaron.

Los ánimos se crisparon como una vieja cuerda que se rompe al tirar demasiado.

Hubo lágrimas, gritos, maldiciones, pero no hubo ningún detenido.

Y mucha rabia.

Miedo.

A las seis de la mañana, parecía que toda la fuerza policial de la ciudad había invadido Hackney.

A las siete todo había acabado.

Cincuenta

Catherine Reed oyó la voz y pensó que era parte de un sueño. Al notar que la tocaban el hombro, con rapidez se sentó en el colchón, casi haciendo caer la taza de té de la mano de Phillip Cross, que estaba al lado de la cama inclinado sobre ella.

—Buenos días —dijo Cross con una sonrisa.

Cath lo miró y parpadeó, le devolvió la sonrisa y cogió la taza, quemándose los dedos. Siseó y dejó el té en la mesita de noche.

—¿Qué hora es? —preguntó, apoyándose en el cabecero.

—Las siete y media.

Se pasó las manos por el cabello oscuro y gimió.

—¿Qué día es? —murmuró, sonriendo—. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy?

Cross rió.

—Me voy a dar una ducha —dijo, fijándose en los pechos desnudos de la mujer.

Se dio la vuelta y abandonó el dormitorio, siendo ahora ella quien le miraba el trasero desnudo.

—Gracias por el té —exclamó, sonriéndole cuando él se volvió un instante—. Y por todo lo demás. —Se miró la entrepierna y enarcó las cejas—. Debo de haberlo hecho bien para que me hayas traído té a la cama.

—No ha estado mal —respondió con una sonrisa.

Ella le lanzó una almohada, y dejó que entrara en el cuarto de baño. Un momento después percibió el sonido de la ducha.

Cath cogió el mando a distancia de la mesita de noche y pulsó el botón de encendido. El televisor portátil anclado a una de las paredes del dormitorio cobró vida.

Empezó a pasar los canales.

Había uno de dibujos animados.

En otro, una celebridad engreída disfrutaba de sus quince minutos de gloria.

Más dibujos animados.

Una mujer demasiado abrigada promocionaba su nuevo libro, soltando su retahíla con un acento mitad inglés, mitad

estadounidense.

Era agradable saber que algunas cosas no cambiaban nunca, pensó Cath, y la mediocridad de los programas que emitían por la mañana era sin duda una de las constantes de la vida.

Apretó varios botones y leyó los nuevos titulares del teletexto. Repasó todos los canales otra vez.

En esta ocasión encontró un programa de noticias.

Cogió la taza de té y se quedó allí tendida, viendo un reportaje sobre la hambruna en África.

Hay cosas que nunca cambian.

Echó una ojeada a su alrededor y vio su ropa en el suelo, esparcida en montones desordenados junto a la de Cross. Soltó una carcajada al ver sus bragas colgando del respaldo de una silla.

En el cuarto de baño aún corría el agua. Cath estaba a punto de decirle al fotógrafo que se diera prisa cuando algo en la televisión llamó su atención .

La cámara mostraba una calle de Londres. El subtítulo, colocado debajo del reportero, ponía Hackney.

Cath subió el volumen, disgustada por haberse perdido el principio del reportaje.

—…ninguna declaración oficial por el momento, pero se confirma que entre cincuenta y sesenta agentes de policía y miembros de los servicios sociales de Hackney han llevado a cabo una redada.

Cath se inclinó hacia delante.

—Han irrumpido en más de veinte casas y, por lo que sabemos, quince o dieciséis niños han sido trasladados a las instalaciones de los servicios sociales. Insistimos, aún no tenemos declaración oficial, pero parece ser que la policía está investigando una posible red de pornografía infantil.

—Dios mío —murmuró Cath.

Se bajó de la cama y cogió el teléfono de la otra mesita de noche.

Con un ojo en la pantalla del televisor, marcó un número y esperó.

Cincuenta y uno

La habitación tenía seis metros cuadrados, y a Talbot le parecía que hasta el último centímetro del suelo estaba ocupado por las grandes cajas de cartón.

Todas las cajas llevaban una etiqueta amarilla con un nombre y una dirección escritos con rotulador.

En un extremo de la estancia, un par de agentes rebuscaban en las cajas; otro, sentado en una mesa, anotaba la naturaleza de los contenidos a medida que sus compañeros inspeccionaban cada objeto decomisado, analizándolo de cerca antes de devolverlo a su sitio.

Los tres hombres llevaban guantes de goma.

El detective Gordon Macpherson se encendió un cigarrillo y le ofreció el paquete a Talbot, quien rehusó con la cabeza.

—Lo he dejado —dijo en voz baja, con los ojos puestos en las hileras de cajas.

Macpherson asintió y se guardó el paquete en la chaqueta, luego se pasó una mano por los finos mechones de su cabello rubio.

Era tres años mayor que Talbot; un hombre con algo de sobrepeso y las mejillas sonrojadas, con rasgos que le hacían parecer casi un adolescente. Sus ojos se movían constantemente de un lado a otro, como si estuviera presenciando un partido de tenis: un tic que Talbot encontraba de lo más desconcertante cuando lo miraba a la cara.

Sin embargo, en aquel momento, al inspector Talbot lo único que le preocupaba eran las cajas que atestaban la comisaría de policía de Theobald's Road.

—¿Cuántos niños? —preguntó por fin.

—Diecisiete —respondió Macpherson—. Todos entre tres y dieciséis años.

—¿Por qué has traído todo este material aquí, Mac? ¿Era la comisaría más cercana?

Macpherson asintió.

—Nos han dicho que alguien de Scotland Yard vendrá a buscarlo más tarde. Nosotros solo nos encargamos del trabajo duro.

Inventario y embalaje. Quieren saber qué corresponde a cada casa. —Miró a Talbot y sonrió—. Pensaba que te habían enviado a ti, Jim —dijo el hombre—. Para cargar cajas.

Talbot negó con la cabeza.

—¿Dónde están los niños ahora? —quiso saber.

—En los servicios sociales de Hackney, los están entrevistando.

—¿Quién te avisó de lo que estaba ocurriendo?

—En realidad no sabemos nada de lo que está sucediendo, Jim. Es una medida de precaución. Los servicios sociales la solicitaron.

—¿Los servicios sociales han solicitado una puta redada? —exclamó Talbot—. Yo diría que eso es algo más que una medida de precaución, Mac.

—Nos llamaron del St. Michael, uno de los colegios locales . Afirman que dos niños, quizá más, han sido maltratados por sus padres. —Se encogió de hombros—. Fuimos a comprobarlo, enviamos un informe a los servicios sociales de Hackney y ellos pensaron que podría estar pasando algo.

—¿Quién dio el aviso?

—Un profesor.

—¿Cuándo fue?

—Hace dos días.

—¿Cómo demonios se las han arreglado los servicios sociales para conseguir una orden de registro con tanta rapidez?

—Dímelo tú.

Talbot se acercó a la caja más cercana y hurgó en ella.

Estaba llena de libros, vídeos, revistas, e incluso, prendas de ropa.

—En todas hay lo mismo —explicó Macpherson, abriendo otra —. ¿Te suena?

Levantó una revista con una joven arrodillada delante de un hombre, cogiéndole el pene con una mano y con los labios muy cerca de la punta.

—No te emociones —dijo Talbot con desdén, y leyó el título de la portada: Corridas Salvajes.

—Hemos encontrado un montón —dijo Macpherson.

A continuación abrió otra caja.

—Eso no es ningún delito, Mac —reprochó Talbot.

—Hemos remitido algún material a la Brigada Antivicio, sobre todo el más duro.

—¿Como qué?

—En dos de las casas había revistas y fotografías pedófilas. Y eso que solo hemos registrado por encima.

—¿Muy graves?

—Niños de dos años.

—Mierda —masculló Talbot.

—Entramos en veintitrés casas, llevándonos material de todas ellas, y de momento hemos inventariado doce. Solo en esas doce casas hemos encontrado las suficientes revistas pornográficas como para empapelar la fachada de un edificio de apartamentos.

—¿Algo más?

—¿Como qué?

—Utensilios. Cuerdas. Cualquier cosa que se hubiera podido emplear con los niños.

—No, a menos que cuentes tres vibradores, una muñeca hinchable y un par de malditas bolas chinas. —Esbozó una sonrisa—. Ya sabes, esas cosas que las mujeres se meten en…

—Ya sé dónde se las meten, Mac —le cortó Talbot.

Se acercó a otra de las cajas.

Más revistas. Más vídeos.

Cogió una cinta.

—Caníbal feroz

—Son películas desagradables —añadió Macpherson—. Hemos encontrado muchas. El asesino del taladro, La violencia del sexo, SS. Experiment Camp, El exorcista…

Talbot le interrumpió.

—Yo tengo esa película —dijo.

—Yo también —replicó Macpherson—. Solo te estoy diciendo lo que hemos encontrado.

—¿Todas esas películas estaban en la misma casa?

—No. Ojalá hubiera sido así: de ese modo habríamos podido pescar a alguien más rápido. Si todo se tratase de un viejo verde suministrando poco a poco material pornográfico al resto de la vecindad, las cosas serían mucho más fáciles, pero parece ser que el tema está bastante extendido.

—Entonces, ¿qué más os queda por hacer? ¿Qué probabilidad hay de que se trate de una red de abuso infantil?

—No lo sabremos hasta que los servicios sociales acaben de entrevistar a los niños, y eso podría tardar unos días. Además, estamos a la espera de los informes médicos, para comprobar si existe algún daño físico.

—El daño no siempre es físico —susurró Talbot.
—¿Qué has dicho, Jim?
—Nada
Tú sabes lo que se siente, ¿verdad?
Talbot abrió otra caja y sacó unas cuantas fotos instantáneas.
El daño no siempre es físico.
Mostraban a una mujer desnuda con las piernas abiertas, repantingada en un sofá desfondado . El dedo índice metido en la boca. Era delgada. El contorno de las costillas se le notaba con claridad.
En el lugar donde debían estar sus pupilas había dos puntitos rojos.
Talbot negó con la cabeza, revisando el resto de las imágenes.
La misma mujer tenía un pepino en la boca, lamiéndole la punta.
Lo absurdo de la pose era sorprendente.
En otra foto, un hombre se sujetaba un pene enorme con la mano.
También había una imagen de una mujer escuálida metiéndose un dedo en la vagina. Tenía una expresión familiar en los ojos.
Talbot se fijó en una jaula con un periquito, detrás del sofá en el que ella estaba despatarrada.
—Quienquiera que hiciese las fotos no era el puto David Bailey, ¿verdad? —dijo Macpherson con una carcajada—. Y ella no es Cindy Crawford, desde luego.
—¿Cuántas veces has visto tú a Cindy Crawford posar con un pepino? —preguntó Talbot, sonriendo.
—Todos podemos tener ilusiones, ¿no crees? —bromeó Macpherson, dándole una calada a su cigarrillo.
Talbot se alejó para evitar que le llegara el humo.
Ahora podría fumarme uno.
Dejó las fotos en la caja.
—¿Te importa si sigo echando un vistazo, Mac?
—Sírvete tú mismo —respondió Macpherson, observando cómo el inspector se movía despacio de una caja a otra, comprobando el contenido de cada una.
—¿Estás buscando algo en particular, Jim? —preguntó Macpherson.
Talbot prefirió con responderle.
Dios, la maldita prensa se daría un festín con todo esto.

—Si no te molesta que te pregunte, Jim —dijo Macpherson, con precaución—, ¿qué interés tienes en esto?

—¿Qué te hace pensar que estoy interesado? —espetó Talbot sin mirar a su colega.

—Estás aquí, ¿no?

Los dos hombres se mantuvieron en silencio durante un momento, luego Talbot volvió a hablar.

—¿Recuerdas que hace un par de años me suspendieron por golpear a un maldito pedófilo?

Macpherson asintió.

—Digamos que aquel caso ha despertado mi interés por este tipo de cosas —mintió, bajando la vista hacia las cajas—. Quiero saber si de verdad se trata de una red de abuso infantil.

Cincuenta y dos

—Se ve bastante tranquila —dijo Phillip Cross, con un tono de voz tan bajo que parecía una reverencia.

Cath Reed miró por la ventanilla del Fiat, con los ojos clavados en una casa en particular; luego comprobó los documentos que descansaban en su regazo.

No se movía nada en la calle Luke de Hackney, a excepción de un labrador con el pelaje de varios colores, que iba y venía a lo largo de la acera.

Cath vio cómo el perro levantaba una pata contra un seto antes de desaparecer por el camino de entrada de una de las casas.

Cross sacó una cámara de su bolsa y enfocó.

—Esa es —dijo Cath, señalando la vivienda que tenían casi enfrente.

—¿Estás segura de que se trata de la misma familia O'Brian? —preguntó el fotógrafo tomando fotografías.

—He comprobado la dirección dos veces con mi hermano —dijo—. Los hijos van al colegio donde él da clases.

—¿Y son los mismos de las tumbas profanadas del cementerio Croydon? —insistió Cross.

Cath asintió, con los ojos puestos en la vivienda.

—Espero que la lista no tuviera ningún error —dijo Cross, señalando el papel.

—Estas son las casas de la redada de esta mañana —dijo ella, clavando el dedo en la hoja—. Nicholls la consiguió a través de uno de sus contactos.

—Extraoficialmente, ¿no? —añadió Cross, cambiando la lente de la cámara.

Cath lo miró y frunció el ceño.

—¿Tú qué crees?

Cogió los documentos y los metió en el compartimento de la guantera, luego abrió la puerta del conductor y se apeó del vehículo.

—Echemos una mirada más de cerca. Empezó a caminar sin esperar a Cross, quien apresuró el paso para ponerse a su altura.

La cancela del camino de entrada chirrió cuando Cath la empujó. Mientras se acercaba a la puerta principal, se percató de que junto al felpudo había una botella de leche.

Cath llamó tres veces y esperó.

Cross miró hacia arriba, con la intención de detectar señales de movimiento en la casa.

No hubo respuesta.

Ella volvió a golpear la puerta.

—Quizá hayan salido —planteó Cross.

Cath se acercó a una ventana, haciendo visera con las manos para ver el interior. Apenas si podía vislumbrar algo entre las cortinas, solo que se trataba del salón.

Cross la imitó, intentándolo en la ventana del otro lado de la puerta.

—Cath —llamó—. Creo que hay alguien dentro.

Ella se apresuró a colocarse junto a él.

—Creo que he visto a alguien moviéndose —aseguró él.

Ella no veía nada.

—Creo que me han visto —añadió Cross.

Cath volvió a la puerta y golpeó otra vez. Esta vez más fuerte.

—¿Por qué no les dejan en paz?

La voz provenía de detrás.

—Son periodistas, ¿verdad? —dijo la voz, y Cath se dio la vuelta.

La mujer que estaba en el jardín de la casa de al lado tendría unos treinta años, el pelo rojizo le llegaba por debajo de los hombros. Las manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

—Solo querría hablar con el señor y la señora O’Brian, y… —empezó Cath.

—¿Y qué? —espetó la mujer—. ¿Y meter la maldita nariz en asuntos que no le atañen? ¿Por qué no se largan?

—Cálmese —intervino Cross.

—¿Quiere algunas fotografías? —dijo la mujer, levantando el dedo medio—. Haga una de esto.

—¿Conoce bien a los O’Brian? —preguntó Cath.

—No espere que hable con ustedes. No voy a responder a ninguna de sus malditas preguntas.

—¿Se han llevado a alguno de sus hijos esta mañana? —insistió Cath.

La mujer dio un paso hacia la valla que separaba ambos

jardines; su expresión era sombría.

—Ya se lo he dicho —siseó—, no voy a hablar con usted, no voy a ayudarle a escribir sus malditas mentiras.

—Solo intento descubrir la verdad —exclamó Cath.

—Dios. ¿Desde cuándo los periódicos están interesados en la verdad? A usted no le importa en absoluto lo el daño que puede hacer lo que pueda escribir sobre las personas, ¿no es cierto? Hará lo que sea para conseguir una historia. Todos ustedes son iguales. Son escoria.

La puerta de la casa se abrió de repente y Cath se dio la vuelta, topándose con el rostro demacrado de Doug O'Brian.

—Son de la maldita prensa, Doug —dijo la mujer pelirroja.

—¿Qué quiere? —preguntó O'Brian, mirando a Cath con los ojos inyectados en sangre.

Cross le hizo un par de fotografías.

—Cabrón —espetó la pelirroja.

—Mi esposa está llorando dentro, ¿quiere hacerle también una foto? —dijo O'Brian, volviendo su atención hacia el fotógrafo.

—Solo quería hablar con usted, señor O'Brian, unas rápidas palabras —dijo Cath—. Me preguntaba si usted sabía por qué se han llevado a sus hijos. ¿Qué razones podrían tener la policía y los servicios sociales para llevárselos?

—Márchense, ¿de acuerdo? —dijo O'Brian, medio cerrando la puerta.

—Sí, lárguense —gritó la pelirroja.

—Usted tiene derecho a dar su versión de la historia —dijo Cath.

—¿Por eso ha venido? ¿Para dejarme dar mi versión?

—La gente sacará sus propias conclusiones de lo que lea. Usted se merece la oportunidad de dar su punto de vista.

—No sé qué es lo que más odio de ustedes, si sus mentiras o su hipocresía —dijo O'Brian, y cerró de un portazo.

—Jódanse —añadió la pelirroja.

Cath le lanzó una mirada fulminante, luego se dirigió hacia el coche, seguida muy de cerca por Cross.

Después de sentarse al volante del Fiat, se dio cuenta de que la mujer pelirroja había vuelto al umbral de su casa. Desde allí les seguía gritando, haciéndoles gestos groseros, pero Cath apenas podía oír sus furiosas exhortaciones.

Antes de arrancar, Cath vio una figura asomándose por detrás de la cortina de una de las habitaciones del piso de arriba de la casa de

los O’Brian.

Observando.

Luego, como un fantasma, la figura desapareció.

Cincuenta y tres

Nikki Parsons estaba temblando.

Mientras trataba de encenderse un cigarrillo, la joven de veintinueve años descubrió que apenas era capaz de mantener quieta la llama del mechero. Dio una profunda calada y exhaló una bocanada de humo.

A su lado, Janice Hedden, un año más joven, seguía con las manos entrelazadas alrededor de su taza de café y la mirada distraída. De vez en cuando se fijaba en sus compañeros.

Además de ella y Nikki, había otras tres mujeres en la sala, todas sentadas alrededor de una gran mesa.

Las paredes de la sala estaban cubiertas con carteles distribuidos por el ayuntamiento de Hackney y los servicios sociales. Solicitaban la donación de sangre e informaban sobre la mejor forma de encarar la esclerosis múltiple, el sida, el suicidio y las drogas.

Aquella era su rutina diaria.

Janice y sus compañeras estaban acostumbradas a lidiar con el sufrimiento.

Con el dolor.

Se preguntó cuándo se había vuelto inmune a él. A ser capaz de distanciarse de aquellas espantosas historias de privación y sufrimiento que escuchaba a diario. Al igual que sus compañeras de profesión, caminaba por una línea muy delgada entre la compasión y la eficiencia, el consuelo y la practicidad. Ella también caminaba por esa línea, apenas afectada por lo que oía, capaz de desentenderse de todo aquello al final del día. A fin de cuentas, solo era trabajo.

Hasta hoy.

María Goldman era la funcionaria de más alto rango: si no en años, al menos sí en experiencia. A sus treinta años, había trabajado en Brixton e Islington antes de trasladarse a Hackney. A pesar de su juventud, no había hallado ningún resentimiento por parte de sus colegas de mayor edad.

Una de ellas se encontraba en la sala.

Valerie Weston se apartó de la frente un mechón de cabello

castaño, en un gesto que implicaba hábito y no necesidad.

Quizá era un hábito provocado por los nervios.

Y en ese momento tenía bastantes motivos para estar nerviosa.

Eran casi las 13:46.

Aquel día estaba siendo largo y temía que aún pudieran ocurrir bastantes cosas.

Dio un sorbo a su café e hizo una mueca al comprobar que estaba frío. Luego se aclaró la garganta una vez más y miró a las mujeres sentadas a la mesa.

Le costaba un gran esfuerzo ocultar lo cansada que se sentía.

—Lo mejor es que hagamos una puesta en común —dijo María, mirando a sus colegas—. Creo que todas lo necesitamos.

Nikki Parsons asintió. Su mano aún temblaba ligeramente.

—Me preguntaba si alguien quiere hacer algún comentario antes de examinar las primeras declaraciones —continuó María.

Las mujeres parecían reacias a hablar, fue Janice Hedden quien rompió el incómodo silencio.

—¿Cuántos niños quedan por entrevistar?

—Ocho —dijo María.

—¿De la misma edad?

María asintió.

—Todos con los que yo he hablado parecían asustados —añadió Janice—.Especialmente por si no volvían a ver a sus padres. Los más jóvenes en particular.

—Eso es normal —dijo María.

—Pues parece lo único normal en este caso —aportó Val Weston.

—Jamás había visto u oído nada igual—confirmó Nikki Parsons en voz baja.

—¿Crees que alguno de ellos puede estar mintiendo? —preguntó María.

—Es posible, pero la mayoría de las historias parecen demasiado complicadas para ser inventadas —informó Nikki—. Sobre todo por los niños más pequeños.

—Janice, has dicho que los niños con los que has hablado parecen asustados —intervino Juliana—. Yo también me he dado cuenta, pero no tenían miedo de sus padres sino de… —Se encogió de hombros, tratando de encontrar las palabras—. De lo que podría llegar a pasarles. No estaban asustados por ellos mismos, solo algo sorprendidos por lo que les estaba pasando.

—Algunos han hablado sin tener que ser presionados —dijo Val Weston—. Otros han sido más inaccesibles, hasta el punto de que ni siquiera han llegado a hablar.

—¿Alguna evidencia física de abuso? —quiso saber María.

—En dos de ellos —dijo Nikki.

—Uno —añadió Janice.

—Tres de los que yo he entrevistado —dijo Juliana.

—¿Val? ¿Y de los tuyos? —preguntó María.

—Solo esas marcas y moratones extraños —respondió Val Weston.

—Yo he visto a un niño con una cicatriz bastante desagradable —confesó María—. Me ha contado cómo sucedió, pero no ha querido enseñarme los daños por debajo de la cintura. —Tragó saliva—. Me ha dicho que le introdujeron una barra por detrás, y que le dolía cuando iba al baño.

—¿Cuándo llegará el médico? —preguntó Nikki.

—Ya está aquí —respondió María—. Está examinándolos .

—Un niño de tres años y una niña de seis afirman que fueron penetrados con varios objetos —añadió Val—. La chica dibujó esto cuando le pedí que lo describiera.

Val le pasó una hoja a María.

En el papel se veía un objeto cilíndrico garabateado con cera roja, con la punta redonda y de unos quince centímetros de largo.

María asintió despacio.

—Aunque no presentaba signos físicos —continuó Val.

—¿Estáis seguras de que los niños no tuvieron la oportunidad de hablar entre ellos antes de que los entrevistarais? —preguntó María, mirando a las demás mujeres—. ¿Hay alguna posibilidad de que pudieran haberse inventado esta historia entre todos?

Las cabezas negaron.

—De acuerdo —dijo María sin energías—. Echemos un vistazo a las declaraciones. Empiezo yo. —Cogió la primera hoja de la pila de folios que tenía junto a su codo izquierdo y lo leyó, con los ojos entrecerrados—. Este informe corresponde a Alex Cutler, de cuatro años. —Reseguía las palabras con el dedo mientras leía—: «Te ponen de pie en mitad de un círculo y se ríen de ti y yo algunas veces lloré, luego aparecen más tíos y tías y ponen al bebé en el suelo y todos gritan y andan a su alrededor con los brazos levantados. Les podía ver los pitos. Y entonces uno de mis tíos saltó sobre el bebé.»

—Tíos y tías —murmuró Nikki—. Los niños con los que he hablado también los llamaron así.

—Es algo dentro de lo común. Los violadores hacen que los niños crean que son algo así como miembros de la familia. Los tíos y las tías cubren multitud de pecados —dijo María, con un halo de misterio—. En más de un sentido.

Hojeó el montón de papeles que tenía delante.

—Esto es de un niño de seis años —dijo, cogiendo un poco de aire—. «Yo quería a mi perrito pero lo mataron. Le cortaron la cabeza y pusieron la sangre en una taza.»

—«A veces usaban animales y les clavaban un cuchillo y luego ponían la sangre en una jarra» —leyó Nikki.

—«Mataron a los gatos con las navajas, y me hicieron beberme la sangre» —añadió Janice.

María se pasó una malo por el pelo y se reclinó en su asiento.

—Casi todos los informes mencionan la matanza de animales —murmuró.

—No parece la conducta habitual de un pedófilo, ¿no? —planteó Juliana.

María negó con la cabeza.

—¿Por qué animales?

María no tenía una respuesta. Mantenía los ojos clavados en el dibujo.

—Los niños con los que he hablado mencionaron cámaras —dijo Val Weston—. Han dicho que uno de los tíos siempre llevaba una cámara, y que les hacían fotografías cuando estaban sin ropa.

—«Le hacían fotos al bebé » —leyó Juliana.

—«Me obligaron a tocarle el pito al tío Paul. Tenía que cogerlo con las manos y me lo metió en la boca y sabía raro, y él hacía fotos» —dijo Nikki en voz baja—. Esta declaración es de un niño de seis años. —Apretó las mandíbulas con fuerza, notando cómo los músculos le latían de rabia.

—Acabemos hoy con las demás entrevistas —pidió María a sus colegas—. Una vez que tengamos todas las declaraciones y los exámenes médicos, volveremos a analizar todo lo que tenemos.

—Creía que ya había quedado claro lo que tenemos, María —dijo Nikki en tono mordaz—. Una red de pedofilia. ¿Cuántas pruebas más necesitas?

María Goldman mantuvo la vista en la hoja de papel, trazando con los ojos el contorno del dibujo que había en el centro.

—No me cabe duda de que tienes razón, Nikki —dijo ella, tocando el dibujo garabateado—. Solo espero que eso sea todo.

Al contemplar de nuevo el dibujo, sintió que los pelos de la nuca se le erizaban.

Cincuenta y cuatro

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó Frank Reed, con una amplia sonrisa.

Cath enarcó las cejas mientras entraba en el despacho.

—Pensaba que andabas por ahí, recopilando información para el artículo que ganará el próximo Pulitzer —bromeó Reed, ofreciéndole un asiento.

—No creas que he averiguado demasiado, Frank —respondió, aceptando la invitación—. Además, esto no es una visita social. Necesito tu ayuda.

—Bueno, ¿cuáles son las novedades?

—¿Has leído los periódicos esta mañana? ¿Las noticias?

—¿Te refieres a la redada de la policía?

Ella asintió.

—No esperaba que las cosas llegaran tan lejos —dijo en voz baja.

—Dios, Frank, ¿qué pensabas que iba a pasar? Gritar «abuso infantil» merece algo más que algunas preguntas de cortesía por parte de un par de agentes de a pie.

—He oído que han registrado veintitrés casas.

—Es cierto.

—Cath, lo que hice, lo hice por el bien de esos niños. Tenía que informar de ello. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer, sentarme y dejar que sucediera? —dijo desafiante—. Además, ¿cuál es tu problema? Esto te ha dado algo de lo que escribir, ¿no?

—Mira, cálmate, yo estoy de tu parte, ¿vale?

Él se echó hacia atrás en su asiento y miró por la ventana. Un grupo de niños atravesaba el patio charlando hasta que el profesor que los guiaba les pidió que permanecieran en silencio.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarte? —pregunto Reed al fin.

Cath sacó de su bolso los documentos de la guantera del coche. Se puso de pie y rodeó la mesa para colocarse junto a su hermano; dejó la primera página delante de él, alisando las arrugas lo mejor que pudo.

—Es la lista de las familias cuyas casas fueron registradas esta

mañana —dijo ella—. Quiero saber cuántos de estos niños estudian aquí.

Reed alzó la mirada hacia Cath, luego miró el documento.

—¿Por qué? —preguntó.

—Estoy buscando conexiones, Frank, algo que una estos casos.

Reed reconoció un nombre de inmediato.

Paul O'Brian.

Lo señaló con un dedo.

—Lo sé. Ya he estado allí esta mañana. Los padres, bueno, en realidad el padre… no ha querido colaborar demasiado —informó ella.

Reed estudió la lista.

Señaló otro nombre.

—¿Y su dirección? —preguntó Cath.

De repente, la puerta del despacho se abrió y Noel Hardy apareció en el umbral.

El director miró a Cath, luego a su hermano, se detuvo en la puerta un momento, cerró de un portazo y, a continuación, se acercó al escritorio.

—¿No hemos tenido bastante con la prensa por hoy? —dijo el hombre con acidez.

—Siento decirle, señor…

—Hardy —espetó el hombre—. En caso de que su hermano no se lo haya dicho, soy el director del centro. Este es mi colegio. Le agradecería que se marchara.

—Acaba de decir que otros miembros de la prensa han estado aquí. Creo que tengo derecho al mismo trato que les ha brindado a ellos —dijo Cath en tono neutro.

—A ninguno se le ha tratado de ninguna manera —replicó Hardy—. Pero le proporcionaré la misma declaración que al resto. Sin comentarios.

—Algunos de los niños que están ahora mismo bajo tutela asisten a su colegio —informó Cath—. ¿Eso no le molesta?

—¿Está tratando de insinuar que el colegio tiene algo que ver con lo que les ha ocurrido a esos niños?

—No estoy tratando de insinuar nada, señor Hardy, pero me pregunto por qué le preocupa tanto que lo sucedido pueda salpicarle a usted o a su colegio… —Dejó la frase en suspenso.

—Yo no sabía nada de este…

—Abuso —dijo Cath, con aire de certeza.

—Todavía no se ha probado nada —recordó el director.

—Vamos, Noel —intervino Reed—. Ya sabes lo que está pasando. Todo el mundo lo sabe.

—Ya te lo advertí —espetó Hardy enfadado—. Te dije que si informábamos de esto, podríamos dañar la reputación del colegio, tuvieras razón o no.

—¿Y qué es lo que te importa más? —quiso saber Reed—. ¿El bienestar de los niños o la reputación de la escuela?

—Es mi obligación considerar el daño que esta mala publicidad puede hacerle al St. Michael —dijo Hardy.

—¿Qué pasa con el daño que ya han sufrido los niños? —exclamó Reed.

—Eso no tiene nada que ver con el colegio.

—Entonces, ¿de qué se preocupa? —intervino Cath—. No es usted o su colegio quienes serán juzgados, señor Hardy. Yo solo estoy investigando los hechos.

—Cliché número uno de los periodistas —se mofó Hardy, mientras daba un paso hacia delante.

—Mire, no he venido a verle a usted, he venido a ver a mi hermano —dijo Cath muy irritada.

—Pues hágalo en otra parte —respondió él con rabia—. Si no ha abandonado nuestras instalaciones en treinta segundos, llamaré a la policía.

Cath se encogió de hombros, recogió los documentos y los metió en su bolso.

—Ha sido un placer volver a verle, señor Hardy —dijo de mala gana, dirigiéndose hacia la puerta. Luego le habló a su hermano—: Hablamos más tarde, Frank.

Hardy cerró la puerta de un golpe.

—No puedes escapar de esto, Noel —dijo Reed.

—Estoy intentando proteger al colegio.

—Y yo he intentado ayudar a esos niños.

Hardy se giró para marcharse, aunque se detuvo delante de la puerta.

—Quizá deberías empezar a pensar en tu trabajo —dijo de forma intimidante.

—¿Me estás amenazando?

—Solo estoy protegiendo al colegio —escupió Hardy, y se marchó, dando otro portazo.

Reed se reclinó en su asiento, respiró hondo y miró el teléfono.

Esperó un momento, luego marcó.

Cincuenta y cinco

Dorothy Talbot bebió de su té y dejó con cuidado la taza y el platillo encima de la mesa. La porcelana repiqueteó.

James Talbot extendió un brazo hacia la taza, pensando que iba a caerse, pero retiró la mano en cuanto vio que su madre la empujaba un poco más hacia el centro de la mesa.

—Está bien, Jim, puedo arreglármelas —dijo ella con una sonrisa—. No soy una inválida.

No. Solo te estás muriendo de cáncer.

Había solo dos personas en la sala de día del Litton Vale. Los otros residentes, o al menos una veintena de ellos, habían ido al West End para ver una película. Dorothy no se acordaba del título, pero de todas formas no le apeteció ir. Era una trama victoriana o algo así, según ella.

—Tenías que haber ido, mamá —dijo Talbot—. A lo mejor te hubiese gustado.

Ella negó con la cabeza.

—No parecía demasiado interesante —dijo ella—. Además, ya me conoces, a mí las que me gustan son las del oeste. Esas a las que solía llevarte cuando eras pequeño.

Talbot trató de aguantarle la mirada, pero descubrió que no podía.

¿Culpa, quizá?

—Me llevabas a ver películas de todo tipo —dijo, intentando que sonara lo más alegre posible—. Vimos cuatro veces El planeta de los simios cuando tenía diez años. Tú la odiabas, recuerdo que no parabas de decirlo. Pero siempre me acompañabas.

Ella levantó un brazo y le tocó la mano.

—¿Qué ocurre, Jim?

¿También podía leerle la maldita mente? ¿Ver en su interior?

Se obligó a mirarla un instante, percatándose de que estaba bastante pálida y de las bolsas bajo los ojos.

No supo si preguntarle si le dolía algo.

—No ocurre nada —mintió.

—¿Es el trabajo? —insistió ella—. Deberías cogerte un descanso,

apuesto a que últimamente no duermes lo suficiente.

—Mamá, yo estoy bien, eres tú quien está enferma… —No pudo acabar la frase.

Ella le apretó la mano, con una fuerza que le sorprendió.

Él encontró su mirada y la sostuvo.

—Jim, no quiero morir aquí —susurró.

—Mamá, no vas a morir.

—El doctor Hodges me ha dicho lo avanzado que está el cáncer.

—No vas a morir —dijo enfadado, como si su rabia pudiera indultarla de la muerte.

Pero ya sabes que morirá.

—Esos malditos médicos no saben una mierda —escupió.

—No me dejes morir aquí, es todo lo que te pido.

No pudo mirarla a la cara durante más tiempo.

Talbot se puso de pie y caminó por el salón, contemplando los jardines bien cuidados. El sol brillaba en el cielo. Los pájaros trinaban.

Era un día hermoso.

Sí, brillante, maldita sea.

Se aclaró la garganta pero no se volvió para mirarla.

—¿Te han puesto alguna medicación?

—Tomo algunas píldoras, aunque no recuerdo cómo se llaman —informó ella—. Tampoco estoy muy segura para qué sirven, aunque el doctor Hodges me lo dijo. —Rió sin ganas—. Creo que también me estoy volviendo senil.

—¿Te duele?

Vale, ya lo has dicho.

—No.

—No me lo dirías si te doliera, ¿verdad?

Se volvió y la miró; ella bebía de nuevo de su taza de té. Mientras la observaba, Talbot sintió la mayor impotencia que había sentido en toda su vida. Impotencia por no poder aliviar su dolor, impotencia por ser incapaz de consolarla.

¿Cuántas veces te ha ayudado ella a ti?

Caminó hasta su lado y se sentó.

—He leído en los periódicos lo de esos niños —dijo ella—. ¿No es terrible? Me ha hecho pensar en lo que tu padre hacía. Cómo me ha dolido.

—Olvídalo, mamá. Eso es el pasado.

—Pero nunca se irá, ¿verdad, Jim? Los recuerdos perduran. Le

odiaba por lo que te hacía. Me odiaba a mí misma por no detenerlo.

—Lo intentaste. Siempre lo intentabas.

—Tenía que haberlo matado. La primera vez que lo hizo, tenía que haberlo matado.

Tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Ni siquiera tuve las agallas necesarias para abandonarle —dijo en voz baja—. Para alejarte de él. —Ella le apretó la mano—. Lo siento, Jim.

Una solitaria lágrima le recorrió la mejilla.

—Dios mío, mamá, tú no eres la única que tendría que pedir perdón —replicó él, mientras ella se secaba la lágrima con un pañuelo.

Yo tendría que pedir perdón. Por dejarte en este maldito lugar.

Mientras ella cambiaba de posición en la silla, él detectó una mueca de dolor en su rostro.

—¿Estás bien? —preguntó Talbot.

Ella sonrió y asintió casi de forma imperceptible.

—Lo único que estoy pidiendo es que me dejes volver a casa, Jim —rogó en voz baja.

Él exhaló una bocanada de aire y se puso en pie.

—Hablaré con el doctor —dijo.

Maldito mentiroso.

Talbot la abrazó.

Ella le besó en la mejilla y le sonrió.

—Te quiero —dijo ella.

—Lo sé —respondió él y se dirigió hacia la salida, volviéndose para saludarla desde allí.

Dorothy Talbot le devolvió el saludo y respiró hondo para soportar el dolor, esperando a que pasaran los ramalazos.

Peropersistían.

Acercó su bolso y buscó la morfina.

Talbot recorrió el pasillo hasta la entrada principal, disminuyendo el paso al llegar a la puerta con la placa que decía DR. M. HODGES.

Se detuvo.

Vamos, cabrón. Entra.

Alzó la mano para llamar.

Hazlo.

Se alejó de la puerta, casi corriendo desde el edificio hasta su Volvo, sobre el que se inclinó con los ojos cerrados.

Pasó un largo rato antes de que volviera a moverse.

Cincuenta y seis

María Goldman oyó que llamaban a la puerta de su despacho, pero siguió leyendo, atenta a la hoja de papel que tenía delante.

Al segundo golpe, más insistente esta vez, logró murmurar algo que pasaba por una invitación para entrar.

La puerta se abrió despacio y entró Nikki Parsons.

—María —dijo en voz baja, mirando a su colega, quien aún seguía pendiente del informe que sostenía en la mano.

—Lo siento, Nikki —respondió ella—. Estaba a kilómetros de distancia. Siéntate.

La joven obedeció, fijándose en la pila de papeles del escritorio de María.

—¿Los informes médicos? —preguntó, aunque parecía más una sentencia que una pregunta.

María asintió.

—¿Ha examinado ya a todos los niños? —quiso saber Nikki.

María volvió a asentir.

—¿Y?

María se reclinó en la silla y cerró los ojos con fuerza. Había sido un día largo y al parecer aún quedaba bastante para que terminara.

—¿Por dónde quieres que empiece? «Considerables moratones en la entrada de la vagina y en los muslos» —leyó de uno de los informes—. «Evidencias de penetración anal.» —Cogió otra hoja—. «Daños pélvicos, causados por golpes. Posible lesión en la vejiga. Contractura cervical. Penetración con instrumentos puntiagudos, posiblemente una rama, causando laceraciones internas en el ano.» —Dejó los informes encima de la mesa—. ¿Qué más quieres oír?

María empujó la pila de documentos hacia su compañera, permaneciendo en silencio mientras Nikki leía el resto de los informes, sacudiendo la cabeza a medida que asimilaba la información.

—Violación —dijo en voz baja—. Este informe especifica que existen evidencias de violación en tres de las chicas.

—Todas menores de once años —añadió María.

—Y violación anal en otros seis niños.

—Un par con numerosos cortes y moratones; contusiones y abrasiones en casi todos los casos. —María volvió a cerrar los ojos —. Creo que es peor de lo que pensamos en un principio.

—Aquí dice que la mayoría de los cortes y moratones se hallan en las muñecas y los tobillos. Como si hubiesen estado atados en algún momento.

—Algunos de los niños lo dijeron en sus declaraciones, ¿no es así?

—También mencionaron las relaciones sexuales, a menudo con una persona en particular.

—¿Con una persona? —exclamó María indignada—. Algunos ni siquiera mencionaron personas, sino animales. Algunos de estos chicos han sido obligados a tener sexo con animales, Nikki, siempre y cuando creamos lo que dicen.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo? Sabemos que los niños entrevistados permanecieron separados mientras eran traídos hasta aquí. No hay forma de que pudieran inventarse una historia conjunta. No hay modo de que todos y cada uno de ellos hayan podido preparar de antemano las evidencias que apoyan sus declaraciones o la de sus amigos. Podría ser así con los niños mayores, pero no con los de cuatro o cinco años. Hace falta buena memoria para ser un buen mentiroso. ¿Estás diciendo que esos niños han mentido acerca de lo que vieron, acerca de lo que les ha pasado? ¿Cómo eres capaz? Tienes los exámenes médicos que corroboran las declaraciones.

—No estoy acusando a ningún niño de estar mintiendo. Todo lo contrario, pero que nosotros les creamos no significa que la policía vaya a hacerlo. Estas declaraciones no son suficientes para obtener una imputación.

—¿A pesar de que las evidencias médicas las respaldan?

—Seguiría siendo insuficiente. No se nombra a nadie. ¿A quién van a arrestar?

—Pero los padres…

María la interrumpió.

—Eso no lo sabemos.

—Entonces, ¿me estás diciendo que los padres de esos niños no tenían ni idea de lo que les estaba pasando a sus hijos?

—¿Han nombrado a alguno de ellos en sus declaraciones? No. Las únicas referencias que tenemos son tíos y tías. Ninguno de los

niños ha dicho «papá hizo esto» o «mamá hizo aquello». No sabemos en qué medida pueden estar implicados los padres.

—¡Yo creo que podemos dar por hecho que lo están!

—La policía necesitará más pruebas, Nikki. Es así, ya lo he visto antes. Los niños que han sufrido abusos son devueltos a sus familiares porque no hay suficientes pruebas contra ellos. —Respiró hondo—. No quiero que vuelva a suceder. Sobre todo en este caso.

—Antes dijiste que era probable que tuviéramos entre manos un caso de pedofilia, y que esperabas que solo se tratara de eso. ¿A qué te referías?

—No quise decir nada más; me preocupaba que pensarais que estaba exagerando. Pero estas declaraciones, algunas de las cosas que dicen los niños… contienen un paralelismo que me asusta. No encuentro ninguna otra palabra para describirlo. —Localizó el documento que buscaba y le dio unos golpecitos con el lápiz. Luego pasó la punta por el texto—. Los sacrificios de animales y hacer que se beban la sangre. Pintarles el cuerpo. Filmarlos o fotografiarlos mientras eran violados. Suministrarles píldoras y alcohol para atontarlos. Encerrarlos en armarios o cajas. Una figura que les hace daño, gente vestida como payasos o monstruos. Cantos en latín. —Miró a Nikki—. Esto no son violaciones corrientes.

—¿Qué quieres decir? —dijo con el ceño fruncido.

—Creo que podrían contener un elemento ritual. Cuando les pedimos a los niños que dibujaran a la persona que les hacía daño, esto es lo que hizo uno de ellos.

María le pasó un folio a su colega, observando su expresión al ver el contenido.

El dibujo mostraba a una figura alargada, con una especie de túnica. En el lugar que debían ocupar los ojos, había dos puntos de cera roja. Las manos estaban coloreadas del mismo color. Pero lo que más le llamó la atención a Nikki fue la cabeza. Estaba esbozada de manera tosca, pero parecía la cabeza de una oveja o una cabra.

Dos cuernos le sobresalían por encima de los ojos.

—Lo que más le preocupaba al niño —dijo María— era que el diablo le pudiera hacer daño. ¿Cuántos niños de seis años conoces que puedan dibujar algo así?

—Pero, María, ha sido solo uno de los niños.

Inclinándose hacia delante, María deslizó sobre la mesa cuatro hojas más.

Cada una mostraba aquella figura con cuernos.

Cincuenta y siete

Frank Reed estudió su reflejo en el espejo de cuerpo entero de su dormitorio y volvió a peinarse con una mano.

Comprobó el reloj de la mesita de noche y luego confirmó la hora con su reloj de pulsera.

Llegaba tarde.

Sintió que su corazón se aceleraba.

¿Y si no venía?

¿Y si hubiera habido un accidente?

El timbre de la puerta sonó y Reed se apresuró en bajar las escaleras. Quitó la cadena y abrió la puerta.

Rebecca Reed estaba de pie frente a él, sonriendo.

—Becky —dijo con alegría; la atrajo hacia él y la besó.

Le pareció que había pasado una eternidad desde que la vio por última vez.

—Estás muy grande —dijo, aupándola en brazos—. Creo que pronto pesarás demasiado para cogerte.

Fingió que la dejaba caer.

Becky soltó una carcajada.

—Hay algo para ti en el salón —dijo.

La niña miró hacia atrás, como si necesitara el permiso de la impasible mujer que estaba en el umbral de la puerta.

Ellen Reed asintió y Becky echó a correr, desapareciendo por el pasillo de la derecha.

—Gracias por traerla —dijo Reed, aunque difuminó su sonrisa—. ¿Quieres entrar un momento?

Se echó a un lado y extendió un brazo.

Una invitación.

—Jonathan está esperando en el coche —se excuso Ellen—. No puedo entretenerme mucho.

—Creía haberte dicho que no viniera—se rebeló Reed.

—Está en el coche, Frank —dijo Ellen irritada, pasando al interior.

Lo siguió hasta la cocina, donde puso a hervir una tetera. Él se giró y la vio de pie junto a la mesa.

—Puedes sentarte, ¿sabes? —le dijo—. Esta también es tu casa.

—Lo era, Frank —puntualizó ella, cogiendo una silla—. La tienes muy limpia.

—¿Esperabas que fuera a vivir como un cerdo solo porque me has abandonado? —espetó.

Le ofreció una taza de té y se sentó frente a ella, acercándole el bote de azúcar.

Ella se echó una pizca.

—¿Ya no te gusta dulce? —preguntó—. Solías echarle tres cucharadas, ¿no?

—Jonathan dice que he ganado algo de peso, así que me estoy controlando.

—Oh, bien, si Jonathan dice que estás engordando… —dijo, en un tono cargado de sarcasmo—. ¿Te ha especificado la talla y el peso óptimo que le gustaría que tuvieras, o se limitará a avisarte cuando hayas logrado el objetivo?

—No he venido aquí para discutir, Frank —replicó ella, dándole un sorbo al té.

—Soy incapaz de entender lo que te pasa —dijo Reed.

La miró de arriba abajo y reparó en que tenía muy buen aspecto. Lucía una trenza rubia y reluciente. Apenas llevaba maquillaje, a excepción de la línea de ojos, pero la piel parecía brillarle. Vestía un traje verde oscuro de dos piezas y una blusa blanca; estaba impecable.

—¿También te ha elegido la ropa? —preguntó Reed, haciendo un gesto con la cabeza—. ¿Además de entrenador personal es tu asesor de moda?

Ellen envolvió la taza con las manos y Reed le señaló los dedos de la izquierda.

—¿Dónde está tu anillo?

—Me lo quité cuando me marché. Ya no estamos juntos.

—Pero seguimos casados. ¿O eso también ha sido idea de Jonathan?

—Olvídalo, Frank. Becky está aquí gracias a él. Me sugirió que debía dejarte verla.

—¡Qué generoso, maldita sea! ¿Qué se supone que debo hacer, salir corriendo y decirle lo agradecido que estoy por haber accedido a que vea a mi propia hija?

—No puedes culparle por todo lo que ha pasado, Frank.

—Te apartó de mí, puedo culparle de eso.

—Él no me apartó. Yo elegí marcharme.

—Sí, y te llevaste a nuestra hija contigo.

Oyeron unas pisadas apresuradas hacia la cocina y, un momento más tarde, Becky irrumpía con una Game Boy en la mano, sujetándola como si fuera un trofeo.

—Mira, mamá —dijo, mostrándole la pantalla—. Trae el juego de Mario.

La niña le ofreció el videojuego a Ellen y se abalanzó hacia Reed con los brazos abiertos.

—Gracias, papá —dijo emocionada, y lo besó en la mejilla.

Él la apretó con fuerza durante un segundo, luego dejó que la niña se deslizara por su regazo, observándola mientras recuperaba el juego y se escabullía de nuevo hacia el salón; su cabello rubio volaba como seda al viento.

—¿No crees que es un poco avanzado para una niña de siete años? —preguntó Ellen—. ¿Y un poco extravagante? No puedes comprar su cariño, Frank.

Se miraron con frialdad, luego Ellen volvió a hablar.

—Creía que no aprobabas este tipo de cosas para los niños. Habría esperado que le compraras una colección de enciclopedias o algo más educativo —dijo.

—Quizá Jonathan pueda enseñarle cómo usarla —espetó Reed —. Al parecer él es experto en cualquier tema.

Ellen se puso de pie.

—Será mejor que me vaya.

Reed la siguió por el pasillo.

—Me voy, Becky —dijo en voz alta, y la niña apareció corriendo desde el salón, aún con la Game Boy en la mano.

Reed las miró mientras se abrazaban, luego Becky volvió a desaparecer .

—La recogeré el lunes por la mañana, a las ocho —dijo Ellen.

—Deberías darte prisa —respondió Reed—. No querrás hacer esperar a Jonathan.

Cerró la puerta cuando salió la mujer y se quedó allí parado durante un momento, oyendo el sonido de sus pasos por el camino de entrada. Luego se dirigió al salón.

Cincuenta y ocho

—¿A qué demonios estás jugando, Talbot?

Gina Bishop se apostó delante de él en el bar del Holiday Inn, en Mayfair. Bajó la voz, consciente de que algunas cabezas se habían vuelto para mirarla.

Talbot estaba convencido de que la falda corta y la chaqueta negra cruzada eran lo que había captado el interés de los otros clientes. Los tacones la elevaban por encima del policía, con el cabello rubio cayéndole hacia delante tras inclinarse sobre él para susurrarle entre dientes la misma pregunta.

—Siéntate —dijo él, fijándose en sus piernas esbeltas—. Estás llamando la atención.

Ella se calmó, luego se sentó en una de las sillas que había frente a él y avisó con la mano al camarero. Este se dirigió hacia la mesa. Aligeró el paso cuando ella cruzó las piernas y la tela de su falda reveló un poco más de muslo.

—¿Qué puedo servirle, señora?

—Un vino blanco con soda —dijo, apartándose un mechón de pelo del rostro.

—Para mí otro Jameson, por favor —añadió Talbot, y el camarero se retiró casi a regañadientes.

—¿Otra vez has roto el cerdito? —preguntó Talbot, señalando su traje con un gesto de la cabeza—. ¿O el trabajo ha ido bien estos últimos días?

—Ya te lo he dicho antes. El trabajo siempre va bien.

—No está mal —dijo, casi dando su aprobación.

—¿No está mal? Es un Versace, por el amor de Dios. Los zapatos son unos Manolos —dijo con indignación.

Talbot tiró de la manga de su propia chaqueta.

—Del C&A —dijo con una sonrisa.

El camarero regresó con las bebidas, las dejó en la mesa, y se dirigió hacia otros clientes.

—Bueno, ¿qué quieres, Talbot? —preguntó, probando su copa—. Me interrumpes para que nos veamos esta noche y consigues que deje de trabajar en una de las noches más ocupadas que tengo.

¿Sabes cuánto podría haber ganado hoy? He tenido que cancelar dos citas por tu culpa. Podría haber cobrado tres de los grandes.

—¿Un pedido especial? —preguntó con sarcasmo.

—Dos hombres de negocios, japoneses.

—Japos. ¿También te anuncias en las Páginas Amarillas de Tokio?

—Me han recomendado —dijo desafiante.

—Dos, ¿eh? ¿Al mismo tiempo?

—Si eso es lo que quieren… Además, los japos dan buenas propinas.

—Que le den a tus citas. No tendrías ninguna si yo no te permitiera que las tuvieras.

—Te estoy muy agradecida —dijo con desdén.

Permanecieron un momento en silencio, luego Gina habló otra vez.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Quiero hablar.

—¿Cómo la otra noche?

—Me preguntaba si te apetecería comer algo. Podríamos dar un paseo por esta calle, hay una pizzería un poco más abajo.

—No te molestes, Talbot, no tienes que emborracharme e invitarme a cenar. Ya lo sabes. Si quieres follar conmigo, vayamos a mi casa y acabemos con esto.

—Te estoy ofreciendo ir a cenar.

—En una mugrienta pizzería. ¿Crees que voy a ir a Pizzalandia con un vestido que ha costado más de lo que los camareros ganan en todo el año?

—Solo es un puto vestido, por Dios.

—La ropa dice mucho de una persona, Talbot. Mira el estado de la tuya.

—¿Piensas que esas marcas significan algo?

—Significan algo para mí.

—Quizá, pero la mierda sigue siendo mierda, aunque la vistas de seda.

—No tengo por qué aguantar esto —espetó ella.

—Estás equivocada —replicó él, apurando lo que le quedaba en el vaso.

—Eres un hijo de puta —siseó ella.

—Cuidado, Gina, tu verdadero yo está saliendo a la luz.

—Cabrón.

—¿Quién lo niega? Bueno, ¿vamos a comer o qué?

—No en esa maldita pizzería —dijo ella. A continuación abrió el bolso y sacó su teléfono móvil. Marcó un número y enseguida sonrió al oír una voz al otro lado de la línea.

Talbot la miraba.

—Hola, soy Gina Bishop. Me preguntaba si tendríais libre mi mesa de siempre. Ya sé que estaréis llenos pero… Oh, es posible, eso es maravilloso. Estaré allí en cinco minutos. Gracias.

Colgó el teléfono y lo guardó en el bolso.

—¿Uno de tus clientes tiene un restaurante? —preguntó Talbot.

—Almuerzo allí a menudo. Me conocen. —Se levantó—. Venga, Talbot, vámonos. Cojamos un taxi. No te preocupes, pago yo.

Él dejó un billete de diez libras encima de la mesa.

Cruzaron la recepción del hotel, Gina dos pasos por delante de él.

El botones asintió cuando pasaron por su lado.

—¿Puede conseguirnos un taxi, por favor? —pidió Gina, y el hombre salió a toda prisa para parar uno.

Gina se sentó detrás del conductor, consciente de que este la estaba mirando por el espejo retrovisor.

—Si voy a tener que aguantar tu mierda toda la noche —le dijo a Talbot—, qué menos que hacerlo en un entorno cómodo. —Luego se dirigió al conductor—: Al Overtons, por favor.

Talbot la miró.

Ella miraba a su vez por la ventanilla del coche.

El taxi se mezcló con el tráfico.

Cincuenta y nueve

—¿Has confirmado algún nombre de los que le enseñaste a tu hermano? —preguntó Phillip Cross, mientras tomaba una cucharada de arroz de un cuenco de papel.

Arrodillada a su lado, sobre la alfombra, Catherine Reed asintió, pasando de uno a otro de los cuencos repletos de comida para llevar. Pinchó varios pedazos de carne y los dejó en el bol donde se había servido un poco de arroz.

—Nueve de los niños que aparecen en la lista estudian en el colegio de Frank —explicó a Cross.

—¿Alguno de los padres ha dicho algo?

—Dos me cerraron la puerta en las narices, otros dos me mandaron al carajo y los otros cinco no querían o no sabían qué contestar —explicó Cath.

—¿Qué crees que está pasando, Cath?

Se echó hacia atrás para apoyarse en la parte baja del sofá, mirando de reojo a la pantalla del televisor, pero su mente estaba concentrada en la pregunta de Cross.

—Que ha habido abusos está claro, apostaría mil libras— se metió en la boca un puñado de arroz—. Pero nadie quiere hablar de ello, y no los culpo. Aunque, si no tienen nada que esconder...

—¿Crees que son los padres quienes han abusado de los niños?

—Algunos de ellos tienen que estar implicados directa o indirectamente. No digo que les hayan hecho daño a sus propios hijos, pero tenían que saber lo que estaba sucediendo. —Se pasó una mano por el cabello—. Necesito hablar con alguien de los servicios sociales de Hackney, ver qué han declarado los niños. —Continuó mirando la pantalla del televisor, aunque el sonido estaba bajo—. Y hay otra cosa que me preocupa bastante. Lo más probable es que no haya ninguna conexión, pero una de las familias, los O'Brian… a su hijo se lo llevaron los servicios sociales, ¿cierto? Un par de semanas antes, profanaron la tumba de su hija fallecida. ¿Te acuerdas de toda esa mierda que estaba ocurriendo en el cementerio Croydon?

Él asintió.

—¿Las lápidas destrozadas y los grafitis?

—Esto ha tomado un cariz muy serio.

—No estarás insinuando que los O'Brian están relacionados con lo que pasó, ¿verdad? Quiero decir, es muy poco probable que desenterraran el ataúd de su propia hija, ¿no crees? —planteó Cross.

—Quizá ellos no. Puede que fuera alguien que se la tuviera jurada a la familia.

—¿Y las otras tumbas profanadas? Por no mencionar el gato que clavaron en la puerta de la iglesia. ¿Crees que tienen algo que ver?

—Phil, no tengo ni idea de lo que ha pasado. Pero por lo que sabemos, Nicholls podría tener razón, podría tratarse de algún tipo de ritual.

—Entonces, ¿piensas que han sido violaciones satánicas?

—No sería la primera vez que ocurre, ¿verdad? ¿Recuerdas los casos de Cleveland, Nottingham y las islas Orkney? Supuestamente fueron casos de sacrificios satánicos.

—Y ninguno de ellos fue probado jamás —dijo Cross con rotundidad.

Cath se metió otro bocado en la boca.

—No intentes buscar una historia enrevesada donde no la hay, Cath —dijo Cross.

—No me digas cómo debo hacer mi trabajo, Phil —dijo irritada —. Yo no te digo cómo tienes que hacer las fotos.

—No he querido decir eso —respondió—. Lo único que quiero es que no hagas el ridículo.

Ella estaba a punto de replicarle cuando sonó el teléfono.

Cath lo cogió.

—Hola —dijo.

Silencio.

—Hola.

Nada.

La línea estaba muerta. Cath colgó y regresó a su sitio.

—Si pudiera hablar con algún miembro de las familias de esos niños, o incluso con algún conocido —dijo emocionada—, quizá tendría la oportunidad de descubrir qué está pasando.

—¿Y crees que van a hablar contigo? —preguntó Cross escéptico.

—Alguien hablará, siempre lo hacen.

El teléfono volvió a sonar. Cath murmuró algo e hizo el amago

de levantarse, pero Cross le puso una mano en el hombro, y fue él quien se puso de pie.

Cogió el teléfono.

—Hola.

De nuevo, solo silencio.

—Escucha, creo que te has equivocado de número.

Oyó un clic cuando se cortó la conexión.

Estaba a punto de sentarse y sonó otra vez.

—Jesús —masculló Cross.

—Déjalo —dijo Cath—. Deja que salte el contestador automático.

La joven oyó su propia voz en la cinta, luego la señal, y después nada.

Apenas diez segundos más tarde, el teléfono volvió a sonar.

Cath se puso de pie de un salto y agarró el auricular.

—Hola otra vez —dijo, sonriendo.

—¿Catherine Reed? —preguntó la voz.

—Sí.

—Deja de meter la puta nariz en esto, escoria. Mantente alejada de los asuntos de los demás, ¿de acuerdo? ¿Me estás oyendo, maldita sea? —La voz era baja, gutural.

—¿Quién demonios eres? —preguntó Cath.

—Mantente al margen, zorra, o pronto estarás muerta.

Colgaron de golpe.

Cath sostuvo el auricular durante un momento, luego lo colocó con cuidado en la horquilla.

—¿Estás bien? —preguntó Cross, al reparar en su palidez.

Ella asintió, todavía con la mirada en el teléfono.

Esperando.

Pasaron treinta minutos antes de que volviera a sonar.

Sesenta

Talbot estaba demasiado ocupado comiendo para advertir que Gina Bishop miraba su reloj Cartier.

Ella suspiró.

Las diez y media.

Dios, ¿cuánto más iba a tardar?

Le dio una calada a su cigarrillo, observando al policía a través de una fina película de humo.

A su alrededor, el murmullo de las conversaciones parecía subir y bajar de tono; el tintineo de los cubiertos era el único sonido que perturbaba la relativa tranquilidad del restaurante.

Talbot por fin acabó y apartó el plato.

—Muy rico —dijo, enarcando las cejas. Echó un vistazo a los otros clientes—. ¿A cuántos de ellos conoces? —preguntó.

Ella parecía confundida.

—¿Alguno de ellos te ha ayudado a pagar ese traje?

—¿Qué ocurre, Talbot? —exclamó ella—. ¿Ya te has hartado de hablar de tu madre?

Él le lanzó una mirada de enojo.

—No has parado de hablar de ella desde que hemos llegado, ¿por qué cambiar de tema? —dijo Gina de mala gana.

—Te he dicho que quería hablar, no que me dieras tu maldita opinión; solo necesitaba a alguien que me escuchara.

—¿Y por qué me has elegido para ese honor?

—Porque no tengo a nadie más —dijo en voz baja.

—¿Qué, no tienes amigos? Aunque tratándose de ti, no me sorprende.

—¿Crees que habría optado por hablar contigo si tuviera otra alternativa?

Se miraron en silencio.

Ella le dio una calada al cigarrillo y le echó el humo a la cara.

—¿Y tus colegas? —preguntó—. Seguro que alguno te hubiera escuchado.

—No quiero molestarlos con mis problemas.

—Qué considerado, y a mí sí puedes molestarme, ¿no?

—Su tiempo es importante. El tuyo no.

El inspector dio un largo trago de su bebida, y observó cómo ella acababa con su cigarrillo.

—¿Qué vas a hacer con tu madre? —preguntó al fin.

—No lo sé —murmuró.

—¿Por qué no dejas que vuelva a casa?

—¿Quién diablos va a cuidar de ella?

—Contrata a alguien.

—Eso es lo que he hecho. No la dejan quedarse en Litton Vale por la bondad de sus malditos corazones. Cobran dinero.

El hombre de la mesa contigua miró a Talbot, quien lo fulminó.

—Si la llevas a casa te ahorrarás el dinero que le estás pagando al hospicio…

—No es un hospicio.

Ella se encogió de hombros.

—Lo que sea. Te ahorrarás el dinero. Empléalo en una enfermera para que la cuide en casa. Es lo que me parece más lógico. No te costará mucho más. De todas formas, por lo que has dicho, no le queda mucho de vida.

Talbot la miró furioso.

—¿O es que no quieres que vaya a casa, Talbot? —preguntó Gina con rotundidad.

No supo qué responder.

Bueno, ¿es esa la razón?

Apuró lo que le quedaba en el vaso y lo dejó en la mesa con fuerza, ganándose la mirada de otros comensales.

—Antes has dicho que le debías algo —dijo Gina—. ¿Qué querías decir?

Él negó despacio con la cabeza.

—Olvídalo —dijo en voz baja.

—Cuéntamelo.

—Que te den.

—Querías que habláramos, Talbot. Estoy hablando. Querías que te escuchara. Te he escuchado.

—Es parte del trabajo, ¿no? —escupió él—. Escuchas a esos viejos verdes, unos malditos cabrones deprimidos que no son capaces de aguantar a sus esposas. Que tienen que pagarte. Hablas con ellos o les dices lo buenos que son, mientras miras tu reloj y vas contando las libras. Hablas, escuchas. Lo haces por dinero. Por cualquiera y con cualquiera. Siempre y cuando el precio sea justo.

—No soy como las otras y lo sabes.

—Eres una puta, está claro. La única diferencia entre tú y esas zorras que trabajan en King's Cross es que tú llevas ropa de marca para ocultar la suciedad.

—Y tú me necesitas, Talbot. Por eso me odias, ¿no es así? No tienes a nadie más. No tienes amigos. Ni familia. Nada. Yo soy lo único que te queda.

Él deslizó el dedo por el borde de su vaso vacío, mirándola mientras ella apagaba el cigarrillo.

—Ya te lo he dicho, ambos somos iguales. La única diferencia es que yo no dejaría morir a mi madre en una residencia de ancianos. Si haces eso, Talbot, no vuelvas a tener el descaro de llamarme escoria.

Él observó con malevolencia como avisaba al camarero para que les trajera la cuenta.

Cuando se acercó a la mesa, Gina dejó su tarjeta American Express Oro en el platillo junto a la factura. El camarero lo cogió y desapareció.

—El dinero manda —dijo con una fina sonrisa en los labios—. Las palabras se las lleva el viento.

El camarero reapareció y ella firmó la copia azul del recibo. Luego se puso en pie y Talbot la siguió hasta salir al aire frío de la noche.

Un taxi se dirigía hacia ellos, y Gina levantó un brazo para que los recogiera.

—¿A mi casa? —preguntó sin entusiasmo.

Talbot había echado a andar por St. James's Street hacia Piccadilly.

El taxi se detuvo junto a la acera.

—Talbot —exclamó.

Él siguió caminando.

Gina esperó un momento, luego se subió al taxi.

Arrancó.

Ella no lo miró cuando el vehículo pasó por su lado.

Sesenta y uno

—Cath, tienes que llamar a la policía —dijo Phillip Cross—. No sabes qué clase de maníaco puede haber detrás de esas llamadas.

Cath estaba sentada en el sofá sobre sus piernas flexionadas, con los ojos clavados en el teléfono.

Se habían producido dos llamadas más.

Ambas con amenazas violentas.

Sin embargo, creía que eran voces diferentes.

—Pueden averiguar desde dónde han hecho las llamadas —insistió Cross.

—Quienquiera que haya sido, ha colgado lo bastante rápido para que la policía no pueda rastrear su origen —dijo Cath en voz baja, sin dejar de mirar el teléfono.

Esperaba que volviera a sonar en cualquier momento.

—Al menos avísales —dijo el fotógrafo enfadado.

—Lo más probable es que haya sido el padre de uno de los niños que han puesto bajo tutela —dedujo ella—. Me dijo que me mantuviera al margen.

—También han amenazado con matarte. ¿Qué vendrá después de las llamadas? ¿Que alguien aparezca y llame a tu puerta? ¿Qué te quemen el buzón con gasolina? Llama a la policía, Cath.

Ella negó con la cabeza.

—De ningún modo te voy a dejar sola esta noche.

Ella le sonrió, acariciándole la mano cuando él se la apoyó en el hombro.

—De todas formas no quería que te marcharas —susurró, atrayéndole hacia ella.

Cross la abrazó y ella se agarró con fuerza.

—¿Cómo demonios han conseguido tu número? —se preguntó—. Pensaba que no aparecía en la guía.

—Y no aparece —respondió ella en voz baja.

—Por Dios, Cath —exclamó—. Si han sido capaces de averiguarlo, ¿qué más pueden hacer?

Ella se levantó del sofá y se asomó a la ventana, mirando hacia la noche.

—Probablemente hayan llamado desde una cabina pública —masculló—. Así sería más difícil rastrear las llamadas.

—Quien haya sido, es probable que ni siquiera pensara en eso —dijo Cross con desdén.

—No han vuelto a llamar desde hace dos horas —dijo aún asomada a la negrura—. Creo que ya han acabado por esta noche. Puede que se hayan cansado. Pensarán que han conseguido lo que pretendían. —Se volvió hacia Cross—. Vamos a la cama.

Él asintió despacio.

Cath apagó la lámpara que había encima del televisor. Echó una mirada a la foto de ella con su hermano.

Tocó la imagen, acariciando brevemente el rostro de Frank.

Cross estaba en el pasillo de camino al dormitorio.

Cath miró por última vez el teléfono, apagó la luz y cerró la puerta del salón detrás de ella.

Fuera, ocultos por la oscuridad, unos curiosos ojos vieron cómo la luz se apagaba.

El apartamento estaba a oscuras.

Ahora solo era cuestión de tiempo.

Él la observaba mientras dormía, agazapada a un palmo del borde de la cama.

Frank Reed se fijó en el constante movimiento del pecho de su hija, y en el débil siseo de su respiración.

Estaba tan hermosa. Tan tranquila.

Extendió una mano y, con mucho cuidado, le apartó un mechón de la boca.

Ella se dio la vuelta, soñando, y Reed dio un paso atrás, por temor a despertarla, aunque se quedó quieta.

Se inclinó hacia delante y la besó con suavidad en la frente.

—Te quiero —susurró, luego se irguió y salió despacio del dormitorio, deteniéndose un momento en el umbral para echarle una última mirada.

No podía perderla.

No le importaba lo que pudiese costar.

Ya había perdido a su esposa: no tenía ninguna intención de perder a su hija.

Cerró la puerta de la habitación.

María Goldman se despertó sobresaltada y con los ojos bien abiertos, con los últimos vestigios de la pesadilla impresos en su mente.

Sondeó los rincones de su habitación, buscando la enorme figura con túnica que la había perseguido en sueños.

La figura con cuernos.

¿Estaba escondida entre las sombras del dormitorio? ¿Oculta en la negrura?

Soltó un alarido cuando sintió que una mano le tocaba la espalda.

Su marido, despierto por los repentinos movimientos, le pasó la mano por la piel suave y le preguntó si se encontraba bien.

María asintió y se acurrucó junto a él, quien le pasó el brazo por los hombros, dejándose llevar por la somnolencia.

Ella se preguntó si la figura cornuda estaría esperándola en los oscuros recovecos de su sueño.

No recordaba cuánto tiempo llevaba andando ni hacia dónde lo había hecho.

Talbot podía haber estado caminando en círculos, dadas las circunstancias.

Cada calle parecía ser la misma; cada edificio, indistinguible del siguiente.

La oscuridad se había vuelto más fría a medida que la noche daba paso al amanecer.

Y aun así había seguido caminando, levantándose con el cuello de la chaqueta levantado para protegerse del gélido viento que azotaba en algunas de las calles laterales, y arrojaba a sus pies papeles y latas vacías.

Con las manos metidas en los bolsillos, siguió avanzando.

Sesenta y dos

El oficial Bill Rafferty llamó a la puerta del despacho, esperó un instante y entró.

La estancia estaba vacía.

El escritorio de Talbot, desocupado.

Rafferty murmuró algo y miró a ambos lados del pasillo.

Vio a un policía uniformado junto a la puerta de salida del extremo más alejado.

—¿Ha visto al inspector Talbot esta mañana?

—No, señor —respondió el agente.

Rafferty regresó al despacho, se sentó sobre el escritorio y giró el teléfono hacia él. Apretó un botón y esperó.

Reconoció la voz del otro lado.

—Colin, soy Rafferty —dijo el oficial—. ¿Has visto a Talbot esta mañana?

—Hace un par de días que no lo veo —aclaró el agente Colin Penhallow—. ¿Cuál es el problema, Bill?

—No está aquí, ese es el problema. Me han llegado dos mensajes de la comisaría de Theobald's Road, Macpherson quiere hablar con él, pero no soy capaz de encontrarle. —El oficial miró su reloj.

—Pues lo lamento, pero no puedo ayudarte, Bill —se disculpó Penhallow—. De todas formas, ¿qué quiere Macpherson de Talbot? Él está a cargo del caso de los niños violados, ¿no?, pero no tiene nada que ver con nosotros.

—Pues díselo al inspector. Al parecer, ese caso es lo único que le importa.

—¿Por qué diablos está tan interesado?

—Eso es lo que me gustaría saber. —Una luz roja parpadeaba en la consola—. Mira, tengo que dejarte, hay otra llamada en la línea tres. Saludos, compañero.

Rafferty apretó el tercer botón.

—Terminal del inspector Talbot.

—Bill, ¿eres tú? —preguntó una voz baja, jadeante.

—¿Quién es? —preguntó Rafferty.

—Soy yo. —Una tos seca—. Talbot.

—Dios mío, llevo buscándote la última hora y media, ¿va todo bien?

—Sí. Escucha, ¿puedes recogerme en mi casa dentro de una hora?

—No hay problema. Jim, Macpherson te ha llamado esta mañana.

—¿Qué te ha dicho?

—Quería comunicarte que había visto los informes médicos de los niños que están bajo tutela. Varios de ellos fueron violados. También me ha dejado el nombre de la mujer de los servicios sociales de Hackney con la que se supone que tú querías hablar.

—Bien, recógeme lo antes posible. Quiero ir a hablar con ella.

—Jim, si no te importa que te pregunte, ¿qué coño está pasando?

—¿A qué te refieres?

—Al caso de Hackney. ¿Por qué tanto interés? Ya tenemos suficiente mierda en nuestro departamento. Ese marrón es de Macpherson.

—De acuerdo, tú dedícate a lo que tengas que hacer… solo dame el puto nombre de la mujer —espetó Talbot.

—Jim, solo preguntaba. Parece como si estuvieras obsesionado con ese maldito caso y…

—El nombre —escupió Talbot.

—María Goldman.

—Está bien. Mira, si tienes cosas que hacer, ponte con ellas. Yo voy a hablar con la tal Goldman.

—Iré a recogerte —dijo Rafferty sin energías—. Por cierto, hemos indagado más en los tres suicidios. ¿Recuerdas? El caso en el que trabajábamos antes de que ocurriera esa mierda en Hackney? —dijo el oficial con sarcasmo.

—¿Y?

—Al parecer, dos de los tres fallecidos informaron de extrañas llamadas de teléfono una semana antes de que se mataran.

—¿Qué quiere decir «extrañas»?

—Parriam y Hyde recibieron llamadas en las que les advertían que parasen.

—¿Cómo habéis averiguado eso?

—Hemos hablado con sus secretarias.

—¿Y por qué demonios os ha llevado tanto tiempo?

—La secretaria de Hyde estaba de luna de miel; la de Parriam

acaba de reincorporarse de una baja por enfermedad.

—¿Qué más decían las amenazas?

—Que parasen. Solo eso.

—¿Parar de qué?

—No lo sé.

—¿Y Jeffrey?

—De él no tenemos nada.

—Mira, Bill, recógeme en cuanto puedas, ¿de acuerdo? Nos ocuparemos de esta mierda más tarde.

—Creo que es importante…

Talbot lo interrumpió.

—El caso de los abusos también, así que muévete.

Colgó el teléfono.

Rafferty miró el aparato durante un momento antes de dejarlo en la horquilla.

Frank Reed abrazó a su hija con fuerza, sentía su cálida respiración en la mejilla.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó, alzando la vista hacia su mujer, quien los observaba de forma impasible.

—Vamos, Becky, llegaremos tarde —dijo Ellen, mirando su reloj.

Becky besó a su padre en la mejilla.

—Te quiero, papá —dijo y fue hacia la puerta.

—Vamos, corre hasta el coche —dijo Ellen.

—Podría haberla llevado yo al colegio —dijo Reed irritado.

—Me coge de camino al trabajo —respondió Ellen, recogiendo la pequeña mochila de su hija. Se dio la vuelta para marcharse.

—Gracias, Ellen —dijo casi a regañadientes.

—¿Por qué?

—Por dejarme a Becky este fin de semana. Sé que tengo todo el derecho a verla pero…

—Estaremos en contacto, Frank —dijo ella, y se fue.

Recorrió el camino hasta el coche. Becky ya estaba en la parte de atrás, saludándole con la mano.

Él le devolvió el saludo.

Dios, cómo duele verla marchar.

Ellen se deslizó delante del volante y arrancó el motor.

—Vamos, Becky —dijo con una sonrisa en los labios—, despídete de papá. —Miró fijamente la silueta de Reed recortada

contra la puerta —. Puede que pase un tiempo antes de que vuelvas a verlo.

El coche se alejó.

Sesenta y tres

—Tal y como le he dicho por teléfono, no puedo dejarle ver a ninguno de los niños —dijo María Goldman, manteniendo abierta la puerta de su despacho.

Catherine Reed entró, fijándose en la pequeña sala tan bien ordenada. Aceptó la invitación a sentarse y María hizo lo propio en el otro lado del escritorio.

La periodista echó un vistazo al despacho. Había un pequeño televisor y un video, instalados en un rincón. El reloj digital del video parpadeaba sin parar. Las paredes eran una masa de estanterías y archivadores, y los pocos espacios libres estaban cubiertos por carteles y folletos.

—¿Ya han terminado con ellos? —preguntó Cath.

María asintió.

Cath hurgó en su bolsillo y sacó una pequeña libreta.

—No le importa que la use, ¿verdad? Tengo mala memoria. —Sonrió.

—¿Le apetece un café?

—Gracias. Sin azúcar.

María se dirigió hacia la puerta.

—La máquina está al final del pasillo —explicó—. Vuelvo en un minuto.

Cuando desapareció, Cath, con sigilo, se asomó por la puerta entreabierta. María le echaba monedas a la máquina de café.

Fue a toda prisa hasta el escritorio de María y miró por encima de los montones de papeles dispersos.

En un libro enorme se llevaba algún tipo de contabilidad.

Lo hojeó, buscando cualquier cosa que pareciera una lista de nombres.

Nada.

Abrió el primer cajón de la mesa.

Carpetillas de color manila pero sin anotaciones.

En el siguiente cajón encontró la foto enmarcada de un hombre de unos treinta años.

Elegante, apuesto.

Estaba a punto de abrir el siguiente cuando oyó pasos que se acercaban por el pasillo.

Rodeó la mesa y se sentó en su silla, respiró hondo y empezó a dibujar círculos con el bolígrafo en una de las hojas de la libreta.

María entró con dos vasos de plástico con café. Empujó la puerta con el pie y la cerró de un golpe. Le ofreció una de los vasos a Cath.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por usted, señorita Reed?

—Llámeme Cath, por favor —Probó el café—. Me preguntaba si ya han terminado de entrevistar a todos los niños.

—Sí, así es.

—¿Podría confirmar que se trata de un caso de violación de menores?

—Por desgracia, sí.

—¿En todos los casos? Son diecisiete los niños recluidos, ¿no es cierto?

—«Recluidos» suena un poco melodramático —dijo María sonriendo.

—Bueno, las redadas son bastante melodramáticas, ¿no le parece? Y ustedes creyeron que era necesaria.

—Creíamos que los niños podían estar en peligro.

—¿Por qué eligieron esas casas en particular?

—Fue una elección al azar, salvo dos de ellas. Recibimos unos informes…

—¿Una de ellas era la casa de los O'Brian?

María parecía sorprendida.

—Mi hermano es el profesor del St. Michael que dio el primer aviso —explicó Cath—. Ya sé que uno de los niños tutelados es Paul O'Brian.

—¿Qué más sabe? —preguntó María, entrelazando las manos sobre elvaso.

—No mucho. Hay demasiados cabos sueltos, y hay cosas que podrían estar relacionadas o no con esta red de pedofilia.

—Yo no he dicho que se trate de una red de pedofilia —intervino María.

—Pero ha dicho que han existido abusos.

—No todos los niños que hemos entrevistado han sido violados, al menos no físicamente.

—¿Cuántos lo han sido?

—Nueve.

—¿Incluyendo al niño de los O'Brian?

María asintió despacio.

—¿Cree que han sido los padres?

—No soy yo quien debe decir eso, señorita Reed. Tendría que preguntarle a la policía.

—¿Han sido informados de los abusos físicos?

—Ya han visto los exámenes médicos. Las medidas a tomar, y sobre quién tomarlas, es algo que les concierne a ellos.

Cath bebió café, y echó otro vistazo al despacho.

—¿Para qué es el video? —preguntó.

—En algunos casos, como este, las entrevistas son grabadas en audio y cintas de video, además de transcribir las declaraciones que se toman.

—Pero los videos no se permiten en los juicios, ¿no es cierto?

—Sirven principalmente como apoyo para los trabajadores del centro, para asegurarnos de que nos quedamos con todos los detalles, con todo lo que los niños nos cuentan.

—¿Alguno de ellos mencionó un cementerio?

La pregunta llegó de forma inesperada, de modo que María apenas pudo disimular su sorpresa. Durante un rato observó a Cath.

—¿Por qué lo pregunta? —inquirió finalmente con calma.

Cath suspiró.

—Es probable que no sea nada —dijo—. Pero los O'Brian perdieron un bebé hace muy poco tiempo, y fue enterrado en el cementerio Croydon. No sé si lo sabe, pero durante los últimos meses, allí han tenido lugar algunas… profanaciones, a falta de una palabra mejor. Tumbas exhumadas, lápidas rotas, palabras escritas en los ataúdes. Incluso la iglesia ha sufrido actos de vandalismo. La tumba del bebé de los O'Brian fue una de las que desenterraron. Solo me preguntaba si alguno de los otros niños mencionó un cementerio en sus declaraciones.

—¿Qué tipo de vandalismo? —quiso saber María.

—Lo peor han sido las tumbas desenterradas y las lápidas destrozadas, pero hubo un incidente con un gato. Algún enfermo lo clavó en la puerta de la iglesia.

—Con la cabeza cortada —añadió María.

Esta vez fue Cath quien se sorprendió. Asintió despacio.

María sacó unas cuantas hojas del último cajón de su escritorio y las dejó sobre la mesa.

Varios de los dibujos estaban hechos con ceras. Otros con lápices. Casi todos eran toscos, imposibles de descifrar, pero

algunos, de un modo crudo, eran fácilmente reconocibles. Como el de un animal repantingado. Por la cola larga, Cath dedujo que era un gato. Sobresalía de un gran garabato rojo, en el que se veía un redondel con dos puntitos, para los ojos, y un par de orejas.

Los finos bigotes hacían evidente que el artista pretendía que se reconociera que era un gato. La cabeza también estaba coloreada de rojo.

—Lo ha dibujado un niño de seis años —dijo María.

Cath analizó los otros dibujos.

Una estrella de cinco puntas elaborada con notable destreza.

Había más animales, por lo general sin cabeza.

Otra estrella de cinco puntas.

Entonces leyó unas palabras.

Al principio no le parecieron más que un galimatías, pero se esforzó en descifrarlas. Tragó saliva.

—Ya he visto esto antes —susurró, mirando las toscas letras.

—Lo dudo mucho —dijo María.

Cath rebuscó en su bolso y sacó un pequeño espejo de maquillaje, luego sostuvo en el aire la hoja de papel, girándola hacia María.

—¿Cuántos años tiene el niño que ha escrito esto? —preguntó la periodista.

—Once —respondió María, tratando de leer las palabras en el espejo.

Estudió las letras con atención, las palabras tropezaban unas con otras.

—Sigo sin entender lo que pone —dijo en voz baja.

—Vi lo mismo en la cripta de la iglesia de Croydon —explicó Cath, señalando las palabras del revés.

—«El poder y la gloria, por los siglos de los siglos, amén.»

—El padrenuestro.

—Escrito al contrario.

Bajó el espejo y la hoja.

—¿Eso también está del revés? —preguntó Cath, señalando las palabras escritas en otro papel, debajo de un gran bloque gris cuidadosamente sombreado.

María negó con la cabeza.

—No —dijo—. Es latín. La gramática puede que contenga errores, pero hemos podido traducirlo. «Deus mihi mortuus.» Dios es la Muerte para mí. ¿Dónde demonios ha podido aprender eso un

niño de siete años?

La trabajadora social se puso en pie y se acercó al mueble más cercano.

Cath continuó leyendo las palabras en latín.

¿Un niño de siete años?

—Mire esto —dijo María, extendiéndole otras cinco hojas.

En cada una de ellas podían verse bocetos de lo que había invadido los sueños de María. La figura cornuda.

—Esa es la persona que los niños dicen que les ha hecho daño —explicó a Cath.

Cath resiguió con el dedo el contorno de los cuernos.

—Los niños han estado separados desde que llegaron —dijo María a la periodista—. No han podido copiar la figura unos de otros, de modo que deben de haberla visto.

—Pero son casi idénticas.

—En otros casos de violación, los niños han denunciado haber sido tocados o dañados por personas vestidas de payaso, hasta de Papá Noel, pero es la primera vez que veo que dibujan… —No pudo terminar la frase.

Cath miró fijamente los dibujos.

—Al diablo —susurró.

Sesenta y cuatro

Durante un rato, ambas mujeres continuaron estudiando los dibujos de la figura con cuernos, pero al poco Cath señaló un detalle del dibujo que tenía más cerca.

En la esquina superior izquierda de la hoja había un símbolo.

También aparecía en la mitad baja de otra de ellas.

Y al final de la siguiente.

—¿Qué significa? —preguntó, señalándolos.

Eran una especie de construcción rectangular, en forma de caja, coloreadas de negro o gris. En una o dos, se podían ver ventanitas.

—Los niños dicen que es el sitio al que los llevaron —explicó María—. No creemos que sean casas. Por lo general, dibujan las casas de una forma muy simple… un cuadrado con un tejado, cuatro ventanas y una puerta.

—¿Ataúdes? —propuso Cath.

María negó con la cabeza.

—Sea o que sea, aparece en casi todos los dibujos. Hay tanta uniformidad en lo que nos han contado que nos resulta difícil creer que estén mintiendo.

—¿Por qué iban a mentir?

—No sería la primera vez. Chicos que guardan rencor a sus padres, gritando a los cuatro vientos que han abusado de ellos. A continuación, la prensa se encarga del escarnio público.

Miró a Cath y enarcó una ceja.

—Pero usted no cree que estos niños estén mintiendo.

—Las declaraciones tienen demasiados hilos comunes, demasiadas similitudes, y están muy detalladas. En algunas entrevistas, los niños han mencionado olores y sabores. Sensaciones que solo podrían conocer habiéndolas experimentado. No las han podido ver en televisión, ni leerlas en un libro. Las han sufrido.

—¿Y el latín? ¿La escritura invertida? ¿La figura?

—Tienen que haberlo visto en alguna parte.

—¿Aquí? —dijo Cath, señalando las formas rectangulares del dibujo que tenía ante ella.

—Es posible —masculló María y sorbió de su café—. Si

pudiéramos averiguar qué es eso…

Llamaron a la puerta del despecho y Nikki Parsons asomó la cabeza.

Sonrió a Cath, luego a María.

—Acaban de llegar dos policías que quieren verte.

—Qué popular soy esta mañana, ¿no? —dijo María sin energías.

Antes de que pudiera decir nada más, la puerta del despacho se abrió del todo y apareció Talbot, seguido por Rafferty.

Lanzó una mirada fulminante a Cath.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —exclamó.

—Mi trabajo —dijo ella.

Se miraron durante un momento.

—¿Se conocen? —preguntó María.

Talbot hizo caso omiso de la pregunta y sacó la identificación del bolsillo de su chaqueta. Rafferty imitó el gesto.

—Esto se está llenando de gente —comentó María, con una sonrisa divertida.

—Sí, así es. ¿Por qué no se larga, Reed? De todos modos este asunto no le incumbe —siseó Talbot.

—Hackney no es su jurisdicción, ¿verdad, Talbot? —dijo ella con desdén—. ¿Qué pasa, cree que los polis locales no pueden hacer el trabajo tan bien como usted? ¿Teme que se le escape algún sospechoso? ¿Alguno al que le pueda dar un buen puñetazo?

—¿Por qué no se larga? Está estorbando.

—Tenía una cita con la señora Goldman, y no hemos acabado.

—Ahora sí. Váyase.

Señaló la puerta con el pulgar.

—Lamento interrumpir —dijo María—. Pero este es mi despacho, y si ustedes van a tener una batalla dialéctica, preferiría que no fuese aquí. —Sonrió a Talbot con eficiencia—. La señorita Reed y yo casi habíamos terminado. ¿Le importaría esperar un par de minutos?

—Bien —dijo Talbot, asintiendo—. Esperaremos aquí.

Cogió una silla y la acercó al escritorio.

Rafferty se sentó junto a él.

Medió un incómodo silencio, roto al final por el inspector.

—Bien, continúen, no dejen que nuestra presencia les interrumpa —dijo—. No querríamos interferir en el trabajo de esta gran periodista.

—¿Por qué no hace algo útil? —siseó Cath—. ¿Qué opina de

esto?

Le ofreció uno de los dibujos de la figura con cuernos.

—Si esto es una prueba, usted no debería haberla visto —ladró arrebatándole el papel.

—¿Qué cree que es, Talbot? —insistió la periodista.

—El dibujo de un niño —dijo de mala gana.

—¿De qué?

—Del diablo —dijo Rafferty, mirando por encima de su colega.

—¿Cómo demonios lo sabes? —preguntó Talbot.

—Así es como lo dibujaría un niño. Lo sé porque mi hija Kelly tiene cinco años —explicó el oficial.

—Y el niño que lo ha dibujado solo tiene un año más —informó Cath.

—Por lo tanto, este es nuestro sospechoso, ¿no? El diablo —se mofó Talbot—. Bueno, al menos podremos arrestarlo bastante rápido, solo tenemos que identificar a alguien que tenga la cabeza de una cabra, una túnica, un tridente y unas pezuñas. Lo tendremos detenido para el final de la semana. Bien hecho, Reed, ha resuelto el caso.

Ella lo miró.

—¿Cuál es su explicación, entonces? —le instó—. ¿Cómo es posible que cinco niños diferentes, de manera independiente, hayan dibujado casi la misma imagen de la persona que les ha hecho daño? Han tenido que verlo en alguna parte, Talbot. No han podido imaginárselo.

—Estoy seguro de que lo han visto —espetó el inspector—. Como probablemente ya sepa, entre el material incautado en las casas se incluían películas de terror como La novia del diablo, La monja poseída, El exorcista o Poder maléfico. ¿Continúo?

—Eso es una tontería —dijo Cath.

—Si quiere averiguar dónde vieron esos niños al diablo, mire esas películas.

—Pero ¿y las cosas que no han podido ver en las películas, inspector? —intervino María—. Como ya le he dicho a la señorita Reed, han descrito ciertas cosas que solo podían conocer viviéndolas en primera persona.

—¿Como cuáles? —preguntó el inspector.

—El olor de la sangre, su sabor —dijo María.

—Lo habrán leído en un libro —explicó Talbot.

—Algunos de los actos sexuales —insistió la trabajadora social.

—También se ha incautado literatura y videos pornográficos —dijo Talbot—. Los niños podrían haberlos visto. —Rió—. Puede que alguna vez hayan sorprendido a sus padres haciendo el amor.

—Por Dios, Talbot —dijo Cath exasperada.

—La conozco, Reed. Todos los periodistas son iguales. Además, ya he leído esa basura que ha escrito en el periódico acerca del satanismo en el cementerio Croydon.

—Yo no he dicho que fuera satanismo.

—Pero quería que lo fuese. Sería una historia mejor. Igual que esto. —Apretó un dedo en la hoja de papel—. El diablo. Estrellas de cinco puntas. Gatos y perros decapitados. No podría haber encontrado una historia mejor ni aunque se la hubiera inventado.

—Esos niños no mienten en lo referente a los abusos, inspector —intervino María—. De eso estoy segura. Las violaciones han existido.

—Eso no lo niego —concedió Talbot—. Pero no a manos del diablo. —Negó con la cabeza—. Esos niños han sido violados por alguien disfrazado del puto Satanás o pensaban que lo era porque estaban drogados o habían visto películas protagonizadas por el demonio. Es pura lógica.

—Entonces, también es pura lógica que los niños describieran el sabor de la sangre porque lo habían leído en un libro, ¿no? —dijo Cath con desdén—. Niños de cuatro y cinco años. Eso es una estupidez, Talbot.

El policía se giró hacia María.

—Usted es la experta, ¿qué opina?

—A tenor de mi experiencia y de lo que he leído y escuchado, diría que hay pruebas suficientes para asegurar que han habido abusos rituales—dijo María.

—¿Solo porque cinco de los niños dibujaron al diablo? —preguntó Talbot de forma despectiva.

—No, no solo por eso, sino por los demás aspectos que han mencionado en sus declaraciones. Muchos detalles apuntan a un abuso ritual —insistió María—. Y los niños están aterrorizados. Temen por ellos y por sus familias. Tienen miedo de que algo les haga daño a sus padres y abuelos. Algo que ya les ha hecho daño a ellos.

—Se trata de una red de pedofilia, ni más ni menos —dijo Talbot.

—¿Qué le convierte en un experto? —escupió Cath.

Si tú supieras.

Talbot sintió que los vellos de la nuca se le erizaban.

—Estoy seguro —dijo en voz baja, evitando cruzar la mirada con Cath.

Ella lo observó pensativa, preguntándose dónde habían ido a parar su descaro y agresividad. Durante unos segundos desconcertantes, Talbot pareció mutar, ablandándose considerablemente.

Vamos, contrólate, maldita sea.

Consciente de que tenía encima tres pares de ojos, se esforzó en apartar los recuerdos dolorosos.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó, señalando las figuras rectangulares de color gris que aparecían en los dibujos.

—Eso es lo que estábamos intentando averiguar —dijo María—. Es el lugar donde los niños dicen que fueron llevados, donde les hicieron daño. Parece ser algún tipo de edificio .

Talbot revisó varios de los bosquejos.

—¿Y esto? —preguntó, mostrándole las hojas a Rafferty.

En muchos de los dibujos, los bloques rectangulares tenían en la parte inferior unas líneas onduladas de color azul.

—Diría que es agua, ¿no? —masculló el oficial.

—Grandes edificios grises cerca del agua —caviló Talbot.

Rafferty tragó saliva.

—Dios mío —susurró—. Creo que ya sé lo que son.

Todas las miradas se volvieron hacia él.

—Los almacenes de Limehouse Reach —añadió el oficial—. Son unas grandes edificaciones con muy pocas ventanas, y están cerca del agua. Eso era lo que querían dibujar, me apuesto el sueldo. Ahí es donde los llevaron.

Sesenta y cinco

—Entonces, ¿qué explicación le das, Jim? —dijo el oficial Rafferty, mirando a su compañero mientras este observaba a dos jóvenes que cruzaban el paso de peatones. Parecía más concentrado en ellas que en las palabras de su colega.

Una de las chicas se dio cuenta de que Talbot las estaba mirando. Le comentó algo a su amiga, ambas se rieron y le saludaron con la mano. Él apartó la vista.

—Jim —dijo Rafferty, hablando un poco más alto.

Talbot se giró hacia el oficial.

—Si esos dibujos no representan los almacenes, ¿qué son? —insistió Rafferty.

—No voy a discutir contigo las innumerables alternativas.

—¿Y no te parece curioso que los tres suicidios estén relacionados con esas mismas edificaciones?

—Vamos, Bill, te estás agarrando a un clavo ardiendo.

—¿Por qué? No sabemos si Jeffrey, Hyde y Parriam podrían estar involucrados.

—¿En las violaciones de los niños?

Talbot negó con la cabeza.

—Puede que ese sea el motivo por el que se mataron. Quizá tenían miedo de que los descubrieran.

Talbot exhaló sin energías.

—Vamos, Jim, por el amor de Dios, al menos admite que podría existir una conexión —dijo el oficial con exasperación.

—Ni siquiera sabemos si lo que dibujaron esos niños son esos almacenes, ¿no crees? Si estamos equivocados, entonces…

—Entonces estaremos equivocados —espetó Rafferty—. Pero merece la pena comprobarlo.

—Me dijiste que dos de los tres hombres recibieron llamadas amenazantes poco antes de que se suicidaran, ¿cierto?

—Podrían haber sido los padres de los niños violados. Quizá ellos sabían quiénes estaban cometiendo los abusos. A Hyde y Parriam les dijeron que parasen.

—Si hubieran sido descubiertos como pederastas, ¿ crees que

quienes hicieron esas llamadas se habrían conformado con una simple amenaza?

—Entonces, ¿qué coño se te ocurre? —exclamó Rafferty.

—Se me ocurre que todo el mundo está exagerando. Los trabajadores sociales, la prensa. No dudo ni un segundo de que se trata de un claro caso de pedofilia, pero ¿relacionado con el satanismo? Por favor. Y, encima, intentas convencerme de que los tres suicidios podrían estar metidos en el mismo saco. Hay demasiados cabos sueltos, Bill.

—Pero si violaron a los niños en esos almacenes…

Talbot levantó una mano para hacerle callar.

—Nadie sabe qué son esos dibujos —dijo rápidamente—. Solo lo estamos presuponiendo. En caso de que tengamos razón, entonces quizá, y hago hincapié en ese quizá, tengamos algo más sustancial. —Se pasó una mano por el cabello—. Hasta ese momento, no habremos avanzado nada.

Consultó su reloj.

El tráfico era denso.

Al menos les llevaría otra hora llegar hasta Limehouse Reach.

Catherine Reed intentó llamarlo al móvil.

Nada.

A continuación trató de contactar con Phillip Cross a través del busca, preguntándose dónde demonios se había metido, o más aún, cuánto tardaría en devolverle la llamada.

¿Dónde estaba?

Casi como último recurso, lo intentó con el número de su casa. El teléfono sonó.

Cath esperó.

Y esperó.

Frank Reed recorría el pasillo central del salón de actos, alternando la consulta de su reloj con el control de las hileras de niños sentados con las cabezas inclinadas sobre los folios.

Lo único que alteraba el silencio era una tos ocasional o un estornudo, y, en una ocasión, el particular rugido del estómago de un chico.

Reed sonrió y realizó una vez más su lento recorrido antes de regresar a su escritorio, encima de la tarima desde la que se

abarcaba todo el salón.

Cuando se hubo sentado, miró por uno de los ventanales del salón de actos. Se veía la calle.

Una hora antes se había fijado en un coche de policía aparcado.

Aún seguía ahí.

Había dos agentes uniformados en el interior. El conductor estaba ajustando el cierre de su gorra, como si lo tuviera demasiado apretado o le resultara incómodo.

Reed los observó un momento y cogió el libro que había estado leyendo en los últimos días.

Unos treinta minutos más tarde, el coche de policía continuaba allí.

Había llegado la hora.

Ya sabía a quién tenía que buscar. Y sabía dónde encontrarla.

Incluso conocía su aspecto. Uno o dos días antes había encontrado un artículo en el periódico en el que aparecía su fotografía.

Pero tenía miedo.

Era una sensación que conocía bien.

La encontrarían muy pronto, estaba convencida de ello.

Shanine Connor se acarició el vientre hinchado.

Echó un último vistazo a la foto de Catherine Reed, dobló el periódico y se lo metió en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

Sesenta y seis

—¿Por dónde demonios empezamos? —masculló Rafferty en voz baja, contemplando la alambrada.

Detrás se erigía el más cercano de los almacenes: una mole gris y monolítica que parecía haber sido tallada a partir de un bloque macizo de piedra en vez de haber sido construida por piezas.

Todos los almacenes eran grises, como un cielo plomizo cargado de lluvia.

Desde la ubicación de los policías no se veía ninguna ventana en la fachada.

Lo que alguna vez debió ser una vía de servicio, brotaba desde la verja hasta escindirse en varias secciones más estrechas y pavimentadas, uniendo las construcciones como si fueran arterias grises.

Justo detrás de la verja había un enorme letrero de madera que ponía: ADQUIRIDO POR MORGAN & SIMONS.

Tenía numerosas abolladuras provocadas por las piedras y las botellas que alguien le había lanzado las últimas semanas o meses. Talbot localizó a lo largo de la alambrada varias botellas de cerveza rotas. La propia vía de servicio estaba llena de pedazos de hormigón quebrados. Incluso habían tirado el chasis oxidado de una bicicleta.

Talbot se acercó a la verja y descubrió que una cadena impedía abrirla. Tiró de ella, aliviado al ver que no tenía candado.

La cadena era nueva; el acero relucía.

En contraste con el aspecto herrumbroso y abandonado del resto de la zona, la cadena parecía aún más fuera de lugar.

El inspector abrió la alambrada. Las bisagras, que no habían probado el aceite en los últimos años, protestaron.

Regresó al coche y subió al asiento del pasajero, mirando a todas partes mientras Rafferty conducía hacia la vía de servicio.

—Se parecen mucho a los dibujos —dijo el oficial, con los ojos puestos en los grandes almacenes grises.

—Esos niños podrían haber pasado por aquí cientos de veces —respondió Talbot de mala gana.

—¿Todos los niños? —exclamó Rafferty.

Detuvo el coche y miró a su superior, quien a su vez miraba hacia los almacenes, hipnotizado.

—¿Ahora qué, Jim?

—Echemos un vistazo —dijo Talbot, abriendo la guantera. Sacó media barrita de chocolate Mars y le dio un mordisco—. Tú revisa aquellos dos. —Señaló los dos de la derecha—. Yo me quedo con estos de aquí.

—¿Y si encontramos algo? —preguntó Rafferty.

—Damos un grito —planteó Talbot, apeándose del coche.

Los almacenes se alzaban sobre ellos, las aguas del Támesis se agitaban más allá. En el agua se reflejaban las grúas que se erigían hacia el cielo como dedos acusadores. Las gaviotas revoloteaban sobre el río, algunas se detenían brevemente en los tejados más cercanos. Parecían mirar con recelo a los dos hombres.

Un pequeño bote resoplaba río abajo, empujado por las espumosas olas marrones de la superficie. Talbot podía percibir el olor salado del río. Sin embargo, estaba teñido de algo más picante: un hedor a abandono y decadencia que flotaba entre los almacenes como una nube invisible. Cuando Talbot dio un paso hacia la construcción más cercana, sintió cómo esa nube lo envolvía, como si lo hubiese succionado.

—Nos veremos aquí dentro de una hora —dijo, señalando el coche—. A no ser que encontramos algo antes.

Rafferty miró su reloj y asintió.

Talbot vio alejarse a su compañero en dirección a los otros dos almacenes.

El inspector vaciló un segundo, luego fue hacia los que se había asignado.

Alzó la vista hacia el cielo, unas nubes oscuras empezaban a apelotonarse.

Sesenta y siete

La puerta estaba cerrada con candado.

Rafferty se arrodilló e inspeccionó la cerradura, zarandeó la puerta antes de dar unos pasos hacia atrás para ver la fachada del almacén en su conjunto.

El bloque de hormigón se alzaba frente a él.

Murmuró algo entre dientes y rodeó el edificio, abriéndose paso por un sendero cubierto de hierbajos amarillentos que le llegaban por las rodillas. El oficial miró a su izquierda, pero desde allí no podía ver a Talbot.

Pensó que tal vez su superior había logrado entrar en alguno de los almacenes de aquel lado.

Se concentró en su tarea y un poco más adelante halló una puerta auxiliar.

Rafferty se acercó al ojo de buey, ahuecó una mano sobre los ojos e intentó ver el interior.

El cristal tenía tanto polvo que era opaco. No podía ver nada más que oscuridad.

Al rozar el cristal con la mano, las hebras de una telaraña se le pegaron en los dedos. El oficial se limpió con un pañuelo, y reculó un poco al ver una enorme araña junto a sus pies.

Durante un instante, sintió la imperiosa necesidad de darle un pisotón, sobre todo cuando se fijó en que la purulenta criatura masticaba una mosca. No obstante, la dejó escabullirse entre las malas hierbas.

Volvió a prestarle atención a la puerta, giró el pomo y descubrió, no con demasiada sorpresa, que estaba cerrada con llave.

Rafferty continuó rodeando el edificio, mirando de vez en cuando hacia el cielo, consciente de que empezaría a llover de un momento a otro.

Desde la parte trasera del edificio se giró hacia el Támesis. Estaba lo bastante cerca como para oír el agua chocando contra la margen del río; una fina nube de rocío se levantaba cada vez que una ola arremetía con fuerza.

Halló un tramo de escaleras en el lateral del almacén, que

llevaba a otra puerta.

Rafferty dudó un segundo, luego comenzó a subir aquellos escalones tan oxidados. En algunos puntos, la herrumbre casi se había comido la barandilla de metal.

El oficial esperaba que la estructura resistiera su peso.

La idea le hizo aminorar el paso y subir con más cautela, fijándose dónde ponía los pies, sin saber si los escalones estaban a punto de ceder. Ya se encontraba a medio camino, a más de cuatro metros y medio por encima del camino pavimentado. Si la escalera se venía abajo, tendría suerte si escapaba con unos cuantos huesos rotos.

Apartó esos pensamientos de su cabeza y continuó subiendo hasta alcanzar la plataforma.

La puerta a la que llegó también tenía un ojo de buey y, al igual que la que había encontrado abajo, el cristal acumulaba una espesa capa de polvo y suciedad.

El pomo oxidado chirrió cuando lo giró.

Además estaba suelto.

Rafferty se frotó las manos para limpiárselas y un cobrizo olor a metal oxidado le embargó la nariz. Dio un pequeño paso hacia atrás y pateó con todas sus fuerzas el pomo de la puerta.

Lo arrancó de un solo golpe y esbozó una sonrisa triunfal. Empujó la puerta y esta giró sobre sus goznes.

La oscuridad del interior era impenetrable.

Rafferty hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un encendedor.

Lo encendió y lo elevó por encima de su cabeza.

La luz apenas atravesaba la negrura que lo envolvía.

Aun así, concluyó que aquello era mejor que nada. Entró.

Talbot recorrió el perímetro del primer almacén y se encontró, tal y como le había ocurrido a Rafferty, con todas las puertas cerradas con llave.

Sin embargo, encontrar el modo de acceder no era la prioridad del inspector.

Estaba buscando otra cosa.

Haciendo caso omiso de los caminos infestados de maleza, volvió a rodear el almacén hasta detenerse en la entrada principal. La enorme puerta de doble hoja, con el ancho suficiente para que

entrara con facilidad un camión articulado, ocupaba la mayor parte de la fachada.

Estaba cerrada con candado.

Lo que esperaba.

Además, habían colocado una cadena de hierro oxidado alrededor de los tiradores.

Oxidado.

Como los pomos de las dos puertas auxiliares del lateral y la de la parte trasera del edificio.

Oxidados.

No se le ocurrió hasta que cogió el candado por segunda vez.

Era nuevo.

No estaba oxidado. Ni descolorido.

Y había un detalle más.

Talbot se fijó en el polvo y la suciedad que cubría las puertas.

Sobre todo en la parte inferior.

Estaban arañadas.

Pasó la yema del pulgar sobre las marcas y notó los bordes ásperos.

Un candado nuevo.

Marcas de arañazos.

El inspector se arrodilló junto a la entrada bloqueada y confirmó su corazonada.

Aquellas puertas habían sido abiertas recientemente; el nuevo candado había sido colocado para mantenerlas cerradas.

Alguien había estado allí hacía poco.

Se volvió y miró en derredor, fijándose en que el camino de hormigón estaba agrietado y roto en algunas zonas. Se agachó de nuevo y tiró de un pedazo de hormigón del tamaño de un puño.

Se soltó con facilidad, y en el hueco se retorcieron algunas cochinillas en busca de protección.

Sosteniendo la piedra como una bola de béisbol, Talbot se giró hacia el candado y lo golpeó varias veces.

El cerrojo resistió, a pesar de sus esfuerzos.

Descargó otro golpe.

Lo aguantó también.

Y volvió a golpearlo.

Al final, lo que se rompió fue la cadena.

Los eslabones oxidados se partieron, lanzando al aire esquirlas de metal podrido como si fuera metralla.

El candado cayó al suelo.

Talbot sonrió y tiró el pedazo de hormigón. Sacó un pañuelo del bolsillo y se envolvió la mano con él. Aferró el tirador de la puerta y empujó.

La puerta de doble hoja chirrió a modo de protesta, luego se abrió un poco.

Un tufo casi insoportable a humedad y descomposición escapó por la rendija en una nube tan espesa que Talbot se vio obligado a protegerse la nariz y la boca.

Aguardó un momento, entrecerrando los ojos para que se acostumbraran a la oscuridad; luego entró con cuidado, y cerro la puerta.

La penumbra corrompida se lo tragó.

Durante un instante se preguntó de dónde procedía aquella luz amarillenta.

En el techo del edificio cavernoso había cuatro grandes claraboyas, cubiertas, como cada centímetro de cristal de aquel lugar, por una espesa capa de grasa y suciedad.

La luz del día apenas si podía abrirse paso a través del vidrio, pero la claridad bastaba para que Talbot pudiera ver por dónde pisaba. Entrecerró los ojos, tratando de acostumbrarse a aquel crepúsculo artificial.

Una vez dentro, se dio cuenta de lo grande que era el almacén.

Durante interminables segundos se quedó quieto: la gruesa capa de polvo y el hedor a descomposición le llenaban las fosas nasales, sus ojos luchaban por adaptarse a la adversidad.

Al final estornudó, ahogado por el polvo.

Se llevó el pañuelo a la cara para respirar a través del algodón.

Miró hacia el suelo de hormigón y le pareció ver movimiento.

¿Una rata?

Negó con la cabeza y avanzó un par de pasos; la suciedad aferrándose a sus zapatos.

Por encima de su cabeza oyó un suave golpeteo.

¿Qué era?

¿Pequeños pies?

¿Más ratas?

Era de esperar, ¿no? El lugar llevaba años abandonado y su ubicación, tan cercana a la orilla del río, solo podía atraer a los bichos.

De nuevo oyó el golpeteo por encima de él.

Era la lluvia golpeando las claraboyas.

Gotas pequeñas.

Talbot avanzó unos cuantos pasos más y aspiró del aire contaminado.

Lo que vio lo detuvo en seco.

Sesenta y ocho

Frank Reed sonrió al ver que Judith Nelson se encendía un cigarrillo.

La dueña del gimnasio le sonrió a su vez, aunque ni siquiera sabía qué era tan divertido.

La joven se echó el cabello hacia atrás y le dio una larga calada a su Embassy.

—¿De qué te ríes? —preguntó con fingida indignación, pinchando a Reed en la pierna con la punta de una de sus zapatillas de deporte.

—Eres un gran ejemplo para tus alumnos, Judith —dijo con una carcajada—. Una profesora de educación física que fuma.

—No me vas a echar un sermón, ¿verdad, Frank?

—¿Quién, yo? Dios me libre —dijo, aún sonriendo—. Pero, ya sabes que es malo.

—Sí, y como dijo alguien, los no fumadores mueren cada día. Tú no fumas. Pero también vas a morir.

Ambos rieron.

—¿Cómo te fue el fin de semana? —preguntó ella.

—Fantástico —respondió Reed—, he vuelto a ver a Becky, aunque solo durante dos días. Fuimos al McDonald's, la llevé a nadar, fuimos al cine. Hacía meses que no iba. —Sonrió con nostalgia—. Ha sido como volver a ser un buen padre.

—Nunca has dejado de ser un buen padre, Frank. No es culpa tuya que tu esposa te haya apartado de Becky.

—A menudo pienso en ello. Me pregunto si podía haber hecho algo más para impedírselo.

—¿Qué ibas a hacer, raptar a Becky?

—Ha sido genial estar con ella el fin de semana, pero ahora ya no está y me duele incluso más.

Bajó la mirada un instante.

—¿Va a ser algo regular?

—Ellen y yo aún no lo hemos discutido pero, Dios, eso espero.

Comenzó a arañar con la uña el brazo de su silla, desprendiéndole hebras sueltas de hilo.

—Quizá haya entrado en razón —planteó Judith—. Puede que se haya dado cuenta de que no puede apartarte de Becky para siempre.

—Ya no sé en qué demonios estará pensando, yo…

Judith se inclinó hacia delante y le tocó el brazo con suavidad.

—Todo irá bien, Frank —le tranquilizó—. No has perdido a Becky.

Él sonrió.

Reed se puso en pie y cogió su maletín.

—Me voy a casa —dijo sonriendo, echando un último vistazo a la sala de profesores.

Judith dio otra calada y asintió, observando como el hombre se dirigía a la salida.

El patio estaba vacío cuando Reed lo cruzó. Emprendió el camino hacia el coche, aparcado detrás de los edificios más nuevos. Allí aún había muchos vehículos estacionados, incluyendo la enorme Triumph 750 de uno de los alumnos de sexto.

El chico la había aparcado al lado del coche del director, sabiendo que eso le irritaba. El hecho de que el propietario de la motocicleta también estuviera saliendo con una chica de quinto grado, hacía que Hardy se enojara incluso más.

Reed llegó hasta su coche y buscó las llaves en la chaqueta. Mientras deslizaba la llave en la cerradura de la puerta, silbó alegremente.

Quizá las visitas de Becky se convirtieran en algo habitual.

Aquella idea lo animó.

Dos días a la semana eran mejor que nada.

No llegó a oír las pisadas detrás de él.

Solo la voz.

—¿Señor Reed?

Se volvió y vio a dos policías uniformados a menos de un metro

—¿Frank Reed? —preguntó el de la izquierda.

El profesor asintió.

Miró más allá de los dos hombres, y vio el coche patrulla con el motor al ralentí. Había un tercer policía al volante.

Su primer pensamiento fue para Becky.

¿Un accidente?

—¿Qué ha pasado? —preguntó nervioso

—Necesitamos hacerle unas preguntas, señor Reed —dijo uno de los policías, un hombre alto con el pelo rojizo—. Acerca de su hija.

—Oh, Dios, ¿qué ha pasado? —preguntó, notando como palidecía.

—Eso es lo que queremos averiguar —dijo el policía pelirrojo.

—¿De qué está usted hablando?

—Nos gustaría que nos acompañara a la comisaría de Theobald's Road. Mi compañero irá con usted.

—No hasta que me digan qué demonios está pasando —dijo Reed, sintiendo que su nerviosismo se convertía rápidamente en molestia—. ¿Mi hija está herida?

—No, señor —dijo el pelirrojo.

—Entonces, ¿qué está ocurriendo?

—Como le he dicho, necesitamos hacerle unas preguntas. Si nos acompaña en su propio coche nos ahorrará un montón de tiempo e inconvenientes.

Reed levantó ambas manos.

—Sigo sin saber de qué está hablando —dijo sin energías.

—Han presentado una denuncia contra usted, señor Reed. Puede que haya cargos.

—¿Por qué? —preguntó con rabia.

—Por agredir a su hija.

Sesenta y nueve

En la penumbra del almacén, Talbot no tenía ninguna duda de qué eran aquellas marcas en el suelo polvoriento.

Dio un par de pasos más; la alfombra tenía tanta mugre que amortiguaba el sonido de sus pisadas.

Se arrodilló. Las partículas de polvo formaron una nube.

Huellas.

Algunas con cinco dedos, de pies descalzos. Otras, de zapatos de distintas tallas.

La capa de polvo no era reciente. Las huellas de pisadas sí.

Parecían dirigirse hacia el fondo del edificio cavernoso.

Talbot siguió adelante, en alerta.

A ambos lados había dos grandes hileras de estanterías de metal de entre diez y quince metros de altura.

Lo que una vez fue almacenado en ellas, solo podía suponerlo. A su derecha, se amontonaban varios palés de madera rotos y astillados.

En un estante vio lo que parecía una caja de herramientas cubierta por la misma película nociva de mugre.

Talbot la abrió.

Dentro halló un viejo destornillador.

Continuó adelante, siguiendo las huellas de pisadas.

Únicamente podía aventurar cuántos pies y en qué momento habían hecho aquellas marcas, pero, cuando se detuvo de nuevo y se arrodilló sobre una pisada particularmente nítida, descubrió que la película de polvo que la cubría era muy fina. La huella no tendría más de una semana.

Se enderezó, explorando la zona que se extendía delante de él.

Las estanterías alcanzaban casi hasta el fondo del almacén; más allá, encontró una puerta.

Solo oía el zumbido de sus oídos. El silencio parecía cernirse sobre él, envolviéndolo como un puño invisible que cada segundo le apretaba más y más.

Llegó a la puerta de la oficina y giró el picaporte.

Cerrado.

Talbot retrocedió y pensó en abrirla de una patada, pero luego reparó en que podría destruir alguna huella dactilar o las pruebas que pudiera haber al otro lado, de modo que regresó sobre sus pasos y se dirigió hacia donde había visto la caja de herramientas.

Cogió el destornillador y volvió a la puerta; ahuecó las manos y trató de ver a través de la pequeña ventana .

Lo único que halló fue oscuridad absoluta.

No había ni una sola ventana que proporcionara un mínimo de luz. El inspector introdujo la pala del destornillador en la cabeza de uno de los tornillos que sujetaba el pomo de la puerta y giró la herramienta.

Hizo una mueca, sorprendido por lo apretado que estaba.

Lo intentó otra vez, maldiciendo cuando la herramienta se le resbaló de los dedos y levantó una astilla de la puerta.

—Mierda —susurró, aunque su respiración resonaba ensordecedora en la quietud.

El sonido parecía rebotar en las paredes, convirtiéndose en un breve traqueteo sibilante antes de morir amortiguado sobre la alfombra de polvo.

Aplicó todo su peso sobre el destornillador, empujó con fuerza con la palma de una mano y lo giró con la otra.

El tornillo se aflojó.

Talbot sonrió triunfante y lo retiró del todo; se lo guardó en el bolsillo.

Enseguida se puso manos a la obra con el segundo.

El oficial Rafferty se situó junto a la barandilla de la pasarela que recorría el interior del almacén, y se asomó.

Sostenía el encendedor en alto, aunque la llama amarilla apenas penetraba en la penumbra. Ni siquiera con la endeble luz que entraba por los tragaluces sucios era capaz de ver el suelo del almacén desde su posición elevada.

El oficial apagó el mechero porque en realidad no le servía de mucho, pero también porque se había calentado demasiado y le quemaba en la mano. Se lo guardó en un bolsillo y siguió avanzando, mirando a izquierda y derecha.

La pasarela parecía recorrer el almacén de un extremo a otro, conectando en cada lado con una puerta. Rafferty se dirigió a la que tenía más cerca.

La pasarela crujía bajo sus pies y, al igual que con la escalera metálica por las que había subido, se preguntó si la estructura no acabaría viniéndose abajo de un momento a otro; de inmediato apartó a un lado ese pensamiento y siguió avanzando.

La puerta era de madera. La empujó con la punta de los dedos, sorprendiéndose al comprobar que estaba abierta.

La habitación le pareció grande, debía tener unos seis metros cuadrados.

Estaba completamente vacía, a excepción de un polvoriento archivador metálico que había en un rincón.

Rafferty abrió el cajón superior.

Nada.

El segundo estaba atrancado, chirrió cuando tiró de él para abrirlo.

Vacío.

El tercero se deslizó con facilidad.

La araña que vivía en su interior era tan grande como el puño de un niño.

—Jesús —siseó el oficial, dando un paso hacia atrás con el corazón desbocado.

Le llevó unos segundos confirmar que estaba muerta.

Probablemente se habría atragantado con el polvo, pensó, sacudiendo la cabeza. Se sentía avergonzado por su reacción.

Miró de nuevo en el cajón.

No había nada más que la araña muerta.

Rafferty se dirigió hacia la puerta del otro lado.

Dedujo que era la que conectaba con la pasarela que se ceñía a lo largo de la pared trasera del almacén.

Giró el picaporte y empujó.

Para su sorpresa, también estaba abierta.

A continuación, echó a andar.

Talbot quitó el tercer tornillo y se lo guardó en el bolsillo, junto a los otros.

Uno más y desencajaría el pomo por completo. Así podría acceder a la sala del otro lado.

Deslizó la cabeza del destornillador en la ranura de tornillo y empezó a girarlo, se desprendían esquirlas de herrumbre cada vez que ejercía presión.

—Vamos, cabrón —masculló. Empleó todas sus fuerzas, se detuvo un momento para descansar al comprobar que el tornillo no se aflojaba.

Respiró hondo, aunque empezó a toser en cuanto el polvo le llenó los pulmones.

Una gota de sudor se deslizó por su rostro cuando reanudó la tarea, decidido a liberar el último tornillo.

Estaba oxidado como los otros, pero este parecía haberse soldado al metal podrido.

El destornillador se escurrió de nuevo.

—Joder —espetó Talbot.

A punto de volver a intentarlo, oyó un ruido detrás de él.

Un sonido agudo y torturado, como goznes herrumbrosos.

Goznes herrumbrosos.

Alguien había entrado en el almacén por la puerta principal.

Talbot aguardó un instante, pensó en llamar a Rafferty, gritarle que viniera a ayudarle, pero en vez de eso, se giró y miró a través de la luz opaca.

Unos pasos se acercaban.

Lentos, vacilantes.

Amortiguados por el polvo pero audibles.

Talbot vio una forma moviéndose en las sombras.

Una figura que se dirigía despacio hacia él.

Y, justo en ese instante, supo que no se trataba de Rafferty.

Setenta

—Esto es una maldita vergüenza —dijo Frank Reed enfadado.

Se puso de pie y agarró el respaldo de madera de la silla en la que había estado sentado. Aparte de una pequeña mesa, era el único mueble de la sala de interrogatorios de la comisaría de Theobald's Road.

La sala no tenía más de cuatro metros cuadrados, y la presencia de Reed y del agente uniformado que le vigilaba hacía que el lugar pareciera abarrotado.

—Llevo aquí más de una hora —espetó Reed—. No me han leído mis derechos, no me han dejado llamar a mi abogado. ¿Qué demonios está pasando?

—Le ruego que se siente, señor —dijo el alguacil en voz baja, señalando la silla con un gesto de la cabeza.

Reed aún seguía aferrado al respaldo, como si en cualquier momento fuera a lanzársela al policía, pero después de unos segundos se sentó, dejándose caer.

Percibió un acre olor a sudor y reparó en que era el suyo.

¿De qué tienes miedo?

Se había tomado dos tazas de café desde que fue escoltado a aquella habitación, y su aliento desprendía la fragancia del líquido marrón. El que quedaba en la taza ya estaba frío.

¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

La cabeza le daba vueltas, las palabras giraban en su mente como un edificio de ladrillos desmoronándose. Cada uno de esos ladrillos llevaba escrita una palabra:

Agresión

Cargos

Demanda

Investigación

¡Dios mío!

Quería gritar.

¿Que demonios está pasando?

Seguramente estaba sufriendo alguna clase de pesadilla macabra de la que despertaría en cualquier momento. ¿Cómo lo llamaban?

¿Sueños lúcidos? La habilidad de ser consciente de estar soñando mientras lo haces.

Entonces, despierta. Lárgate de aquí.

Pero no se despertaba.

No había tregua.

No tenía fin.

Fuera lo que fuese.

Le dijeron que había agredido a su propia hija.

Agresión sexual.

Uno de ellos incluso había pronunciado esas palabras al llegar a la comisaría.

Agresión sexual.

Por Dios, escuchar esas palabras lo ponía enfermo.

Le habían interpuesto una demanda. Pero ¿quién?

Se inclinó hacia delante, con la cabeza apoyada en las manos, presionándose las sienes con los dedos, como si temiera que fuera a explotarle debido a las ideas terroríficas y conflictivas que le abotagaban los sentidos.

Las emociones le recorrían todos los rincones de su cuerpo, como un adicto a la cocaína, la mente hervía en busca de respuestas a preguntas que ni siquiera era capaz de formular.

Agresión sexual.

Una imagen de Becky le cruzó el pensamiento.

¿Cómo podían pensar siquiera que la había tocado?

¿Quién lo pensaría, y mucho menos denunciarlo?

¿Quién podría…?

Tragó saliva.

Vamos, se supone que eres profesor. Piensa. Usa el cerebro. ¿Quién lo haría? ¿Quién?

Apretó tan fuerte los dientes que la mandíbula le dolió.

El agente le lanzó una mirada de soslayo, y luego miró hacia la puerta de la sala de interrogatorios cuando esta se abrió.

Reed se puso de pie y observó a los dos hombres recién llegados.

—¿Puede alguno de ustedes decirme qué demonios está pasando? —ladró el profesor.

—Señor Reed, soy el inspector Macpherson, este es el oficial Collier —dijo el más alto de los dos.

Macpherson se apoyó en la mesa, pero el oficial se quedó junto a la puerta, como si Reed pretendiera escapar de allí.

—Mire, llevo aquí sentado más de una hora —espetó Reed.

—Eso es un poco exagerado, señor Reed —dijo Macpherson—. En absoluto lleva aquí tanto tiempo.

El inspector se sentó en el borde de la mesa e invitó a Reed a que lo hiciera en su silla. Obedeció sin reticencias.

—Quisiera saber por qué estoy aquí —dijo Reed, tratando de calmarse.

—Hemos recibido una denuncia sobre usted—informó el inspector.

—¿De quién?

—Ellen Reed. Creo que es su esposa.

—¡Dios Santo! —ladró Reed, echándose hacia atrás en su silla—. Debería haberlo sabido. ¿Qué les ha dicho esa zorra?

—Usted y su esposa están separados, ¿no? —dijo Macpherson.

—Quiero saber lo que les ha dicho.

—Ahora llegaremos a eso, señor Reed. Si pudiera responder a estas preguntas, las cosas serían mucho más fáciles.

Un pesado silencio invadió la sala, todos los ojos puestos en el profesor.

—Sí —dijo por fin—. Estamos separados.

—Y ella vive con el señor Jonathan Ward y su hija Rebecca. ¿Correcto?

Reed asintió.

—¿Están ustedes divorciados? —preguntó Macpherson.

—No. Ella se largó de casa y se llevó a mi hija, pero lo mejor sería que le preguntase a ella sobre eso.

—¿Su hija se quedó con usted este fin de semana? —preguntó el inspector.

—Sí. Por primera vez desde que mi esposa se la llevó.

—¿Qué hicieron?

—¿A qué se refiere? —exclamó Reed.

—¿Dónde estuvieron? ¿Qué hicieron juntos? —añadió el policía.

—Salimos, vimos una película… nos divertimos. Hicimos lo que cualquier padre y su hija harían —dijo Reed, sacudiendo la cabeza.

—¿Su hija durmió en la misma cama que usted en algún momento?

—Dios mío, no sea ridículo. ¿Eso es lo que Ellen les ha contado?

—¿Durmió la niña con usted durante el fin de semana? —insistió Macpherson.

—No.

—¿No estuvo en ningún momento con usted en la cama?

—Bueno, ella vino a despertarme el domingo por la mañana —dijo Reed—.Se despertó temprano, y vino a despertarme a mí.

—¿Y se metió en la cama con usted?

—Sí. Es perfectamente normal, ya sabe. Las niñas de siete años hacen esas cosas.

—¿Hubo algún tipo de contacto físico entre ambos mientras ella estuvo en su cama?

—Por el amor de Dios —siseó Reed furioso—. Si me está preguntando si la toqué, la respuesta es no. No, disculpe, la abrecé una o dos veces. ¿Eso va contra la ley?

—¿Estaba vestido?

—Estaba en la cama —soltó Reed con incredulidad.

—¿Desnudo?

—Llevaba los pantalones del pijama.

—¿Su hija tomó algún baño mientras estuvo con usted?

—Sí, el sábado por la noche, antes de irse a la cama.

—¿La bañó usted?

Reed tragó saliva y miró fijamente al inspector.

—Le preparé la bañera —espetó—. Me aseguré de que estuviese todo bien y luego dejé que ella se bañara.

—La dejó sola.

—Estaba en la habitación de al lado, por si me necesitaba.

—¿Para qué?

—Por si se resbalaba, le hacía falta algo, tragaba jabón… ¿Usted que cree? —espetó Reed.

—¿Qué hizo al acabar?

—Salió de la bañera y se secó.

—¿La ayudó?

Reed negó con la cabeza, dejando escapar un débil suspiro.

—Sí, la ayudé —dijo en voz baja—. Ella me pidió que la ayudara. Luego se vistió.

—¿Sola?

—Sí.

—Pero usted la secó.

—La envolví con la toalla, tenía frío, estaba mojada. La ayudé, luego dejé que se vistiera.

—¿Qué partes del cuerpo le secó?

Reed se agarró al filo de la mesa.

—Los pies, los dedos, la espalda —dijo en voz baja.

—¿Entre las piernas?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

La mirada de Macpherson era inquebrantable.

—¿Tocó a su hija entre las piernas? —insistió.

—No, no lo hice —siseó Reed.

—¿No la secó ahí?

—Puede que… yo…

—¿Le tocó la vagina?

—Usted está enfermo —exclamó Reed.

—¿Tocó la vagina de su hija, señor Reed?

—No.

—Pero ha dicho que puede que la ayudara a secarse entre las piernas. Lo más probable es que la tocara.

—Quizá lo hice, pero no del modo que usted insinúa.

—¿Qué cree que estoy insinuando?

—Ellen les ha dicho que he abusado de Becky, ¿no es así?

Macpherson se puso de pie, hurgó en su bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno, expulsando el humo hacia Reed.

—Quiero saber su versión de la historia, señor Reed —dijo el inspector.

De nuevo, un pesado silencio medió entre ellos, esta vez roto por Macpherson.

—Llevó a su hija a nadar durante el fin de semana, ¿no es cierto? —dijo—. ¿La secó cuando salió de la piscina?

—Claro que no, ella estaba en el vestuario —dijo Reed irritado.

—Entonces no podría asegurar que se secó. O si lo hizo bien.

Reed parpadeó atónito hacia el inspector.

—Si no se aseguró de que se secara bien, ¿por qué encontró tan necesario asegurarse después de que se bañara en casa? —preguntó Macpherson en casa.

—Esto es ridículo —dijo Reed, casi en un susurro. Tragó saliva.

—Si es tan ridículo, señor Reed, entonces no tiene nada de lo que preocuparse —respondió el inspector.

—No estoy preocupado, estoy enfadado —espetó Reed—. ¿Ellen ha presentado cargos?

Macpherson negó con la cabeza.

—Aún no —dijo de mala gana.

—Por lo tanto no puede retenerme aquí.

—Hemos pensado en que usted tiene derecho a dar su…

—Versión de la historia, sí, lo sé, ya me lo ha dicho —

interrumpió Reed.

—Mire, puedo entender cómo se siente, señor Reed.

—¿Puede? ¿Usted tiene hijos?

Macpherson negó con la cabeza.

—Entonces no me diga que lo entiende. Si tuviera hijos sabría que le estoy diciendo la verdad —dijo Reed.

El inspector se encogió de hombros.

—Debería advertirle, señor Reed, de que los cargos podrían ser presentados en los próximos dos días. No tiene planeado viajar a ningún sitio, ¿verdad? —quiso saber el policía.

—¿Por qué iba a hacerlo? No tengo nada que ocultar.

Reed se puso en pie.

—¿Puedo irme? —preguntó desafiante.

Macpherson asintió.

—Debería demandarle por este arresto ilegal —ladró Reed.

—Usted no estaba arrestado, vino aquí voluntariamente —le recordó el inspector, manteniendo aquella inquebrantable mirada —. La próxima vez, quizá sea diferente.

Setenta y uno

Talbot se pegó a las estanterías metálicas todo lo que pudo, usándolas como parapeto.

Aferró el destornillador, listo para emplearlo como arma si fuera necesario.

La figura estaba a menos de cinco metros de él. Se movía despacio, ocultándose entre las sombras.

Talbot se agazapó y avanzó a hurtadillas, aprovechando las estanterías para disimular su avance, consciente de que la gruesa capa de mugre del suelo mitigaba el sonido de sus pasos. El polvo que levantaba con los pies le obstruía la garganta y las fosas nasales, de modo que lo único que podía hacer para no toser era aguantar la respiración. Espió por el hueco que había entre dos estanterías.

La figura se encontraba delante de él, cerca de la puerta de la oficina.

Quienquiera que fuese, era obvio que no le había oído.

Comenzó a avanzar hacia el desconocido, agarrando con tanta fuerza el destornillador que los nudillos se le pusieron blancos.

Estaba a tres metros de distancia.

La figura, inclinada sobre la puerta, inspeccionaba el pomo desmontado.

Dos metros.

Talbot contenía el aliento, el corazón le latía muy fuerte.

Medio metro.

La figura se irguió.

Talbot alzó el destornillador.

La figura se volvió.

Talbot agarró al intruso por la garganta.

El grito que cruzó el almacén fue ensordecedor, amplificado por la estructura cavernosa.

Talbot retrocedió. Catherine Reed tragó saliva y lo miró con los ojos desorbitados.

—¿Qué coño hace usted aquí? —carraspeó Talbot.

Ella se fijó en el destornillador.

—¿Va a bajar eso? —preguntó, haciendo un gesto con la cabeza hacia la herramienta afilada.

Él bajó el brazo.

—Le he preguntado qué está haciendo aquí

—Le he seguido —admitió ella.

—Podría detenerla por interferir en un procedimiento policial.

—¿Por qué no me apuñala con ese maldito destornillador, si era lo que iba a hacer? —dijo Cath con el corazón en un puño.

—Esto es una propiedad privada. No debería haber entrado.

—Soy periodista, Talbot, estoy haciendo mi trabajo. —Miró hacia el pomo desmontado —. Veo que usted también ha estado ocupado. ¿Ha descubierto algo ya?

—Esto no tiene nada que ver con su trabajo —escupió él, empujándola a un lado para pasar.

Cath se volvió hacia él cuando este llegó junto a la puerta.

—Cree que es cierto lo que nos ha contado María Goldman, ¿verdad?

—¿Que los niños han sido violados como parte de un ritual? —Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué hace aquí? Ha venido por lo que dibujaron los niños, ¿no? ¿Cree que las violaciones se produjeron en este lugar?

—Estamos investigando todas las posibilidades —dijo Talbot sin mirarla.

—¿Por qué es tan reticente con los hechos, Talbot? —dijo Cath irritada, observando cómo el inspector se empleaba en soltar el último tornillo del pomo.

—¿Qué hechos? —preguntó él, las venas de la sien le latían por el esfuerzo.

—Las declaraciones de los niños.

—¿Las menciones al diablo? ¡Por favor!

El tornillo se aflojó.

Ambos miraron en derredor cuando oyeron abrirse la puerta principal.

—Jim.

Talbot reconoció la voz de Rafferty.

—Aquí —dijo el inspector, y el oficial se apresuró para reunirse con su compañero, aminorando el paso cuando vio que Cath estaba con él.

—He oído un grito.

—Ha sido ella —dijo el inspector—. Otra vez metiendo la nariz

donde no debe. He estado a punto de herirla.

El tornillo ya estaba casi fuera.

—¿Has descubierto algo? —inquirió el inspector.

—Nada.

—Bueno, aquí ha estado alguien, y hace poco —informó Talbot a su colega.

El tornillo se desprendió y la puerta se abrió un centímetro o dos.

—¿Qué opina usted de lo que nos contaron en los servicios sociales? —preguntó Cath a Rafferty—. ¿Cree que se trata de un caso de abusos rituales?

—No le hagas caso, Bill —dijo Talbot—. Ya se marchará.

—¿Y bien? —insistió Cath.

—No lo sé —dijo Rafferty en voz baja, mirando cómo su superior abría la puerta de un empellón.

Esta giró sobre sus goznes.

Talbot entró.

La sala era amplia, de unos ocho metros cuadrados como mínimo.

Si había sido un despacho, tenía muy buenas dimensiones.

Talbot examinó el suelo.

Solo halló una fina capa de polvo.

—Mire —dijo Cath, señalando con un dedo.

—Ya lo veo —murmuró Talbot, siguiendo la dirección del brazo de Cath hasta las paredes del fondo.

La periodista, junto a los dos policías, se adentró en la habitación.

—Dios mío —masculló Rafferty.

Había una docena de grandes cajas en la estancia, siete u ocho en el centro, apiladas unas encimas de otras en tres bloques.

En la pared había una inmensa estrella negra de cinco puntas.

—No toque nada —advirtió Talbot a Cath—. Bill, quiero que un equipo forense venga ahora mismo. Que peine hasta el último centímetro de este sitio, ¿de acuerdo?

Rafferty echó a correr.

En el suelo había varias manchas oscuras.

Talbot se inclinó sobre la más cercana y la tocó con el índice. Olfateó la sustancia.

—Cera —murmuró.

Cath miraba los otros símbolos pintados en la pared.

Una enorme cruz invertida.

Otra estrella de cinco puntas, pero más pequeña.

Algunas palabras escritas en latín.

Talbot reparó en otra mancha oscura, en el suelo, cerca de las cajas apiladas, las propias cajas estaban salpicadas de aquella tinta herrumbrosa.

Fue hasta otra de las cajas y la abrió. Arrugó el gesto cuando el hedor le golpeó en el rostro.

En el fondo, un saco de arpillera cubría lo que desprendía aquel fétido olor.

El inspector sacó un bolígrafo de su bolsillo interior y lo deslizó por debajo del saco, apartándolo.

—Mierda —dijo entre dientes.

Lo que vio, dedujo el policía, habría sido un perro en el pasado.

Posiblemente un alsaciano.

Estaba decapitado. El cuerpo yacía abierto en canal desde el esternón hasta los genitales.

Le habían arrancado los intestinos, y vaciado la mayor parte de las tripas.

Talbot colocó el saco tal y como estaba y se dirigió a otra de las cajas.

Cath cogió la cámara de su bolso y sacó dos o tres fotografías; la fría luz blanca del flash iluminó el interior de la habitación.

Se volvió hacia Talbot, esperando que la amonestara, pero el policía parecía más preocupado por el contenido de la caja.

Tomó un par de fotografías más.

Talbot se sacó el pañuelo del bolsillo mientras se inclinaba sobre el objeto del fondo. Se envolvió la mano con la tela, tratando de no borrar ninguna de las huellas dactilares que pudiera haber.

Otras vez ese hedor a descomposición.

A muerte.

—Reed —dijo.

Ella se giró despacio, Talbot sostenía algo en la mano derecha.

Algo bastante grande.

Lo lanzó hacia ella.

Cath gritó cuando el objeto aterrizó a sus pies. Lo miró con los ojos como platos.

Talbot sonrió sin ánimo.

La periodista dio un paso atrás; el estómago le dio un vuelco.

Frente a ella yacía la cabeza de una cabra, la cual conservaba

gran parte de la piel intacta.

Sin embargo, no tenía los ojos, y la carne estaba arrugada, sin una sola gota de sangre.

La habían drenado.

El pelo parecía apagado y sucio.

La periodista se llevó una mano a la boca, sin apartar los ojos de los largos cuernos de la cabra. El hueso se veía en las zonas donde la piel se había desprendido.

Y también estaba ese tufo.

El olor rancio de la podredumbre.

Talbot empujó con el pie la cabeza de la cabra y miró con sorna a la mujer.

—Ahí tienes a tu diablo —espetó.

Setenta y dos

El concesionario Jaguar de Kensignton High Street parecía desierto a medida que Frank Reed se acercaba chocando con la gente al pasar.

La mayoría de los transeúntes se volvían para lanzarle una mirada irritada, uno le gritó algo desde lejos, pero Reed no pudo distinguir las palabras.

Había oído muy poco desde que salió de la comisaría de policía de Theobald's Road una hora antes, proyectando toda su rabia e impaciencia contra el tráfico y los otros conductores, quienes parecían estar conspirando para impedirle llegar a su objetivo.

Pero ahora lo tenía a la vista.

Podía sentir cómo el sudor le humedecía la camisa y le perlaba la frente. Había aparcado el coche a un par de calles de distancia y echó a correr, resultándole un esfuerzo más exigente de lo que habría imaginado, pero, cuando abrió la puerta del concesionario, pensó que el esfuerzo había valido la pena.

Dio un par de bocanadas de aire, tratando de controlar su respiración y calmar los tronidos de su corazón.

Los fluorescentes del techo brillaban en un tono frío, la luz blanca se reflejaba en la pintura impecable de los vehículos expuestos.

Reed apenas se fijó en ellos.

Se dirigió hacia el fondo del concesionario, a un escritorio. Detrás había un despacho, con la puerta entreabierta.

El teléfono del escritorio empezó a sonar.

¿Dónde demonios estaba todo el mundo?

¿Dónde estaba ella?

El teléfono seguía sonando.

—¿Puedo ayudarle, señor?

La voz sonó a su espalda.

—Disculpe, no le he visto entrar —dijo el hombre calvo que se le acercó—. Estaba revisando uno de los coches.

Reed se percató de la mirada apreciativa que le dedicó.

—Quiero ver a mi esposa —dijo Reed.

—Puedo venderle un vehículo, señor, no una esposa —anunció el hombre calvo con la sonrisa de un vendedor con experiencia.

Reed notó la irritante combinación de servilismo e hipocresía en el tono del hombre, el cual había oído cientos de veces en vendedores de todo tipo.

El teléfono seguía sonando.

Ellen Reed salió de su despacho con decisión, pero aminoró el paso al toparse de frente con su marido.

—Zorra de mierda —dijo él entre dientes.

—Espere —dijo el vendedor dando un paso hacia él.

—No se meta en esto. —Reed lo fulminó con la mirada.

El hombre retrocedió.

El teléfono seguía sonando.

—¿A qué estás jugando? —preguntó Reed a Ellen.

—Este no es el momento ni el lugar, Frank —respondió ella.

—Yo creo que sí.

—Voy a tener que pedirle que se marche, señor —dijo el vendedor con toda la valentía que pudo reunir.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Ellen? —preguntó Reed, haciendo caso omiso del hombre—. ¿Qué le has obligado a decir a Becky?

—No la he obligado a decir nada —dijo Ellen en un tono desafiante.

—Lo habéis planeado todo, ¿verdad? ¿O fue idea suya? —siseó Reed—. Del jodido señor Jonathan Ward. Sabía que eras una zorra, pero esto es caer demasiado bajo, incluso para ti.

—No tengo nada que decirte, Frank —Ellen se acercó al teléfono —. Y si no te importa, me gustaría seguir con mi trabajo.

—A la mierda el trabajo —rugió, barriendo de un golpe el teléfono del escritorio—. Estamos hablando de mi vida.

—Llamaré a la policía —dijo el vendedor, parapetándose detrás de un vehículo—, si no se marcha en treinta segundos.

—No te vas a salir con la tuya, Ellen —Reed apretó los puños.

—Lárgate, Frank —su corazón latía ahora un poco más rápido.

—Ya sé lo que estáis tramando.

Otra persona salió del despacho de atrás, un hombre alto y mayor vestido con un traje gris.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —preguntó.

—Le he dicho a este señor que voy a llamar a la policía —dijo el vendedor.

—Sé lo que estáis tratando de hacer y no funcionará —añadió Reed, ajeno a los dos hombres. Su rabia y su atención concentradas en Ellen.

El hombre alto vaciló al ver la furia en los rasgos de Reed.

—Llama a la policía —indicó al vendedor acobardado.

—Vete, Frank —dijo Ellen.

—No me vas a quitar a mi hija —dijo, apuntándole con un dedo acusador.

—Si no se marcha ahora mismo llamaremos a la policía —insistió el hombre más alto.

—¡No me vas a quitar a mi hija! —gritó Reed; luego se dirigió a la salida, respirando entrecortadamente.

—Se ha acabado, Frank —dijo Ellen a su espalda.

—No, no se ha acabado —gritó él—. Esto acaba de empezar. No permitiré que la apartes de mí, Ellen. Te mataré antes de dejar que lo consigas.

Y se marchó.

Si se hubiera girado habría visto la fina y casi imperceptible sonrisa que afloró brevemente en los labios de Ellen.

Setenta y tres

Cath acababa de coger el ascensor, había tenido que levantar la voz para que su único ocupante mantuviese las puertas abiertas.

Llevaba una bolsa de la compra en cada mano, y no le agradaba tener que subir por las escaleras hasta su apartamento cargando tanto peso.

El hombre vivía en el tercer piso.

Se habían cruzado alguna que otra vez desde que se mudó hacía unos tres meses.

Pero nunca habían intercambiado ni una palabra. De hecho, no recordaba haber hablado más de tres o cuatro minutos con los otros vecinos desde que se estableció en el edificio.

Las personas que residían arriba, abajo o al lado podrían haber estado muertas en sus camas y no se hubiese enterado. No eran unos vecinos muy sociables.

En el piso de abajo vivían dos parejas a las que había visto juntas algunas veces, pero, aparte de eso, la convivencia se limitaba a gestos de cortesía o conversaciones superficiales en los ascensores.

Así era Londres.

Y así era como a Cath le gustaba que fuese.

Se las arregló para dedicarle una cálida sonrisa a su compañero de viaje, y recibió un gesto similar a cambio, aunque él estaba más interesado en sus piernas, entalladas en unos vaqueros ajustados.

—Odio tener que hacer la compra —dijo el hombre, señalando con la cabeza hacia las dos bolsas que ella había dejado en el suelo.

—Yo también —dijo Cath, apretando el botón del primero.

Las puertas del ascensor se cerraron.

—Mi novia se encarga de todas esas cosas —dijo el hombre con suficiencia; demasiada, en opinión de Cath.

Ella lo miró de reojo, y vio que él la miraba con más atención.

Cuando él se percató de que ella se había dado cuenta de que se la comía con los ojos, no hizo demasiado por ocultarlo: simplemente sonrió.

—¿Estás casada? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Yo me casaré dentro de poco —añadió el hombre.

—¿No es tu novia muy afortunada? —dijo Cath con sarcasmo.

En cuanto el ascensor se detuvo, cogió sus bolsas y salió.

—Nos vemos —dijo él mientras las puertas se cerraban.

—No si puedo evitarlo —susurró para sí misma.

Jesús, menudo desgraciado.

Llegó a la puerta de su apartamento y dejó una de las bolsas en el suelo para sacarse las llaves del bolsillo.

Mientras lo hacía, empujó la puerta.

Estaba abierta.

El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho.

Dejó la otra bolsa y se quedó quieta, prestando atención a cualquier sonido del interior.

Cath inspeccionó la cerradura y halló unos cuantos arañazos. El metal parecía forzado en varios puntos.

Entró en el apartamento, solo un paso.

Ve y pide ayuda. Ahora. Llama a la puerta de al lado.

Vaciló un momento, pero dio otro paso hacia el recibidor.

—Oh, Dios —susurró.

Los cuadros yacían sobre la alfombra. El cristal de dos de los marcos estaba hecho añicos.

La pequeña mesa ornamental y la planta que había encima también estaban volcadas.

Las esquirlas de vidrio crujían bajo sus zapatos a medida que avanzaba hasta el salón.

¿Y si el intruso sigue dentro?

Se quedó quieta.

Vete ahora mismo.

El apartamento permanecía en silencio. Dio otro paso.

Mientras miraba a su alrededor, una palabra parpadeaba en su mente.

Devastación.

Cualquier cosa que pudiera romperse, estaba rota.

El sofá volcado, la decoración desparramada por todas partes, algunos jarrones habían sido lanzados contra la pared. Las fotos y los cuadros, destrozados en el suelo.

El escritorio, junto al ordenador de sobremesa, yacía de costado. Los papeles habían sido desperdigados sobre la alfombra. El florero de la mesita del café era un montón de pedazos en el suelo, junto a las flores pisoteadas.

Habían barrido los estantes de libros, dejándolos caer sin ton ni son.

Confusa, Cath se dirigió a la cocina.

Habían vaciado los cajones, la cubertería y la vajilla destrozada cubrían cada rincón del suelo. Hasta el reloj que colgaba de la pared había sido arrancado y arrojado al otro lado de la cocina: lo encontró dentro del fregadero.

Los armarios estaban abiertos; la puerta de uno de ellos colgaba de los goznes, tal había sido la ferocidad de la intrusión.

Regresó al salón, luego entró en el dormitorio.

Más daños.

Habían tirado de las sábanas; las mesitas de noche estaban volcadas; y los armarios, abiertos. Toda su ropa desperdigada por la cama y el suelo.

Las perchaspoblaban los rincones de la habitación. Una había golpeado la radio despertador, la protección de plástico que cubría los intermitentes dígitos rojos estaba rajada.

Cath sintió un mareo, y por un segundo pensó que iba a desmayarse, pero la sensación pasó y dio dos grandes bocanadas de aire, tratando de recuperar la compostura. Volvió de nuevo al salón en busca del teléfono.

Revisó la habitación, pasó por encima de la impresora, la cual también habían lanzado por los aires.

La impresora.

¿Por qué no se la habían llevado?

Cath cogió el teléfono, y miró en derredor mientras marcaba el número de emergencias.

¿Por qué tampoco se habían llevado el ordenador?

Frunció el ceño.

El equipo de música estaba en un rincón de la habitación.

Intacto.

El video seguía allí.

Así como el televisor.

Cath tragó saliva.

Para cuando la voz del otro lado de la línea le preguntó qué servicio requería, el ritmo de su corazón comenzó a relajarse.

Informó de que necesitaba a la policía, comunicó su nombre y dirección, y colgó.

No se habían llevado el vídeo. Ni el televisor. Ni el equipo de música.

Volvió a la cocina.

La radio portátil seguía allí.

¿Qué clase de ladrones son estos?

El apartamento estaba destrozado pero poco o nada se habían llevado.

Cath regresó al salón y fue entonces, al mirar a su alrededor, cuando se dio cuenta de que sí faltaba algo.

Setenta y cuatro

Cuando oyó que llamaban a la puerta, Cath miró con nerviosismo a Phillip Cross.

El fotógrafo había permanecido a su lado en todo momento, y ahora se levantó para ir a abrir.

Cath miró su reloj.

Las 23:23.

A pesar de la compañía de Cross, de pronto se sintió asustada.

Los ladrones no llaman a la puerta, ¿verdad?

Se pasó una mano por el cabello y respiró hondo.

El último policía hacía más de cuatro horas que se había marchado. Llamó a Cross y este se presentó en el apartamento de inmediato. Limpiaron el desastre perpetrado por los intrusos, aún quedaban restos del aluminio y del carboncillo espolvoreados por la policía en busca de huellas dactilares.

Se estremeció al recordar la profusión de huellas que habían encontrado, pero hasta una profana en la materia como ella sabía que la mayoría eran lisas.

Acurrucada en el sofá, encogió las piernas un poco más, y escuchó las voces del recibidor.

Un momento más tarde, Cross regresó.

—Alguien quiere verte —dijo.

El inspector James Talbot apareció por su espalda, dedicándole una mirada de reojo, luego estudió el resto de la habitación.

—Al parecer no han causado excesivos daños —dijo el inspector.

Cath lo observó en silencio durante un momento.

—¿Qué quiere? —preguntó por fin.

—Me han contado lo que ha pasado aquí, y he pensado en pasarme a echar un vistazo.

—Si ha venido a regodearse, llega tarde —dijo con acidez—. Ya hemos arreglado el desorden.

—¿Quién cree que ha sido? —preguntó el inspector, sentándose sin ser invitado a ello.

Cath se encogió de hombros.

—Los ladrones.

—¿Y no se han llevado nada de valor?

—Se supone que usted es el detective. Dígame quién ha sido.

—Alguien con ganas de venganza. Alguien a quien no le cae bien. Tratándose de usted, el número de sospechosos se reduce a medio millón de personas, ¿no cree?

—Si eso es todo lo que ha venido a decir, ya puede irse —dijo ella, poniéndose en pie.

Talbot no se movió.

—¿Para qué diablos ha venido? —insistió ella.

—El caso me interesa.

Cath volvió a sentarse.

Cross los miró, sintiéndose algo inútil.

—¿Quiere una copa? —preguntó al policía.

Cath le lanzó una mirada fulminante.

—Whisky, por favor —dijo Talbot con una sonrisa—. Cualquiera me vale.

—Entonces, ¿qué le hace interesarse tanto por mi caso, Talbot? ¿Qué es tan fascinante para hacerle venir hasta aquí a esta hora de la noche?

El inspector aceptó la bebida que le tendía Cross.

—Mi interés radica en por qué entraron y no se llevaron nada —dijo—. ¿No le parece interesante?

—Me intriga.

—Solo se llevaron un objeto, ¿no es cierto?

Cath asintió.

—Una fotografía de usted y de su hermano —dijo el inspector—. Es lo único que han robado.

Cath lo observó mientras daba un trago al whisky.

—¿Recuerda aquel día en Euston, no hace mucho tiempo —preguntó el policía—, cuando un tipo se lanzó a las vías del tren?

Ella asintió.

—¿Se enteró de la noticia de ese tipo del club de tiro de Druid Street que se voló la cabeza? ¿Y el que se tiró en picado sobre el restaurante Greenhouse?

Cath se inclinó hacia delante.

—A los tres les sucedió lo mismo una o dos semanas antes de que se mataran —dijo Talbot.

—¿Se refiere a que robaron en sus casas?

Él asintió.

—Les robaron en casa o en el coche —aclaró el inspector—. Y en

los tres casos, lo único que se llevaron fue una fotografía de cada uno de ellos. Como con usted. —Apuró lo que le quedaba en el vaso y lo dejó sobre la mesa.

—¿Cree que se trata de la misma gente? —preguntó ella con incredulidad—. ¿Por qué harían algo así?

Talbot se encogió de hombros.

—Puede que solo sea una coincidencia —dijo—. Pero complica un poco las cosas. Cuatro robos similares en un periodo de diez días, sin que se lleven nada de valor… salvo una fotografía de la víctima. En los tres casos, menos de una semana después del robo, las víctimas se suicidaron. Usted podría ser la cuarta.

—Si está esperando que me suicide, Talbot, ya puede esperar sentado —replicó ella desafiante.

—Cualquier hombre puede soñar despierto, ¿no?

A pesar de su bravuconería, Cath sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Quiénes eran esos hombres?

Talbot sonrió.

—Aquí viene lo divertido —dijo sin ánimo—. Los tres eran buenos profesionales, y trabajaban en un mismo proyecto, todos eran alegres cabezas de familia. Todos tenían una vida plena.

—¿En qué consistía ese proyecto? —preguntó Cath.

—Los almacenes de Limehouse Reach.

—¡Dios! ¿Ha investigado todo eso?

—¿Qué coño cree que he estado haciendo? —exclamó él.

—¿Y no fueron asesinados?

—Creo que habría notado la diferencia —respondió con acidez.

—Pero ¿por qué cree que yo podría estar involucrada?

—No he dicho que lo esté, solo he dicho que es una coincidencia de la hostia. Robaron en sus propiedades y lo único que se llevaron fue una fotografía. Ahora su casa es asaltada y no se llevan nada más que una foto. Las circunstancias son iguales; si los culpables son los mismos o no, eso está por ver.

Tocó el vaso vacío con los dedos, empujándolo hacia Cross, quien se puso de pie y volvió de la cocina con la botella, que dejó junto al policía para que se sirviera lo que quisiera.

—Una cosa, Reed —dijo—. No quiero que molestes a las familias de esos hombres muertos. Si me huelo que has estado revoloteando por sus casas, te arrestaré.

Cath sonrió.

—Le encantaría, ¿verdad? —dijo en voz baja.

Él la miró con malevolencia.

—¿Por qué me cuenta todo esto, Talbot?

—Creo que tiene derecho a saberlo.

—Y de paso se asegura de acojonarme un poco, ¿no?

—Alguien podría estar detrás de usted, solo quería advertirle —dijo.

Ella esperó a que bebiera del vaso.

—Por cierto, ¿ha recibido alguna llamada extraña o una carta, alguna mierda parecida? —preguntó el inspector.

Cath asintió.

—Unas cuantas llamadas amenazantes —admitió.

—¿Las ha denunciado?

—No. Pensaba que tendrían algo que ver con la historia del abuso infantil , ya sabe, algunos padres amedrentándome.

—¿Eran amenazas concretas?

Ella asintió.

—Dos de los tres hombres fallecidos también recibieron amenazas por teléfono. Parece que tiene más cosas en común con ellos de las que pensaba.

El inspector terminó su bebida y se puso de pie.

Cross se levantó con él.

—Puedo encontrar el camino yo solo —dijo Talbot, volviéndose hacia la puerta.

—¿Cómo sé que no volverán, Talbot? —le preguntó Cath desde el sofá.

—No lo puede saber.

—¿Y por qué no me pone alguna clase de protección policial?

—¿Está de broma? Mis hombres tienen mejores cosas que hacer que vigilarla veinticuatro horas.

—Entonces ¿qué hago? —inquirió. Se levantó y siguió al inspector hasta la puerta.

Él vaciló en el umbral.

—Cuídese —le advirtió; una sonrisa le cruzó el rostro—. Que pase una buena noche.

Ella cerró de un portazo.

Setenta y cinco

Frank Reed no durmió nada la noche anterior, el aspecto demacrado que le devolvía su reflejo en el cristal de la ventanilla del coche así se lo confirmaba.

El profesor cerró la puerta, se pasó el maletín a la otra mano y cruzó el patio.

Esa mañana se había tomado un par de Panadol con el café, pero no parecía que hubiesen servido de mucho para aliviarle el dolor punzante que le martilleaba desde las sienes hasta la parte superior del cuero cabelludo. Se sentía como si le estuviesen estirando la piel, apretándole el cráneo hasta el punto de pensar que en cualquier momento le explotaría por la presión.

Levantó una mano para saludar a uno de sus colegas, cuyo vehículo entraba en el aparcamiento de los profesores.

Dio un respingo al oír el rugido del motor cuando pasó a su lado. Cada sonido parecía estar amplificado.

Siguió caminando.

A través de la ventana de la sala de profesores podía ver a alguno de ellos preparándose la jornada. Dos miraban hacia el patio con una taza de té en las manos, como si temieran lo que les podría traer el día.

Ambos le vieron, pero cuando Reed levantó la mano, se apartaron de la ventana.

Quizá no era el único que había pasado una mala noche.

Dios, menudo eufemismo.

Estuvo un rato al teléfono, le dejó un mensaje a Cath en el contestador, preguntándole por qué no le devolvía las llamadas.

Incluso había telefoneado a Ellen.

Maldita zorra.

No obtuvo ninguna respuesta.

Quizá estaban en la comisaría prestando declaración. Incluso ahora, bajo la fría luz del día, lo absurdo y la vacuidad de todo el asunto parecía aumentar.

Había sido acusado de agredir a su propia hija.

El mero pensamiento le hacía sentir enfermo.

¿En qué cabeza cabía semejante obscenidad?

¿En la de Ellen?

¿O en la de su maldito amante?

Se preguntaba si Jonathan podría estar detrás de aquello. La idea le había atormentado durante toda la noche. Sabía lo perdidamente enamorada que estaba Ellen de ese hombre. Pero ¿hasta dónde llegaría para complacerle?

¿Qué le habían dicho a Becky para que admitiera tales acusaciones?

¿Pensaba la niña realmente que él la había tocado? ¿O que le había hecho daño?

Las preguntas se desplomaban en su mente como la noche anterior. Y, del mismo modo, no encontraba respuestas.

Empujó la puerta principal y entró.

A su izquierda, tres o cuatro chicos comprobaban frente al tablón de anuncios los nombres del equipo de fútbol sub-15 del colegio. Cuando pasó junto a ellos no pareció que se percataran de su presencia, ni siquiera dejaron de mirar la hoja del equipo.

Reed cruzó otra puerta y se disponía a girar por el pasillo de la derecha hacia la sala de profesores cuando una figura familiar apareció delante de él.

Noel Hardy lo observó con una expresión indescifrable.

—¿Podría hablar contigo en mi despacho, por favor? —preguntó.

Dio un paso hacia el interior del mismo e invitó a entrar a Reed.

Reed lo siguió y aceptó la silla que Hardy le ofreció.

Había numerosas plantas de interior, muy bien cuidadas. Reed supuso que se debía a la cálida temperatura del despacho. Allí siempre hacía calor. Hasta en verano Hardy mantenía la calefacción encendida. A pesar de que el aire de la mañana era algo fresco, el calor del despacho resultaba incómodo. El ambiente olía a rancio.

Al lado de cada maceta había una botellita de Baby-Bio. En el alféizar de la ventana reposaban unas tijeras de podar.

A la izquierda de la mesa del director había una pecera con gran variedad de peces tropicales. Se suponía que contemplarlos aliviaba el estrés, recordó Reed. Se preguntó si debería de conseguir una para él.

—Quería tener una pequeña charla contigo —dijo Hardy en tono serio.

—Dispara.

—Esto no es fácil para mí.

Reed enarcó una ceja.

—El incidente de ayer con la policía—continuó el director—. Lo vi. Estoy seguro de que otras personas también lo vieron. Me gustaría saber de qué se trata.

—Es un asunto privado.

—No si tiene lugar en el colegio. Quiero saber qué ha pasado.

—Ha habido un malentendido. Fui a la comisaría para aclararlo.

Hardy estaba de pie junto a una de sus plantas y acariciaba una hoja con el pulgar y el índice.

—Al colegio no le viene bien —dijo—. Profesores involucrados en asuntos policiales. Dios sabe que ya hay suficientes problemas en el St. Michael. Provocados, he de añadir, por ti.

—Si te estás refiriendo a los niños, entonces…

Hardy lo interrumpió.

—Ha salido en todos los periódicos —espetó—. ¿Qué crees que va a pensar la gente del colegio?

—¿Qué habrías preferido hacer? ¿Dejar que esos niños sufrieran? Era nuestra obligación avisar a la policía.

—El daño infligido a la reputación de esta escuela podría ser irreparable, y la culpa es tuya.

—Al carajo la reputación de la escuela. ¿Qué pasa con esos niños?

—Primero traes aquí a la policía, después tú mismo tienes problemas con ellos. Solo Dios sabe por qué. ¿Qué has hecho?

—Yo no he hecho nada.

—No es eso lo que he escuchado.

—¿De qué estás hablando?

—Ayer tuviste que ir a la comisaría de Theobald’s Road, cuestionado por agredir a tu propia hija.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Reed.

—Lo sé. Y eso es lo que importa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Por lo tanto, ¿no lo niegas?

—No niego que me hicieran algunas preguntas. Pero, como te he dicho, ha sido un malentendido.

—Parece que es algo más grave que un malentendido. Pero siempre te encargas de suavizarlo todo.

—Quiero saber cómo te has enterado.

—Yo soy quien hace las preguntas aquí, Reed —dijo Hardy

desafiante.

—¿Ha sido mi esposa?

—No me queda otra opción que suspenderte de forma indefinida. Te agradecería que te marcharas ahora mismo.

—Esto es lo que estabas esperando, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres —dijo el director con desdén.

—Nunca quisiste ayudar a esos niños, ¿no es cierto? Te preocupa mucho más la reputación de tu maldito colegio —exclamó Reed.

—Márchate, por favor.

—¿O qué? ¿Vas a llamar a la policía?

—Si es necesario, sí.

Los dos hombres se miraron durante un instante, luego Reed se puso en pie y se dirigió a la puerta.

—Se te notificará cualquier acción disciplinaria que se adopte respecto a ti —le dijo Hardy.

—Que te jodan. A ti y a tu colegio.

—Ahora ya sabes cómo se sienten los padres de esos niños. Esos a los que tú has acusado. No es agradable, ¿verdad?

Setenta y seis

El inspector James Talbot dejó el informe sobre el escritorio y se reclinó en la silla con los ojos cerrados.

Durante un rato se quedó así, observado por el oficial Rafferty y Phillip Barclay.

El forense tenía una copia del informe que hojeaba distraído mientras esperaba una respuesta por parte de Talbot.

Rafferty se encendió un cigarrillo, soltó una bocanada de humo y esperó a que se disipara en el aire.

—No es mucho lo que tenemos, ¿no? —dijo por fin Talbot, abriendo los ojos. Miró primero a uno y después al otro—. Sabemos que alguien ha estado en ese almacén: eso es obvio, pero ¿quién y por qué?

Se encogió de hombros, dejando la pregunta en el aire.

—¿Qué tienes tú, Phil?

—Un zurrón con varias cosas, podríamos decir —respondió Barclay sonriendo.

La sonrisa se desvaneció en cuando vio la expresión de Talbot.

—Unas cuantas huellas; la mayoría, pisadas —continuó rápidamente—. Lo que corrobora lo que ya sabíamos. Alguien ha estado en ese almacén.

—¿Son recientes? —preguntó Talbot.

—De hace una semana, diez días, ninguna de menos tiempo —replicó el forense.

—¿Y la sangre? —inquirió Rafferty.

—A eso iba —dijo Barclay—. Se encontraron rastros de sangre y semen.

—¿Y? —insistió Talbot.

—El semen no resultó de mucha ayuda —dijo Barclay—. Solo es posible clasificarlo en tres categorías. Secretor y no-secretor, grupo sanguíneo ABO y el subgrupo enzimático PGM. Nada específico si lo comparamos con la serología.

Talbot suspiró.

—¿Te importaría hablarme en cristiano, Phil? —pidió sin energías.

—Es posible determinar un grupo sanguíneo a partir de una muestra de semen, eso es cierto, también del sudor y de la orina, pero el resultado no es tan preciso como lo sería un análisis sangre, a no ser que hubiésemos extraído el semen del interior de la persona violada. Las muestras que recogimos en el almacén son casi inservibles.

—¿Por qué? —quiso saber Rafferty.

—Porque son muy antiguas.

—¿Más que las manchas de sangre? —insistió el oficial.

—En casi todos los casos, sí. Los espermatozoides estaba muertos, descompuestos: lo que hace que el análisis sea virtualmente imposible —explicó Barclay.

—¿Huellas dactilares? —preguntó Talbot.

—Hallamos veintisiete identificables, el resto eran parciales, o quienquiera que fuera el autor llevaba guantes de látex.

—¿Y las huellas de pisadas? —continuó Talbot.

—De nuevo encontramos dificultades. Diría que había quince o dieciséis pares, pero muy pocas completas. El polvo del almacén debería haber facilitado la detección de huellas, pero por desgracia no ha sido así.

—Yo vi algunas muy nítidas —planteó Talbot.

—Algunas. Pero la mayoría son de pies descalzos.

—¿De hombres o de mujeres? —preguntó Rafferty.

—De ambos.

—¿Y de niños? —inquirió Talbot.

—Ninguna que hayamos podido encontrar.

—¡Mierda! —siseó Talbot.

—Respecto a las huellas dactilares, Phil, ¿son lo bastante claras para asegurar una identificación en caso de que detengamos a algún sospechoso? —preguntó Rafferty.

Barclay asintió.

—¿Y la sangre? —añadió Talbot.

Barclay respiró hondo.

—Primero hicimos análisis de peroxidasas, solo para confirmar que realmente se trataba de sangre. Luego realizamos un test de precipitina.

—Háznoslo fácil, ¿de acuerdo, Phil? —dijo Talbot.

—Los test de precipitina identifican la naturaleza de la sangre. Humana o animal.

—¿Y?

—Se encontraron treinta y dos muestras identificables de sangre en el almacén. Seis eran del grupo sanguíneo A, tres eran O.

—¿Y el resto?

—De animal.

Talbot frunció el ceño y se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Qué clase de animal?

—Perros y gatos en veintiuna de las muestras —anunció Barclay.

—Eso nos deja con dos sin clasificar —insistió Talbot.

—Eso es porque no sabemos de qué son —dijo el forense irritado —. Conocemos los antisueros de la mayoría de animales domésticos y de granja.

—Por lo tanto, ¿qué nos quieres decir? —preguntó Talbot—. ¿Que no sabes de qué animales procede la sangre de esas dos muestras? ¿Qué posibilidades hay, Phil? Lo que quiero decir es que, una vez que habéis descartado los putos rinocerontes y la jirafas, ¿qué nos queda? Con un poco de lógica, ¿qué animal podría haber estado en ese almacén?

—Siendo lógicos, diría que se trata de un animal doméstico de algún tipo, una oveja o una cabra, sin lugar a dudas. Tiene que ser un animal que pueda conseguirse con facilidad, tal vez en una tienda de mascotas.

—¿Puede ser alguna mascota exótica? —planteó Refferty, mirando a Talbot.

—¿Alguna idea? —dijo el inspector.

—Depende de lo que estuviera ocurriendo en ese almacén. Si estaban descuartizando perros y gatos, solo Dios sabe de qué otro animal podría tratarse —dijo el oficial.

—Las manchas de sangre estaban concentradas en una misma zona, por eso nos resultó tan difícil identificarlas al principio —explicó Barclay.

—¿Qué otras evidencias físicas encontrasteis? —preguntó Rafferty.

—Cabellos y fibras —dijo Barclay—. ¿Quieres la lista?

Los policías asintieron.

—Pelo de la cabeza, de las cejas, de las axilas y vello púbico —dijo el patólogo.

—¿Cómo demonios los diferenciáis? —quiso saber Rafferty.

—El pelo de la cabeza tiene una sección circular; el vello púbico, triangular; las cejas…

Talbot levantó una mano.

—De acuerdo, está bien, Phil, lo hemos pillado. ¿De qué son esas fibras?

—Algodón, lana, nailon. He hecho otra lista —informó Barclay.

Talbot negó con la cabeza.

—De modo que el único misterio es la procedencia de esas dos muestras de sangre, ¿no? —dijo el inspector.

Barclay asintió.

—Hay suficientes evidencias para conseguir una identificación, de modo que tenemos que encontrar al sospechoso —dijo el patólogo.

—Los padres de los niños violados. No necesitamos buscar más allá.

—¿Por qué estás tan seguro, Jim? —preguntó Rafferty.

—No lo estoy. Ese es el problema —dijo Talbot—. Le prensa ya ha condenado a esas personas. No nosotros.

—¿Y el punto de vista satánico? —añadió Rafferty.

—Eso es una chorrada, y lo sabes —espetó Talbot.

—¿Y si no lo es? —insistió el oficial—. Esos símbolos que vimos, las declaraciones de los niños…

—Por el amor de Dios, Bill —respondió Talbot enfadado.

—¿Qué te hace ser tan experto en el tema, Jim? —siseó Rafferty.

Talbot evitó la mirada de su colega.

Confía en mí.

—Este caso ni siquiera era nuestro —añadió el oficial—. ¿Por qué tanto interés?

—Porque el caso en el que estábamos trabajando está relacionado con este, ¿recuerdas? —dijo el inspector con acidez.

Un pesado silencio medió entre ellos, roto por fin por Barclay.

—Mirad, tengo mucho trabajo que hacer —dijo, poniéndose en pie.

—Averigua todo lo que puedas de esas muestras de sangre sin identificar, Phil —dijo Talbot.

Rafferty siguió al forense hacia la puerta.

—Yo también tengo cosas pendientes —masculló.

—Confía en mí, Bill —dijo Talbot a su colega.

Rafferty cerró la puerta al salir.

Talbot se inclinó hacia delante en su silla, con la cabeza gacha.

Confía en mí. Sé de lo que estoy hablando.

Golpeó la mesa con el puño. Tan fuerte que le dolió.

Dios, necesitaba un trago.

Setenta y siete

—Tiene que haber algo que puedas hacer —dijo Catherine Reed exasperada.

Su hermano estaba sentado en el sofá de su apartamento, con una taza de café en la mano. Apenas parecía notar el calor que le quemaba la palma; tan profundos eran sus pensamientos.

—Frank —dijo.

Su voz lo sacó del trance y el hombre sintió el calor.

Dejó la taza en la mesa y se frotó las manos con suavidad.

—La policía cree que agredí a Becky —dijo en voz baja.

—No te han detenido.

—Es solo cuestión de tiempo —dijo—. Ellen presentará cargos. He sido un tonto. Nunca debería haber confiado en ella. Era demasiado fácil. No me ha dejado ver a Becky durante meses, y de pronto, sin venir a cuento, me llama y me dice que puedo quedarme con ella un fin de semana completo. Lo tenía todo planeado. Ambos habían planeado esto. Ella y ese hijo de puta de Ward.

Cath se sentó a su lado y le pasó un brazo por encima del hombro.

—Frank, si tú no has hecho nada, entonces no tendrán nada contra ti —dijo ella, tratando de calmarlo.

Él la miró.

—¿Qué quieres decir con ese «si»? Yo no he hecho nada. ¿Tú crees que toqué a Becky? Dios mío, Cath.

—No he dicho eso. Sé que nunca le harías daño. ¿Qué te dijo la policía?

—Dijeron que la toqué cuando la secaba después de ducharse.

—¿Lo hiciste?

—¿De verdad me preguntas eso?

Cuando lo miró a los ojos vio que los tenía anegados de lágrimas.

—Se han podido tergiversar las cosas, Frank —dijo ella, tocándole la mejilla—. ¿Has hablado con Becky?

—No me permiten acercarme a ella hasta que esto… hasta que la investigación haya terminado. Si Ellen se sale con la suya, no

volveré a verla nunca. Es lo que quería desde el principio y al parecer va a conseguirlo.

—¿Cuándo podrás volver al colegio?

Él negó con la cabeza.

—La suspensión es indefinida. Hardy también estaba esperando su oportunidad.

—Vamos, Frank. Lo siguiente que vas a decir es que los dos se han puesto de acuerdo. Ya sabes por qué Hardy te la ha jugado. Has hecho que él y su colegio queden en mal lugar.

—¿Por decir la verdad?

—Como se suele decir: «la verdad duele».

Reed se puso de pie y se acercó a la ventana.

—Si hubiese tocado a Becky… —dijo en voz baja—. Ellos podrían demostrarlo, ¿no?

Cath tragó saliva.

¿Qué estaba diciendo?

Se quedó mirando fijamente a su hermano.

—Habría evidencias físicas —continuó.

Cath sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Frank —dijo en un susurro—. ¿La tocaste?

—Le di una toalla. Se secó sola, se vistió sola.

Cath lo miró con atención.

—La quiero, Cath —dijo él, con los ojos en el infinito—. Nunca le haría daño. Pero ¿cómo voy a convencer de eso a la gente?

Ella no tenía una respuesta.

Solo un silencio inútil.

Sintió una patada.

Shanine Connor dio un respingo y se llevó la mano al vientre. Estaba muy hinchado.

También se notaba los pechos duros y voluminosos; el roce con la tela raída del suéter le resultaba muy incómodo. La prenda apenas le cubría la prominente barriga.

Se quedó quieta un momento, soportando un repentino dolor punzante, ajena a la curiosidad de los transeúntes.

El ramalazo pasó y Shanine siguió caminando por la calle Strand, sujetando la bolsa de deporte con una mano y con la otra una de las barritas de chocolate que había robado unos quince minutos antes en un estanco de la estación de Charing Cross.

El dependiente le gritó.

Pero ella no pudo entender sus palabras. Era extranjero… paquistaní o de algún país parecido.

Echó a correr con todas sus fuerzas y nadie intentó detenerla.

Atajó por Craven Street para desembocar en la marea de gente que abarrotaba la calle Strand.

Conseguido.

Mordió la barrita de chocolate y siguió hasta el final de la calle, la cual se estrechaba hasta convertirse en Fleet Street.

Ahora caminaba más despacio, en alerta, a pesar de no haber dormido más de seis horas en los últimos dos días.

Su estado y el cambio inesperado del clima habían conspirado para privarla del sueño que tanto necesitaba.

Shanine pasó por el escaparate de una tienda y percibió su reflejo demacrado.

Otra joven, quizá un año mayor que ella, eligió ese mismo instante para inspeccionar su imagen en el cristal pulido.

Durante unos segundos, Shanine comprendió qué aspecto podría haber tenido.

La otra mujer vestía de forma elegante, llevaba una chaqueta gris oscuro y una falda, lucía un cabello recién cortado que se movía con la brisa.

Shanine parpadeó y la imagen desapareció, la mujer había sido tragada por la muchedumbre.

En el cristal solo quedaban los rasgos torturados de su rostro.

Engulló el chocolate que le quedaba y siguió andando.

El edificio que buscaba estaba justo delante de ella.

Lo contempló un momento, fijándose tanto en las ventanas tintadas como en las figuras que recorrían la zona de recepción: un enorme espacio cavernoso de hormigón y mármol.

Encima de la entrada un cartel anunciaba: Express.

Metió la mano en la bolsa y sacó un trozo de papel. Lo desdobló hasta encontrar el rostro de Catherine Reed.

Ahora conocía cada línea del contorno de su cara. Mientras devolvía el papel a la bolsa, rozó el mango del cuchillo de cocina.

Y esperó.

Setenta y ocho

Frank Reed estaba borracho.

Sin embargo, y a pesar del alcohol ingerido, el letargo que ansiaba se le resistía.

Reed nunca había sido un gran bebedor, de modo que pensaba que con tres cuartos de una botella de Bacardi tendría suficiente para hundirse en la neblina que anhelaba.

Pero se equivocaba.

La habitación empezó a darle vueltas, y para mantener el equilibrio tenía que apoyarse en los muebles cada vez que se ponía de pie. Lo más probable era que para caer desmayado tuviera que tomarse otras seis o siete copas.

Se sentó en mitad del pasillo, con el teléfono entre las piernas y el auricular apretado contra el oído mientras marcaba.

Oyó el tono de llamada.

Tenía la mente embotada. Cerró los ojos durante un segundo, pero eso solo empeoró las cosas.

El teléfono seguía dando señal de llamada.

Reed cogió el vaso y lo apuró; se bebió la última gota de alcohol que tenía en casa.

Odiaba el sabor del Bacardi pero fue lo único que encontró .

Y podía hacer el trabajo.

Por fin descolgaron el teléfono.

—Hola.

Reed reconoció la voz.

—Quiero hablar con Ellen —dijo arrastrando las palabras. Luego eructó, saboreando una amarga mezcla de alcohol y bilis en la garganta.

—No creo que ella quiera hablar contigo —respondió Jonathan Ward.

Reed cerró los ojos un segundo.

—Mira, déjame hablar con ella —dijo, tratando de calmarse.

Silencio al otro lado.

Oyó un intercambio de murmullos y a continuación Ellen cogió el teléfono.

—Tienes la cara muy dura —dijo enojada.

—Escúchame. Sobre lo que pasó el otro día en tu trabajo: lamento haber montado una escena pero…

—Podría haber perdido mi trabajo por tu culpa.

—Y yo podría perder a mi hija por la tuya.

—Déjame en paz.

—No cuelgues, Ellen —suplicó él.

Silencio.

—¿Ellen?

—Sigo aquí. Date prisa.

—¿Por qué hiciste que Becky dijera esas cosas sobre mí? ¿Tanto me odias?

—Yo no le hice decir nada.

—Yo nunca le haría daño, lo sabes.

—¿Por qué has llamado?

—No sigas con esto. No pongas una denuncia. Piensa en Becky.

—¿Por qué no pensaste tú en ella? Antes de hacer lo que le hiciste.

—Yo no la he tocado —espetó; su tono de voz era desesperado —. Sé que no lo hice. Tú has planeado todo esto, ¿verdad? Tú y él.

—Estás borracho, Frank, déjanos en paz.

—Quiero hablar con Becky.

—No seas ridículo, son más de las once. Además, ella no tiene nada que decirte.

—Ella me dirá lo que le obligasteis a decir.—Buenas noches, Frank. No vuelvas a llamar.

—No lo hagas, Ellen —dijo con voz ronca.

—Si vuelves a llamar, le diré a la policía que nos has estado acosando —exclamó ella.

—Déjame hablar con ella, por favor.

—Ya está, Frank. No volverás a verla.

—Por favor —gritó.

Hasta un par de segundos después no se dio cuenta de que sonaba el pitido monótono de la llamada finalizada.

—¡Maldita hija de puta! —gritó al auricular, golpeándolo con todas sus fuerzas contra la horquilla.

Frank Reed se echó a llorar.

—Estoy estancada, Phil. No sé qué demonios hacer ahora. No sé

dónde ir.

Catherine Reed miró los diarios esparcidos sobre la alfombra y suspiró de cansancio; tenía la espalda apoyada en el sofá donde estaba tendido Phillip Cross, quien le masajeaba los hombros con una mano.

Vestía solo una camisa larga, desabrochada hasta el segundo botón. Descansaba sentada con las piernas cruzadas.

Cross llevaba vaqueros y una camiseta.

Se había desabotonado el pantalón, y la camiseta, que lucía la leyenda MISMA MIERDA DIFERENTE DÍA, estaba algo arrugada.

—¿Qué pasa con los otros? —preguntó Cross, señalando el resto de periódicos.

—Tienen otros puntos de vista —dijo ella—. Ni se han molestado en investigar la historia. —Cath se pasó una mano por el cabello—. A veces me pregunto si somos el único periódico que se ha tomado en serio este caso. —Cogió uno de los periódicos—. Dos columnas en la página cuatro. En el Mirror. El Sport publicó un artículo en las páginas centrales con imágenes a todo color de unas mujeres vestidas de brujas, pero nada más.

—¿Qué esperabas? Ya sabes cómo trabajan. No hay tetas, no hay historia. —Cross se encogió de hombros y le dio un pellizco cariñoso en el antebrazo.

—Tres columnas en el Sun, una en el Today y los periódicos importantes ni siquiera lo han mencionado.

—No es una noticia novedosa —dijo Cross.

—Dios mío, Phil, estamos hablando de la violación de al menos nueve niños, una posible red de pedofilia, padres bajo sospecha de abusar de sus propios hijos y, para colmo, la probabilidad de que haya elementos rituales en todo el asunto… y a nadie le importa un carajo. Prefieren saber cuánto se ha gastado la princesa Diana en una maldita manicura.

Permanecieron en silencio un momento, con el televisor como único sonido de fondo, con el volumen tan bajo que apenas era perceptible.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Cross.

—Nadie quiere decir nada más —dijo ella, inclinándose hacia atrás para tocarle la mano—. Ni la policía, ni los servicios sociales, por no decir los familiares. Es como si se hubiese acabado. Como si lo hubieran guardado en un cajón. Es un caso más grave que el de Cleveland o el de Nottingham, y nadie quiere enterarse.

Él continuaba masajeándola mientras ella hablaba.

—Un periódico publicó algo sobre los vídeos tan desagradables que encontraron en algunas de las casas. Pero hablaron por encima de los abusos. Estaban más preocupados de que los niños hubiesen visto esas películas asquerosas. En vez de investigar lo grave del asunto se limitaron a los videos. Algunos diputados santurrones levantaron la voz para prohibir las películas para mayores de dieciocho años. Dios mío, ¿no se dan cuenta de nada?

—Estás hablando de políticos, Cath, no viven en el mundo real. Ninguno de ellos.

—¿Qué piensas tú? —preguntó ella, volviéndose para mirarle.

—¿De los políticos? Son todos una panda de hipócritas y lameculos, solo quieren tu voto para apuñalarte después por la espalda…

Ella sonrió y le puso un dedo en los labios.

—¿Y de esta historia? —le corrigió, retirando el dedo.

—Creo que está pasando algo, pero no me preguntes qué. Abuso infantil, un gato clavado en la puerta de una iglesia, tumbas profanadas, redadas al amanecer. No tiene mucho sentido para mí, Cath. Solo soy un humilde fotógrafo.

—Pero ¿qué crees que ocurre?

Se limitó a encogerse de hombros otra vez.

—¿Es verosímil mi historia? —preguntó—. ¿Crees que las violaciones podrían ser la consecuencia de los rituales?

—Cath, yo…

—Necesito saberlo, Phil.

—Es posible —dijo en voz baja, acariciándole el cabello—. ¿Por qué mi opinión es tan importante?

—Lo es y punto.

Ella lo besó con suavidad en los labios.

—¿Qué está haciendo la policía al respecto? —preguntó él, deslizándole una mano por dentro de la camisa hasta cogerle un pecho.

Ella no se resistió.

—Mañana empezarán a interrogar a los padres de los niños —informó Cath, suspirando cuando sintió que Cross le pellizcaba el pezón.

—Lo único que puedes hacer es esperar, Cath —le dijo en voz baja, sin dejar de acariciarle el pecho.

Ella se inclinó hacia delante y lo besó con fuerza; Cross abrió la

boca para albergar la lengua de ella y a continuación le apretó el pezón con un poco más de fuerza. Cath se subió al sofá y apoyó el pubis contra el bulto que notaba en sus vaqueros, ayudándole a potenciar su erección.

Cuando ella le apretó el paquete con la mano, gruñó de placer. Le desabrochó la camisa y se inclinó para lamerle los pezones erectos. Con la mano libre le acarició el interior de los muslos sintiendo cómo ella se estremecía al tocarla.

Mientras se movía hacia adelante, notó la punta de su pene contra su suave y húmeda hendidura.

Cath suspiró, deseando que la penetrara.

Miró a un lado, hacia los periódicos esparcidos por la alfombra.

Entonces, experimentando una sensación maravillosa en su entrepierna mientras él se introducía en ella, echó la cabeza hacia atrás.

El teléfono sonaba cuando Talbot entró.

Miró su reloj. Las 23:27.

¿Quién coño llamaría a esas horas?

Cogió el auricular.

—Hola.

—Señor Talbot, soy Maurice Hodges.

El inspector sintió que palidecía.

El tono de voz de Hodges sonaba a disculpas.

—Siento molestarle a estas horas, pero es importante —dijo—. Es su madre. Tengo malas noticias.

Setenta y nueve

Ese olor.

Los hospitales siempre olían así. Talbot no sabía de qué se trataba, pero le ponía enfermo.

Si hubiese estado de mejor humor, probablemente habría resuelto esa curiosa ironía.

Pero ahora tenía otras cosas en la cabeza.

No sabía cuánto tiempo había estado conduciendo hasta el hospital St. Ann de Harringay. El trayecto lo recordaba difuso, como si hubiese viajado a través de un trance inducido por drogas, sin ver la carretera ni oír el tráfico. Condujo de forma instintiva, y le sorprendía no haber atropellado a nadie, tal había sido su urgencia por llegar al hospital.

Ese lugar que olía tan fuerte que le revolvía el estómago.

La sala en la que estaba sentado le recordaba a una celda, salvo por los carteles de las paredes.

Esclerosis múltiple.

Rabia.

Cáncer.

Siempre el maldito cáncer.

Ese cartel en particular estaba justo encima del letrero rojo y blanco que decía NO FUMAR.

Talbot sintió la necesidad de un cigarrillo como no la había sentido en toda su vida.

Una enfermera le trajo una taza de té cuando llegó.

La misma taza seguía sin tocar, ya fría en la mesa que había frente a él.

Una lamparita con una bombilla de cuarenta vatios iluminaba la estancia. No eran las adecuadas, y los rincones estaban llenos de sombras. Espesas y negras, parecían moverse por voluntad propia.

La puerta de la habitación se abrió y entraron dos hombres. A uno de ellos, Talbot lo reconoció como el doctor Hodges de la residencia Litton Vale. Supuso que el otro hombre también era médico. Iba tan repeinado que parecía que le habían estirado el cuero cabelludo.

Pero, por encima de cualquier rasgo, destacaban sus grandes ojos tristes que enfocaban a Talbot como si fueran unos proyectores siguiendo a un hombre que huía.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó el inspector, poniéndose de pie.

El hombre de los ojos tristes le dedicó una mirada vidriosa.

—No quiero mentirle —dijo en voz baja—. Me sorprendería que pasara de esta noche. Lo lamento mucho.

Talbot se quedó inmóvil.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, mirando a Hodges.

—Un ataque al corazón masivo —explicó el médico—. Un enfermero del turno de noche me llamó: vivo cerca de Litton Vale, no sé si lo sabe. Conduje hasta la residencia, llamé de inmediato a una ambulancia, y luego a usted.

—¿Puedo verla? —preguntó Talbot.

—Está en coma —dijo el hombre de los ojos tristes.

—No le he preguntado eso. Le he preguntado si puedo verla —insistió el inspector.

—No se lo recomiendo, señor Talbot…

—No quiero que una recomendación, quiero ver a mi madre.

El médico de los ojos tristes miró a Hodges, después de nuevo a Talbot.

—Está en la UCI. Puedo enseñarle el…

—Yo encontraré el camino —dijo Talbot, rozándole con el hombro al pasar junto a él.

Al salir de la habitación vio varios carteles en la pared azul.

Uno indicaba la dirección de Cuidados Intensivos.

Talbot recorrió el pasillo y pulsó el botón de llamada del ascensor, y esperó a que las puertas se abrieran.

Al hacerlo, se encontró con un anciano en bata que le lanzó una mirada inquisitiva.

El hombre usaba un andador, aunque no parecía serle de mucha ayuda.

Talbot se preguntó qué estaría haciendo allí tan tarde.

El policía entró en el ascensor, vigilado por el anciano, pulsó un botón y las puertas se cerraron.

Se apoyó contra la parte mientras subía a la planta solicitada.

Allí, el olor aún parecía ser más intenso, pero Talbot lo ignoró y caminó hacia el puesto de las enfermeras; sus pasos resonaban en la quietud del pasillo.

La enfermera aparentaba unos veinte años.

—Busco a Dorothy Talbot —dijo—. Soy su hijo.

La enfermera lo observó con los ojos llenos de pesar, luego se levantó.

Talbot la siguió por un corto pasillo hasta la puerta de una habitación. La joven la abrió y le invitó

El único sonido de la habitación era el pitido constante del osciloscopio.

—No puede quedarse mucho —dijo la enfermera con tono de disculpa, apartándose a un lado mientras Talbot se acercaba a la cama.

Cogió la silla de plástico que había junto a la cama y se sentó en ella, sin dejar de mirar a su madre.

Su piel tenía el color de un periódico viejo, sus ojos estaban tan hundidos que toda ella parecía esquelética.

La enfermera salió de la habitación.

Talbot observó a su madre, los tubos que le salían de ambos brazos hasta un perchero de metal cercano, y el catéter, medio lleno de un líquido oscuro.

—Mamá —dijo en voz baja, cogiéndole la mano.

Estaba muy fría.

Al tocarla pensó que su piel era de cera.

Y muy fría.

Su pecho subía y bajaba de manera casi imperceptible, pero no podía escuchar su respiración.

Una sábana la cubría hasta la cintura. Talbot murmuró algo y se fijó en una manta cuidadosamente doblada a los pies de la cama. La cubrió con ella hasta la altura del pecho.

Deslizó el brazo bajo la manta y volvió a cogerle la mano.

—No te mueras.

Parecía muy frágil, carente de vida. Muy diferente de como la había visto la última vez.

Bueno, al menos no tendrás que preocuparte por llevarla a casa, ¿no? Eres un cabrón.

Le apretó la mano con más fuerza, como si ese acto pudiera sacarla del coma.

Un ataque al corazón.

Dios mío, ¿no era suficiente con el puto cáncer?

Un pequeño crucifijo de madera colgado de la pared presidía la cama.

Talbot lo miró con malevolencia.

Ella no se merecía sufrir. Ella menos que nadie.

Soltó la mano de su madre y se levantó. Descolgó el crucifijo y lo dejó en la mesita de noche.

—¿Ya estás satisfecho? —sus palabras iban dirigidas a la nada.

A un Dios en el que nunca había creído.

Volvió a coger la mano de su madre.

Qué fría estaba.

—Duerme, mamá —susurró, apenas consciente de que las lágrimas le corrían por las mejillas. El osciloscopio continuaba con su lento ritmo.

Todo lo demás estaba en silencio.

La enfermera se asomó y vio a Talbot con la mano de su madre entre las suyas.

Dudó un momento, decidió dejarlos solos un rato más.

Ochenta

La nota estaba en la almohada cuando ella despertó por la mañana.

Cath se dio la vuelta medio dormida, y extendió el brazo esperando sentir la calidez del cuerpo de Phillip Cross, pero el fotógrafo ya no estaba allí.

Encontró la nota unos instantes más tarde. Después de estirarse a lo ancho de la cama y apagar el reloj despertador, se fijó en la nota manuscrita: «Algunos nos tenemos que ganar la vida. Te veo después. Te quiero, Phil».

Cath recordaba vagamente que él le había comentado algo la noche anterior acerca de un trabajo en Paddington por la mañana.

Muy temprano.

Miró la hora en el reloj despertador.

Las 7:30.

Volvió a mirar la nota.

Te quiero, Phil.

¿Te quiero?

Ahora, mientras estacionaba su Fiat en el aparcamiento de la parte de atrás del edificio del Express, miró de nuevo la nota. Primero se preguntó por qué la había traído con ella.

Miró la nota y sonrió.

¿Te quiero?

Quizá él la quería.

Quizá ella le quería a él.

Cath la dobló y se la guardó en el bolsillo del pantalón y, a continuación, cogió su maletín del asiento trasero.

Por lo general entraba por la puerta trasera del edificio. Un guardia de seguridad estaba apostado allí, pero no le pidió la tarjeta de acceso al verla pasar. Ella sonrió ampliamente y le mencionó el resultado del partido de fútbol de la noche anterior. El hombre le sonrió a su vez y le dijo algo acerca del Liverpool con el marcado acento de los habitantes de esa ciudad.

Ella le hizo un gesto burlón mientras se colaba en el ascensor. Cuando llegó a su planta, multitud de sonidos la envolvieron: voces

en alto, teclados repiqueteando, impresoras, e incluso el sonido de una máquina de escribir. Algunos de los periodistas más antiguos del periódico seguían mecanografiando sus textos antes de pasarlos al ordenador. Cath se preguntaba si no lo veían como un intento desesperado de aferrarse a una forma arcaica de trabajar. Uno de los periodistas deportivos completaba todos sus artículos en una vieja Elite.

La oficina era una sala diáfana, con los escritorios separados mediante paneles móviles. Esta distribución no ofrecía demasiada privacidad y a menudo hablar por teléfono era complicado; sin embargo, Cath disfrutaba del organizado caos de aquella sala de redacción. Llevaba haciéndolo desde que entró a formar parte del periódico.

Varios de sus compañeros asintieron a modo de saludo a medida que ella se dirigía hacia su escritorio. Otros estaban absortos en su trabajo.

Se fijó en el joven en prácticas, peleándose con una bandeja de cartón llena de tazas de café de la máquina expendedora.

Cath sonrió. Al parecer, era lo único que le encargaban al pobre diablo. Hacer café. A esas alturas de la semana, probablemente habría aprendido más sobre cómo ser un buen camarero en vez de un buen periodista. Iba de un escritorio a otro repartiendo las bebidas.

Cath llegó a su mesa y soltó el maletín. Se sentó en la silla y se disponía a comprobar sus mensajes cuando oyó una voz que la llamaba.

Terry Nicholls estaba en el umbral de su despacho.

—¿Tienes un minuto, Cath? —preguntó sin ninguna expresión en el rostro.

Ella sonrió a su editor y se puso de pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras él la invitaba a pasar.

Entonces vio que en la habitación había otra persona.

Cath frunció el ceño.

—Ella es a quien busca —anunció Nicholls a la figura que estaba sentada, haciendo un gesto en dirección a Cath.

Mientras la periodista se acercaba a la mesa, la persona de la silla de ruedecitas se volvió y la miró a los ojos.

Cath se encontró con la mirada cautivadora de Shanine Connor.

Estaba pálida, con el cabello castaño liso, y una bolsa de deporte a los pies. También se fijó en el vientre prominente de Shanine.

—¿Por qué no le cuenta a la señorita Reed el motivo de su visita? —inquirió Nicholls, tomando asiento detrás de su mesa.

Pidió a Cath que se sentara, lo cual hizo sin decir nada, apoyándose en el brazo del sofá de cuero negro.

Analizó a Shanine, supuso que tendría treinta y pocos años. Le habría sorprendido saber que aún era veinteañera. Los estragos de vivir en la calle los últimos días habían hecho mella en ella. Un olor acre invadía ligeramente el despacho, y Cath se percató de que lo desprendía la chica.

—Me llamo Shanine Connor —dijo vacilante.

—Catherine Reed.

—Ya sé quién es usted. He leído sus artículos —Shanine hurgó en el bolsillo de sus vaqueros y sacó una foto maltrecha—. La encontré en uno de ellos. —Levantó la fotografía para que Cath la viera.

—Lleva aquí más de una hora —dijo Nicholls—. Los de seguridad querían echarla. Pero ha seguido insistiendo en que tenía que verte. Así que la traje conmigo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Connor? —preguntó Cath confundida.

—Como ya he dicho, he leído sus artículos, ya sabe, lo de las profanaciones en el cementerio, las cosas que les han sucedido a esos niños. Es terrible —dijo Shanine bajando la voz.

Cath miró a Nicholls, quien se encogió de hombros.

—¿Por qué razón quería verme, señorita Connor?

—Shanine.

—Shanine —repitió Cath.

—He venido a decirle que tiene razón con lo que está ocurriendo —dijo la joven—. Usted mencionó el satanismo.

—Dije que era posible que se tratara de satanismo —corrigió ella.

—Lo es.

—¿Cómo puede estar tan segura? ¿Está implicada? —preguntó Cath, sintiéndose algo nerviosa.

Shanine la miró sin pestañear.

—Soy la Suma Sacerdotisa del Aquelarre —dijo en voz baja—. Soy una bruja.

Ochenta y uno

Cath permaneció inmóvil, con los ojos fijos en la joven embarazada y desaliñada.

Nicholls fue el primero en moverse.

Se puso de pie y se dirigió a la puerta del despacho.

—Creo que os dejaré a solas: yo ya he oído la historia de la señorita Connor—dijo sonriendo con languidez.

Al pasar junto a Cath se inclinó y le susurró al oído:

—Buena suerte. Diviértete.

Y se marchó.

—Ya sé que él no me cree —dijo Shanine cuando la puerta del despacho se cerró—. Cree que estoy loca.

—¿Por qué iba a pensar eso?

Shanine trató de sonreír pero no le salió.

—¿Por qué no me cuenta lo que he ha contado a él? —preguntó Cath.

—Usted también pensará que estoy loca.

—Ya veremos.

—No sé por dónde empezar —dijo la joven sin energías.

Cath vio que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un café o algo? —preguntó.

Shanine negó con la cabeza.

—Creo que necesito algo más fuerte —dijo, tratando de nuevo de forzar una sonrisa sin conseguirlo

—Mire, señorita… Shanine. Lo que ha dicho acerca de ser una Suma Sacerdotisa, una bruja, no es que no la crea, pero venir aquí y decir algo como eso —Cath se encogió de hombros—, es como una escena de una mala película de terror.

—¿Qué quiere que le diga? Es la verdad. He venido porque necesito ayuda, porque quería alejarme de ellos. Me matarán si me encuentran. Van a matar a mi bebé, por eso he huido de ellos. Habrían matado a mi bebé.

—¿Quiénes son ellos?

—Los otros miembros del grupo.

—¿El Aquelarre?

Shanine asintió.

—¿Cómo se relacionó con ellos por primera vez? —preguntó Cath.

—Por mi novio —dijo la joven sin fuerzas—. Él estaba en la Marina cuando lo conocí. Tenía veintidós años, yo diecisiete. Era maravilloso. —Una fina sonrisa afloró en sus labios—. Uno ochenta, rubio y musculoso. Estaba en forma. Nos pasábamos casi todo el tiempo en la cama. —Su sonrisa se desvaneció paulatinamente—. Le hablé de mi familia. Eran muy católicos, pero yo estaba harta de todo eso. Me dijo que tenía que asistir a una reunión con él, una reunión de su iglesia. Le dije que sí. Y fue bastante bien. Había unas quince personas, cinco o seis eran amigos de Stuart, de la Marina.— ¿Hombres y mujeres?

—Sí. Se sentaban en círculo y hablaban de su religión, contaban lo felices que eran y cuánto recibían a cambio de su fe. Yo pensaba que hablaban del cristianismo y me gustaba lo que decían. Era relajante, ya sabe, un ambiente agradable. Lo único extraño era que no había biblias, pero tampoco es que pensara demasiado en ello.

—¿Dónde se hacían esas reuniones?

—En Manchester. La sala era como una oficina pero sin muebles, tampoco había nada en las paredes. En cualquier caso, no parecía raro. Tenían reuniones todas las semanas y Stuart dijo que como me lo había pasado tan bien, debía seguir yendo. —Bajó la mirada un instante—. Por entonces seguíamos acostándonos y creo que estaba enamorada de él. Lo único que quería era estar con él.

—¿Y tu familia?

—Mi madre se fue de casa cuando yo tenía seis años, mi padre siempre andaba por ahí, emborrachándose. Me fui a vivir con mis abuelos al cumplir los ocho. Desde entonces no he vuelto a ver a mis padres. Mi abuela se portó muy bien conmigo, pero no es lo mismo que tener a tus padres, ¿verdad?

Cath vio la desesperación en los ojos de la joven y negó con la cabeza.

—¿Qué pasó con el grupo? —preguntó por fin.

—Bueno, una semana después se unió otra persona, un hombre. Había sido invitado por uno de los amigos de Stuart. Todos los contactos se hacían cara a cara. Descubrí que el grupo se denominaba La Iglesia Abierta. —Comenzó a tirarse del padrastro de una uña—. Las reuniones continuaron durante unas seis semanas más, luego empezaron a hablar de cosas raras… cultos, ceremonias.

Me dieron libros y folletos para que los leyera. Pensé que estaban tratando de mostrarme los beneficios de la religión. —Sonrió con amargura—. Si lo hubiera sabido…

Cath mantenía la mirada fija en Shanine.

—Nos preguntaron, al tipo nuevo y a mí, si queríamos aprender más… lo llamaron «profundizar». Nos invitaron a quedarnos. Yo acepté, aunque solo para poder estar cerca de Stuart. El único modo de que me siguiera prestando atención era ir más allá con el grupo.

—¿Y el hombre?

—Él se fue —dijo Shanine—. Y, tan pronto como se marchó, cambiaron el lugar de reunión. Si alguien salía del grupo, siempre cambiaban de sitio. Tuvimos que movernos unas seis o siete veces en las primeras diez semanas. Luego me preguntaron si quería asistir a una reunión diferente. Stuart dijo que estaría bien y yo confiaba en él, así que acepté. Fue en un lugar muy grande, un gran edificio.

—¿Qué clase de edificio?

—Como una de esas tiendas de muebles MFI, pero vacía.

—¿Un almacén?

Shanine asintió.

Cath aspiró una profunda bocanada de aire. Sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo.

—¿Puedo coger uno? —preguntó Shanine.

Cath le ofreció un cigarrillo a la joven; lo cogió con dedos temblorosos.

—¿Qué ocurrió en el almacén? —preguntó Cath.

—Tomamos una copa… solo vino, pero sospecho que en mi copa pusieron alguna droga. Empezaron a rezar y yo juraría que me quedé dormida, aunque mis ojos continuaban abiertos. Estuve fuera de combate la primera media hora. Bueno, ya había tomado drogas en otras ocasiones, pero aquello era otra cosa. Estaba completamente embriagada. Luego, cuando recuperé un poco la compostura, todos estaban sentados en círculo a mi alrededor. Solo había una vela encendida y rezaban en un idioma desconocido. Sonaba a árabe o algo parecido. Me sentía tranquila, aunque… creo que era por la droga. De repente se volvieron agresivos, hasta el punto de ponerse a chillar. Parecían simios enloquecidos. En todo momento había un hombre que los dirigía.

—¿Un único hombre?

Shanine asintió, dándole una calada al cigarrillo.

—Siempre era el mismo hombre y no apartó los ojos de mí mientras estuvieron rezando. Stuart me dijo que rogaban para que yo fuera la persona adecuada para el grupo, porque ellos me querían en su iglesia. Ellos me querían a mí.

Una lágrima descendió por su mejilla.

—Era la primera vez que alguien me quería —dijo en voz baja—. Me sentí halagada. Deseaba estar allí porque me querían.

Dio una larga calada y exhaló el humo gris azulado.

—En la siguiente reunión, me contaron la verdad —dijo sin emoción.

Cath se inclinó en su asiento, observando cómo Shanine se secaba con la mano las abundantes lágrimas.

—¿Qué verdad? —preguntó.

—Sobre la iglesia, sobre a quién adoraban en realidad, a quién esperaban que yo sirviera.

Cath la miraba con fascinación.

—Esa era la clave. Cuando rezaban, nunca lo hacían a Dios, adoraban a alguien a quien llamaban el Protector —continuó Shanine—. Me dijeron que yo sería útil para el Protector. Para entonces ya sabía que habíamos ido demasiado lejos, que algo iba mal, pero era demasiado tarde.

—¿Cómo se hacían llamar, Shanine?

—La Iglesia Satánica, pero me dijeron que nunca lo mencionara ante nadie. —Aplastó el cigarrillo en un cenicero—. Después de eso, me dijeron que estaba preparada.

—¿Para qué?

—Para la iniciación.

Ochenta y dos

Cath observó cómo la joven sacaba otro cigarrillo del paquete y se lo colocaba en los labios.

La periodista le ofreció el encendedor.

Esperó a que se encendiera el cigarro, se apartara el cabello de los ojos y cambiara de posición en su asiento para tratar de aliviar el peso de su vientre.

—¿Quién decidió que tenía que iniciarse? —preguntó Cath.

—Los otros miembros del grupo —dijo Shanine, viendo cómo la periodista sacaba una grabadora de su bolso y la colocaba a su lado.

—No le importa, ¿verdad? —preguntó Cath, apretando el botón de grabación.

Shanine miró la máquina, con sus bobinas girando en silencio.

—¿A cuántos miembros del grupo conocía por su nombre? —preguntó Cath.

—Aparte de Stuart, a ninguno, pero él me dijo que era gente importante. Admitió que un par eran funcionarios. Otro, un hombre de negocios. También había un médico. Si alguno del grupo se ponía enfermo, lo visitaban a él. No teníamos permitido ver a gente del exterior. —Shanine soltó una carcajada hueca—. Stuart incluso me dijo que un miembro era periodista. —Miró a Cath y esta le sostuvo la mirada.

—¿Cómo fue su iniciación? —preguntó Cath.

—Lo hicieron dentro del almacén, el cual se había convertido en nuestro hogar, una especie de templo improvisado. Todos los accesorios eran movibles. Cortinas, pantallas térmicas, un altar… también había un bloque de piedra en el que se hacían los sacrificios. Había agua y un herbario, pero no sé para qué. No se me olvidan los olores. —Hizo una pausa y bajó la mirada—. El altar estaba cubierto con un paño blanco con un ribete negro. En el centro tenían una copa grande, un cáliz. Para recoger la sangre. —Cerró los ojos con fuerza, como si el esfuerzo de revivir sus recuerdos le causara un dolor físico—. El mantel del altar estaba lleno de símbolos, estrellas de cinco puntas, cruces invertidas… ese tipo de cosas. Y también había palabras escritas, aunque yo no

podía entenderlas. Parecía un idioma extranjero.

Cath seguía sentada, sin apartar los ojos de la joven.

—Todos iban vestido con túnicas blancas, sin nada debajo. El Sumo Sacerdote llevaba una cadena de oro alrededor del cuello, realmente pesada, como la cadena de un candado, y el colgante era un círculo dorado con una pequeña estrella de cinco puntas en el centro. Solía leer los oficios de un gran libro que había en el altar. Él era el único que tenía permitido tocarlo. Leía los oficios en latín.

—¿Cómo puede estar segura de que era latín? —preguntó Cath.

—Ya se lo he dicho, fui educada en el catolicismo —dijo Shanine—. He tenido el latín en la boca desde los tres años. —Dio otra calada a su cigarrillo—. A veces recitaban el padrenuestro al revés.

Cath tragó saliva.

La imagen del grafiti de la cripta del cementerio Croydon le estalló en la mente.

—¿Qué pasó durante su iniciación? —insistió la periodista.

—Me lavaron, luego me untaron aceite. Lo hizo una mujer de unos veinticinco años, después me embadurnó las tetas de lubricante… y también por aquí —dijo señalándose los muslos—. Ella me sujetaba los brazos por encima de la cabeza mientras el Sumo Sacerdote practicaba sexo conmigo. Los otros miraban. Incluso Stuart lo presenció. —Volvió a bajar la mirada, como si estuviese avergonzada—. Esa misma noche tuve sexo con otro hombre, con todos delante. Dijeron que era Satanás y que yo ahora era una de sus novias.

—¿Le viste bien la cara?

—No. Llevaba una máscara. La cabeza de una cabra.

—Oh, Dios —murmuró Cath.

—Él fue quien me cortó. Aquí.

Alzó la mano derecha y Cath vio una profunda cicatriz que iba desde el final del índice hasta la base del pulgar.

—Recogieron la sangre en el cáliz, junto a la del animal que mataron —añadió Shanine—. Un gato, creo. Tuve que beber un poco. Pensé que enfermaría, pero me proporcionaron medicamentos antes y después de la ceremonia… en realidad, apenas si me daba cuenta de lo que estaba pasando. A partir de ese momento, ya era una sacerdotisa. Tomé parte en todas las ceremonias posteriores. Tuve relaciones sexuales con hombres y mujeres. Ayudé a iniciarse a otros miembros del grupo.

—¿Llevaste a alguna persona que conocieras?

—No. De eso se encargaban Stuart y sus amigos. Yo ayudaba a los nuevos miembros . —Hizo una pausa, los músculos de la mandíbula le palpitaban—. Tres meses después supe que estaba embarazada. Estaba segura de que el padre era Stuart porque durante ese tiempo solo tuve sexo oral con el resto de los hombres, pero me dijeron que no podía contárselo. Me lo prohibieron terminantemente. Querían quedarse con el bebé.

—¿Para qué?

—Para sacrificarlo.

Medió un largo silencio entre ellas.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Shanine.

—Lo mataron una semana después de que naciera —dijo, sollozando, aunque no se molestó en secarse las lágrimas—. Lo hicieron conmigo presente. Hasta me obligaron a hacerle un corte. Después de que el Sumo Sacerdote le hiciera varias incisiones, me ayudó a sostener el cuchillo, y cuando acabaron me dijeron que el bebé había sido entregado a Satanás.

—¿Intentó detenerles?

Shanine solo pudo negar con la cabeza, las lágrimas manaban de sus ojos.

—Dijeron que era el bebé o yo —dijo por fin—. No quería que lo hicieran pero ellos dijeron que tenía que permitirlo, o Satanás se pondría furioso, y amenazaron con matarme si se lo contaba a alguien. No importaba dónde fuera, ni lo lejos que huyera. Aseguraron que me encontrarían. Que alguien se encargaría de hacerme volver.

Miró con ojos suplicantes a Cath, quien se sentía incapaz de consolarla.

—¿Fue su bebé el único que mataron?

Shanine negó con la cabeza, cerrando los ojos con fuerza, como si así pudiera evitar las visiones de su mente.

—Por lo general eran niños pequeños. De tres o cuatro años —dijo con la voz quebrada—. Se los quitaban a la gente, no sé a quién. A los miembros del grupo no. Pagaban por ellos. A gente pobre. Gente que no podía ni alimentar a sus hijos. Mataban a los niños o abusaban de ellos y los amenazaban, diciéndoles que si contaban algo matarían a sus padres. Esos niños estaban aterrorizados. Los drogaban, desde luego, para no tener problemas mientras abusaban de ellos.

Cath escuchaba con atención, con la boca abierta y los ojos

como platos.

Quería echarse a llorar.

Casi podía sentir el dolor de Shanine.

Tanto dolor.

—Stuart me dijo que él nunca había matado a ningún niño —continuó Shanine—.Iba a dejar el grupo. Así que lo mataron. Lo asesinaron e hicieron que pareciese un suicidio.

Cath se echó hacia delante.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó con urgencia.

—Con un maleficio mortal. Lo obligaron a suicidarse. Eran muy poderosos.

—No lo entiendo. ¿Cómo podrían obligar a alguien a suicidarse?

—Usaban algo suyo.

—¿Un mechón de pelo o algo parecido?

Shanine se las arregló para esbozar una fina sonrisa.

—No. No funciona así —dijo—. No necesitaban un cabello ni un dedo o alguna prenda que llevara. Los maleficios de muerte funcionan sin nada de eso. Todo lo que hace falta es una fotografía.

Cath sintió que el color desaparecía de sus mejillas, y la carne se le puso de gallina.

—Le robaron una foto —añadió Shanine—. Tres días después estaba muerto.

Cath, con manos temblorosas, se lanzó frenéticamente hacia el teléfono.

Ochenta y tres

La enfermera entró en la habitación dos veces durante la noche. Al menos eso era lo que Talbot podía recordar.

En ambas ocasiones lo encontró sentado en la misma posición, sujetando la mano de su madre, inclinado hacia delante, mirando su rostro, como si en cualquier momento fuese a recuperar la conciencia.

La enfermera revisó el gotero y los monitores, luego salió, dejándolo con su silencio.

En la oscuridad.

El único sonido que le acompañaba era el pitido constante del osciloscopio.

Varias veces colocó dos dedos en la muñeca de su madre, en busca del pulso, aterrorizado ante la idea de haberla perdido.

Cada vez que lo hacía, encontraba el débil ritmo de su corazón, bombeando sangre de forma insuficiente.

Eso lo recordaba.

Lo que no podía recordar era cuándo se había quedado dormido.

El sueño se había deslizado sobre él como un cazador en la penumbra, acechándolo, y luego lo reclamó, atrayéndolo hacia la oscuridad que lo rodeaba.

Se despertó sobresaltado; la cabeza apoyada en la cama, cerca del pecho de su madre.

Todavía le cogía la mano.

Tal vez si se aferraba a ella mantendría el control de su vida.

Mientras recuperaba la compostura, miró con atención el lento movimiento de su pecho.

Detrás de él, el osciloscopio emitía sus señales sonoras.

Talbot respiró hondo y se frotó la cara con las dos manos.

Miró su reloj.

Las 8:17.

Mierda.

Tenía que telefonear a Rafferty, contarle lo que había pasado, decirle que no podía dejar sola a su madre.

Rafferty podría encargarse de todo. Era un hombre muy capaz.

Un buen hombre.

¿Como tú? ¿Tú eres un buen hombre?

Se puso de pie, soltando con cuidado la mano de su madre, acariciándole la mejilla con el dorso de los dedos.

—Vuelvo enseguida, mamá —dijo en voz baja, y se dirigió a la puerta.

Al final del pasillo había un cuarto de baño. Imaginó que sería para uso de los pacientes, aunque en aquella zona del hospital no habría muchos capaces de llegar hasta allí.

Talbot miró a los lados, el puesto de las enfermeras estaba vacío. Anduvo por el pasillo hasta el baño, donde se refrescó la cara con agua fría. El líquido transparente contra la piel le resultó reparador, sintiéndose momentáneamente revitalizado.

Se pasó las manos mojadas por la nuca, antes de pasárselas por el cabello, peinándoselo hacia atrás hasta que pareció que lo llevaba engominado.

Inspeccionó su imagen en el espejo.

El rostro que le devolvió la mirada era el de un hombre que necesitaba dormir varias horas más. El blanco de los ojos lo tenía inyectado en sangre, los párpados hinchados e inflamados. Se pasó la mano por las mejillas y el mentón, rozó su barba incipiente.

Gruñó y se secó la cara con una toalla de papel.

Orinó en el único cubículo que había, y luego, echándole un último vistazo a su reflejo ojeroso, regresó a la habitación de su madre.

Al entrar, vio una figura oscura junto a la cama.

Talbot miró al sacerdote un momento, fijándose en el alzacuello blanco del clérigo.

—Buenos días —dijo el cura.

—¿Qué quiere? —replicó Talbot desafiante.

—Me han pedido que viniera a ver a uno de los pacientes de esta unidad —respondió el sacerdote—. Por lo general los visito a todos, ya que estoy aquí.

—Bueno, se ha equivocado de habitación —espetó el inspector.

El cura sonrió levemente. Era solo cinco o seis años mayor que Talbot. Llevaba el pelo corto, grueso y lustroso por la parte de arriba.

—Sé cómo se siente —lo tranquilizó el clérigo.

—¿Sí? No lo creo.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudarle…

—¿Qué, darle la extremaunción o algo así? ¿Por qué no se limita a dejarla en paz? No puede hacer nada para ayudarla.

—Entonces tal vez pueda ayudarle a usted. En momentos como este, sé que las familias también necesitan ayuda.

—¿De usted?

—De Dios.

Talbot abrió la puerta.

—Márchese —dijo irritado.

El cura vaciló.

—No necesito su ayuda —dijo el policía—. Ni la suya ni la de Dios. Si Dios quiere ayudar en algo, ¿por qué no la saca del maldito coma? Eso ayudaría.

—Lamento que se sienta así—casi se disculpó el sacerdote.

—¿Cómo quiere que me sienta? Mire lo que su Dios le ha hecho a mi madre. —Extendió un dedo en dirección a la cama—. Vamos, márchese y llévese a su Dios con usted.

El cura salió sin responder.

Talbot cerró de un portazo y respiró hondo, con los ojos cerrados.

Un pitido agudo lo sobresaltó.

Durante un terrible segundo pensó que era el osciloscopio, luego se percató de que se trataba del busca.

Lo sacó y comprobó el número, salió al pasillo y empezó a buscar un teléfono, recordaba haber visto uno en el puesto de enfermeras.

Había alguien detrás del mostrador.

Una enfermera de mediana edad.

—Necesito usar el teléfono —dijo, enseñándole su credencial de policía.

La enfermera miró fugazmente la tarjeta, asintió y le señaló el teléfono blanco que tenía delante.

Talbot marcó los dígitos y esperó.

En el otro lado de la línea cogieron el teléfono y de inmediato reconoció la voz de Rafferty.

—Bill, soy yo. ¿Qué quieres?

—¿Dónde estás, Jim?

—En el hospital con mi madre, está muy mal.

—Dios, lo siento. Escucha, Jim, sé que esto es duro para ti pero ha ocurrido algo aquí. Tienes que volver a Scotland Yard tan pronto como puedas.

—¿No puedes encargarte tú?

—Tienes que escuchar esto por ti mismo.

Talbot dudó.

¿Y si se marchaba y ella moría?

¿Vas a dejar que muera sola?

—¿Jim? —insistió Rafferty.

Talbot volvió a dudar.

—Lo que tenemos aquí va a hacer estallar por los aires el caso del abuso infantil —dijo Rafferty—. Hasta es posible relacionarlo con los tres suicidios.

Otra larga pausa.

—Estaré ahí en una hora —dijo Talbot.

Ochenta y cuatro

Estaban sentados en silencio.

Los tres observaban al inspector mientras este se reclinaba en la silla, con las manos cruzadas detrás de la cabeza y los ojos fijos en el suelo.

Shanine Connor se movió incómoda en su asiento y dio una calada a su cigarrillo, mirando de tanto en cuando a Catherine Reed, quien le tocaba el brazo para tranquilizarla.

El oficial William Rafferty estaba apoyado en un rincón.

Talbot soltó las manos y se estiró, antes de crujirse los nudillos, cuyo sonido reverberó por la quietud del despacho.

Miró su reloj.

Las 12:06.

Llevaba sentado en silencio casi dos horas.

Escuchando.

Shanine Connor habló durante ese tiempo, rompió a llorar en numerosas ocasiones y se fumó un paquete y medio de tabaco.

Talbot no había apartado los ojos de ella en ningún momento.

El humo de los cigarrillos pendía en el aire como si fuese una sucia cortina gris, de modo que el inspector se puso de pie y abrió una ventana para ventilar el despacho.

Se metió un chicle de menta en la boca y regresó a su silla.

—Chorradas —dijo por fin—. Toda esta maldita historia es una patraña. —Miró a Shanine—. Lo único que se ha dejado atrás es el lugar en el que guarda su escoba.

—No estoy mintiendo —empezó Shanine, pero Cath la interrumpió.

—¿Cree que se ha inventado toda la historia, Talbot? —preguntó la periodista desafiante—. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Por dinero. ¿Cuánto le pagará tu periodicucho por la mierda que acaba de contarnos?

—No quiero dinero —dijo Shanine—. He venido aquí para que no maten a mi bebé.

—Por supuesto —dijo Talbot con retintín—. No quiere que lo sacrifiquen como al otro, ¿no? ¿Por qué ha venido aquí? ¿Por qué

huyó de Manchester a Londres? En Manchester también hay policía, ¿lo sabe?

—Quería alejarme del grupo, ya se lo he dicho. No se me ocurrió ningún otro sitio adonde ir —protestó Shanine, mirando a Cath para que la apoyara.

—Según usted, esos grupos están en todas partes, ¿no es cierto? —espetó Talbot—. Al menos tres en Manchester, ¿no es eso lo que ha dicho? Solo Dios sabe cuántos habrá en una ciudad de este tamaño. Sin embargo, eligió venir aquí. ¿Por qué no ir a un lugar más bonito y agradable como Devon? ¿O es que allí también hay brujas?

Shanine abrió la boca pero el inspector continuó antes de que tuviera la oportunidad de replicar.

—Si lo que ha contado acerca del asesinato de su propio hijo es cierto, entonces tiene suerte de que no la detengamos por homicidio en vez de por hacerle perder el tiempo a la policía.

—¿No cree nada de lo que ha dicho? —preguntó Cath.

—¿Usted qué piensa? —exclamó Talbot.

—¿Va a ignorar todas las evidencias que le ha dado? —insistió la periodista—. ¿Las similitudes no le perecen extrañas, Talbot? La mención de un almacén, el abuso infantil, las profanaciones en el cementerio, los animales muertos. ¿Y qué pasa con ese maleficio mortal? Ha investigado los tres suicidios y lo único que les robaron a esos hombres fue una fotografía. Hace dos días me robaron una foto . Quizá yo sea la siguiente.

Talbot enarcó una ceja y sonrió.

Cath se apartó de él enfadada y se encendió un cigarrillo.

—¿Tú qué, Bill? —preguntó Talbot, mirando a Rafferty—. ¿ Qué opinas?

Rafferty se encogió de hombros.

—Podría estar diciendo la verdad.

—Jesús —gruñó Talbot—. No me lo creo. ¿Soy el único que no ha perdido la maldita cabeza?

—Hay demasiadas coincidencias, Jim, un montón de similitudes con los casos que hemos estado investigando —insistió Rafferty.

Cath sonrió.

—Está bien —dijo el inspector irritado, volviéndose hacia Shanine—. Cuénteme de nuevo lo de ese «maleficio mortal».

Pronunció las dos últimas palabras con desprecio.

—Ellos roban una fotografía de la persona a quien quieren ver

muerta —dijo Shanine, aspirando de su cigarrillo—. La ponen en una caja con tres espinas, un poco de tierra de cementerio y un insecto muerto, luego la entierran cerca de la casa de la víctima.

—¿Y cómo se llama esa cosa?

—La Caja de la Desgracia.

—Y eso es lo que le hicieron a su novio —planteó el inspector—. ¿No cabría la posibilidad de que sencillamente se matara? ¿Era depresivo? ¿Tenía tendencias suicidas?

—Ellos le mataron —espetó Shanine—. Y emplearon un maleficio de muerte para hacerlo, para que pareciese un suicidio.

—Y… ¿se supone que tenemos que pensar que Parriam, Hyde y Jeffrey fueron asesinados de la misma manera? ¿Qué fueron obligados a suicidarse por culpa de una «Caja de la Desgracia»?

—Al menos encaja, Jim —dijo Rafferty—. Si esto es verdad, el robo de las fotografías empieza a cobrar sentido.

—Y las profanaciones de las tumbas del cementerio Croydon —añadió Cath.

—De acuerdo, ¿quiénes son los responsables? ¿Los padres de los niños violados? —quiso saber Talbot.

—Eso es lo que se supone que tiene que averiguar usted, ¿no? —dijo Cath desafiante.

—No me diga cómo debo hacer mi puto trabajo, Reed —escupió Talbot. La miró durante un segundo y devolvió su atención a Shanine—. Esa caja, ¿qué tamaño tiene?

Ella separó las manos unos quince centímetros.

—La sellan con cera negra —dijo.

Talbot la miró con suspicacia.

—¿Cómo ha conseguido escapar usted? —preguntó tranquilo—. ¿Qué la diferencia de esos tres hombres? ¿O de ella? —Asintió con la cabeza en dirección a Cath.

—Solo quiero que mi bebé esté a salvo.

—Ha dicho que los miembros del grupo temían lo que les podía pasar si se rebelaban, si hablaban en contra de los demás. ¿No tiene miedo?

—Ya le he dicho que sí. Por esa razón he huido —insistió Shanine—.Pero temo más por la vida de mi hijo. No dejaré que se lleven a este también.

—¿Y si proyectan ese maleficio mortal sobre usted? —preguntó el inspector.

—Podrían hacerlo. Pero es más probable que vengan a

buscarme.

—¿Por qué?

—Para castigarme.

—¿Por qué no se limitan a matarla? —inquirió el inspector—. Si tan poderosos son, les resultaría fácil.

—Querrán hacerme sufrir por haberles traicionado, y querrán a mi bebé —dijo Shanine—. No me matarían.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó Talbot.

—Porque ya intenté escapar de ellos una vez, poco después de que asesinaran a mi novio —dijo—. Pero me encontraron. Y esta vez también me encontrarán.

—¿Qué le hicieron cuando la atraparon en esa ocasión? —preguntó Talbot.

Shanine miró a Cath y la periodista vio lágrimas en sus ojos.

—Bueno, a qué espera, cuéntemelo —insistió el inspector—. Convénzame de que todo esto no es una patraña.

Shanine se puso de pie, se desabrochó los botones de la camisa y se la abrió.

Talbot apretó los dientes, con los ojos fijos en su torso, en sus pechos.

—Dios mío —masculló Rafferty, con la mirada clavada en la joven.

—¿Le parece suficiente? —preguntó Shanine desafiante, mientras una solitaria lágrima le bajaba por la mejilla.

Su piel, desde la clavícula hasta la base del ombligo, estaba surcada de cicatrices.

Tenía marcas oscuras alrededor de los pechos, que Talbot reconoció como quemaduras.

Shanine se desprendió de la camisa y se dio la vuelta; la condición de su espalda era incluso peor.

Entre los omóplatos, una marca profunda se hacía visible en medio de un laberinto de ronchas y cicatrices. Era muy oscura.

Parecía una A dentro de un círculo. El signo que solía asociarse a la anarquía.

A Talbot le llevó un segundo darse cuenta de que era un sello.

—Tengo más si quiere echar un vistazo —dijo, desabrochándose los vaqueros.

Talbot negó con la cabeza, cogió la camisa de la joven y se la ofreció.

—¿No quiere ver los cortes que me hicieron con el cuchillo y las

señales que me dejaron con el látigo? —preguntó furiosa.

Las marcas del vientre eran incluso más prominentes, grandes ronchas rojas que parecían brillar sobre su carne hinchada.

—Vístase —dijo Talbot en voz baja.

Ella se puso la camisa.

Rafferty miró a su superior, quien le sostuvo la mirada durante un instante antes de volver a sentarse.

—Suponiendo que esa mierda acerca de las Cajas de las Desgracias sea verdad —dijo por fin—, ¿cuánto tardaría ese… hechizo en hacer efecto?

—Dos o tres días, quizá más —informó Shanine—. No más de una semana.

—Parriam, Hyde y Jeffrey murieron en el periodo de una semana desde que les robaron las fotografías —anunció Rafferty.

—Por lo tanto solo tiene dos días para encontrar esa caja, Reed —murmuró el inspector—. En caso contrario podría unirse a los otros tres.

—¿Por dónde empezamos a buscar? —inquirió Cath.

—Estará escondida cerca de su casa —dijo Shanine.

—Envía a los muchachos a las residencias de los tres hombres fallecidos, que busquen en los jardines de sus edificios y en las casas cercanas. Utiliza una excavadora si es necesario. Pero encuentra esas cajas —dijo Talbot a su colega.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó Cath, con el rostro pálido.

—Rece para que todo esto sea una broma —dijo tajante.

—Por lo general, hacen que el maleficio coincida con una fecha importante del calendario satánico —explicó Shanine.

—¿Cómo cuál? —preguntó Cath.

—La Candelaria, el dos de febrero —dijo Shanine—. O el solsticio de verano y de invierno. Algunos grupos consideran el cumpleaños del Sumo Sacerdote como un día de celebración.

—¿Alguno de esos días cae próximamente? —preguntó Rafferty.

—Beltane. La noche de Walpurgis. El treinta de abril —anunció Shanine.

—Eso es dentro de dos días —dijo el oficial, mirando a su colega.

Talbot observaba a Shanine.

—¿Cómo podemos detener el maleficio? —preguntó Cath.

—Se cumplirá en la medianoche del trigésimo día —dijo Shanine—. Tiene que encontrar la Caja de la Desgracia antes de esa

fecha. Debe encontrar esa caja y destruirla.

Ochenta y cinco

Frank Reed sostenía una hoja de papel.

Una simple hoja.

Tamaño A4.

El sobre del que la había sacado unos momentos antes yacía en la mesa de la cocina junto a una taza de café templado.

Había leído y releído aquellas palabras muchas veces.

Las lágrimas le caían pesadamente por las mejillas.

Tira la hoja.

La dejó en la mesa, alisando las arrugas.

Quémala. Quema también el sobre.

Había otros dos sobres junto a él, sobre los que descansaban sendas hojas dispuestas para ser releídas de nuevo.

Las tres notas estaban escritas a mano pero la caligrafía era diferente. Tres manos distintas habían pergeñado esas palabras.

Uno de los sobres llevaba un matasellos de Hackney; las otras, nada. Ni siquiera un sello. Era obvio que las habían echado directamente al buzón.

Pero ¿de dónde venían? ¿Quién las enviaba?

En realidad daba igual. Lo único que importaba era que estaban allí.

Una de las notas estaba escrita en un papel rosa, con un estampado de flores en una de las esquinas. Era un tipo de papel que se empleaba para enviar «agradecimientos». Un tipo de papel que solo usaría un amigo. O una mujer.

Quizá la había escrito una mujer.

Quizá las había escrito todas.

Solo le falta el aroma a perfume, pensó Reed, secándose las lágrimas de las mejillas.

Todas las notas eran cortas, una de ellas solo tenía tres palabras, pero lo que importaba de verdad era que alguien se había molestado en escribirlas y, peor aún, enviarlas.

Las miró una a una.

Cogió la del papel rosa.

Leyó las palabras escritas.

Apenas puedo disimular mi repugnancia por tus actos. Un hombre de tu posición debería avergonzarse. Eres una desgracia para la profesión y para los de tu clase. Rezaré por tu hija.

La segunda estaba escrita en papel blanco, con las palabras muy rectas. Reed podía imaginarse al autor utilizando una hoja de líneas debajo, con el fin de dejar espacios uniformes entre los renglones.

Mereces morir por lo que has hecho.

Enfermo hijo de puta. Si te veo en la calle te escupiré en la puta cara.

Escoria.

Si te acercas a mi hijo, te mataré.

Te lo prometo.

La última carta (tres palabras… ¿podían considerarse una carta?) estaba escrita en un pedazo de papel de fotocopiadora.

Podía ver la marca de agua al trasluz, incluso el modelo.

Papel Conqueror.

Reed miró las palabras.

Sintió lágrimas tibias por sus mejillas y esta vez no se molestó en detener el llanto. Con los ojos empañados, leyó las tres palabras que destacaban de forma rotunda en la blancura casi cegadora del papel.

ACOSADOR DE NIÑOS

Frank Reed lloró como nunca había llorado en su vida.

Ochenta y seis

—No podemos hacer eso, señor Talbot —dijo la voz al otro lado del teléfono—. Sin los cuidados necesarios, su madre podría morir en cuestión de horas si sale del hospital.

—Me dijo que no sobreviviría a la noche, pero lo ha hecho —espetó Talbot—. Quiero llevármela a casa.

Bien, ya lo había dicho.

—No puedo autorizarlo.

—Se trata de mi madre —exclamó el inspector.

—Es una paciente del St. Ann, no me haré responsable de la situación una vez abandone el hospital.

—Nadie le ha pedido que se responsabilice. Si ella quiere morir en casa, deje que lo haga. Al menos dele ese mínimo de dignidad.

—No puedo autorizar eso.

Talbot apretó el teléfono con fuerza, tratando de calmarse.

Si ella va a casa, morirá. Fin de la historia.

—Me doy cuenta de lo doloroso que es para usted, señor Talbot, pero si insiste en llevarse a su madre a casa, morirá.

—Va a morir de todos modos —dijo Talbot en voz baja.

No se le ocurría otra cosa que decir.

—¿No podría hacerlo por su bien? —preguntó por fin.

¿Por su bien? ¿O por el suyo?

La culpa pincha demasiado fuerte esta vez, ¿verdad?

—Quizá podamos discutirlo cuando venga por aquí más tarde —ofreció el médico.

Talbot no respondió. Se limitó a colgar el teléfono.

El inspector se pasó una mano por el cabello y se sentó en la silla.

Te has rendido demasiado pronto. Tenías que haber insistido.

—Jesús —murmuró, respirando hondo pero sin fuerzas.

¿Ahora qué? ¿Debía de esperar a que lo llamaran por teléfono diciéndole que todo había acabado?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada en la puerta, Rafferty entró sin que lo invitaran.

Talbot lo miró momentáneamente perdido, luego pareció

situarse.

—¿La joven se encuentra bien? —preguntó.

—La he dejado bajo vigilancia en una de las salas de abajo —anunció Rafferty—. Tiene televisión, una cama y mucha comida, y está acompañada por una agente. Estará bien.

Talbot asintió y se puso de pie.

—¿Has ordenado el registro en las casas y parques anexos a los domicilios de Parriam, Hyde y Jeffrey?

El oficial asintió.

—¿Por dónde quieres empezar?

—Veamos qué averiguó Macpherson cuando interrogó a los padres de esos niños.

A medida que ambos avanzaban por el pasillo, Rafferty miró a su colega.

—¿Y si resulta ser cierto, Jim?

—¿La brujería? —El inspector negó con la cabeza—. Pamplinas —murmuró.

Rafferty se percató de que parte de su convicción había desaparecido de su voz.

—¡Frank!

Oyó cómo le llamaba, pero no respondió.

Incluso cuando ella golpeó la puerta, Frank Reed no se movió. Siguió sentado en la mesa de la cocina, con las tres cartas delante y una botella de whisky al lado.

Ella volvió a pronunciar su nombre, luego hubo silencio.

Sonó el teléfono. Él esbozó una sonrisa triste.

Lo estaba llamando desde el móvil.

Catherine Reed escuchó los tonos con impaciencia.

Tenía que estar dentro.

¿Dónde iba a estar si no?

Apretó el botón de finalizar la llamada y se inclinó hacia delante, intentando mirar a través de la rendija para el correo.

—Frank —dijo de nuevo por la abertura. No hubo respuesta.

Frank Reed se puso de pie y entró en el salón, se estiró en el sofá y cerró los ojos.

Un segundo después oyó la pestaña metálica del buzón al cerrarse y los pasos de Cath al alejarse de la puerta.

Estaba solo otra vez.

Dios, qué bien se sentía.

Bajo la ducha, el chorro de agua caliente le caía por todo el

cuerpo. Shanine dejó que le salpicara en el rostro. El agua le corría en riachuelos por la piel, por el cabello.

Por las cicatrices.

La agente aguardaba en la habitación mientras ella se lavaba inmundicia acumulada tras su paso por las calles de Londres.

Lo que sería de ella cuando todo aquello terminase, no tenía ni idea.

Si es que alguna vez terminaba.

Pero, por ahora, estaba a salvo. Tanto como cabría esperar, al menos; y más cómoda que lo que había estado en los últimos días.

Se miró los pies, envueltos en una mezcla de espuma y suciedad que fluía por el desagüe.

Era como si se estuviese desprendiendo de una capa de piel.

Shanine sentía la hinchazón de su vientre, lo acarició con ambas manos.

Examinó las cicatrices del interior de los muslos y las rodillas. Tenía unas cuantas más en las nalgas.

Las que no le había mostrado a Talbot.

Recordatorios.

Ella sabía que si la encontraban ahora, tendría que añadir nuevas cicatrices a las que ya cubrían su piel.

Shanine le había dicho a Talbot que no la matarían, y aunque sabía que no era así, mientras permanecía bajo aquella ducha reparadora, se dio cuenta de que su hijo era lo único que le importaba.

Su traición no les dejaba otra alternativa.

Ella tendría que morir.

Y luego se llevarían al bebé.

Deslizó un dedo desde su vello púbico, hasta justo por encima del ombligo.

Ese sería el corte que le harían para llegar hasta el niño; la rajarían si era necesario.

Lo que sufriría antes de llegar a eso, solo podía imaginárselo.

Incluso debajo del chorro de agua caliente, no pudo evitar estremecerse.

Ochenta y siete

Talbot caminaba despacio por la habitación y se frotaba el mentón sin afeitar.

—No existen evidencias físicas —dijo con incredulidad.

—¿Hablas en serio, Mac?

El detective Gordon Macpherson se encogió de hombros.

—Veintitrés casas registradas, diecisiete niños bajo tutela, cada uno de ellos sometido tanto a pruebas médicas como a entrevistas. Siete… no, disculpa, nueve. Nueve niños con evidencias de abusos físicos. Suficiente pornografía y vídeos de dudosa moralidad como para montar un negocio clandestino por correo. ¿Y me estás diciendo que no hay suficientes pruebas para imputar a alguien? —preguntó furioso Talbot—. ¿Qué dijeron los padres? ¿Qué les preguntaste, por el amor de Dios? «¿Han violado a sus hijos últimamente?» «No.» «De acuerdo, pueden marcharse.» ¿Qué coño has hecho?

—No entres aquí sacando pecho, Jim, maldita sea —espetó Macpherson—. ¿Qué pasa, crees que tú lo podrías haber hecho mejor?

—Por la cantidad de pruebas que hemos recopilado, me temo que sí.

—Hemos recibido los informes de los niños violados: no había ni una sola prueba que sugiriese que alguno de esos daños físicos haya sido infringido por sus padres —dijo Macpherson—. Llama al médico forense, si no me crees. ¿Qué quieres que haga, que cambie el informe del tipo porque no encaja con lo que tú quieres?

—Entonces, ¿quién abusó de ellos si no fueron los padres? —exclamó Talbot—. ¿Cómo llegaron a ese almacén? ¿Cómo es posible que todas las declaraciones de los niños sean prácticamente iguales?

—Hace una semana eras tú el que decía que lo habían visto en las películas, que los niños tenían una imaginación hiperactiva. Decídete, joder.

—Van a escapar —dijo Talbot—. Todos esos cabrones. Dejarán que pase la tormenta, y dentro de seis meses o un año, volverá a ocurrir. Violarán a más niños, quizá hasta los asesinen.

—No hay nada que podamos hacer, Jim —dijo Macpherson—. A mí también me gustaría que alguien acabara entre rejas por este caso, me gustaría tanto como a ti, pero no podemos probar nada en contra de los padres. Me encargué personalmente de interrogar a la mayoría de ellos: algunos estaban tan asustados como los propios niños.

—¿Asustados por qué?

—Por si les arrebatan a sus hijos cuando ellos no han hecho nada malo.

—Tú mismo admitiste que esto era un claro caso de pedofilia —recordó Talbot a su colega.

—Estaba equivocado.

—No lo estabas.

—¿Y dónde están las putas pruebas? —gritó Macpherson.

—Nueve niños violados, diecisiete declaraciones. Dios mío, la fiscalía de Hackney tendrá que aceptar que algo extraño está ocurriendo. Algo lo bastante malo como para poner a diecisiete niños bajo tutela.

—Los niños volverán a sus casas mañana por la mañana —dijo Macpherson.

Talbot lo miró atónito.

—No puedo creerlo —dijo en voz baja.

—Este maldito caso nos ha estallado en las manos, Jim —dijo Macpherson irritado—. No queda nada por hacer.

—Ahí fuera están los verdaderos violadores —dijo Talbot—. Si los padres no cometieron esos actos, averigua quién lo hizo.

—¿Y qué propones que hagamos? ¿Quieres que volvamos a interrogarlos?

—Si es necesario, sí.

—Sé realista, Jim —dijo Macpherson de mala gana—. Se ha terminado. Asúmelo.

—No se ha terminado para esos niños.

Un pesado silencio medió entre ellos.

El oficial Rafferty observaba a los dos hombres.

Talbot seguía caminando de un lado a otro, alterado.

Macpherson sacó un cigarrillo y lo encendió, expulsando una larga bocanada de humo.

—La chica nos ha dicho que a veces se llevaban a los niños, que los violadores se los arrebataban a sus padres —planteó Rafferty por fin.

—¿Qué chica? —quiso saber Macpherson.

Talbot le explicó brevemente el asunto de Shanine Connor.

—Ese podría ser el caso de estos niños —continuó Rafferty—. Puede que los padres no hayan sido los autores de los abusos, pero podrían saber quiénes son los culpables.

Macpherson se reclinó en su asiento.

—Dejad que me aclare —dijo—. Tenéis un pajarito bajo custodia que afirma ser una bruja.

Talbot asintió.

—¿Y no me estáis tomando el pelo? —exclamó Macpherson.

—Yo era más escéptico que tú, Mac —reconoció Talbot—. Pero ella es muy convincente.

—Debe de serlo. ¿Qué más os ha contado? ¿El futuro? ¿El caballo que ganará la carrera de las tres y media en Haydock?

—Nos ha contado la operativa de esos violadores.

—¿Más brujas? —se mofó Macpherson.

—Jódete, Mac —espetó Talbot—. Quiero que traigas de nuevo a los padres y los interrogues otra vez.

—No —dijo Macpherson en tono desafiante.

—Mac, te lo estoy pidiendo.

—No me estás pidiendo nada, Jim —explotó—. Ni siquiera se trata de tu maldito caso. Nunca lo ha sido. ¿Por qué significa tanto para ti, eh? Se ha acabado. Lo hemos intentado, no hay nada más que podamos hacer. Fin de la historia. Lo lamento tanto como tú, pero estamos jodidos. No hay pruebas, no hay caso.

Talbot miró a su compañero.

—Vas a permitir que salgan indemnes, Mac —dijo el inspector en voz baja.

—Que te jodan, Jim. Ahora vete, ¿vale?

Talbot se dirigió hacia la puerta, seguido por Rafferty.

El inspector se detuvo, dispuesto a decir algo más, pero abrió la puerta y salió.

En el pasillo, Rafferty tuvo que apresurar el paso para mantenerse a la altura de su colega.

—¿Ahora qué? —preguntó.

—Vamos a los servicios sociales de Hackney.

Ochenta y ocho

Cada pizca de su sentido común le decía a Catherine Reed que lo que estaba haciendo era una locura.

Pero, al mismo tiempo, parecía que el sentido común la había abandonado.

Inspeccionó su apartamento con atención y cuidado, revisando cajones, armarios y recipientes grandes.

Buscando.

Sacó los libros de los estantes para mirar detrás de ellos. Abrió hasta las cajas de zapatos del ropero. La Caja de la Desgracia no aparecía por ninguna parte.

Ni siquiera sabía qué era lo que estaba buscando.

Shanine Connor la había descrito de unos quince centímetros, rectangular y de madera.

Como un pequeño ataúd, dijo. La similitud parecía terriblemente acertada.

Podría estar cerca de la casa de la víctima.

Cath miró en derredor, convencida tras la búsqueda de que la caja no estaba escondida en el interior de su apartamento.

¿Dónde entonces?

¿A qué distancia podía estar?

¿En uno de los apartamentos de al lado, quizá?

¿Qué iba a hacer, llamar a todas las puertas, pedir permiso para entrar y buscar en los cajones de los vecinos?

¿Y si le preguntaban el motivo?

«Unos practicantes de magia negra me han hecho un maleficio de muerte.»

«Genial. Pasa —dirían—. Haz lo que quieras en nuestro apartamento mientras telefoneamos al manicomio más cercano.»

Cath cerró con llave su apartamento y se quedó quieta en mitad del pasillo, luego fue hacia los ascensores.

Apretó el botón de la planta baja y las puertas se cerraron.

Dudó un instante, luego miró el tablero de control del ascensor.

Los pisos estaban marcados con números. Una G para el garaje y otro botón más.

Presionó este último y el ascensor empezó a descender.

Cuando se detuvo en el sótano, sufrió un momento de vacilación ante las puertas abiertas.

Le sorprendió que oliese a pintura fresca en vez de a humedad y suciedad.

Salió del ascensor y el olor ganó intensidad. Tanta que sintió un escalofrío.

Las puertas se cerraron a su espalda y la joven se volvió para mirar el panel luminoso; el ascensor subía de nuevo, de vuelta al primer piso.

El sótano era enorme y para su sorpresa estaba bien iluminado.

No creía haber estado más de dos veces allí abajo desde que se mudó al edificio.

Los inquilinos tenían permitido el uso de aquella zona cavernosa para almacenar cosas si lo necesitaban, pero Cath había desechado la opción. Otros no, por lo visto.

El sótano no estaba repleto, pero había más de una docena de cajas grandes, algunas marcadas con los números de los apartamentos, todas cubiertas de polvo. En las paredes había estanterías, también para almacenar cosas.

Desde el centro de la estancia la saludaba una vieja caldera, un enorme monolito de hierro que, según dedujo la periodista, en algún momento había servido para calentar todo el edificio. Ya no era funcional, las tuberías que salían de la caldera hacia el techo estaban frías. Los conductos por los que antaño se trasladaba el calor, eran en la actualidad arterías inútiles.

A medida que Cath se adentraba en el sótano, el olor se hacía más fuerte.

Descubrió que provenía de la pared más cercana a ella, la cual había sido recubierta con una capa gris oscura de pintura emulsionada.

Dos grandes paneles de tubos fluorescentes iluminaban el sótano, emitiendo un zumbido como si fueran insectos depredadores. Un tubo parpadeó y la joven levantó la vista, viendo cómo este destellaba un par de veces para continuar encendido.

Se acercó a los armarios y comenzó a abrirlos.

Los dos primeros estaban vacíos.

Cuando abrió el tercero, una enorme araña se escabulló desde una de las baldas.

Cath gimió al ver cómo la criatura peluda desaparecía en una

telaraña en la parte posterior del armario de madera.

Comprobó varios más y no halló nada en ellos, salvo periódicos y revistas viejas. Otro armario contenía un par de libros de bolsillo amarillentos. En otro encontró un juego de ollas de cobre.

Cath se acercó a las cajas apiladas como un muro de ladrillos.

La primera estaba medio llena de ropa de niño.

La periodista fue abriéndolas de una en una, tratando de encontrar la cajita que buscaba.

De unos quince centímetros, de madera. Rectangular.

Nada.

Pasó a la siguiente pila.

Y a la siguiente.

Encontró varios tableros de juegos. Monopoly. Cluedo. Otros que no conocía, en cajas amarillentas y deterioradas.

Al fondo halló una pequeña caja de madera.

De quince centímetros.

Rectangular.

Cath tragó saliva y la cogió.

Podía sentir cómo su corazón le batía con fuerza en las costillas mientras la inspeccionaba.

Estaba precintada con cinta adhesiva negra.

Intentó rasgar la cinta con las uñas, maldiciendo por lo bajo cuando se le rompió una, pero aun así siguió con ello hasta que liberó la tapa.

Esta se deslizó con facilidad.

Dentro había un montón de piezas de ajedrez.

—Dios —suspiró Cath, soltando la caja.

Al apartarse un mechón de pelo de la cara, se percató de que estaba temblando.

Miró a su alrededor.

La caldera le devolvía la mirada desde el centro del sótano, con la portezuela cerrada.

Cath respiró hondo y fue hacia ella.

Talbot había permanecido en silencio desde que él y Rafferty dejaran la comisaría de Theobald's Road.

El tráfico era intenso, el avance lento.

Había habido un accidente en Old Street.

Talbot golpeaba nervioso la ventanilla con los dedos, mirando a través del cristal mientras Rafferty se encendía otro cigarrillo.

—Al menos abre la maldita ventana —siseó el inspector,

agitando la mano en el aire para disipar el humo.

Rafferty se disponía a hacerlo cuando la radio cobró vida.

—Puma Tres, adelante. Cambio.

Rafferty cogió el transmisor.

—Puma Tres al habla. ¿Qué ocurre? Cambio.

—Bill, soy Penhallow. Hemos descubierto algo. Cambio —informó el agente.

Talbot miró a su compañero.

—¿Dónde estás, Colin? Cambio —replicó Rafferty.

—En el jardín de la casa de Neil Parriam. Yo de vosotros, vendría hasta aquí lo más rápido posible. Cambio.

Talbot cogió el transmisor.

—Soy Talbot. ¿Qué habéis encontrado? Cambio.

—Es más fácil si vienes y lo ves por ti mismo, jefe. Una cosa más. ¿Quieres que abramos esto ahora o que esperemos a que estéis aquí? Cambio.

—¿Abrir qué? Cambio.

—La caja.

Ochenta y nueve

Cath tiró de la puerta de la caldera, pero descubrió, tal y como había esperado, que estaba atorada.

Tenía echado el pestillo y, por el aspecto de este, quien hubiese pintado el sótano también había aplicado a la caldera una capa de pintura emulsionada. Parecía que habían pintado sobre el pestillo, de modo que era imposible moverlo con la mano.

Cath tocó el metal con la punta de un dedo, asegurándose de que la pintura no estuviese húmeda. Al no estarlo, trató de soltar el cierre, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Miró a su alrededor y vio una caja cerca llena de latas de pintura, trapos, brochas y una botella de líquido transparente que probablemente fuese aguarrás.

Rebuscó en la caja y halló un grueso palo de madera que había sido utilizado para remover la pintura.

Eso podría servirle.

Lo deslizó entre el pestillo y la puerta de la caldera e hizo palanca hacia arriba.

Por un momento resistió la presión, pero a continuación la pintura se desprendió y el cierre quedó a la vista.

Cath lanzó a un lado el palo y tiró de la portezuela.

Un fuerte crujido resonó en todo el sótano.

Una brisa fresca parecía soplar por la boca abierta de la caldera, como el aire frío que sale de unas mandíbulas de metal.

El interior estaba bastante limpio. No quedaban cenizas de la época en la que había funcionado a pleno rendimiento. Cath sacó un mechero y lo encendió, entornando los ojos hacia la oscuridad.

Era enorme.

La abertura de la puerta quizá era algo estrecha, pero, una vez dentro, el hueco era lo bastante espacioso como para ponerse de pie. Del centro emergían las tuberías de salida de aire.

¿Habrían escondido la caja en uno de esos tubos?

Se detuvo un instante.

¿Quién se molestaría en colarse por la puerta de un horno de cuatro metros cuadrados para esconder una Caja de la Desgracia?

Alguien que la quería muerta.
Apagó el encendedor. La mano le quemaba.
¿Dentro de la caldera?
Cath respiró hondo. Una bocanada de aire con olor a pintura llenó sus pulmones. Luego, con cautela, se agachó y pasó a través de la puerta del horno.
Encendió el mechero, y se fijó en la tubería más cercana.
Nada.
Inspeccionó la siguiente.
Vacía salvo por algún resto de ceniza.
El aire era rancio y acre.
Tosió, y el sonido rebotó a su alrededor.
La puerta abierta le ofrecía un poco de luz extra, pero aun así tenía que usar el encendedor para mirar en los rincones más oscuros de los tubos que se ramificaban en todas direcciones .
Cath comprobó un par más.
Vacíos.
El mechero se calentó y lo apagó unos segundos.
La puerta de la caldera se cerró con un ruido sordo.
La periodista se hundió en una oscuridad tan impenetrable que era casi palpable.
Intentó encender el mechero.
Todo cuanto podía ver a través de las densas tinieblas eran chispas.
No se encendía.
Se lo guardó en el bolsillo y empujó la puerta de la caldera.
Estaba cerrada.
Cath sintió de pronto un miedo incontrolable. Le corría por las venas como agua helada. Empujó con más ímpetu.
Dios, ¿y si el pestillo se había cerrado?
Golpeó la puerta, pero no se movió.
El olor húmedo del interior empezaba a atascarle la nariz. Le costaba respirar.
Dio un paso atrás y le propinó una patada a la puerta, pero solo logró perder el equilibrio y caer de bruces en la negrura.
Cath notó algo duro y áspero bajo las manos, algo que se le clavaba en las palmas.
¿Cenizas?
Frenética, se lanzó de nuevo contra la puerta.
Al segundo golpe la puerta se abrió de repente.

De inmediato atravesó las fauces del horno como si fuera un niño desesperado por escapar de aquella matriz de acero.

Se arrastró fuera de la caldera y se dejó caer en el suelo, dando grandes bocanadas de aire, sin importarle que el acre hedor de la pintura. Hasta podía saborearla en el fondo de su garganta.

Cerró la caldera de un portazo y echó el pestillo.

Tenía los vaqueros y la camisa cubiertos de manchurrones negros, y las palmas de las manos llenas de hollín.

Cath se puso de pie, aún respirando de forma entrecortada, con los ojos fijos en la puerta de la caldera.

¿Cómo se había cerrado?

Un golpe de viento, quizá.

¿Desde dónde?

Se pasó una mano sucia por el pelo.

Vamos, cálmate. La imaginación te ha jugado una mala pasada.

Volvió a mirar la puerta de la caldera, luego el resto del sótano.

Temblaba.

¿Dónde estaba esa maldita caja?

Sabía que solo había una persona que podía ayudarla.

Noventa

Su ropa estaba limpia y se había lavado el pelo. Olía a jabón.

Talbot miró a Shanine Connor y se fijó en lo bonita que era.

Al darse cuenta de que él la estaba mirando, esbozó una ligera sonrisa, pero el inspector se limitó a señalar con un gesto los tres objetos que había sobre la mesa.

Tres cajas.

Cada una de unos quince centímetros de largo, la mitad de ancho.

De madera.

Su contenido etiquetado y clasificado por el departamento de la policía científica.

El director del departamento, de pie junto al inspector, también observaba las cajas y su contenido.

Phillip Barclay se frotaba el mentón mientras reflexionaba.

El oficial William Rafferty se dispuso a encender un cigarrillo pero recordó el cartel de NO FUMAR que tenía enfrente. Se colocó el cigarrillo apagado en los labios y tocó el filtro con la lengua.

—Cajas de la Desgracia —dijo Shanine en un susurro.

—Las hemos encontrado en los jardines de las casas de los hombres fallecidos —dijo Talbot—. ¿No hay ninguna huella dactilar, Phil?

—Ninguna —confirmó Barclay—. Quien las haya manipulado usaba guantes.

El forense cogió unas pinzas y, con cuidado, tocó el contenido de las cajas, deteniéndose en cada uno de los objetos.

Tres espinas, probablemente de un rosal. Un poco de tierra seca. Una típula que parecía tan seca como la tierra. Y una fotografía de Neil Parriam.

Las otras cajas contenían exactamente lo mismo, salvo que en la segunda había una foto de Peter Hyde y en la tercera otra de Craig Jeffrey.

—Es difícil de creer —dijo Barclay en voz baja.

Talbot miró al forense, luego a Shanine.

—¿Por qué las enterraron en los jardines? —preguntó.

—Siempre las entierran cerca de la casa de la víctima.

—¿Alguna cosa más, Phil? —quiso saber Talbot.

—Un cabello en la segunda caja, es posible que sea del individuo que enterró la caja. Una pizca de sangre seca en la tercera, pero no es suficiente para poder analizarla.

—¿Estaban bien escondidas? —inquirió Talbot.

—A una profundidad de no más de diez centímetros en los tres casos —dijo Rafferty—. Pero, de todos modos ¿quién iba a ponerse a buscar una cosa como esta? A no ser que los tres hombres supieran que esas cajas estaban escondidas en sus jardines, ¿por qué demonios iban a buscarlas?

—Ahí radica su poder —dijo Shanine—. Nadie cree en ellos.

Todos los ojos se volvieron hacia ella.

—La ignorancia es la mejor aliada —continuó—. Me lo dijeron una vez. Nadie creía en lo que hacían, nadie lo entendía. Mientras no sean tratados como una amenaza, estarán a salvo.

—¿Cree que el grupo del que huyó podría tener algo que ver con quienes mataron a Parriam y a los otros dos? —preguntó Talbot.

—Podrían estar relacionados, sí —dijo Shanine—. Muchos grupos lo están. Algunos intercambian cosas.

Su voz se difuminó.

—¿Como qué? —preguntó Talbot.

—Durante las orgías o las violaciones de niños, las ceremonias eran grabadas en vídeo y se tomaban fotografías —dijo—. A veces se pasaban el material entre los grupos y a los niños les decían que si contaban algo de todo aquello, enviarían los vídeos y las fotos a sus familias. También vendían las cintas, desde luego.

—¿A quién? —preguntó Rafferty.

—Pedófilos. Consumidores de pornografía —dijo con la mirada fija en las cajas.

—Sigo pensando que esto es una locura —murmuró Talbot—. ¿Tenemos que creer que tres hombres se han suicidado por culpa de estas cosas? —Señaló con un dedo en dirección a las cajas.

—Me temo que no nos queda otra, Jim —dijo Rafferty, aún con el cigarrillo apagado en los labios.

—Y si no encuentran la siguiente caja antes de medianoche, habrá un muerte más… la de esa periodista —dijo Shanine.

Un pesado silencio cayó entre ellos.

Fue roto por el sonido del teléfono.

Barclay lo descolgó.

—Dios mío —siseó Talbot—. Cuántos cabos sueltos, maldita sea, y ninguno que los termine de unir. Tampoco disponemos de una sola prueba concreta. —Respiró hondo. Enfadado—. Tres suicidios que podrían ser asesinatos de brujería. Niños que afirman que han sido violados por el diablo. Familias bajo sospecha. Profanaciones en el cementerio Croydon y una chica embarazada que dice que es una bruja y que ha escapado de su aquelarre para que no asesinen a su bebé. —Miró a Shanine y Rafferty—. ¿Podría decirme alguien qué demonios está pasando? Porque a mí todo esto me supera. —Extendió un brazo hacia Rafferty—. Dame un puto cigarrillo.

El oficial le ofreció el paquete de tabaco y el mechero, y le observó mientras se encendía un cigarrillo y aspiraba hondo. Miró el cartel de prohibido fumar y expulsó el humo en su dirección.

—Que se jodan —masculló.

Barclay se volvió hacia él, con el auricular del teléfono en la mano.

—Jim, es para ti —dijo el forense.

Talbot parecía sorprendido.

—Dice que es urgente —añadió Barclay, extendiéndole el teléfono—. Insiste en que es periodista. Catherine Reed. Parece asustada.

Talbot cogió el aparato.

—Talbot.

—No la encuentro —dijo Cath—. No encuentro la caja.

—Nosotros hemos tenido más suerte. Hemos encontrado las tres en los domicilios de los hombres fallecidos.

—¿Entonces es cierto? ¿Son asesinatos por brujería?

Talbot no respondió.

—Talbot, si han matado a esos tres hombres, van a matarme a mí también —dijo Cath muy nerviosa.

—A menos que encuentre esa caja —recordó él.

—Déjeme ayudarla —ofreció Shanine Connor.

Talbot miró a la joven, luego a Rafferty, quien asintió de manera casi imperceptible.

—¿Dónde está? —preguntó Talbot.

Cath se lo dijo.

—Cálmese —dijo el inspector—. Le enviaré ayuda lo más rápido posible.

Cath estaba sentada al filo de la silla, mirando el teléfono. ¿Debía de llamar a Phil?

Él estaba en Glasgow. Un aeroplano con dieciséis pasajeros, incluyendo al embajador de Francia, se había estrellado a las afueras de la ciudad, habían muerto todas las personas que iban a bordo. Se sospechaba que había sido un acto de terrorismo.

Cross no esperaba regresar hasta el día siguiente.

Ni siquiera se había enterado de lo que le estaba ocurriendo.

Ni siquiera sabía que su vida estaba en peligro.

Si es que lo estaba.

Dudó un segundo, luego marcó el número de su hermano. No hubo respuesta. Cath colgó el teléfono y aguardó.

Noventa y uno

La citación había llegado en un sobre marrón.

La citación.

Frank Reed se fijó en el membrete del documento y leyó las palabras una y otra vez.

De modo que la espera había terminado.

Tenía que presentarse en los juzgados de Hackney dentro de tres días para una vista preliminar. A tenor de lo que se decidiera allí, el caso llegaría a juicio o no.

¿Qué caso, maldita sea?

¿El supuesto abuso de su propia hija?

Quería gritar, dar rienda suelta a la rabia y a la frustración. Un dolor que había arraigado durante los últimos días, hinchándose y expandiéndose hasta que pensó que le estallaría en su interior, destruyéndole.

Los pensamientos y las emociones se arremolinaban en su cabeza, demasiado numerosos para poder concentrarse, demasiado confusos para poder sopesarlos.

Estaba mareado.

¿Había alguna palabra para describir lo que sentía? ¿Una única exhortación para expresar la desolación ante la enormidad de la injusticia a la que se enfrentaba?

Sentado a la mesa de la cocina, volvió a leer la citación con los puños cerrados.

Al menos, en la vista se verían obligados a considerar sus emociones y su versión de los hechos.

Ni siquiera habrá vista.

Ellos escucharían lo que él tenía que decir y lo entenderían.

¿Y si no lo hacían?

Reed halló una imagen en el revoltijo de su mente: un hombre en el estrado del juzgado frente a un jurado.

Él.

Dios, aquella visión era demasiado difícil de soportar, de modo que trató de empujarla a un lado, pero persistió.

Tragó saliva; el miedo le invadió . Se deslizaba con facilidad

entre la rabia y el dolor.

Cogió la citación y cruzó el salón.

Al llegar al teléfono respiró profundamente, tratando de controlar su ira; cuando creyó haberlo hecho, marcó un número.

La voz al otro lado no era la que esperaba oír.

—¿Puedo hablar con Ellen Reed, por favor? —dijo con un tono vacilante.

La voz le dijo que Ellen no había ido a trabajar aquella mañana.

—Gracias, lo intentaré más tarde…

La voz añadió que Ellen se había tomado un par de días libres.

Él cortó la comunicación y marcó otro número.

Sonó durante lo que le pareció una eternidad, pero el contestador no se activó, así que dio por sentado que había alguien en casa.

Un segundo más tarde, descubrió que tenía razón.

Reconoció la voz de Ellen y, abrumado por los sentimientos encontrados, le resultó imposible hablar.

Cuando ella volvió a preguntar quién era, el hechizo se rompió.

—Ellen. Soy yo —dijo, intentando hablar en voz baja.

—No tengo nada que decirte —espetó ella.

—No hace falta que lleguemos a esto. El juzgado. ¿Qué estás tratando de hacerme?

—Hago esto por Becky.

—Lo haces por ti —escupió él.

—Adiós, Frank —dijo Ellen.

—No, espera —suplicó—. Escúchame, Ellen. Lo único que tenemos que hacer es hablar. No es necesario llegar tan lejos. No es demasiado tarde. Puedes detener este procedimiento judicial, porque tú lo empezaste.

—¿Te asusta lo que puedan descubrir, Frank? ¿Te asusta que la verdad salga a la luz?

Él aferró el auricular con más fuerza y apretó los dientes.

Quería gritarle, y contenerse le resultaba casi imposible.

—No quiero que te vuelvas a acercar a nuestra hija —dijo Ellen —. Un juez se encargará de que así sea.

—No tienes derecho…

—Tengo todo el derecho del mundo después de lo que le has hecho —exclamó Ellen.

—No le he hecho nada —rugió él, desesperado—. Habla con ella. Pregúntale. Te dirá que no ha pasado nada.

—Ella dice que sí.

—Ella dice lo que tú quieres que diga, tú y ese bastardo de Ward.

—No metas a Jonathan en esto.

—Él ya está metido en esto, lo ha estado desde el principio.

—Le quiero, Frank, y quiero a Becky, por eso la estoy protegiendo de ti.

—¡Zorra! —bramó.

—Nos veremos en el juzgado —dijo con voz calmada; luego colgó.

—¡No! —gritó sin poder controlar su rabia.

Reed agarró el teléfono y lo lanzó contra la pared, con tanta fuerza que lo rompió en tres pedazos, arrancando el cable de la roseta.

—¡Maldita zorra! —chilló, y la ira pareció escurrirse de él—. Maldita zorra. —Fue sustituida por una creciente sensación de desolación.

Luchaba por reprimir las lágrimas, pero soltó un profundo sollozo.

No se va a salir con la suya.

Si pudiera verla, hablar con ella.

Razonar con ella.

No, ya era tarde para eso. Reed miró los restos del teléfono, del cual pendía el cable como un cordón umbilical rasgado.

No iba a haber ningún razonamiento.

No hablarían.

Sabía que solo le quedaba una alternativa.

Había llegado el momento.

Noventa y dos

Había una extensión de césped bastante grande en la parte de atrás de los apartamentos de Biscay Road. La hierba, muy bien cuidada, estaba flanqueada por parterres de flores y pequeños arbustos en flor. A su vez, estos estaban rodeados de altos setos de ligustro. En dos esquinas habían colocado estratégicamente sendos sauces llorones. Las hojas yacían esparcidas sobre el césped como si fueran confeti verde.

Parecía un lugar muy agradable, aunque las siete personas que estaban en el césped se mostraban indiferentes ante la gran variedad de colores que les rodeaba; a ninguno le impresionaba la quietud de la zona.

Tres policías uniformados acompañaban a los otros cuatro visitantes.

—La caja está por aquí, en alguna parte —dijo Shanine Connor, mirando en derredor.

Talbot negó con la cabeza casi imperceptiblemente.

—¿Está segura de que no está dentro del edificio? —preguntó a Cath.

—Ya he mirado.

—¿En cada habitación, en cada apartamento? —preguntó el inspector.

—Las otras tres cajas se han encontrado en los jardines de las víctimas, Jim —planteó Rafferty.

Cath se estremeció al escuchar la palabra víctima.

—Está bien —dijo Talbot—. Acabemos con esto.

Los tres agentes uniformados se separaron de ellos.

Cada uno con una pala en la mano.

Talbot los observó mientras empezaban a excavar, retirando la tierra con todo el cuidado que exigiría un arqueólogo preocupado por no dañar cualquier reliquia enterrada.

Las palas se clavaban en la tierra unos ocho o nueve centímetros cada vez.

Rafferty caminó hasta el fondo del jardín, y se quedó de pie junto a uno de los agentes mientras este cavaba.

El agente abrió una zanja a lo largo del perímetro y removió la tierra, inspeccionando cualquier cosa que pudiera haber desenterrado.

Rafferty veía cómo los gusanos se retorcían en el suelo húmedo, uno de ellos cortado en dos por la hoja de metal.

Shanine Connor se arrodilló junto a un arbusto de ligustro, levantó las hojas en busca de cualquier señal de tierra removida.

Cath hizo lo propio en la base de un árbol, instando a uno de los agentes a que cavara alrededor del sauce. Este asintió y clavó la pala en el suelo húmedo, murmurando para sí mismo al comprobar que la tierra se aferraba a la herramienta dificultándole la tarea.

Se detuvo un instante, golpeando la pala contra el tronco del árbol para sacudirle los terrones de tierra pegados.

Cuando volvió a clavar la pala, golpeó algo duro.

El hombre se arrodilló, para desenterrarlo con las manos.

Lo que había golpeado estaba cerca de la superficie.

Cath se acercó más, el corazón le latía con fuerza.

Era la raíz del árbol.

Ella suspiró.

El agente continuó con la tarea unos cuantos centímetros a la derecha.

—¿Y si está enterrada más hondo que las otras? —preguntó Rafferty, reuniéndose con Talbot, quien seguía de pie en el centro del césped. Miraba en derredor con impotencia, como un niño perdido en un supermercado.

—Entonces cavaremos más hondo —replicó el inspector.

—Podría no estar aquí —dijo Cath con nerviosismo.

—¿Dónde sugiere usted que busquemos? —exclamó el inspector —. Esto es para su beneficio, trate de parecer agradecida.

Cath estaba a punto de decir algo cuando oyó la voz de Shanine Connor a su espalda.

—¿Qué es eso? —preguntó la joven.

Cath, Talbot y Rafferty se giraron y vieron que señalaba hacia el espacio que había entre dos setos.

Al otro lado había un pequeño patio de juegos para niños.

Estaba rodeado por una hilera de coníferas y una valla de hierro pintada de negro. Shanine pudo ver a una niña subiendo hasta la parte superior de un tobogán. Otro niño se balanceaba en un columpio. Desde un banco cercano, una mujer los observaba atentamente, llamándolos de vez en cuando.

Las risas podían oírse en el aire.

—Tendríamos que mirar ahí también —dijo Shanine, con los ojos fijos en los niños. Al hacerlo, se frotó el vientre con las manos.

Pronto.

—Dijo que la caja podría estar en el jardín —exclamó Talbot.

—Lo que dije fue que estaría cerca de la casa de la víctima —repitió Shanine.

Cath se estremeció.

Otra vez esa palabra.

—Esto está cerca —añadió Shanine, señalando con el dedo hacia el patio.

—Ustedes tres, quédense aquí —dijo Talbot a los agentes uniformados—. Sigan cavando. Si encuentran algo, avísenme.

Cath y Shanine cruzaron la calle a toda prisa hacia el patio infantil.

Talbot y Rafferty las siguieron.

La mujer de los dos niños miró perpleja cómo Cath y Shanine entraban en el patio, seguidas por los dos policías.

Talbot vio la preocupación en su rostro y esbozó una sonrisa con la intención de tranquilizarla.

Los niños, ajenos a los recién llegados, jugaban alegremente mientras ellos deambulaban de un lado para otro.

Cath se detuvo junto a una papelera y miró dentro.

Vacía.

Talbot se sentó en un columpio y observó con desinterés.

Uno de los niños le sonrió y él le devolvió el gesto.

Shanine apartó las hojas de un arbusto y removió la tierra con la punta de su zapatilla deportiva.

Rafferty hacía algo similar junto a un árbol recién plantado.

El suelo del patio de juegos era de tableros de madera, pero el camino que lo rodeaba era de adoquines de hormigón.

Contemplando la escena desde lejos, Talbot se dio cuenta de que uno de los adoquines estaba ligeramente levantado, con restos de tierra alrededor.

Se levantó del columpio y se acercó al hormigón.

El resto del caminito estaba plano, los adoquines bien colocados.

Pero el que tenía ahora bajo sus pies parecía que lo hubiesen sacado haciendo palanca y recolocado después.

El inspector deslizó las dos manos por debajo y levantó la pieza de hormigón, sorprendido por la facilidad con la que se soltó.

Observado por la mujer del banco, se dio la vuelta para darle la espalda, luego inspeccionó la tierra oscura de debajo.

Con las manos desnudas empezó a cavar, como un perro en busca de un hueso.

En cuestión de segundos sus dedos tocaron algo frío.

Algo de madera.

Los otros se fijaron en lo que estaba haciendo y se unieron a él. Shanine se arrodilló a su lado, apartando un poco más de tierra.

Rafferty se acercó a Cath para calmarla.

Talbot y Shanine sacaron los últimos terrones.

La mujer del banco los miraba desconcertada.

La caja estaba a unos diez centímetros de la superficie.

—¿Es esto? —preguntó Talbot.

Shanine Connor asintió despacio.

—Quémela —dijo—. Es la única manera de romper el maleficio.

Talbot vaciló.

—Hágalo, por el amor de Dios —urgió Cath.

El inspector agarró la caja con fuerza y la golpeó contra el suelo de hormigón.

La tapa se desprendió.

El contenido se esparció a sus pies.

Tres espinas. Un puñado de tierra seca y un escarabajo muerto.

La foto estaba allí, con un doblez en la esquina derecha.

—Oh, Dios mío —murmuró Cath.

Frank Reed sonreía hacia la cámara.

—¿Por qué han metido en la caja una foto de Frank? —exclamó.

—¿Es parte de la foto que se llevaron de su apartamento? —preguntó Talbot.

Cath asintió.

—Pero ¿por qué Frank? —susurró, con los ojos clavados en la imagen rasgada.

—Hay algo más importante —dijo Talbot con una nota de urgencia en la voz—. Si su hermano aparece en esta mitad de la fotografía, ¿dónde está la parte en la que aparece usted?

Noventa y tres

Frank Reed se deslizó la navaja por la mejilla llena de espuma y la aclaró debajo del grifo.

Se limpió la cara con agua y se enfrentó a la imagen que le devolvía el espejo del baño.

Sin la sombra oscura de la barba de dos días, lucía mejor aspecto. Más fresco.

Listo.

Si pareces una mierda, te sentirás como una mierda.

Se inclinó sobre el espejo y se miró los ojos inyectados en sangre. Tenía los párpados hinchados por la falta de sueño.

Se mojó la cara otra vez, quizá con la esperanza de atenuar sus rasgos cansados y demacrados.

Se secó con la toalla y se dirigió a su habitación, donde una chaqueta azul marino y unos pantalones descansaban sobre la cama.

Había planchado las prendas antes de ducharse y afeitarse.

Quería parecer atractivo.

Quería demostrar a quien lo viese que era dueño de la situación.

Puedes engañarlos a ellos, pero no puedes engañarte a ti mismo.

De pie frente al espejo de cuerpo entero, se abrochó la camisa, se puso los pantalones y se enfundó un par de zapatos. Luego buscó una corbata en el armario. Mientras lo hacía, miró al otro lado del compartimento y sus ojos se fijaron en algo.

Cuando Ellen se marchó de casa se había dejado olvidadas muy pocas cosas: como aquella extraña prenda en el fondo del armario, la cual no dejaba de ser un recordatorio, desde luego.

Una solitaria blusa blanca colgaba de la percha; debajo había un par de zapatos de tacón alto, con las puntas arañadas y sucias.

Se agachó y cogió los zapatos, luego descolgó la blusa.

Lo tiró todo a la papelera del rincón, y regresó al armario en busca de la corbata.

Se miró en el espejo y quedó satisfecho con lo que vio.

Comprobó la hora. Tenía tiempo.

El trayecto en coche no le llevaría ni veinte minutos.

Becky no saldría del colegio hasta dentro de media hora.

Cuando ella saliera por la puerta principal estaría allí.
Esperando.
Volvió a entrar en el cuarto de baño y se peinó, luego salió a la habitación, donde buscó las llaves del coche.
Se preguntó si sería Ellen quien recogería a Becky.
Quizá enviase a Ward.
Maldito hijo de puta.
Apretó los dientes al pensar en su hija junto a otro hombre. Un hombre que pretendía ser su padre ahora.
—Le quiero.
Las palabras de Ellen resonaron en su mente. Sílabas discordantes.
Se preguntaba cuándo había dejado de quererle a él. Qué había hecho él para alejarla.
No es culpa tuya. Ella eligió irse. No tienes que avergonzarte.
Entró en la cocina y miró la citación que aún estaba encima de la mesa. La cogió se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.
Se sentía tranquilo. Una serenidad que no experimentaba desde hacía tiempo. Incluso su rabia parecía momentáneamente en suspenso.
Volvió a consultar su reloj.
Becky saldría del colegio muy pronto. Tenía que estar allí cuando saliera por la puerta.
Antes que Ellen o Ward.
Abrió uno de los cajones de la cocina y examinó su contenido.
Eligió un cuchillo de unos ocho centímetros de largo con la hoja muy afilada.
Se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta envuelto en un pañuelo.
Hora de irse.
Veinticinco minutos y Becky saldría del colegio.
No podía llegar tarde.
Se dirigió a la puerta.

Noventa y cuatro

—No contesta —dijo Cath nerviosa con el móvil en la mano.

—Tenemos que advertirle —insistió Shanine.

Cath ya se había vuelto, echando a andar rápidamente hacia la calle.

Tenía que encontrar a Frank.

—¿Quién querría matar a su hermano? —preguntó Talbot.

—No tengo ni idea —jadeó ella, buscando las llaves del Fiat en el bolsillo.

—¿Cuál es su dirección? —preguntó Talbot.

Cath se la dijo.

—¿Y su coche? ¿Marca, matrícula? —añadió.

Ella se detuvo en seco, nerviosa.

—Vamos, por el amor de Dios. Piense —urgió el inspector.

—Azul oscuro… —dijo con dudas—. Un Honda Civic.

—¿La matrícula? —presionó Talbot.

—Dios mío, Talbot, ¿cómo voy a recordar el número?

—Si quiere que su hermano sobreviva, será mejor que lo recuerde —espetó el policía.

Ella hurgó en su memoria durante un momento, dándole vueltas a sus recuerdos.

—F —dijo, mordiéndose una uña, desesperada por acordarse—. F720 PPX. Esa es. Estoy segura. F720 PPX.

El inspector se volvió hacia Rafferty.

—Avisa a todas las unidades cercanas a esta dirección —indicó —. Y diles que quiero que localicen ese coche de inmediato.

El oficial asintió y se apresuró a comunicar aquella información.

—Vaya a su casa —dijo Talbot a Cath—. Nuestros hombres llegarán a su apartamento en menos de diez minutos. Pero Dios sabe qué le van a decir cuando lleguen.

Cath se obligó a sonreír.

—Gracias, Talbot —dijo.

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

Ella asintió. Luego se marchó.

Frank Reed estaba sentado al volante del Civic.

En la acera dos mujeres hablaban. Una de ellas mecía suavemente un carro de bebé y, de vez en cuando, dedicaba una mirada a su ocupante.

Una niña de menos de un año, dedujo Reed.

Una niña maravillosa.

Como Becky a su edad.

Aunque aún lo seguía siendo.

Se sacó la citación del bolsillo de la chaqueta y la leyó por enésima vez.

Las palabras y las letras no habían cambiado.

Las cosas no se habían arreglado.

Una citación.

La dejó en el asiento del pasajero y arrancó el motor. Pisó el acelerador demasiado fuerte y el rugido del motor del Civic hizo que las dos mujeres se volvieran hacia él.

Reed hizo caso omiso de sus miradas de reprobación.

Metió la primera marcha y se alejó.

Mientras lo hacía, se dio unos golpecitos en el bolsillo de la chaqueta y notó el bulto del cuchillo.

—Podría haber otra caja para ti —dijo Shanine, mirando hacia Cath, quien parecía más preocupada por el coche que le bloqueaba el paso.

Apretó la bocina y rodeó el vehículo.

—Quizá haya otra Caja de la Desgracia con…

—Ya lo sé —espetó Cath—. Pero lo único que importa ahora es encontrar a Frank a tiempo.

Siguió conduciendo.

Frank Reed aparcó el Civic frente a la entrada principal del colegio, y esperó.

Se acomodó en el asiento y se frotó la nuca con suavidad.

El dolor había empezado a intensificarse en la base del cráneo.

Miró su reloj, y comprobó la hora con el del salpicadero.

No falta nada.

Había otros coches aparcados junto al suyo. Los padres se preparan para recoger a sus vástagos, dedujo.

Echó un vistazo a los rostros del interior de los vehículos aparcados.

No había señales de Ellen o Ward.

Volvió a sentir el cuchillo en el bolsillo.

Miró de nuevo la citación, desechada en el asiento del pasajero.

No prestó atención al coche de policía que en ese instante pasaba por su lado.

—Puma Tres, adelante. Cambio.

Talbot cogió el transmisor de la radio al oír la voz metálica a través de los altavoces.

—Aquí Puma Tres. Cambio —respondió.

—Se trata del Honda Civic azul oscuro —dijo la voz—. Una de las patrullas lo ha localizado.

—¿Dónde? —preguntó Talbot.

—En la puerta del colegio de Macklin Street, en Camden. Cambio.

Rafferty miró a su compañero.

—Que los agentes intercepten al conductor. Cambio —dijo Talbot—. Ahora mismo.

Noventa y cinco

Frank Reed vio a los primeros niños salir a toda prisa por las puertas de la escuela, y se incorporó con entusiasmo en el asiento del conductor.

Se giró un poco, buscando con la mirada entre el flujo cada vez mayor de niños con uniformes azules, que inundaban la entrada del colegio, algunos en grupos, otros en parejas, y otros por separado.

No veía por ninguna parte a Ellen ni a Ward.

Podría llegar hasta Becky primero.

Eso si lograba localizarla.

Un buen número de niños había subido ya a los coches de sus padres.

Algunos vehículos se habían marchado.

De vuelta a casa.

A casa.

Miró la citación y apretó la mandíbula con rabia.

No había visto el coche de policía aparcado a veinte o treinta metros de distancia. No se dio cuenta de los dos agentes uniformados que se dirigían hacia él.

Becky cruzó el umbral de la entrada con dos de sus amigas; las tres reían y charlaban.

Dios, era tan hermosa cuando se reía.

Su niñita.

Los agentes estaban a menos de quince metros del coche.

Reed tragó saliva y miró embelesada a su hija .

Junto a las puertas del colegio miraba en derredor.

Quizá esperaba a que alguien la recogiera.

Los policías estaban ya a menos de diez metros.

Becky se despidió de una de sus amigas y se quedó charlando con la otra, quien miró su reloj y, al levantar la vista, vio el coche de su madre. Reed observó cómo la niña salía corriendo y se metía en el coche, y saludaba a Becky con la mano mientras el vehículo se alejaba.

Ahora ella estaba sola.

Esperando.

Los dos agentes estaban ya a unos pocos pasos del coche.

Reed vio a uno de ellos por el espejo retrovisor, pero no le atribuyó importancia.

Sus pensamientos se centraban en Becky.

Sacó el cuchillo del bolsillo.

Ella estaba allí sola.

Echó una última mirada a la citación.

Se preguntaba si Becky entendía lo que había dicho sobre él. ¿Comprendía la gravedad de las acusaciones que había hecho? ¿Era consciente del daño que estaba infringiendo?

Sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Lo siento, Becky —susurró.

El primero de los agentes llegó hasta el Civic justo a tiempo para ver el cuchillo en la mano de Reed.

Estaba a punto de gritarle algo a su compañero cuando Reed levantó el arma en el aire.

Sus ojos no llegaron a apartarse de Becky en ningún momento.

—Lo siento —repitió.

Luego se rebanó la garganta con el cuchillo.

—¡No! —rugió uno de los agentes, lanzándose sobre la puerta del conductor, pero, al tirar de la manilla, se encontró con que estaba cerrada.

Reed sintió un fugaz instante de dolor, apenas perceptible, mientras el cuchillo le degollaba sin esfuerzo, seccionándole la carótida y la yugular.

La sangre brotó a raudales de la herida, salpicando tanto el parabrisas como las ventanillas. Grandes gotas carmesí manaban de las venas y las arterias rotas.

Reed dejó caer el cuchillo.

Apenas se dio cuenta del golpe en la ventanilla, de las esquirlas de cristal que estallaron de pronto hacia el interior del coche, de las manos que lo agarraron.

Perdía la conciencia muy rápido.

La sangre aún salía abundantemente por el tajo de la garganta, Reed se sacudía con espasmos mientras sus músculos se contraían.

Veía borroso, difuminado, aunque durante un instante se le aclaró la vista.

Cuando giró la cabeza hacia un lado, Becky ya se había ido, mirando el alboroto en torno a un coche del que no podía ver el interior, preguntándose qué estarían haciendo aquellos dos policías.

Reconoció el sabor de la sangre en la boca.

La cabeza se le cayó hacia atrás y la laceración de la garganta pareció abrirse aún más, como si fuera el bostezo de una boca repleta de sangre.

A Reed le sorprendió el poco dolor que sentía.

El agente de policía que había logrado abrir la puerta del conductor ya estaba sobre él.

A través de una neblina, oyó algunas palabras:

—…muriendo…

—…emergencia…

—…ambulancia…

Tocó la citación, ahora salpicada de sangre.

Se relajó en el asiento, su visión se nubló de rojo.

Sintió que iba a vomitar.

Pero no llegó a hacerlo.

Murió antes de que su estómago lograse contraerse.

Noventa y seis

Se preguntaba por qué no había llorado.

Catherine Reed estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y la mirada perdida.

¿Por qué?

Habían pasado cuatro horas desde que le informaron del fallecimiento de su hermano, y sus ojos aún no se habían llenado de lágrimas. Solo sentía una aturdida sensación de perplejidad. Donde debería haber dolor solo sentía un vacío que la consumía.

Talbot le había comunicado la noticia.

No fue demasiado específico hasta que ella le preguntó acerca de la naturaleza del suicidio.

Incluso entonces no había sentido más que un ligero estremecimiento; no la explosión de emociones que habría esperado experimentar.

Se dijo que estaba en estado de shock. Ya llegaría el llanto. La asimilación de la pérdida.

¿Por qué se había suicidado Frank? ¿Por qué habían metido su foto en la Caja de la Desgracia cuando debería de haber sido la suya?

¿Dónde estaba su fotografía?

Miró el reloj.

Las 23:35.

¿Le había llegado la hora?

¿Se arrojaría por la ventana cuando las manecillas se unieran en las doce?

Talbot le había ofrecido custodia policial.

¿Para qué?

Si iba a morir, ella misma sería la culpable. Nadie podría evitarlo, a no ser que la ataran a la cama.

Incluso así, quizá podría arreglárselas para tragarse la lengua. Si llegaba el momento de quitarse la vida, su mente sería bendecida con un asombroso poder de invención.

El teléfono había sonado, pero el contestador se encargó de recoger todos los mensajes de condolencia.

No se había molestado en responder, tampoco devolvió ninguna llamada.

No había tiempo para eso.

¿Sería allí?

¿Y si a medianoche…?

Se obligó a apartar ese pensamiento de su mente.

Se puso de pie y cruzó la habitación. Se rellenó el vaso de Bacardi con Coca-Cola, vertiendo más alcohol que refresco.

—Frank —susurró.

Ni siquiera la mención de su nombre invocaba las lágrimas que tanto esperaba. Lágrimas que necesitaba.

Regresaba al sofá cuando el teléfono sonó otra vez.

Se preguntó quién demonios llamaba tan tarde.

El sonido del timbre parecía inusualmente alto en la quietud de la habitación; de pronto oyó una voz que conocía muy bien.

—Hola, Cath, soy yo —dijo Phillip Cross—. Yo…

Ella cogió el teléfono.

—Phil —dijo, y de repente, las lágrimas se liberaron.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Es Frank —dijo—. Está muerto.

—¡Oh, Dios! —murmuró Cross—. Mira, estaré ahí en treinta minutos, deja que me cambie de ropa. Acabo de llegar de Glasgow.

—Te necesito, Phil —dijo con la voz quebrada.

—Ya voy —dijo él—. Tranquila. Media hora.

—Te quiero —respondió en voz baja.

Hizo una pausa, sin saber si había oído bien.

—Yo también te quiero, Cath —dijo en un susurro—. Nos vemos ahora.

Y colgó.

De modo que Reed ha muerto, pensó Cross mientras se ponía la chaqueta de cuero.

Estaba fuera de la vida de Cath. Fuera de sus vidas.

Estaban tan unidos… demasiado unidos. Cross siempre había sentido celos del hermano de Cath.

Se preguntaba si ella habría pronunciado esas palabras de seguir Frank con vida.

—Te quiero.

Sonrió.

Ahora solo podría quererlo a él.

Sin tener que competir.

Cross abrió la cartera y sacó algo.

Un pequeño trozo de papel brillante.

La mitad rasgada de una foto.

En ella aparecía Cath.

En la otra mitad estaba su hermano.

En la que había enterrado en la Caja de la Desgracia.

Tal y como le habían enseñado.

Tal y como había ocurrido con las fotografías de Neil Parriam, Craig Jeffrey y Peter Hyde.

Cross no fue el encargado de enterrar esas, desde luego, pero sabía quién era el responsable.

Y habían funcionado.

Con la mitad de la foto de Cath, entró en la pequeña habitación contigua a su dormitorio. Durante los últimos dos años le había servido de cuarto oscuro. El olor a productos químicos era intenso.

Había fotos en las bandejas de revelado. Otras colgaban de un alambre que iba de un lado a otro de la estancia.

En las fotos colgadas salían niños.

Algunos de tan solo dieciocho meses.

Todos estaban desnudos.

Algunos tenían moratones y cicatrices.

En el tablón de corcho de la pared colgaba una fotografía de Shanine Connor.

Se la habían enviado tres días antes.

Así sabría qué aspecto tenía.

La red se enorgullecía de sus comunicaciones.

La hora de la mujer estaba cerca.

Retiró las fotografías del alambre y las guardó en uno de los cajones de un archivador . Sacó de las bandejas de revelado las otras fotografías y las tendió para que se secaran.

Las recogería cuando volviera del apartamento de Cath al día siguiente.

Las escondería junto a las otras hasta que le hicieran falta.

Cath.

Cerró la puerta de la habitación detrás de él, mirando de nuevo la mitad de la foto rasgada.

La imagen de la joven esbozaba una sonrisa.

Cross la dobló con cuidado y la volvió a guardar en su cartera, cogió las llaves del coche y se dirigió a la puerta principal.

Tenía que darse prisa. Cath parecía triste.

Y tendría muchas cosas que contarle.
Cross sonrió.
Ella le necesitaba.

Hasta que perdí la gracia,
Jamás me había dado cuenta
de la profundidad de la inundación
que me rodeaba.

Queensrÿche